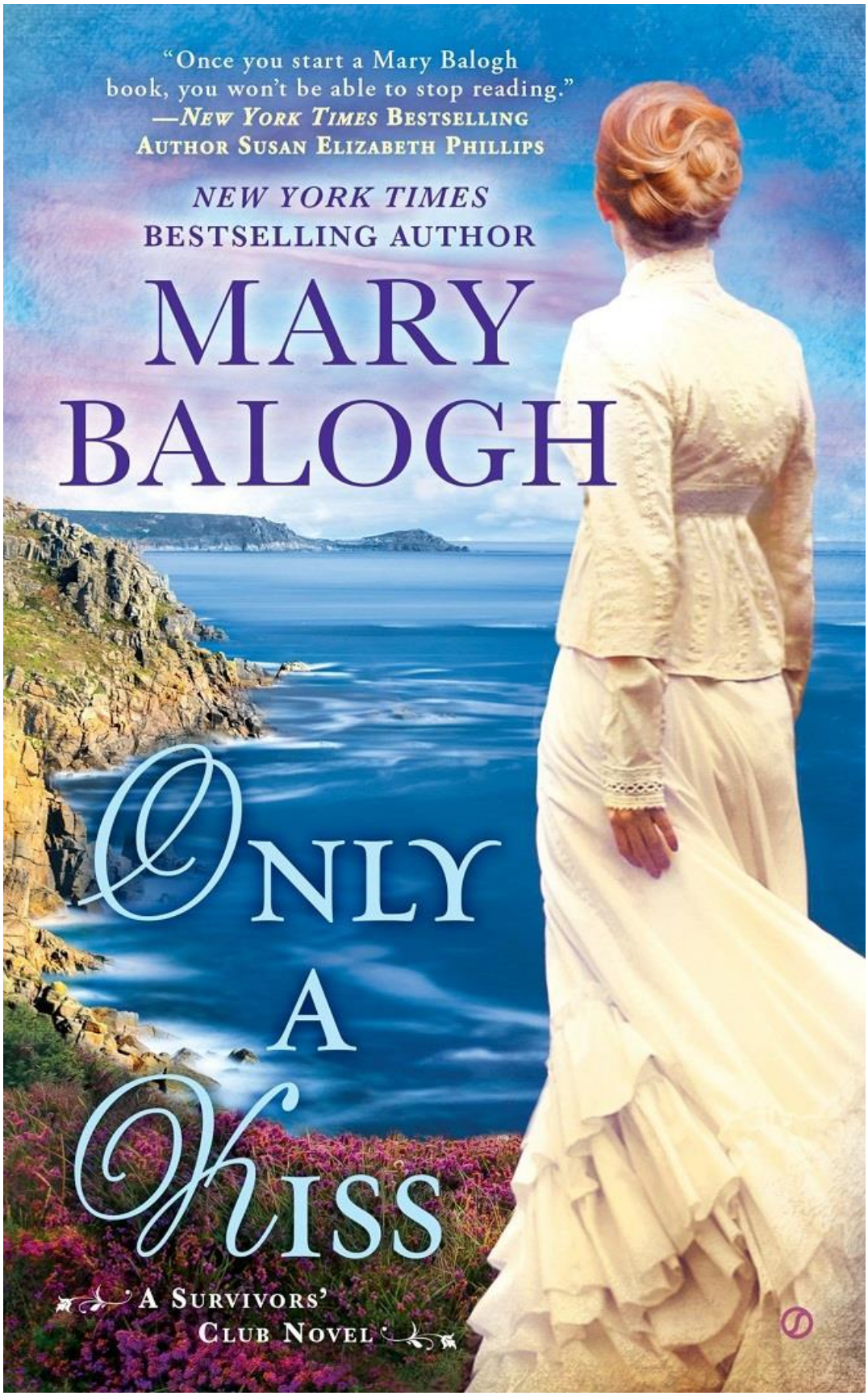
"Once you start a Mary Balogh book, you won't be able to stop reading."
—New York Times Bestselling Author Susan Elizabeth Phillips
NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR
MARY BALOGH
Only A Kiss
A Survivors' Club Novel

SÓLO UN BESO

MARY BALOGH

El Club de los Supervivientes, 06

Esto es una traducción para fans de Mary Balogh sin ánimo de lucro solo por el placer de leer. Si algún día las editoriales deciden publicar algún libro nuevo de esta autora cómpralo. He disfrutado mucho traduciendo este libro porque me gusta la autora y espero que lo disfruten también con todos los errores que puede que haya cometido.

Contenido

RESUMEN 6

CAPITULO 01 7

CAPITULO 02 14

CAPITULO 03 24

CAPITULO 04 31

CAPITULO 05 42

CAPITULO 06 51

CAPITULO 07 60

CAPITULO 08 69

CAPITULO 09 78

CAPITULO 10 89

CAPITULO 11 97

CAPITULO 12 106

CAPITULO 13 115

CAPITULO 14 122

CAPITULO 15 132

CAPITULO 16 140

CAPITULO 17 147

CAPITULO 18 154

CAPITULO 19 163

CAPITULO 20 172

CAPITULO 21 180

CAPITULO 22 188

CAPITULO 23 195

CAPITULO 24 204

CAPITULO 25 212

RESUMEN

El Club de los Supervivientes: seis hombres y una mujer, heridos en las guerras napoleónicas, sus amistades forjadas en acero y lealtad. Pero por un lado, sus juicios no han terminado...

Desde que fue testigo de la muerte de su esposo durante las guerras, Imogen, Lady Barclay, se ha recluido en los confines de Hardford Hall, su hogar en Cornwall. El nuevo propietario no pudo tomar su herencia, e Imogen espera desesperadamente que nunca vaya a perturbar su frágil paz

Percival Hayes, conde de Hardford, no tiene ningún interés en la naturaleza de Cornwall, pero cuando decide impulsivamente visitar su propiedad allí, se sorprende al descubrir que no es el montón en ruinas que esperaba. También se sorprende al encontrar a la bella Viuda del hijo de su predecesor que vive allí. Pronto Imogen despierta en Percy una pasión que nunca creyó capaz de sentir. ¿Pero puede salvarla de su miseria y despertar su alma? ¿Y qué significará para él si tiene éxito?

CAPITULO 01

Percival William Henry Hayes, Conde de Hardford, Vizconde Barclay, estaba enorme, masiva y colosalmente aburrido. Todos los calificativos eran básicamente lo mismo, por supuesto, pero en realidad estaba aburrido hasta la médula de sus huesos. Estaba casi demasiado aburrido como para levantarse de su silla para volver a llenar su vaso en el aparador del otro lado de la habitación. No, *estaba* demasiado aburrido. O quizás demasiado borracho. Tal vez incluso había llegado tan lejos como para beber el océano hasta secarlo.

Estaba celebrando su trigésimo cumpleaños, o al menos lo había estado celebrando. Sospechaba que ya era pasada la medianoche, lo que significaría que su cumpleaños había terminado, al igual que sus descuidados, desenfrenados e inútiles años veinte.

Estaba tumbado en su sillón de cuero suave favorito a un lado de la chimenea en la biblioteca de su casa de la ciudad, se alegró al observarlo, pero no estaba solo, como realmente debería estar a esta hora de la noche, cualquier hora que sea diablos. A través de la niebla de su ebriedad parecía recordar que había habido celebraciones en el White's Club con una banda de compinches satisfactoriamente grande, teniendo en cuenta el hecho de que era muy temprano en febrero y que no era en absoluto un momento de moda para estar en Londres.

El nivel de ruido, recordó, había aumentado hasta el punto de que varios de los miembros mayores habían fruncido el ceño con una desaprobación severa, viejos carcamales y fósiles, todos ellos, y los inescrutables camareros habían empezado a mostrar grietas de tensión e indecisión. ¿Cómo se echaba a un grupo de caballeros borrachos, algunos de ellos de noble nacimiento, sin ofenderlos permanentemente a ellos y a todos los miembros de su familia hasta la tercera y cuarta generación pasada y futura? Pero, ¿cómo expulsarlos cuando la inacción provocaría la ira de los igualmente nobles carcamales?

Sin embargo, debe haberse encontrado alguna solución amistosa, pues aquí estaba en su propia casa con un pequeño y fiel grupo de camaradas. Los otros deben haberse ido a otras fiestas, o quizás simplemente a sus camas.

—Sid—. Giró la cabeza sobre el respaldo de la silla sin arriesgarse a levantarla. —En tu considerada opinión, ¿he bebido el océano hasta secarlo esta noche? Sería sorprendente si no lo hubiera hecho. ¿No me desafió alguien?

El Honorable Sidney Welby estaba mirando el fuego - o lo que había sido el fuego antes de que lo dejaran arder sin palear más carbón o llamar a un sirviente para que lo hiciera por ellos. Su frente se arrugó pensando antes de dar su respuesta. —No se puede hacer, Perce—, dijo. —Se repone constantemente por ríos y canales y todo eso. Arroyos y riachuelos. Se llena tan rápido como se vacía.

—Y también llueve, primo—, añadió Cyril Eldridge amablemente, —tal como lo hace la tierra. Sólo *se siente* como si hubieras bebido hasta secarlo. Sin embargo, si *está* seco, ya que no ha llovido últimamente, todos hemos participado en su drenaje. Mi cabeza va a sentir por lo menos tres veces su tamaño habitual mañana por la mañana, y lo echaré todo a perder, pero tengo una fuerte sospecha de que estuve de acuerdo en acompañar a mis hermanas a la biblioteca o algo por el estilo, y como sabes, Percy, mi madre no les permitirá salir con sólo una criada como compañía. Siempre insisten en salir al amanecer, no sea que alguien más llegue antes que ellas y se lleve todos los libros que vale la pena leer. Que no es un gran número, en mi opinión. ¿Y qué están haciendo todos en la ciudad tan temprano, de todos modos? Beth no va a ser presentada hasta después de Pascua, y no puede necesitar *tanta* ropa. ¿Puede ella? ¿Pero qué sabe un hermano? Nada en absoluto si escuchas a mis hermanas.

Cyril era uno de los muchos primos de Percy. Había doce de ellos en el lado paterno de la familia, los hijos e hijas de las cuatro hermanas de su padre, y veintitrés de ellos por fin cuentan por parte de su madre, aunque parecía que la recordaba mencionando que la tía Doris, su hermana menor, estaba de nuevo de una manera delicada por duodécima vez. Su descendencia representaba una gran proporción de esos veintitrés, que pronto serán veinticuatro. Todos los primos eran amables. Todos ellos lo amaban, y él los amaba a todos, así como a todos los tíos y tías, por supuesto. Nunca había habido una familia más unida y cariñosa que la suya, en ambos lados. El era, Percy reflexionó con profunda tristeza, el más afortunado de los mortales.

—La apuesta, Perce,— Arnold Biggs, Vizconde Marwood, agregó,—era que si podías llevar a Jonesey al coma antes de la medianoche, una hazaña nada despreciable. Se deslizó por debajo de la mesa a las doce menos diez. Fueron sus ronquidos los que finalmente nos hicieron decidir que era hora de dejar White's. Era una verdadera distracción.

—Y así fue—. Percy bostezó enormemente. Ese fue un misterio resuelto. Levantó su vaso, recordó que estaba vacío, y lo dejó con un golpe en la mesa a su lado. —El diablo se lo lleva, pero la vida se ha convertido en un aburrimiento.

—Te sentirás mejor mañana después de que haya disminuido la conmoción de cumplir treinta años hoy—, dijo Arnold. —¿O quiero decir hoy y ayer? Sí, la tengo. La manecilla pequeña del reloj de tu repisa apunta a tres, y lo creo. Sin embargo, el sol no brilla, así que debe ser de noche. Aunque en esta época del año *siempre* es de madrugada.

—¿De qué tienes que aburrirte, Percy?— preguntó Cyril, sonando agraviado. —Tienes todo lo que un hombre puede pedir. *Todo.*

Percy volvió su mente hacia la contemplación de sus muchas bendiciones. Cyril tenía razón. No se puede negar. Además de la ya mencionada y amorosa familia extensa, había crecido con dos padres que lo adoraban como su único hijo, su único *hijo,* aunque aparentemente habían hecho un valiente esfuerzo por poblar la guardería con hermanos y hermanas para él. Le habían prodigado todo lo que podía desear o necesitar, y habían tenido los medios para hacerlo con estilo.

Su bisabuelo paterno, como el hijo menor de un conde y solo el remanente de su generación en lugar del heredero, se había lanzado al comercio gentil y había amasado una especie de

fortuna. Su hijo, el abuelo de Percy, lo había convertido en una *vasta* fortuna y lo había mejorado aún más cuando se casó con una mujer rica y frugal, que supuestamente había contado cada centavo que gastaron. El padre de Percy lo había heredado todo, excepto las dotes más que generosas que se otorgaban a sus cuatro hermanas en sus matrimonios. Y luego había duplicado y triplicado su riqueza a través de inversiones astutas, y a su vez se había casado con una mujer que había traído una dote saludable con ella.

Después de la muerte de su padre hace tres años, Percy se había vuelto tan rico que le habría tomado la mitad del resto de su vida contar todos los centavos que su abuela había guardado tan cuidadosamente. O incluso las libras. *Y* estaba Castleford House, la gran y próspera casa y finca en Derbyshire que su abuelo había comprado, supuestamente con un fajo de billetes, para demostrar al mundo su importancia.

Percy también luce demasiado. No tiene sentido ser demasiado modesto al respecto. Incluso si su espejo mentía o su percepción de lo que veía en él estaba apagada, estaba el hecho de que volvía las cabezas de admiración, a veces de envidia, donde quiera que fuera, tanto hombres como mujeres. Era, como varias personas le habían informado, un hombre alto, moreno y guapo por excelencia. Disfrutaba de buena salud y siempre lo había hecho, tocaba madera, levantó la mano e hizo exactamente eso con los nudillos de la mano derecha, golpeando la mesa a su lado y poniendo el vaso vacío y a Sid a saltar. Y tenía todos sus dientes, todos ellos decentemente blancos y en buen estado.

Tenía cerebro. Después de haber sido educado en casa por tres tutores porque sus padres no podían soportar enviarlo a la escuela, había ido a Oxford a estudiar los clásicos y había vuelto tres años más tarde habiendo obtenido un doble primer grado en latín y griego antiguo. Tenía amigos y contactos. A los hombres de todas las edades parecía gustarles, y a las mujeres.... Bueno, a las mujeres también, lo que era una suerte, ya que a él le gustaban. Le gustaba seducirlas y piropearlas y pasar páginas de música para ellas y bailar con ellas y llevarlas a pasear en calesa y caminando. Le gustaba coquetear con ellas. Si eran Viudas y estaban dispuestas, le gustaba acostarse con ellas. Y había desarrollado una pericia para evitar todas las trampas matrimoniales que se le ponían a cada paso.

Había tenido varias amantes, aunque no tenía ninguna en ese momento, todas ellas exquisitamente encantadoras y maravillosamente hábiles, todas costosas actrices o cortesanas muy codiciadas por sus pares.

Era fuerte, en forma y atlético. Le gustaba montar a caballo, boxear, hacer esgrima y disparar, en todo lo cual se destacaba y todo lo cual le había dejado algo inquieto últimamente. A lo largo de los años, se había enfrentado a más desafíos y retos de los que le correspondían, y cuanto más imprudente y peligroso, mejor. Había corrido su currículo hasta Brighton en tres ocasiones distintas, una vez en ambas direcciones, y había tomado las cintas de una diligencia muy cargada en la carretera Great North Road después de sobornar al cochero.... y soltar los caballos. Había cruzado la mitad de Mayfair enteramente por los tejados y ocasionalmente por el aire vacío entre ellos, habiendo sido desafiado a lograr la hazaña sin tocar el suelo ni hacer uso de ningún medio de transporte que tocara el suelo. Había cruzado casi todos los puentes sobre el río Támesis en las cercanías de Londres, desde abajo. Había paseado por algunos de los más notorios tugurios de asesinos de Londres con sus mejores galas, sin un arma más mortal que un

bastón, *no* un bastón de espada. Había tenido una emocionante pelea a puñetazos contra tres asaltantes en esa última hazaña después de que su bastón se partiera en dos, y un gran ojo morado además de la masacre que se le había hecho a sus galas, para el dolor apenas contenido de de su ayuda de cámara.

Había tratado con cuñados y padres iracundos, siempre injustamente, porque siempre tuvo cuidado de no comprometer a las damas virtuosas o de no crear expectativas que no tenía intención de cumplir. Ocasionalmente, esos enfrentamientos también habían dado lugar a puñetazos, por lo general con los hermanos. Los hermanos, en su experiencia, tendían a ser más impulsivos que los padres. Se había batido en duelo con un marido al que no le había gustado la forma en que Percy sonreía a su esposa. Percy ni siquiera había hablado o bailado con ella. Él había sonreído porque era bonita y le estaba sonriendo. ¿Qué iba a hacer? ¿*Fruncirle el ceño*? El marido había disparado primero en la mañana, desviándose del costado de la cabeza de Percy por un cuarto de milla. Percy le devolvió el disparo, desviándose de la oreja izquierda del marido por dos pies, él tenía la intención de que fuera un pie, pero en el último momento se equivocó por exceso de precaución.

Y, si todo eso no era suficiente bendición para un hombre, tenía el título. Títulos. Plural. El viejo Conde de Hardford, también Vizconde Barclay, había sido una especie de pariente de Percy, cortesía de su tatarabuelo. Había habido una disputa familiar y distanciamiento entre los hijos de ese antepasado, y la rama mayor, que llevaba el título y estaba instalada en un lugar abandonado por Dios cerca del dedo del pie de Cornualles, había sido ignorada por la rama más joven para siempre. El conde más reciente de esa antigua rama había tenido un hijo y un heredero, aparentemente, pero por alguna razón insondable, ya que no había otro hijo que actuara como repuesto, ese hijo se había ido a Portugal como oficial militar para luchar contra los ejércitos del viejo Bonaparte y perdió la vida por su esfuerzo.

Todo el drama de tal catástrofe familiar se había perdido en la rama menor, que había sido felizmente inconsciente de ello. Pero todo había salido a la luz cuando el viejo conde estiro la pata casi un año después de la muerte del padre de Percy, y resultó que Percy era el único heredero de los títulos y del montón que se desmoronaba en Cornualles. Al menos, asumió que probablemente se estaba desmoronando, ya que la finca no parecía estar generando grandes ingresos. Percy había tomado el título, no había tenido opción realmente, y en realidad se había puesto contentísimo, al menos al principio, de ser tratado como Hardford o, mejor aún, como *mi señor en* lugar de como el simple Sr. Percival Hayes. Había aceptado el título e ignorado el resto, bueno, la mayor parte del resto.

Había sido admitido en la Cámara de los Lores con la debida pompa y ceremonia, y había pronunciado su discurso inaugural en una tarde memorable después de escribir, reescribir, ensayar y volver a ensayar, así como segundos y terceros pensamientos y cuarenta y tres noches de sueños vívidos que habían rayado la pesadilla. Se había sentado al final de la sesión con un educado aplauso y el alivio de saber que nunca más tenía que decir una palabra en la Cámara a menos que así lo decidiera. En realidad lo había elegido en varias ocasiones sin perder el sueño.

Estaba en buenos términos con el rey y todos los duques reales, y había sido más buscado que nunca socialmente. Ya había patrocinado a los mejores sastres, zapateros, merceros, barberos y demás, pero ahora era reverenciado y consentido a un nivel totalmente elevado después de

convertirse en *mi señor*. Siempre había sido popular entre todos ellos, ya que era esa rareza entre los caballeros de la *Sociedad*, un hombre que pagaba sus cuentas regularmente. Todavía lo hacía, para su evidente asombro. Pasó los meses de primavera en Londres para la sesión parlamentaria y la temporada, y los meses de verano en su propia finca o en uno de los balnearios, y los meses de otoño e invierno en casa o en una de las diversas fiestas de caza a las que siempre se le invitaba, disparando, pescando, cazando según la temporada que fuera más conveniente, y socializando. La única razón por la que estaba en Londres a principios de febrero de este año era que se había imaginado la clase de fiesta de cumpleaños número treinta que su madre querría organizar para él en Castleford. ¿Y cómo se decía no a la madre que amabas? Uno no lo hace, por supuesto. Uno se retira a la ciudad como un colegial travieso que se esconde de las consecuencias de una broma.

Sí. Para resumir. Era el hombre más afortunado del mundo. No había ni una nube en su cielo y nunca la había habido. Era una vasta, despejada y azul extensión de felicidad allá arriba. *No* era un héroe empedernido, herido, oscuro y convincente. Nunca había hecho nada que le importara ni nada verdaderamente heroico, lo que era un poco triste, en realidad. La parte heroica, eso era.

Todo hombre debe ser un héroe al menos una vez en su vida.

—Sí, todo—, estuvo de acuerdo con un suspiro, refiriéndose a lo que su primo había dicho hacía unos momentos. —Lo tengo todo, Cyril. Y ése es el problema. Un hombre que lo tiene todo no tiene nada por lo que vivir.

Uno de sus dignos tutores lo habría golpeado fuertemente en los nudillos con su bastón siempre presente por terminar una oración con una preposición.

—Filósofo, ¿filosofía a las tres de la mañana?— Sidney dijo, poniéndose de pie para cruzar hacia el aparador. —Debería irme a casa antes de que nos hagas un nudo en el cerebro, Percy. Celebramos tu cumpleaños con estilo en White's. Deberíamos haber vuelto a casa a la cama. ¿Cómo llegamos aquí?

—En un carruaje trillado—, le recordó Arnold. —¿O querías decir *por qué,* Sid? Porque estábamos a punto de ser expulsados y Jonesey estaba roncando y tú sugeriste que viniéramos aquí y Percy no protestó y todos pensamos que era la idea más brillante que habías tenido en un año o más.

—Ahora lo recuerdo—, dijo Sidney mientras llenaba su vaso.

—¿Cómo puedes aburrirte, Percy, si admites tenerlo todo?— Preguntó Cyril, sonando francamente nervioso ahora. — Me parece desagradecido.

—*Soy* desagradecido—, estuvo de acuerdo Percy. —Pero estoy muy aburrido de todos modos. Puede reducirse a huir a Hardford Hall. Los salvajes de Cornualles, nada menos. Al menos sería algo que nunca he hecho antes.

¿Qué le había metido *esa* idea en la cabeza?

—*¿En febrero?*— Arnold puso una mueca de dolor. —No tomes ninguna decisión precipitada hasta abril, Percy. Habrá más gente en la ciudad para entonces, y el impulso de huir a otro lugar desaparecerá sin dejar rastro.

—Faltan dos meses para abril—, dijo Percy.

—*¡Hardford Hall!*— Cyril dijo en alguna repulsión. —El lugar está en el fondo del más allá, ¿no es así? No habrá acción para ti allí, Percy. Nada más que ovejas y páramos vacíos, te lo prometo. Y el viento, la lluvia y el mar. Te llevaría una semana llegar allí.

Percy levantó las cejas. —Sólo si montara un caballo cojo—, dijo. —No poseo ningún caballo cojo, Cyril. Haré que todas las telarañas salgan de las vigas de la casa cuando llegue allí, y los invitaré a todos a una gran fiesta.

—No eres *serio*, ¿verdad, Percy?— preguntó Sidney sin ni siquiera corregirse.

¿*Lo era*? Percy reflexionó un poco sobre el asunto, aunque confusamente. La Sesión y la Temporada se pondrían en acción tan pronto como terminara la Pascua, y aparte de algunas caras nuevas y algunos cambios inevitables en la moda para asegurar que todo el mundo siguiera trotando hacia los sastres y modistas, no habría absolutamente nada nuevo para revivir su espíritu. Se estaba haciendo un poco viejo para todos los retos y travesuras que lo habían mantenido entretenido durante la mayor parte de sus veinte años. Si se iba a casa a Derbyshire en lugar de quedarse aquí, su madre, le guste o no, organizaría una fiesta de cumpleaños *tardía en* su honor, que el cielo lo ayude. Podía intentar involucrarse en la dirección de la finca si iba allí, pero pronto se encontraría, como de costumbre, siendo considerado con una tolerancia dolorosa por su mayordomo muy competente. El hombre lo intimidaba bastante. Parecía una extensión de esos tres dignos tutores de la infancia de Percy.

¿Por qué *no* ir a Cornualles? Quizás la mejor respuesta al aburrimiento no era intentar huir *de* él, sino correr *hacia* él, hacer todo lo que estuviera a nuestro alcance para empeorarlo aún más. Eso sí que es una idea. Sin embargo, tal vez no debería intentar pensar cuando estaba ebrio. Ciertamente no era sabio tratar de planear mientras la mente racional estaba en una condición tan deteriorada. O para hablar sobre sus planes con hombres que esperaban que los convirtiera en acción sólo porque eso era lo que siempre hacía. Puede que quiera cambiar de opinión cuando llegue la mañana y la sobriedad. No, mejor que sea esa *tarde*.

—¿Por qué no iba a hablar en serio?— No preguntó a nadie en particular. —He sido dueño del lugar durante dos años pero nunca lo he visto. Debería comparecer más pronto que tarde, o en este caso, más tarde que temprano. Señor de la mansión y todo eso. Ir allí pasará algún tiempo, al menos hasta que las cosas se animen un poco en Londres. Quizás después de una o dos semanas estaré feliz de volver aquí, contando mis bendiciones con cada milla que pase. O... ¿quién sabe? Tal vez me enamore del lugar y permanezca allí por siempre jamás, amén. Tal vez me alegre de ser Hardford de Hardford Hall. Sin embargo, no suena muy bien, ¿verdad? Pensarías que el conde original habría tenido la imaginación de pensar en un nombre mejor para el lugar, ¿no es así? ¿Al Heap Hall, tal vez? ¿Hardford de Heap Hall?

Señor, estaba borracho.

Tres pares de ojos lo miraban con diferentes grados de incredulidad. Los dueños de esos ojos también se veían un poco desaliñados y, en general, muy desgastados.

—Si me disculpan —dijo Percy, poniéndose de pie abruptamente y descubriendo que al menos no se estaba cayendo de borracho-. —Será mejor que escriba a alguien en Hardford y les advierta que empiecen a barrer telarañas. El ama de llaves, si la hay. El mayordomo, si es que hay uno. El administrador, si... Sí, por Júpiter, *hay* uno de esos. Me envía un informe de cinco líneas con letra microscópica todos los meses. Le escribiré. Le advertiré que compre una escoba grande y encuentre a alguien que sepa cómo usarla.

Bostezó hasta que sus mandíbulas se agrietaron y se mantuvo de pie hasta que vio a sus amigos cuando pasaban por la puerta principal y bajaban los escalones hacia la plaza de más allá. Miró para asegurarse de que todos permanecieran sobre sus pies y encontraran la forma de *salir* de la plaza.

Se sentó a escribir su carta antes de que se enfriara su propósito, y luego otra a su madre para explicarle a dónde iba. Ella se preocuparía por él si simplemente desapareciera de la faz de la tierra. Dejó las dos misiones en la bandeja del pasillo para que las enviaran por la mañana y se arrastró hasta la cama. Su ayudante de cámara le estaba esperando en su vestidor, a pesar de que le habían dicho que no tenía por qué hacerlo. El hombre disfrutaba siendo un mártir.

—Estoy borracho, Watkins,— anunció Percy,—y tengo treinta años. Lo tengo todo, como me acaba de recordar mi primo, y estoy tan aburrido que levantarme de la cama por las mañanas empieza a parecer un esfuerzo inútil, porque tengo que volver a hacerlo al día siguiente. Mañana o, mejor dicho, hoy puedes hacer las maletas para el campo. Nos vamos a Cornwall. A Hardford Hall. La sede del conde. Yo soy el conde.

—Sí, milord—, dijo Watkins, la distante dignidad de su expresión inmutable. Probablemente habría dicho lo mismo y *se vería igual* si Percy hubiera anunciado que se iban a Sudamérica para emprender una excursión por el río Amazonas en busca de cazadores de cabezas. *¿Había* cazadores de cabezas en el Amazonas?

No importa. Se iba la punta de Cornualles. Debía estar loco. Como mínimo. Tal vez la sobriedad traiga un regreso a la cordura.

Mañana.

¿O se refería a más tarde? Sí, lo hacía. Le acababa de decir lo mismo a Watkins.

CAPITULO 02

Imogen Hayes, Lady Barclay, estaba de camino a su casa en Hardford Hall desde el pueblo de Porthdare, a dos millas de distancia. Por lo general, recorría la distancia cabalgando o conducía ella misma en el carro, pero hoy había decidido que necesitaba hacer ejercicio. Había bajado a la aldea por el lado de la carretera, pero había decidido tomar el camino del acantilado a la vuelta. Se añadiría una media milla más o menos a la distancia, y la subida desde el valle del río en el que estaba situado el pueblo era considerablemente más empinada que la pendiente más gradual de la carretera. Pero en realidad disfrutó de la tensión en los músculos de sus piernas y de las vistas despejadas sobre el mar a su derecha y de regreso detrás de ella de la aldea, con sus cabañas de pescadores agrupadas alrededor del estuario y los botes que se balanceaban en sus aguas.

Disfrutaba del grito triste de las gaviotas, que se entrelazaban y se sumergían por encima y por debajo de ella. Le encantaba la naturaleza salvaje de los arbustos de aulagas que crecían en abundancia a su alrededor. El viento era frío y la golpeó a pesar de que estaba a su espalda, pero le encantaba el sonido salvaje y el olor a sal y la profunda sensación de soledad que traía. Se aferró a los bordes de su capa de invierno con las manos enguantadas. Su nariz y sus mejillas probablemente eran escarlatas y brillaban como faros.

Había estado visitando a su amiga Tilly Wenzel, a quien no había visto desde antes de Navidad, que había pasado junto con enero en la casa de su hermano, su casa de la infancia, a veinte millas al noreste. Había una nueva sobrina que admirar, así como tres sobrinos por los que preocuparse. Había disfrutado de esas semanas, pero no estaba acostumbrada al ruido y al bullicio y a la incesante obligación de ser sociable. Estaba acostumbrada a vivir sola, aunque nunca se había permitido ser ermitaña.

El Sr. Wenzel, hermano de Tilly, se había ofrecido a llevarla a su casa, señalando que el viaje de regreso era todo cuesta arriba, y más bien cuesta arriba en algunas partes. Ella había declinado, usando como excusa que realmente debía visitar a la anciana Sra. Park, quien estaba confinada en su casa ya que recientemente se había caído y tenía heridas graves en la cadera. Hacer esa visita, por supuesto, significaba estar sentada durante cuarenta minutos, escuchando cada detalle espeluznante del percance. Pero los ancianos a veces se sentían solos, entendió Imogen, y cuarenta minutos de su tiempo no eran realmente un gran sacrificio. Y si hubiera permitido que el Sr. Wenzel la llevara a su casa, él habría recordado, como siempre lo hacía, sus días de infancia con Dicky, el difunto esposo de Imogen, y entonces se habría abierto camino hacia las torpes galanterías habituales para *ella*.

Imogen se detuvo para recuperar el aliento cuando estaba sobre el valle y el sendero del acantilado se niveló un poco a lo largo de la meseta que lo cubría. Todavía se inclinaba gradualmente hacia arriba en dirección a la pared de piedra que rodeaba el parque alrededor de Hardford Hall por tres lados, los acantilados y el mar formaban el cuarto lado. Se giró para mirar hacia abajo mientras el viento golpeaba el borde de su capa y casi le quitaba el aliento. Sus dedos

hormigueaban dentro de sus guantes. El cielo gris se extendía por encima, y el mar gris y lleno de espuma se extendía por debajo. Grises acantilados rocosos cayeron abruptamente desde justo más allá del borde del sendero. El gris estaba en todas partes. Incluso su capa era gris.

Por un momento su estado de ánimo amenazó con seguir su ejemplo. Pero agitó la cabeza con firmeza y continuó su camino. Ella *no* cedería a la depresión. Era una batalla que luchaba a menudo, y aún no había perdido.

Además, había una visita anual al Penderris Hall, a treinta y cinco millas de distancia en el lado este de Cornualles, que esperar el próximo mes, muy pronto. Era propiedad de George Crabbe, Duque de Stanbrook, primo segundo de su madre y uno de sus amigos más queridos en este mundo, uno de los seis amigos. Juntos, los siete formaron el autodenominado Club de los Supervivientes. Habían pasado tres años juntos en Penderris, todos ellos sufriendo los efectos de varias heridas sufridas durante las guerras napoleónicas, aunque no todas esas heridas habían sido físicas. La suya no lo había sido. Su marido fue asesinado mientras estaba en cautivo y bajo tortura en Portugal, y ella estuvo allí y fue testigo de su sufrimiento. Había sido liberada de su cautiverio después de su muerte, en realidad regresó al regimiento con toda la pompa y cortesía de un coronel francés bajo una bandera de tregua. Pero no se había salvado.

Después de los tres años en Penderris, se habían separado, los siete, excepto George, por supuesto, que ya estaba en casa. Pero habían acordado reunirse de nuevo cada año durante tres semanas a principios de la primavera. El año pasado habían ido a Middlebury Park en Gloucestershire, que era la casa de Vincent, el vizconde Darleigh, porque su esposa acababa de dar a luz a su primer hijo y él no estaba dispuesto a dejar a ninguno de ellos. Este año, para la quinta reunión de este tipo, regresaban a Penderris. Pero esas semanas, dondequiera que se pasaran, eran las favoritas de Imogen durante todo el año. Siempre odiaba irse, aunque nunca les mostró a los demás cuánto. Los amaba total e incondicionalmente, a esos seis hombres. No había ningún componente sexual en su amor, por atractivos que fueran todos, sin excepción. Los había conocido en un momento en que la idea de tal atracción estaba fuera de discusión. Así que en vez de eso, había llegado a adorarlos. Eran sus amigos, sus camaradas. Sus hermanos, su corazón y su alma.

Se limpió una lágrima de una mejilla con una mano impaciente mientras caminaba. Sólo unas pocas semanas más para esperar....

Se saltó la verja que separaba el sendero público de su continuación privada dentro del parque. Allí se bifurcaba en dos ramas, y por puro hábito tomó la de la derecha, la que llevaba a su casa y no a la casa principal. Era la casa de la Viuda en la esquina suroeste del parque, cerca de los acantilados pero en una zanja de tierra y protegida de los peores vientos por rocas altas y salientes que más de la mitad la rodeaban, como una herradura. Ella había preguntado si podría vivir allí después de regresar de esos tres años en Penderris. Había querido al padre de Dicky, el Conde de Hardford, aunque él estaba apático, y le tenía mucho cariño a la tía Lavinia, su hermana solterona, que había vivido en Hardford toda su vida. Pero Imogen no había sido capaz de afrontar la perspectiva de vivir en la casa con ellos.

Su suegro no había estado nada contento con su petición. La casa de la Viuda había estado descuidada durante mucho tiempo, protestó y apenas era habitable. Pero no había nada malo en

eso, hasta donde Imogen podía ver que un buen fregado y aireación no funcionaría, aunque incluso entonces el techo no había estado en su mejor momento. Fue sólo después de que el conde se quedó sin excusas y cedió a sus súplicas que Imogen supo la verdadera razón de su renuencia. La bodega de la casa de los Viuda había sido utilizada regularmente como almacén para el contrabando de mercancías. Al conde le gustaba mucho su brandy francés y presumiblemente lo mantenía bien abastecido a un costo muy bajo, o tal vez sin costo alguno, por una banda de contrabandistas agradecidos por permitir sus operaciones en la zona.

Había sido perturbador descubrir que su suegro todavía estaba involucrado en ese negocio clandestino, a veces vicioso, tal como lo había estado cuando Dicky aún estaba en casa. Su participación había sido un motivo de grave disputa entre padre e hijo y un factor importante en la decisión de su esposo de unirse al ejército en lugar de quedarse y hacer la guerra contra su propio padre.

El conde había accedido a vaciar el sótano de cualquier resto de contrabando y a sellar la puerta que daba a la bodega desde el exterior. Había cambiado la cerradura de la puerta principal y todas las llaves de la nueva le habían sido dadas a Imogen. Incluso le había asegurado voluntariamente que pondría fin al contrabando en el tramo particular de la costa que bordeaba la finca de Hardford, aunque Imogen nunca había confiado en su palabra. Nunca había hecho mención alguna del contrabando a nadie después, con la teoría de que lo que no sabía no le haría daño. Era una actitud un poco débil desde el punto de vista moral, pero... Bueno, no pensó mucho en ello.

Se había mudado a la casa de la Viuda y había sido feliz allí desde entonces, o tan feliz como podría ser, de todos modos.

Se detuvo en la puerta del jardín y miró hacia arriba. Pero no, ningún milagro había ocurrido desde ayer. La casa seguía sin techo.

El techo había estado goteando desde que Imogen vivía en la casa, pero el año pasado hubo que colocar tantos cubos para atrapar las goteras cuando llovía que el subir las escaleras había empezado a parecerse a una carrera de obstáculos. Claramente, los parches esporádicos ya no serían suficientes. El techo entero necesitaba ser reemplazado, y tenía la intención de hacer el trabajo en la primavera. Sin embargo, durante una tormenta particularmente terrible en diciembre, una gran parte del techo había sido arrancada a pesar de la posición protegida de la casa, y no tuvo más remedio que hacer los arreglos para que el trabajo se hiciera en la peor época del año. Afortunadamente había un techador en el pueblo de Meirion, a seis millas río arriba. Había prometido tener el nuevo techo en su sitio antes de que regresara de casa de su hermano, y el tiempo había cooperado. Enero había sido inusualmente seco.

Sin embargo, cuando regresó hace apenas una semana, descubrió que el trabajo ni siquiera había comenzado. El techador, cuando se enfrentó a él, le explicó que había estado esperando a que regresara para que saber exactamente lo que quería, aparentemente *un techo nuevo* no había sido lo suficientemente claro. Se suponía que sus trabajadores estarían aquí esta semana, pero hasta ahora habían brillado por su ausencia. Iba a tener que enviar a uno de los mozos con otra carta de queja.

Era muy frustrante, ya que se había visto obligada a mudarse a Hardford Hall hasta que el trabajo estuviera terminado. No era ninguna dificultad en particular, se decía a sí misma. Al menos tenía que ir a algún sitio. Y siempre había amado a la tía Lavinia. Durante el primer año después de la muerte de su hermano, sin embargo, se le ocurrió a la tía Lavinia que, por pura gentileza, debía tener una compañera. La señora que había elegido era la Sra. Ferby, prima Adelaida, una Viuda anciana, a la que le gustaba explicar con su voz profunda y penetrante a cualquiera que no tuviera otra opción que escuchar que había estado casada durante siete meses a los diecisiete años, que había enviudado antes de cumplir los dieciocho años y que, por lo tanto, había escapado afortunadamente de la esclavitud del matrimonio.

Durante años después de su duelo, la prima Adelaida había hecho supuestamente visitas cortas a sus desdichados parientes, ya que había quedado mal mantenida, y se había quedado hasta que alguien más de la familia pudiera convencerla de que hiciera una visita corta a otro lugar. La tía Lavinia la había invitado voluntariamente a vivir indefinidamente en Hardford, y la prima Adelaida había llegado rápidamente y se había instalado. La tía Lavinia había recogido un parásito más. Los coleccionaba como otras personas coleccionaban conchas de mar o cajas de rapé.

No, no fue una gran dificultad verse obligada a quedarse en la casa principal, se dijo Imogen suspirando mientras se alejaba de la deprimente vista de su casa sin techo. Excepto que ahora, *pronto,* estar allí se volvería mucho peor, porque el Conde de Hardford iba a venir a Hardford Hall.

Ese techador merecía ser azotado.

El nuevo conde venía por un tiempo indeterminado. Sin embargo, su título no era tan nuevo. Había estado en posesión de él desde la muerte de su suegro de Imogen hace dos años, pero no había escrito en ese momento, ni había comparecido desde entonces, ni había mostrado ningún otro interés en su herencia. No había habido ninguna carta de condolencia para la tía Lavinia, nada. Había sido fácil olvidarse de él, de hecho, fingir que no existía, esperar que *lo hubiera* olvidado todo.

No sabían nada de él, por extraño que pareciera. Podría tener entre diez y noventa años de edad, aunque noventa parecían improbables, y diez también, ya que la carta que se le había entregado al mayordomo de Hardford esa mañana había sido escrita aparentemente había sido escrita por el propio conde. Imogen la había visto. Había sido garabateado con una mano bastante desordenada, aunque inequívocamente adulta, y había sido breve. Informó al Sr. Ratchett de que su señoría tenía la intención de ir hasta la punta de Cornualles, ya que por el momento no tenía mucho más que hacer, y que le agradecería que encontrara Hardford Hall en condiciones razonablemente habitables. Y en posesión de una escoba.

Era una carta extraordinaria. Imogen sospechaba que el hombre que la había escrito, presumiblemente el propio conde, ya que su firma era de la misma mano que la propia carta, estaba borracho cuando la escribió.

No era una perspectiva tranquilizadora.

¿En posesión de una escoba?

No sabían si estaba casado o soltero, si venía solo o con una esposa y diez hijos, si estaría dispuesto a compartir la sala con tres parientes mujeres o esperaría que se fueran a la casa de la Viuda, con techo o sin techo. No sabían si era amable o malhumorado, gordo o delgado, guapo o feo. O un borracho. Pero iba a venir. Su *viaje* sugería un progreso lento. Casi con toda seguridad tenían una semana para prepararse para su llegada, probablemente más.

Su viaje hasta la punta de Cornualles, de hecho. En febrero.

No hay mucho más que hacer por el momento, de hecho.

¿Qué clase de hombre *era*?

¿Y qué tiene que ver una escoba con todo esto?

Imogen se dirigió hacia la casa principal con pasos lentos a pesar del frío. La pobre tía Lavinia había estado revoloteando cuando Imogen se fue antes. También la Sra. Attlee, el ama de llaves, y la Sra. Evans, la cocinera. La prima Adelaida, bastante tranquila y firmemente instalada en su silla habitual junto al fuego de la sala de estar, había estado declarando firmemente que el infierno se congelaría antes de que se emocionara por la inminente llegada de un simple *hombre*. Aunque ese hombre, sin saberlo, le estaba dando un hogar en ese mismo momento. Imogen había decidido que era un buen momento para caminar hasta la aldea y visitar a Tilly.

Pero ya no pudo retrasar su regreso. Oh, cómo anhelaba la soledad de la casa de la Viuda.

Uno de los mozos llevaba un caballo en dirección a los establos, podía ver mientras se acercaba por el césped. Era un caballo desconocido, una magnífica castaña que sin duda habría reconocido si hubiese pertenecido a alguno de sus vecinos.

¿Quién...?

Tal vez...

Pero no, era demasiado pronto. Quizás era otro mensajero que había enviado antes. Pero.... ¿en *esa* espléndida montura? Se acercó a la puerta principal con una sensación de presentimiento. Abrió una de ellas y entró.

El mayordomo estaba allí, con la mirada impasible de siempre. Y un extraño caballero estaba allí también.

La primera impresión que Imogen tuvo de él era de una energía masculina casi abrumadora. Era alto y bien formado. Estaba vestido para cabalgar con un largo y monótono abrigo con al menos una docena de capas en los hombros y botas de cuero negro que parecían flexibles y caras a pesar de la capa de polvo con la que estaban recubiertas. Llevaba un sombrero alto y guantes de cuero marrón. En una mano tenía una fusta de montar. Su pelo, podía ver, era muy oscuro, sus ojos muy azules. Y era absolutamente, debilitando sus rodillas, muy guapo.

Su segunda impresión, siguiendo los pasos de la primera, era que pensaba mucho en sí mismo y un poco en los demás. Parecía impaciente e insufriblemente arrogante. Se giró, la miró,

miró fijamente a la puerta detrás de ella, que había cerrado, y la miró con las cejas arqueadas, levantadas y perfectamente arqueadas.

—¿Y quién diablos eres *tú*?—, preguntó.

*****

Había sido un viaje largo y tedioso -por no hablar del frío-, la mayor parte del cual Percy había emprendido a caballo. Su mozo conducía su carruaje de carreras, y en algún lugar detrás de ambos, en el carro de viaje, llegó un Watkins estoicamente enfurruñado, rodeado de tantos baúles, bártulos y maletas, tanto dentro como fuera del vehículo, que su resplandeciente esplendor debía estar casi perdido para los simples mortales que paso en su viaje. A Watkins no le gustaría eso. Pero ya estaba enfurruñado, estoicamente, porque había querido añadir un carro de equipaje, *no para* repartir la carga entre los carros, sino para doblarla. Percy se había negado.

Iban a estar aquí una o dos semanas como mucho, por el amor de Dios. Había sentido, cabalgando a través de Devon y luego de Cornualles, que estaba dejando atrás la civilización y forjando un camino hacia el desierto. El paisaje era escarpado y sombrío, el mar, siempre presente, de un gris uniforme a juego con el cielo. ¿Nunca brillaba el sol en esta parte del mundo? Pero, ¿no tenía Cornualles fama de ser *más cálida* que el resto de Inglaterra? No lo creyó ni por un momento.

Para cuando Hardford apareció, Percy estaba más que aburrido. Estaba irritado. Con él mismo. ¿Qué diablos lo había poseído? La respuesta era obvia, por supuesto. El alcohol lo había poseído. El año que viene encontraría una forma diferente de celebrar su cumpleaños. Acercaría una silla al fuego de su casa, se colocaría un chal de lana sobre los hombros, apoyaría los pies sobre la chimenea, colocaría una taza de té con leche junto a él y leería a Homero en griego. Ah, y agregaría una gorra de dormir con borlas para su cabeza.

Hardford Hall se había construido a la vista del mar, un hecho que no era de extrañar. ¿Dónde más se podría construir en Cornualles? Las habitaciones orientadas al frente, especialmente las del piso superior, tendrían una vista panorámica y muy apreciada de la inmensa profundidad, si esas habitaciones fueran habitables, es decir, y lo que él estaba viendo no era sólo una fachada vacía que ocultaba escombros. Toda la evidencia de sus ojos sugería que *no* era una escombrera, sin embargo. La sala era de piedra sólida y gris, de tipo paladiano, más palacete que mansión, y aunque había hiedra en las paredes, parecía como si hubiera sido mantenida bajo control por alguna mano o manos humanas. La casa había sido construida en una ligera pendiente ascendente, presumiblemente para que se viera impresionante. Pero también estaba protegida por detrás y parcialmente a cada lado entre los brazos de una pared rocosa y árboles y lo que probablemente eran coloridos jardines de rocas durante el verano. Su posicionamiento probablemente la salvó de ser arrastrada por los vientos dominantes y asentada en algún lugar de Devon o Somerbaile. El viento parecía ser una característica siempre presente en este rincón particular de la vieja Inglaterra.

Había escarpados acantilados a la vista, pero al menos la casa no se tambaleaba al borde de ellos. De hecho, había una distancia considerable detrás. Y hasta donde él podía ver, la casa estaba rodeada por un parque amurallado, que, como la hiedra, parecía haber sido mantenido en orden decente. Alguien había cortado el césped antes del comienzo del invierno y había podado los árboles. Había parterres vacíos de flores, por supuesto, pero también vacíos de maleza. Parecía como si una línea de arbustos de aulagas, en lugar de una pared, separara el parque de los acantilados.

Cuando llegó a la entrada de la casa y esperó a que el mozo que había sacado la cabeza del establo viniera y se llevara su caballo, Percy tenía la esperanza de que al menos no tendría que pasar el resto del día barriendo telarañas. Tal vez realmente tenía un personal aquí, un ama de llaves, de todos modos. Después de todo, había por lo menos un mozo afuera, y debía haber un jardinero o dos. Tal vez, ¿se atrevía a esperar? incluso había un cocinero. Quizás incluso habia una *chimenea* en una de las habitaciones. Y, de hecho, una mirada hacia el techo reveló la bienvenida visión de una línea de humo que emergía de una de las chimeneas.

Subió por los escalones hasta la puerta principal. Los escalones habían sido barridos recientemente, podía ver, y la aldaba de latón había sido pulida. Sin embargo, desdeñó hacer uso de ella, pero giró las dos perillas de las puertas, descubrió que las puertas estaban abiertas y entró a una sala de proporciones agradables con azulejos en blanco y negro bajo los pies, muebles viejos y pesados de madera oscura que habían sido pulidos y abrillantados, y viejos retratos colgados en las paredes en sus pesados marcos, los más prominentes de los cuales representaban a un caballero con una gran peluca blanca, un abrigo con faldón fuertemente bordado, calzones de rodilla con medias blancas y zapatos con robaileas y altos colores rojos. Cuatro elegantes perros de caza estaban colocados en un agradable retablo a su alrededor.

Un antiguo conde, asumió. ¿Quizás uno de sus propios ancestros?

Por unos momentos la sala permaneció vacía, y Percy se sintió aliviado de que el lugar estuviera obviamente limpio y bien cuidado, pero también desconcertado en cuanto a por qué. ¿Para quién exactamente se guardaban la casa y los terrenos? ¿Quién diablos vivía aquí?

Un anciano canoso crujía en el vestíbulo desde la parte inferior. Bien podría haber tenido la palabra *mayordomo* tatuada en la frente. No podría ser otra cosa. Pero, ¿un mayordomo para una casa vacía?

—Yo soy Hardford—, dijo Percy secamente, golpeando su fusta contra el costado de su bota.

—Mi señor—, dijo el mayordomo, inclinando su cuerpo unos cinco centímetros hacia adelante y crujiendo alarmantemente mientras lo hacía. ¿Corsés? ¿O sólo huesos viejos crujientes?

—¿Y tú eres?— Percy hizo un impaciente movimiento circular con su mano libre.

—Crutchley, mi señor.

Ah, un hombre de pocas palabras. Y entonces un gato atigrado de aspecto sarnoso entró en el pasillo, se detuvo, arqueó la espalda, gruñó a Percy como si se hubiera confundido con un perro, y salió corriendo de nuevo.

Si había algo que Percy aborrecía, o mejor dicho, una clase de cosas, eran los gatos.

Y entonces una de las puertas principales se abrió y se cerró a sus espaldas, y se volvió para ver quién había tenido el descaro de entrar en la casa por la entrada principal sin siquiera dar un golpe simbólico a la aldaba.

Era una mujer. Era muy joven, aunque no era una niña. Estaba vestida con una capa y un sombrero gris, quizás para que se mezclara con la invisibilidad en el exterior. Era alta y delgada, aunque era imposible con la capa saber si había algunas curvas para hacer su figura interesante. Su cabello era casi rubio, pero no del todo. No se veía mucho debajo del sombrero, ni un solo rizo. Su cara era un óvalo largo con pómulos altos, ojos grandes de un gris pizarra, una nariz recta, y una boca ancha que parecía como si estuviera cubriendo dientes ligeramente prominentes. Parecía un poco como si hubiera salido de una saga nórdica. Podría haber sido un rostro hermoso si hubiera habido alguna expresión para animarlo. Pero ella simplemente lo miró fijamente, como si *lo* estuviera evaluando. En su propia casa.

Esa fue su primera impresión de ella. La segunda, después de la primera, fue que se veía tan atractiva sexualmente como un pilar de mármol. Y, por extraño que parezca, era un problema. No estaba acostumbrado a tratar con mujeres que se asemejaban a pilares de mármol - y que caminaban sin anunciarse y sin ser invitadas a entrar en su propia casa y lo miraban sin admiración, sin rubores o sin ningún ardid femenino reconocible. Aunque los rubores habrían sido difíciles de detectar. Las dos mejillas y la punta de la nariz eran de un rojo brillante debido al frío. Al menos el color demostró que no era literalmente mármol.

—¿Y quién diablos eres *tú*?—, le preguntó.

Ella había provocado la grosería al entrar sin siquiera la cortesía de llamar a la puerta. Sin embargo, no estaba acostumbrado a ser grosero con las mujeres.

—Imogen Hayes, Lady Barclay—, le dijo.

Bueno, eso era un buen dilema. Si hubiera llegado al final de un puño, seguramente lo habría tirado al suelo.

—¿Estoy sufriendo de amnesia?—, le preguntó. —¿Me casé contigo y me olvidé de todo? Creo recordar que soy *Lord* Barclay. El Vizconde de, para ser exactos.

—Si te hubieras casado conmigo —dijo—, lo cual, alabado sea el cielo, no lo has hecho, entonces me habría presentado como la Condesa de Hardford, ¿no? *Eres* el conde, ¿supongo?.

Se giró para mirarla más de cerca. Tenía una voz baja y aterciopelada, que cubría la malicia. Y sus dientes *no* sobresalían. Era sólo que su labio superior tenía una ligera curvatura hacia arriba. Era una característica potencialmente interesante. Incluso podría ser un rasgo seductor si fuera seductora. Sin embargo, no lo era.

No estaba acostumbrado a sentir animosidad hacia ninguna mujer, especialmente hacia una joven. Parecía que estaba haciendo una excepción en el caso de esta mujer.

La comprensión le ilumino.

—Eres la Viuda del hijo de mi predecesor—, dijo.

Levantó las cejas.

—No sabía que tenía una—, explicó. —Una esposa, quiero decir. Una viuda ahora. ¿Y vives aquí?

—Temporalmente—, dijo ella. —Normalmente vivo en la casa de la Viuda, allí.— Señaló lo que él creía que era más o menos una dirección al oeste. —Pero el techo está siendo reemplazado.

Sus cejas se juntaron. —No me informaron del gasto—, le dijo.

Sus propias cejas se mantuvieron erguidas. —No es tu gasto—, le informó ella. —No soy un mendigo.

—¿Estás gastando dinero en una propiedad que presumiblemente *me* pertenece?—, le preguntó.

—Soy la nuera del difunto conde,— dijo ella, —la viuda de su hijo. Considero que la casa de la Viuda es mía para todos los propósitos prácticos.

—¿Y qué pasará cuando te vuelvas a casar?—, le preguntó. —¿Se me pedirá entonces que te reembolse el costo del techo?

¿Y por qué *diablos se estaba* metiendo en esto cuando apenas había puesto un pie en la puerta? ¿Y por qué estaba siendo tan abominablemente descortés? ¿Porque encontraba ofensivas a las mujeres de mármol? No, no en plural. Nunca había conocido a una antes. Sus ojos, potencialmente encantadores, estaban absolutamente desprovistos de calor.

—No sucederá—, le dijo ella. —No me volveré a casar y no pediré la devolución de mi dinero.

—¿No te querrá nadie?— Ahora había caído en picado al borde de la civilización. Debería disculparse abyectamente y ahora mismo. En vez de eso, la miró con el ceño fruncido. —¿Cuántos años tienes?

—No estoy convencida—, dijo ella, —de que mi edad sea de tu incumbencia. Tampoco lo es la lista de mis posibles pretendientes o la falta de ellos. Sr. Crutchley, me atrevo a decir que al Conde de Hardford le gustaría que le mostraran sus habitaciones para lavar el polvo del viaje de su persona y cambiarse de ropa. Lleve la bandeja de té a la sala de estar en media hora, por favor. Lady Lavinia estará ansiosa por conocer a su primo.

—¿Lady Lavinia?— La taladró con una mirada.

—Lady Lavinia Hayes—, explicó, —es la hermana del difunto conde. Ella vive aquí. Así como, en este momento, la Sra. Ferby, su compañera y prima materna.

Sus ojos se clavaron más profundamente en ella. Pero no había la menor posibilidad de que se estuviera burlando de él. —¿No en la casa de la Viuda cuando tenga un techo?

—No, aquí—, dijo ella. —Sr. Crutchley, por favor.

—Seguidme, mi señor—, dijo el mayordomo justo cuando Percy oyó el ruido de las ruedas acercándose afuera. Su carruaje, adivinó. Por un breve momento consideró salir corriendo por la puerta y bajar los escalones y saltar a bordo con la orden en sus labios de que su mozo soltara los caballos, preferiblemente en dirección a Londres. Pero sería una pena dejar atrás a su caballo favorito.

En vez de eso se volvió para seguir la retirada del mayordomo. Watkins y el equipaje tardarían un tiempo, todavía. Lady Barclay y Lady Lavinia Hayes y la Sra. Ferby tendrían que tenerlo a tomar el té con toda su polvorienta gloria.

Tres mujeres. ¡Maravilloso! Una cura segura para el aburrimiento y todo lo demás que lo afligía.

Esto le enseñaría a tomar decisiones impulsivas mientras estaba muy borracho.

CAPITULO 03

—Sentí las sábanas con mis propias manos—, dijo la tía Lavinia. —Estoy bastante segura de que estaban bien ventiladas. Espero que no se enoje durmiendo entre ellas.

—Por supuesto que no—, le aseguró Imogen. Todas las sábanas de Hardford estaban bien ventiladas, ya que se guardaban en el armario de ventilación cuando no se usaban.

—A menos que sea un anciano y ya lleve—, agregó la tía Lavinia. —O los reumáticos. *¿Es* mayor, Imogen?

—No lo es—, le dijo Imogen.

—¿Y está casado? ¿Hay niños? ¿Y ellos y su esposa lo seguirán hasta aquí? Oh, es muy triste que sepamos tan poco de él. No me gustan las peleas familiares. Espero no tenerlas. Si no puede haber paz, armonía y amor en las familias, ¿para qué sirven las familias?

—Muéstrame una familia que dice vivir en paz, armonía y amor, Lavinia—, dijo la prima Adelaida, —y lideraré la búsqueda de todos los esqueletos en los armarios. Tanto alboroto por un hombre.

—No puedo creer —dijo la tía Lavinia—que estuviera tan ocupada viendo que todo estuviera listo para él que no lo oí llegar. Pero no podíamos saber que vendría tan pronto, ¿verdad? ¿Qué pensará de mí?

—Tienes que ser más como yo, Lavinia—, dijo la prima Adelaida, —y no preocuparte por lo que *los demás* piensen de ti. Y menos aún un hombre.

La tía Lavinia se había horrorizado al enterarse de que se había perdido la llegada del conde y su deber de hacerle una reverencia en la sala. Ahora estaba sentada en el salón, pareciendo un resorte en espiral, esperando la aparición de su señoría para el té.

—No pensé en preguntarle si está casado—, dijo Imogen. Si lo estaba, compadecía a la condesa desde el fondo de su corazón. A menudo no recibía a la gente con aversión, al menos no al conocerla por primera vez. Pero el Conde de Hardford era todo lo que más aborrecía en un hombre. Era grosero, arrogante y prepotente. Y sin duda nunca hubo nadie que le pidiera cuentas. Era del tipo que sería admirado y seguido servilmente por los hombres y adulado y desmayado por las mujeres. Ella *conocía* el tipo. Los líos de los oficiales de los que había tenido conocimiento abundaban. Afortunadamente, *muy* afortunadamente, su marido no había sido uno de ellos. Pero entonces no se habría casado con él si lo hubiera sido.

—¿No has visto a Prudence, por casualidad, Imogen?— preguntó la tía Lavinia. —Todos los demás están contabilizados y encerrados a salvo dentro de la habitación de la segunda ama de

llaves, aunque a Bruce no le gustó ni un poquito. Pero Prudence no estaba en ninguna parte. Espero que no esté escondida en algún lugar, esperando para aparecer en un momento incómodo.

—No lo he hecho—, dijo Imogen. —El Conde de Hardford no sabía de mi existencia. Y de los tuyos. Y de la de la prima Adelaida.

—Oh, querida—, dijo la tía Lavinia. —Eso *es* incómodo. Pero debería haber hecho averiguaciones. O quizás deberíamos haber enviado una carta de felicitación cuando logró el título y entonces lo habría sabido. Pero en ese momento estaba demasiado molesta por la muerte del pobre Brandon. El papá de Dicky—, agregó, para que si Imogen o su prima no entendían quién era Brandon.

La puerta de la sala de estar se abrió abruptamente y sin ni siquiera un golpecito en el panel exterior o al Sr. Crutchley para anunciar la nueva llegada.

El Conde de Hardford no se había cambiado de ropa. Imogen dudaba de que su equipaje hubiera llegado aún, ya que había venido a caballo. No hay duda de que había un valet en camino. O dos. O tres, pensó mal. Su abrigo de montar y su sombrero habían sido desechados, pero la ropa de montar que aún usaba era obviamente muy cara y bien hecha a medida. Su abrigo y sus calzones moldearon su alto y poderoso cuerpo, en el que no había imperfección perceptible. Su lino era admirablemente blanco y crujiente, considerando el hecho de que había viajado en él. Había encontrado algo con lo que devolverle el brillo a sus botas. O bien era un hombre muy rico, concluyó Imogen, pero la hacienda de Hardford no era particularmente próspera, ¿verdad?, o sus cuentas sin pagar con su sastre y su zapatero eran asombrosamente altas. Probablemente esto último, pensó ella simplemente porque quería pensar lo peor de él. Se había peinado el pelo. Era oscuro y grueso, brillante y con un estilo experto.

Estaba *sonriendo*, e incluso sus dientes eran perfectos y perfectamente blancos.

Se inclinó con practicada elegancia mientras la tía Lavinia se ponía de pie y se sumergió en su más formal reverencia. La prima Adelaida se quedó dónde estaba. Imogen se puso en pie porque no quería que su anterior grosería la provocara a tomar represalias con su propia grosería.

—Señora—, dijo, convirtiendo toda la fuerza de un encanto devastador sobre la tía Lavinia. —Lady Lavinia Hayes, supongo. Estoy encantado de conocerle por fin y debo disculparme por haber descendido sobre usted con tan poca antelación. Debo disculparme también por haber cabalgado tan lejos de mi equipaje y de mi valet que me veo obligado a aparecer en la sala de estar tan inapropiadamente vestido. Hardford, señora, a su servicio.

¡Bueno!

—Nunca debes disculparte por venir a tu propia casa, primo—, le aseguró la tía Lavinia, con las manos pegadas a su pecho, dos manchas de color floreciendo en sus mejillas, —o por vestirte informalmente cuando estás en ella. Y debes llamarme *prima*, no *Lady Lavinia* como si fuéramos extraños.

—Será un honor, prima Lavinia—, dijo. Volvió su sonrisa sobre Imogen, y sus ojos muy azules se volvieron instantáneamente burlones. —Y, si puedo hacerlo tan libre... ¿Prima Imogen? Entonces debo ser el primo Percy. Seremos una familia feliz.

Volvió su encanto sobre la prima Adelaida.

—¿Y puedo presentarte a la Sra. Ferby, primo Percy?— dijo la tía Lavinia, sonando ansiosa. —Es una prima por parte de mi madre y por lo tanto no tiene relación contigo. Sin embargo…

—Sra. Ferby—, dijo con una reverencia. —Tal vez podamos considerarnos primos honorarios.

—Puedes considerar lo que quieras, jovencito—, le dijo.

Pero en vez de desequilibrarlo, su insinuación de que *ella* no consideraría tal cosa simplemente convirtió su sonrisa en una genuina diversión, y se veía aún más guapo.

—Se lo agradezco, señora—, dijo.

La tía Lavinia procedió a sentarlo en la silla grande a la izquierda del fuego que siempre había sido de su hermano y en el que a nadie más se le había permitido sentarse, incluso después de su muerte. La bandeja de té llegó casi inmediatamente con un plato grande de bollos y tazones de crema coagulada y conservas de fresa.

Desafortunadamente, las criadas dejaron la puerta de la sala abierta cuando entraron. Igualmente lamentablemente, alguien debía haber abierto la puerta de la habitación de la segunda ama de llaves, así llamada por ninguna razón que Imogen hubiera podido comprender, ya que nunca había habido una persona así en el personal de la casa. Casi antes de que la bandeja de té se hubiera colocado y de que Imogen se hubiera sentado detrás para servir el té, la habitación fue invadida. Los perros ladraban y chillaban y jadeaban y perseguían sus colas y miraban los bollos con ojos codiciosos. Los gatos maullaban, arañaban y gruñían, ese era Prudence, que al parecer ya no estaba perdida, y saltaban a los regazos y a los muebles y miraban la jarra de leche.

No había un animal realmente bonito o guapo entre todos ellos. Algunos eran francamente feos.

Imogen cerró los ojos brevemente y luego los abrió para observar la reacción del conde. *Esto* borraría la sonrisa de su cara y pondría fin al encanto que emanaba de cada uno de sus poros. Blossom, el más peludo de los gatos y también el de más arrojó, había saltado sobre su regazo, lo había mirado con odio y luego se había acurrucado en una bola peluda.

—Oh, querida—, dijo la tía Lavinia, de pie de nuevo y retorciéndose las manos. —Alguien debe haber abierto la puerta de la segunda ama de llaves. Fuera de aquí, todos ustedes. ¡Vete! Lo siento mucho, primo Percy. Habrá pelo por todas partes en tus.... pantalones.— Sus mejillas ardían de nuevo en escarlata. —Flor, baja de ahí. Esa es su silla favorita, porque está cerca del fuego. Tal vez no se dio cuenta... Oh, querida.

Imogen cogió la tetera.

Bruce, el bulldog, había tomado posesión de la estera antes de la chimenea con mucho ruido antes de dirigirse a dormir. Fluff, que no era mullido, y Tiger, que no era feroz, se establecieron a ambos lados de él. Eran gatos. Benny y Biddy, ambos perros, uno de ellos alto y desgarbado, con ojos de perro colgado, orejas y papada, el otro corto y largo, casi como una salchicha, con patas tan cortas que eran invisibles desde arriba, se rodeaban unos a otros, olfateando los extremos traseros, era un estiramiento considerable para Biddy, hasta que quedaron satisfechos de haberse conocido antes, y luego se dejaron caer juntos a la ventana. Prudence, la tabby, se paró cerca de la bandeja de té, su espalda arqueada, gruñendo a Héctor. Héctor, el más reciente miembro de su familia, si se descuenta el conde, era un perro pequeño de raza *muy* mezclada, sus delgadas patas alarmantemente delgadas, sus costillas claramente visibles a través de su pelaje opaco y desigual, sus orejas media erectas, su cola ligeramente ondulada en tres cuartos. Se puso de pie junto a la silla del conde y le miró con ojos que salían de un rostro feo y lleno de picos, rogando en silencio por algo. ¿Piedad, quizás? ¿Amor, tal vez?

La tía Lavinia agitaba los brazos en un gesto espeluznante. Ninguno de los animales se dio cuenta de ello.

— Por favor, siéntese, prima Lavinia —, dijo el conde, un monóculo se materializo en su mano derecha desde algún lugar sobre su persona. —Supongo que tarde o temprano iba a encontrarme con la colección de animales salvajes, y más vale que sea temprano. De hecho, creo que ya conozco de pasada al gruñón tabby. ¿Ella... él?, corrió por el pasillo mientras yo estaba en él antes y expresó su disgusto por mi llegada.

—Ella no lo sabe—, dijo Imogen, dejando su taza y su platillo a su lado, —que los gatos silban y los perros gruñen.

Ella le miró a la cara, a un metro de la suya. Ya no sonreía. Pero, para darle crédito, no había perdido nada de su aplomo. Tampoco había levantado el monóculo hasta el fondo de sus ojos. Se agachó y sacó a Blossom de su regazo, rozándole inadvertidamente el muslo con el dorso de sus dedos mientras lo hacía. Él levantó una ceja y la miró de nuevo. Se inclinó y depositó al gato en el suelo.

—Tal vez—, dijo el conde con siniestra cortesía mientras Imogen se preparaba para llevarle un bollo, —alguien querría explicarme por qué mi casa parece estar llena de lo que yo diría que es una manada de vagabundos.

—Nadie, ciertamente—, dijo la prima Adelaida, —habría elegido a cualquiera de ellos como mascota. Son un grupo singularmente poco atractivo.

—Siempre hay animales vagando por el campo sin hogar—, dijo la tía Lavinia. —La mayoría de la gente los ahuyenta o los persigue con palos, escobas e incluso armas. Parece que siempre terminan aquí.

—Tal vez, señora—, dijo, su voz sedosa, —es porque se apiada de ellos.

Parecía haber olvidado que ella era la *prima Lavinia* y que eran una familia feliz.

—*Siempre* quise tener una mascota cuando era niña—, explicó con un suspiro. —Mi papá nunca lo permitió. Yo todavía quería una después de que crecí y papá muriera, pero Brandon tampoco quería oír hablar de ello. Brandon era mi hermano, el difunto conde, tu predecesor.

—En efecto—, dijo mientras mordió su bollo sin cargarlo con crema y conservas.

—Me regañó cuando un día me pilló alimentando a un gato callejero—, dijo ella. —Pobre cosita. La comida sobrante habría ido a la papelera. Después de que Brandon murió, otro gato vino. Florecer. Estaba terriblemente delgada y débil y casi sin abrigo. La alimenté y la acogí y le di un poco de amor, y mírala ahora. Y luego hubo otro: Tigre. Y entonces llegó Benny, el perro alto, como si estuviera a un día de morir de hambre. ¿Qué iba a hacer?

El conde dejó a un lado su plato vacío, apoyó los codos en los brazos de la silla y juntó los dedos.

—Cuatro gatos y cuatro perros—, dijo. —¿Estos son todos, señora?

—Sí—, dijo ella. —Ocho desde que llegó Héctor la semana pasada. Es el perro que está a tu lado. Sigue siendo terriblemente delgado y tímido. Debe haber sufrido abuso y rechazo toda su vida.

El conde bajó la vista hacia el perro, y el perro lo miró. Con desdén, o lo que Imogen imaginaba que era desdén, lo miró fijamente de nuevo indeciso. La cola de Héctor se movió una y otra vez.

Los ojos del conde se entrecerraron.

—No tengo ningún amor por los gatos—, dijo, —a menos que se ganen la vida como cazarratones y se queden en las partes de las casas a las que pertenecen. Y los perros deben ser tolerados si son buenos cazadores—. Levantó los ojos para mirar fijamente a Imogen. —Es de esperar, supongo, que las mujeres que se quedan solas se vuelvan sentimentales y poco prácticas. ¿Cuál será el límite superior de.... perros callejeros a los que se les permita invadir mi casa?

La prima Adelaida resopló.

Imogen sorbió su té. Se estaba comportando muy fiel al personaje que le había asignado. Las mujeres necesitaban hombres que las mantuvieran a raya. Ella no le contestó. Tampoco la tía Lavinia.

—Como pensaba—, dijo secamente. —No se ha establecido un límite máximo. No se ha hecho ningún plan. Y así debo aprender a compartir mi salón y quizás mi comedor, mi biblioteca y habitaciones privadas con un número creciente de felinos y caninos poco atractivos, ¿no es así?

—El segundo cuarto del ama de llaves ha sido preparado para ellos, primo Percy—, dijo la tía Lavinia.

—¿Con barrotes en las ventanas y puertas?—, preguntó. —¿Y siempre se mantienen allí? ¿Cuándo no se escapan del cuarto, es decir, y encuentran un alojamiento más cómodo aquí? ¿Y qué le parece a la segunda ama de llaves compartir su habitación con ellos?

—No hay una segunda ama de llaves—, dijo. —No estoy segura de que la haya habido. Ciertamente no recuerdo a ninguna. No hay rejas en las ventanas. Y no pueden quedarse allí todo el tiempo. Necesitan ejercicio. Y afecto.

Volvió a mirar a Héctor.

—Afecto—, dijo, asco claro en su tono. Pero el perro dio un paso adelante y apoyó su mentón en el muslo del conde. Era la primera vez que Imogen sabía que Héctor había tocado voluntariamente a un ser humano. Obviamente no era un perro muy exigente. El conde se dirigió a él con firmeza. —No estarás planeando apegarte a mí, ¿verdad? Puedes olvidarlo sin más preámbulos si es así. No recibirías nada a cambio. Las miradas suplicantes no me hacen nada. No tengo un corazón femenino blando.

—Ahora sí que hay una sorpresa—, dijo la prima Adelaida en su taza de té.

El conde se quitó la barbilla de Héctor de su pierna después de frotar sus dedos sobre la oreja entera del perro por unos instantes, y se puso en pie.

—Discutiremos el asunto más a fondo, señora—, dijo, mirando a la tía Lavinia. —No permitiré que Hardford Hall se convierta en un refugio de animales, ni siquiera en mi ausencia. Y si hay alguna otra silla escondida en una habitación poco utilizada o en algún lugar de un ático que sea más cómoda que está en la que me he estado sentado, casi *cualquier* otra silla, de hecho, le estaría muy agradecido si se pudiera reemplazar por esta antes de que se me pida que me siente aquí de nuevo. Tal vez quiera felicitar a la cocinera por la calidad superior de los bollos. Los veré a todos en la cena. ¿Prima Lavinia? ¿Prima Imogen? ¿Sra. Ferby?

Se inclinó ante cada una de ellas y salió de la habitación.

Héctor se quejó una vez y se acostó cerca de la silla vacía.

—El regalo de Dios a la mitad femenina de la especie—, dijo la prima Adelaida.

—Supongo que tiene razón—, dijo la tía Lavinia con un fuerte suspiro. —Las mujeres *somos* poco prácticas porque tenemos *corazón*. No es que los hombres no lo tengan, pero sienten las cosas de manera diferente. No sienten el sufrimiento a su alrededor o, si lo hacen, saben cómo endurecer sus corazones cuando no tiene nada que ver con ellos.

—El Conde de Hardford—, dijo Imogen, —es definitivamente un hombre sin corazón, tía Lavinia. Estaría dispuesta a jurarlo. Es un hombre de mal humor que piensa que nadie se dará cuenta de su maldad si se pone un poco de encanto cuando le conviene.

Odiaba encontrarse de acuerdo con la prima Adelaida, pero ese hombre le había irritado profundamente. Su encanto era, en el mejor de los casos, de piel delgada.

—Oh, querida—, dijo la tía Lavinia, tomando otro bollo. —Yo no diría eso, Imogen.

—*Lo haría*—, dijo su prima.

CAPITULO 04

Las habitaciones del conde, como era de esperar, tenían el lugar de honor en el centro del piso superior de la casa. Ofrecían la mejor vista de cualquier habitación: una vista panorámica a través de prados y parterres de flores hasta una banda de arbustos de aulagas y acantilados y el mar que se extiende hasta el infinito. Era una vista verdaderamente magnífica.

Volvió las rodillas de Percy débiles de terror.

Su dormitorio también estaba húmedo, descubrió la primera noche cuando se acostó sobre sábanas notablemente empapadas. El ama de llaves estaba horrorizada, desconcertada y se disculpó. Ella había revisado las sábanas *con sus propias manos* antes de ponerlas sobre su cama, aseguró a su señoría, y también lo hizo su señoría. Pero ahora estaban húmedas, y no podía negar la evidencia cuando se enfrentaba a ella.

—Tal vez,— sugirió Percy,—es el colchón en sí lo que está húmedo.

El colchón, las sábanas y las mantas fueron cambiados por un fuerte lacayo y un ejército de doncellas, todos los cuales sin duda habían sido sacados de sus camas para que su amo pudiera dormir sin ahogarse.

Y también había, Percy descubrió cuando retiró las cortinas de las ventanas antes de acostarse en su recién hecha cama, una gran V de humedad empapada en el papel pintado debajo del alféizar de la ventana. Un poco misterioso, pensó, ya que no había encontrado nada de lluvia durante su viaje y no se había dado cuenta antes de ese parche.

El sol brillaba en el mar a la mañana siguiente cuando Percy se levantó de la cama y miró con cautela. El agua estaba en calma. Tanto el mar como el cielo eran de un azul claro, por fin. Todo parecía muy benevolente, de hecho, y la extensión del parque entre la casa y los acantilados parecía tranquilizadoramente amplia. Seguramente nos llevaría cinco minutos caminar desde la casa hasta esos arbustos de aulagas. Sin embargo, deseaba que sus habitaciones estuvieran en la parte de atrás de la casa, frente a esas rocas sólidas.

La mancha húmeda debajo del alféizar de la ventana parecía considerablemente menos húmeda esta mañana, notó.

Podía oír a Watkins en su vestidor y pasó una mano por encima del áspero rastrojo de su mandíbula. Era hora de afrontar el día. Pero puso una pequeña mueca de dolor ante la perspectiva. Uno habría pensado que en algún momento durante los últimos dos años *alguien* habría pensado en mencionar que el difunto conde había muerto en posesión de una hermana solterona residente y una nuera Viuda. Y allí estaba la prima de lengua aguda, misericordiosamente ajena a él, que hablaba con voz de barítono, lo que podía hacer que se la confundiera con un hombre si no se podía verla. Y ahí estaban los animales...

Anhelaba repentinamente la cordura de su casa de Londres y White's Club y sus amigos familiares y.... el aburrimiento. Pero no tenía a nadie más que a sí mismo a quien culpar.

Desayunó con Lady Lavinia y Mrs. Ferby. La primera le explicó lo que pensaba que debía ser la relación exacta entre ellos por lo que él les había dicho anoche. Claramente habían compartido un tatarabuelo, a pesar de que sus edades relativas llevarían a cualquiera a asumir que estaban separados por una generación. El primo Percy era el primo tercero de Lady Lavinia. Dicky, el hijo de su difunto hermano, habría sido su primo tercero una vez eliminado. Por lo tanto, Imogen era su prima tercera política.

La señora en cuestión no se presentó. Ella era, asumió Percy, una madrugadora.

—¡Dicky!— La Sra. Ferby dijo, dirigiéndose a la comida de su plato. —Era *Richard*, ¿verdad, Lavinia? Me sorprende que no se revelara contra un nombre tan infantil—. Se detuvo a comer y miró a Percy con una mirada. —¿Supongo que tú eres Percival?

—Lo soy, señora—, estuvo de acuerdo.

—La única vez que mi marido se dirigió a mí como *Addy*—, dijo, —fue también la última vez. Murió siete meses después de casarme con él.

Percy no preguntó si había una conexión entre los dos incidentes.

—Tenía diecisiete años—, añadió, —y él cincuenta y tres. No fue un emparejamiento de mayo/septiembre. Fue más como un *desajuste entre* enero y diciembre.

Su breve matrimonio, concluyó Percy, no había sido de la variedad hecha en el cielo, aunque adivinó que el Sr. Ferby podría haber estado muy contento de jubilarse allí después de siete meses con su joven novia.

Lady Lavinia se ofreció a mostrarle la sala de la mañana después del desayuno, asumiendo, supuso, que tal vez desearía poner los pies en alto y disfrutar de su existencia ante un fuego rugiente. Era una gran sala y era lo que él llamaría la biblioteca, aunque es cierto que miraba hacia el este y por lo tanto tomaba el sol de la mañana. Había una impresionante variedad de libros en las estanterías. Disfrutaría hojeándolos en otro momento.

Dos gatos yacían tranquilos ante las ventanas, cada uno en un rayo de luz solar cálida. Gatos sabios. El gran bulto de un bulldog se había apoderado de la alfombra ante la chimenea y estaba tendido allí, aparentemente dormido. El perro flacucho de los ojos saltones se acobardaba bajo un escritorio de roble, pero salió corriendo cuando vio a Percy agitando su cola y mirando hacia arriba con una esperanza abyecta. Percy colocó monóculo sobre él y ordenó que se sentara. También podría haberle pedido que hiciera una pirueta con los dedos puntiagudos de una pata.

Iba a tener que *hacer* algo con esos perros callejeros, pensó Percy al menos por doceava vez desde ayer por la tarde.

No se quedó. A petición suya, Lady Lavinia lo llevó a la oficina del administrador en la parte de atrás de la casa y lo dejó en manos de Ratchett, que parecía tener ochenta años en la actualidad y estaba tan polvoriento como la montaña de libros de propiedad y de contabilidad que se amontonaban por todas partes, incluso en la parte superior de su escritorio.

El hombre sacudió su cabeza calva varias veces, ¿o fue simplemente porque temblaba? y entrecerraba los ojos en la dirección general de la oreja izquierda de Percy. Indicó las pilas polvorientas y expresó la opinión de que su señoría debía estar deseoso de pasar el día en ellos. Su señoría no deseaba tal cosa. Pero mirando pensativamente a su buen y fiel sirviente, que ni una sola vez le había mirado a la cara, tomó la decisión instantánea de *no* pedirle al hombre que

lo llevara en persona por la finca.

Necesitaba hacer algo con los extraviados *y* el antiguo mayordomo, pensó. Y el mayordomo también estaba un poco chirriante.

—Quizá en otro momento—, dijo. —Planeo pasar el resto de la mañana vagando por ahí, viendo qué es qué.— Lo cual era ciertamente un plan vago.

Y entonces, justo cuando estaba a punto de salir a la calle, el mayordomo le dijo con tristeza que la alcoba del conde siempre había estado más húmeda que cualquier otra habitación de la casa, aunque ahora era peor de lo que había sido en los últimos días de su señoría. Se ocuparía personalmente de que su señoría fuera trasladado a la más espaciosa de las habitaciones de huéspedes en la parte trasera de la casa.

Era exactamente lo que Percy quería. Si la oferta se hubiera hecho ayer, antes de retirarse a la cama por la noche, podría haberla aceptado gustosamente. Pero... bueno, sus sirvientes podrían hacer habitable la habitación. No les había hecho muchas demandas durante dos años completos, ¿verdad?

—No hay necesidad de molestar—, dijo. —Pero asegúrate de que se encienda un fuego y que siga ardiendo.

El mayordomo inclinó la cabeza y crujió hacia delante para abrir las puertas delanteras.

Percy salió y respiró hondo el aire del mar, que era, como mínimo, vigoroso. Bajó los escalones y salió por el césped en dirección oeste. Pero dejar las puertas abiertas en la casa debía ser un hábito, concluyó un minuto más tarde cuando se dio cuenta de que el perro lo estaba siguiendo, el flacucho, que debía haber estado muy cerca del punto de la inanición terminal cuando Lady Lavinia se apiadó de él. No parecía firmemente establecido en la tierra de los vivos, ni siquiera ahora.

—Es así—, dijo Percy, deteniéndose y hablando con cierta exasperación. —Héctor, ¿verdad? Nunca he oído un nombre tan inapropiado en toda mi vida. Es así, Héctor. Pretendo caminar, *dar zancadas,* cubrir distancias. Si eres tan estúpido como para seguirme, no malgastaré energía intentando impedírtelo. *No* me detendré a esperarte si vacilas, ni te llevaré si te encuentras exhausto y varado lejos de la casa y de tu comedero. Y, mientras que en el tema de la alimentación, *no* tengo golosinas para perros sobre mi persona. Ni una sola. ¿Está claramente entendido?

La patética disculpa de la cola de un perrito se agitó a medias y, cuando Percy se volvió para dar un paso adelante, Héctor trotó tras él.

Tal vez entendía el griego antiguo.

El parque estaba bien dispuesto y probablemente era un impresionante primer plano para la propia casa durante el verano, cuando la hierba sería más verde y los árboles tendrían hojas y flores que florecerían en los lechos. Su principal atractivo para la mayoría de la gente, por supuesto, sería su posición en lo alto de un acantilado con vistas despejadas de interminables extensiones de mar. Algunas personas, *la mayoría*, en realidad, se distraían de esa manera. Un par de los parterres de flores que había habían sido ingeniosamente situados en huecos, donde estarían protegidos de los vientos. En ellos se habían colocado asientos de hierro forjado, presumiblemente para que el espectador pudiera disfrutar de las flores sin que le volara el sombrero o la cabeza.

El muro que rodeaba el parque por tres lados estaba construido con piedras de todos los tamaños y formas y no había mortero ni nada que los uniera, notó con interés. Todo se mantenía en su lugar gracias a la habilidad del constructor para unir una piedra con otra y... Pero no entendía cómo se hizo para que todo no se derrumbara tan pronto como el constructor se dio la vuelta. Debía preguntarle a alguien.

Sobre el muro oeste podía ver los comienzos de un valle, aunque no podía ver lo que había allí abajo. Las tierras de cultivo, presumiblemente suyas, se extendían hacia el norte. La mayoría de los campos que podía ver estaban salpicados de ovejas y muchas de ellas, pero no había nada que se pareciera a un campo cultivado. *Era* sólo febrero, por supuesto.

Se preguntaba por qué la finca aparentemente prosperaba tan poco. Tal vez intentaría averiguarlo. O quizás no se molestaría. ¿Cómo podría alguien *vivir* aquí? Se moriría de aburrimiento en un abrir y cerrar de ojos, lo que, ahora pensándolo bien, era exactamente lo que había estado haciendo en Londres también. Tal vez el aburrimiento tenía menos que ver con un lugar que con la persona que lo sentía. Ese era un pensamiento sombrío.

Consideró seguir el muro hacia el norte, detrás del afloramiento de roca en la parte trasera de la casa, para poder ver más de sus tierras. Pero el camino parecía escabroso, y en vez de eso se volvió para seguir un sendero que conducía hacia el sur a lo largo del interior de la pared, aunque se dio cuenta de que cada paso lo acercaba al borde de los acantilados. Antes de llegar a ellos, sin embargo, llegó a una casa en la esquina suroeste del parque, enclavada en un acogedor hueco y rodeada por tres lados, como la propia casa principal en menor escala, por altas rocas y arbustos. Era una casa sin techo. O, al menos, tenía el marco de un techo, pero no la cubierta que mantendría los elementos fuera. No se necesitaba mucho poder de deducción para concluir que ésta debe ser la casa de la Viuda, la casa de Lady Barclay, su prima tercera una vez que fue obviado. Había dos hombres en las vigas. Uno de ellos estaba martillando mientras el otro estaba de pie y observando.

Percy caminó hacia adelante. La casa parecía cuadrada y sólida y razonablemente bien dimensionada. Adivinó que había por lo menos cuatro habitaciones, tal vez seis, arriba, y varias abajo. Había un jardín limpio, bordeado al este, en el lado sin protección, por un baileo de boj bajo. Una puerta de madera rústica en el centro se abría a un camino recto que conducía a la puerta principal.

Percy se detuvo fuera de la puerta. Los dos hombres le habían visto acercarse. El martilleo había cesado.

—¿Cómo va el trabajo?—, dijo.

Ambos hombres se retiraron sus flequillos, agitaron la cabeza y no dijeron nada. ¿Quizás comprendían el griego antiguo?

—Está progresando—, dijo una voz fría y aterciopelada, y su dueña apareció a la vista desde al lado de la casa, con una cesta de lo que parecía hierba en un brazo, una pequeña paleta en la otra mano. Presumiblemente las malas hierbas crecieron en febrero, incluso si las flores no lo hicieron.

Llevaba de nuevo la capa gris y el sombrero, aunque la capa había sido empujada hacia atrás por encima de sus hombros para revelar un simple vestido azul. Simplemente le quedaba bien. Ayer descubrió que tenía una figura excelente. No era voluptuosa, pero había curvas en todos los lugares correctos, y todo estaba en perfecta proporción con su altura. Tenía piernas

largas, que él podría haber considerado interesante si hubiera tenido algún atractivo sexual para él. Nunca se le había ocurrido la idea de hacer el amor con el mármol. Sonaba frío.

Su pelo también era más atractivo sin el sombrero. Era grueso y brillante y suave y tenía un estilo simple. Adivinó que era liso y largo. Pero *no* tenía ninguna fantasía de pasar los dedos por allí.

—Avanzaría mucho más rápido si hubiera más hombres allí arriba—, dijo. —O si los dos trabajaban en tándem en lugar de uno cada vez. Hablaré con Ratchett. Este techo tiene que estar puesto antes de que el clima provoque algo desagradable.

—No harás tal cosa—, le dijo, con las cejas a la mitad de la frente. —Mi casa no tiene nada que ver con el Sr. Ratchett. O tú.

Miró deliberadamente a su alrededor mientras juntaba las manos a la espalda. El perro, notó, estaba todavía con él, y ahora estaba sentado a sus pies como un fiel sabueso.

—¿Esto es o no es mi tierra?—, le preguntó. Miró al edificio. —¿Y mi casa? ¿No son las reparaciones en mi propiedad mi preocupación y mis gastos? ¿Es Ratchett o no es mi mayordomo?

Este último punto, en realidad, podría ser cuestionable.

—Por ley—, dijo ella, —es tuyo, por supuesto. En realidad es mío. Tengo derecho a vivir aquí como nuera del difunto conde y Viuda de su único hijo. Su mantenimiento es *mi* responsabilidad y *mis* gastos.

La miró fijamente, y ella miró fijamente hacia atrás.

Un callejón sin salida.

¿No eran tales argumentos generalmente el reverso de este? ¿No deberían estar desguazando sobre quién *no* debería pagar por las reparaciones?

—Ya veremos—, dijo.

—Sí, lo haremos—, estuvo de acuerdo.

Ciertamente se estaban relacionando el uno con el otro de la manera equivocada. No estaba acostumbrado a tener relaciones de confrontación con las mujeres. O con cualquiera, de hecho. Normalmente era el más amable de los mortales. Quizás le molestaba el hecho de que él hubiera heredado de su suegro. Debía haberse casado con el difunto Dicky con la plena expectativa de que algún día sería Lady Hardford de Hardford Hall. Debía ser una fea humillación ser una Viuda dependiente, con sólo el título de cortesía menos ilustre para distinguirla, y vivir en una modesta casa en un oscuro rincón del parque.

—De vuelta al trabajo—, dijo, levantando los ojos hacia el techo, donde los dos hombres estaban mirando hacia abajo, espectadores interesados en el altercado que estaba ocurriendo abajo. —Lady Barclay, ¿puedo persuadirla de que abandone su deshierbe para caminar conmigo?

Quizás podrían dar un paso atrás y empezar de nuevo. Se arrepintió de la forma en que la había saludado ayer, *¿y quién diablos eres tú?* No es de extrañar que le guardara rencor, especialmente cuando su marido debería haber sido el dueño de la propiedad que él mismo había ignorado durante dos años. Pero, ¿qué podía esperar cuando el hombre la abandonó para irse corriendo a Portugal y España a jugar a la guerra?

Ella consideró su oferta, mirándolo todo el tiempo. Luego se quitó los guantes, que al parecer habían sido puestos para su jardinería, los colocó encima de la maleza en su cesta con la paleta, colocó la cesta al lado de los escalones delanteros de la casa, y volvió a poner su capa sobre sus hombros. Otro par de guantes aparecieron de un bolsillo.

—Sí—, dijo ella.

—Debes estar resentida conmigo—, le dijo mientras se dirigían hacia el este por el sendero del acantilado, el cual, al darse cuenta demasiado tarde, estaba incómodamente cerca del borde de los acantilados, separados del parque por el espeso seto de arbustos de aulagas. Y, siendo un caballero, se vio obligado a caminar por el exterior.

—¿Debo estarlo?

—Esperabas que tu marido estuviera en mi lugar—, dijo. —Esperabas ser la condesa.

—Si lo hice—, dijo, —he tenido mucho tiempo para ajustar mis expectativas. Mi marido lleva muerto más de ocho años.

—¿Ocho?—, dijo. —Sin embargo, ¿no te has vuelto a casar?

—¿Y no te has *casado*?—, preguntó ella a cambio. Al principio parecía que no era una secuela, pero luego entendió lo que estaba diciendo.

—Seguramente es diferente para una mujer—, dijo.

—¿Por qué?—, preguntó. —¿Porque una mujer no puede funcionar en la vida sin un hombre que la proteja y ordene su vida por ella?

—¿Es eso lo que hizo tu marido?—, preguntó. —¿Ordenar tu vida? ¿Te dejó para que irse a la guerra y te ordeno que te quedaras atrás, haciendo el papel de paciente y obediente esposa mientras esperabas su regreso?

—Dicky era mi amigo—, le dijo. —Mi más querido amigo. Éramos compañeros iguales. No me dejó atrás cuando fue a la guerra. Me llevó con él. No, corrección. Fui con él. Estuve con él hasta el final.

—Ah, una mujer que seguía a las tropas—, dijo, girando la cabeza para mirarla. Sí, se lo podía imaginar. Se trataba de una mujer que no se marchitaba en condiciones duras ni se estremecía ante el peligro. —Admirable. Murió en batalla, ¿verdad?

Estaba mirando fijamente hacia adelante, con la barbilla levantada. Las gaviotas chillaban en algún lugar por debajo del nivel de sus pies. Lo encontró un poco perturbador.

—Murió en cautiverio—, dijo ella. —Era un oficial de reconocimiento. Un espía.

Ah, pobre diablo. Pero, ¿los oficiales capturados no fueron tratados con dignidad, honor y cortesía, siempre y cuando daban su libertad bajo palabra, es decir, su promesa como caballeros de no intentar escapar? A menos que no llevaran uniforme cuando los atraparan, como bien podría haber estado un oficial de reconocimiento. No quiso preguntar. No quería saberlo. Pero…

—¿Estuviste con él *hasta el final*?— Frunció el ceño.

—Fui a las colinas con él al comienzo de esa misión en particular—, dijo, —como a menudo lo hice cuando se consideraba que era lo suficientemente seguro. Su ordenanza me habría escoltado de vuelta. Todavía estábamos muy por detrás de nuestras propias líneas. Ambos

fuimos capturados.

—¿Y el ordenanza?

—Estaba buscando leña en ese momento,— dijo ella,—y pudo escapar.

Un cautivo había sobrevivido y otro no. De repente, vio su comportamiento de mármol bajo una nueva luz. ¿Qué le había pasado durante su cautiverio? ¿Especialmente si su marido no llevaba uniforme? Era realmente demasiado espantoso para pensarlo y no lo iba a hacer. Ciertamente no iba a hacer más preguntas. No quería saberlo.

—Así que volviste a Inglaterra sola—, dijo. —¿Te mudaste inmediatamente a la casa de la Viuda?

—Me fui a casa—, dijo ella, —a la casa de mi padre, a veinte millas de aquí. Pero yo no hablaba ni dormía ni salía de mi habitación. O comía. Mi madre es prima del duque de Stanbrook. Vive en Penderris Hall, en el lado este de Cornualles. Había abierto su casa a oficiales militares que habían regresado de las guerras gravemente heridos de una forma u otra, y había contratado a un médico experto y a otras personas para que los cuidaran. Mi madre le escribió por desesperación y vino a buscarme. Estuve allí durante tres años. Éramos seis los que nos quedamos tanto tiempo, siete contando a George, el duque. Nos llamábamos el Club de los Supervivientes. Todavía lo hacemos. Todavía nos reunimos durante tres semanas cada año en marzo.

Habían dejado de caminar. Notó que había una ruptura en el acantilado, y lo que parecía ser un camino zigzagueante hacia la playa de abajo, un descenso bastante empinado y seguramente peligroso. El perro se sentó a su lado, con la cabeza contra el costado de la bota de Percy.

—Cuando uno se imagina a sí mismo caminando por su tierra y su fiel sabueso en el talón,— dijo, —uno tiende a imaginarse un perro pastor robusto e inteligente o algo así.

Ella miró a Héctor. —Tal vez—, dijo,—cuando un perro imagina seguir los pasos de su amo, representa palabras amables y un toque gentil.

Touché. Tenía una lengua malvada.

—No soy su amo—, dijo.

—Ah,— dijo ella,—¿pero quién elige?

—Tres años—, dijo. —¿Estuvieron en Penderris durante *tres años*?

¡Dios mío! ¿Qué tan dañada había estado? ¿Y por qué estaba siguiendo esta línea de interrogatorio? No se refería a la oscuridad. Esperaba que respondiera con un simple monosílabo o no respondería en absoluto.

—A Ben, Sir Benedict Harper, le rompieron las piernas y se negó a que se las amputaran—, dijo. —Vicente, el vizconde Darleigh, fue cegado en su primera batalla a la edad de diecisiete años, y también ensordecido al principio. Ralph, Duque de Worthingham, fue cortado casi en pedazos con un sable cuando fue arrebatado de su caballo en una carga de caballería. Flavian, el vizconde Ponsonby, recibió un disparo en la cabeza y luego cayó sobre él su caballo. Hugo, Lord Trentham, no fue herido en absoluto. No sufrió ni un rasguño, aunque había liderado una Forlorn Hope (misión suicida) que mató a casi todos sus hombres e hirió gravemente a los pocos que sobrevivieron. Se volvió loco. George ni siquiera fue a la guerra, pero su único hijo lo hizo y

murió, y luego su esposa saltó a la muerte en los acantilados al borde de su propiedad. ¿Y yo...? Yo estaba presente cuando murió mi marido, pero ellos no me mataron. Sí, tres años. Y esos hombres son mis amigos más queridos en este mundo.

Percy se encontró acariciando el oído dañado de Héctor y deseando nuevamente no haber comenzado esto. *Piernas rotas. Ciego a los diecisiete años, y sordo también. Hijos muriendo y esposas suicidándose, al borde de un precipicio.* ¿Y qué diablos le había pasado a Lady Barclay mientras su marido estaba en cautiverio, presumiblemente torturado? Era algo tan espantoso que había pasado tres años en el Penderris Hall. Sintió un chorro de sudor serpentear por su columna vertebral. *No quería saberlo.*

—Cuando dejé Penderris,— dijo ella,—Vine aquí. Mi padre había muerto durante esos tres años, mi madre se había ido a vivir con su hermana, mi tía, a Cumberland, mi hermano había ocupado el lugar de mi padre con su esposa e hijos, y no me pareció justo ir allí, aunque mi cuñada me invitó muy amablemente. No soportaba vivir aquí en la residencia con mi suegro y mi tía Lavinia, a pesar de que habían pasado más de tres años. Pedí la casa de la Viuda, y mi suegro me permitió ir a regañadientes. Esa es mi historia, Lord Hardford. Tenías derecho a escucharla ya que has venido aquí por un tiempo tan breve como para encontrarme viviendo en tu tierra. ¿Bajamos a la playa?

—¿*Allí* abajo*?* —Preguntó secamente. —No.

Ella giró la cabeza para mirarlo fijamente.

—Nunca he visto la atracción de las playas—, dijo, bueno, no desde hace mucho tiempo, al menos. —Son sólo un montón de arena y agua. ¿Por qué Hardford no es más próspero de lo que es? ¿O no lo sabes?

—Se paga por si misma—, dijo ella. —Al menos, eso es lo que siempre le gustaba decir a mi suegro.

—Así es—, estuvo de acuerdo. —¿Y él estaba contento con eso?

Volteó la cara y no contestó inmediatamente.

—Nunca fue un hombre particularmente ambicioso—, dijo ella. —Dicky se impacientaba con él. Tenía todo tipo de ideas y planes, pero nunca fueron realizados. Decidió que la vida militar sería una mejor salida para su energía. Creo que su padre perdió el corazón después de la muerte de Dicky.

—¿Y Ratchett?—, preguntó. —¿Alguna vez fue un administrador eficiente?

—Tal vez hace mucho tiempo—, dijo ella. —Mi suegro lo heredó.

—Y nunca consideró que podría ser el momento de poner al hombre a descansar y contratar a alguien más.... ¿vigoroso?— Percy estaba frunciendo el ceño. Y deseaba con todo su corazón poder volver a la noche de su cumpleaños y borrar el repentino impulso de embriaguez de venir a Cornualles. A veces lo que uno no sabía era mejor dejarlo así.

—Dudo que alguna vez lo haya considerado—, dijo. —El Sr. Ratchett mantiene los libros muy ordenados. Pasa sus días rodeado de ellos y hace nuevas entradas en ellos cuando es necesario. Si desea saber algo sobre alquileres y cultivos y rebaños o cualquier otra cosa en la finca durante los últimos cuarenta o cincuenta años, seguramente encontrará la respuesta con meticulosos detalles en esas páginas.

—Me siento más bien, Lady Barclay,— dijo impaciente,—como si hubiera entrado en un universo diferente.

—Supongo,— dijo,—que la situación es reversible. Podrías volver a donde tú...— Se detuvo abruptamente.

...de dónde vienes?

...a dónde perteneces?

—¿Y dejar esa casa, *mi* casa, para que se convierta en una reserva?—, preguntó. —¿Se dan cuenta de que si Lady Lavinia continúa añadiendo a cada vagabundo que es lo suficientemente astuto como para llegar a las puertas, y la noticia debe estar corriendo rápido en el reino animal, eventualmente la casa se convertirá en inhabitable para los humanos? ¿Que será cubierta sin remedio con pelo de perro y de gato? ¿Qué va a oler?

—¿Entonces quieres que se mueran de hambre?—, preguntó ella.

—No es posible alimentar a todos los hambrientos de este mundo—, dijo.

—La tía Lavinia ni siquiera trata de hacer frente a los problemas del mundo—, le dijo. —Sólo alimenta a los hambrientos que vienen a su puerta, a *tu* puerta.

Sintió una repentina sospecha. —¿Estamos hablando *sólo* de perros y gatos?—, preguntó.

—Hay gente—, dijo, —que no puede encontrar trabajo por una razón u otra.

Se detuvo de nuevo y la miró, horrorizado. —Si yo fuera a vagar por las regiones inferiores de la casa,— dijo,—o por los establos, encontraría a todos los vagabundos mutilados y con inclinaciones criminales del mundo alimentándose de mi hacienda y en casa, ¿verdad?

Una de las criadas que había venido a preparar su cama anoche era coja y parecía un poco ingenua.

—No *todos*—, dijo ella. —Y los que encontrarías tienen un empleo útil y ganan la comida por la que pagas. Cuando mi suegro murió, se necesitaban más jardineros y trabajadores de la cuadra, y el personal de interiores se había vuelto más bien escaso. La tía Lavinia tiene un corazón tierno, pero nunca pudo darles espacio mientras su hermano vivía. Estaba contento con la vida como siempre había sido. No le gustaban los cambios cada vez más a medida que envejecía y después de perder a Dicky.

—Uno de estos perros callejeros es, supongo, la Sra. Ferby—, dijo. —La prima Adelaida, que bajo ninguna circunstancia se llamará Addie.

—Supongo que le dieron una explicación en el desayuno de los siete meses de matrimonio, ¿no?—, dijo ella. —Tiene que vivir de la caridad de sus parientes, ya que casi no tiene medios privados, y la tía Lavinia se convenció a sí misma de que traer una compañera a la casa era lo más respetable que podía hacer después de que la dejaran sola. Tal vez tenía razón. Y su compañera elegida *es* un pariente.

—No es mío—, dijo testificando. —Entiendo que prefiera que vuelva al lugar de donde vengo, Lady Barclay.

—Bueno, parece que te las has arreglado muy bien sin Hardford Hall durante los últimos dos años—, dijo. —Ahora, habiendo venido aquí por lo que parece ser una especie de capricho, te ha puesto de muy mal humor. ¿Por qué no te vas y te olvidas de nuestros peculiares caminos y

vuelves a tener buen humor?

—*¿De mal humor?*— El perro lloriqueaba y se acobardaba a sus pies. —No me ha *visto* de mal humor, señora.

—Debe ser un espectáculo muy desagradable, entonces—, dijo. —Y como todos los hombres de mal genio, tienes la tendencia a volver tu ira contra la persona equivocada. No soy yo quien ha descuidado a Hardford y las granjas que le pertenecen. Yo no soy el que ha llenado la casa de vagabundos sin un plan claro de qué hacer con ellos. No soy yo quien trajo a la prima Adelaida aquí como compañera, con el pleno conocimiento de que permanecerá aquí por el resto de su vida. Bajo circunstancias normales, me ocupo de mis asuntos en mi propia casa y no hago demandas a la propiedad ni a nadie.

—El tipo de persona más aborrecible de la tierra —dijo, de ojos entrecerrados —es la que permanece fría y razonable cuando se pelea con ella. *¿Siempre* es usted tan fría, Lady Barclay? ¿Eres siempre como un bloque de mármol?

Levantó las cejas.

—Y *ahora* mira lo que has hecho—, le dijo. —Me has provocado una grosería imperdonable. Otra vez. *Nunca* soy grosero. Normalmente soy todo dulzura y encanto.

—Eso es porque normalmente estás en un universo diferente—, dijo, —uno que gira en torno a ti. La península estaba llena de oficiales groseros y fanfarrones que creían que otras personas habían sido creadas para rendirles homenaje. Siempre pensé que eran simplemente tontos y que era mejor ignorarlos.

Y ella se volvió, enfadada, y comenzó a caminar de regreso por donde habían venido. No miró hacia atrás para ver si él la seguía. No lo estaba. Se quedó dónde estaba, con los brazos cruzados sobre el pecho, hasta que ella estuvo fuera del alcance de oírlo. Luego miró al perro.

—Si hay un tipo de mujer que irrita mis nervios más que cualquier otro,— dijo Percy,—es el tipo que siempre tiene que tener la última palabra. *Grosero* y *fanfarrón*. *Qué tontería. ¡TONTO! Siempre pensé que era mejor ignorarlos.* Si dependiera de mí, iría directamente a los establos, montaría mi caballo y pondría su cabeza en dirección a Londres. Me olvidaría de este lugar impío. Dejaría que usted y todos sus compañeros de juego invadan la casa hasta que esté abandonada. Dejaría que las habitaciones del conde se conviertan en moho. Que ese mayordomo se convirtiera en un fósil en su polvorienta oficina. Dejaría a Lady Lavinia Hayes sola con su prima y su corazón sangrante. Que esa columna de mármol se empobrezca a sí misma con la cuenta de su techo y todas las demás reparaciones que se necesiten. Dejaría que la marea baje y fluya contra los acantilados hasta que la eternidad los desgaste y ambas casas se caigan.

Héctor no tenía ninguna opinión que ofrecer, y no tenía sentido que Percy se quedara aquí, desahogándose inútilmente su frustración mientras veía cómo la causa se alejaba en la distancia.

—Al menos entonces no me encontraría balbuceando tonterías a un *perro*—, dijo. —Supongo que te has agotado, aunque si lo has hecho es por tu propia culpa. No puedes decir que no te lo advertí. Y supongo que estás listo para tu cena para que puedas acumular algo de grasa para esconder esos huesos a la vista. Ven, entonces. ¿Qué estás esperando?

Buscó un hueco en los arbustos de aulagas y encontró uno que sólo dejaba unos pocos arañazos en la superficie de sus botas mientras lo atravesaba, Watkins se vería trágicamente tolerante. Pero al entrar en el hueco, miró al perro, frunció el ceño y se inclinó para levantarlo

por encima de la espinosa barrera, con la esperanza de que nadie lo viera. Salió con tristeza a través del césped en dirección a la casa.

Al menos, pensó, al *menos* no se sentía aburrido. Aunque se le ocurrió que el aburrimiento quizás no era un estado tan triste después de todo.

CAPITULO 05

La tarde trajo visitantes.

De alguna manera se había corrido la voz de que el Conde de Hardford estaba en su residencia, y como lo correcto era visitarle, la gente lo visito. Además, todo el mundo estaba agitado por la curiosidad de conocerle por fin.

Imogen había estado planeando pasar la tarde en la casa de la Viuda, aunque su estado sin techo hacía que las habitaciones de abajo fueran casi insoportablemente frías. Se había perdido el almuerzo porque no soportaba la idea de conversar educadamente con *aquel hombre*, que la había provocado a la rudeza, pero que sin duda sería encantador con las señoras mayores. Ella también se había sentido agitada después de contarle su historia, breve y sin detalles, aunque lo había logrado. Casi nunca hablaba del pasado ni pensaba en ello cuando podía evitarlo. Incluso sus sueños rara vez eran pesadillas ahora.

Sin embargo, antes de que pudiera partir hacia su propia casa, llegó el primero de los visitantes, y habría sido de mala educación irse aunque no hubieran venido, en sentido estricto, a verla. Sin embargo, ella sólo deseaba no tener que ser sociable esta tarde en particular. Porque todos se entusiasmaron con el Conde de Hardford tan pronto como lo conocieron. Su sola presencia aquí era suficiente para complacerlos, por supuesto. Pero su juventud y su extraordinaria belleza, junto con la excelencia de su sastrería, deslumbró a las damas e impresionó a los caballeros. Su encanto, su sonrisa y su pronta conversación completaron el proceso de derribarlos. Aseguró a todos que estaba encantado de estar aquí por fin, que seguramente no había otro lugar en la tierra para comparar con Hardford y sus alrededores por su belleza, natural y de otro tipo.

Esas *y otras* palabras fueron dichas, como por casualidad, mientras sus ojos se posaban sobre la Sra. Payne, esposa del Almirante retirado Payne. La señora Payne, cuyo estado de ánimo solía estar al borde de la amargura, cuando no se derramaba demasiado en ella, inclinó su cabeza para aceptar con gracia el cumplido implícito.

El Reverendo Boodle, sin embargo, fue el primero en llegar con la Sra. Boodle y sus dos hijas mayores. El almirante y su esposa fueron los siguientes, y pronto fueron seguidos por las señoritas Kramer, hijas de mediana edad de un ex vicario fallecido, con su anciana madre. Esas tres damas no podían admitir el engaño social de visitar a un caballero soltero, por supuesto. Habían venido, explicó la mayor, a visitar a la querida Lady Lavinia y Lady Barclay y a la señora Ferby, y qué sorpresa fue descubrir que su señoría estaba en la residencia. Sólo podían esperar que no pensara que eran muy atrevidas, ya que se habían entrometido en todo esto sin querer. Su señoría, por supuesto, respondió con las garantías predecibles y pronto las tres señoras olvidaron por completo que habían venido a ver a la tía Lavinia.

Imogen sin duda se habría divertido si no hubiera cogido al hombre tanta antipatía. Aunque en realidad, pensó, estas visitas eran probablemente como una tortura insoportable para él y, por lo tanto, no eran menos de lo que se merecía. Se encontró con su mirada cuando el pensamiento

malicioso pasó por su mente y supo por el ínfimo levantamiento de sus cejas que tenía razón.

Mientras el Reverendo Boodle y su séquito femenino se marchaban después de una media hora correcta, el Sr. Wenzel llegó a la presentación con Tilly. Imogen saludó a esta última con un breve abrazo y se sentó a su lado en el salón. Pero ni siquiera Tilly era inmune al encanto del conde. Se inclinó hacia Imogen después de unos minutos y murmuró bajo el sonido de la conversación general.

—Una tiene que admitir, Imogen,— dijo ella,—que es un espécimen de hombría perfectamente hermoso.

Pero sus ojos parpadeaban mientras lo decía, y las dos intercambiaron una breve sonrisa.

El Sr. Soames, el anciano médico, vino con su segunda esposa mucho más joven y sus tres hijas y un hijo de ese segundo matrimonio. El Sr. Alton llegó el último con su hijo, un joven desgarbado que había estado luchando con granos faciales durante el último año más o menos, pobre muchacho. Pronto se vio envuelto en un serio caso de adoración de héroes, habiendo sido elogiado por su señoría por el nudo de su corbata, que parecía un nudo perfectamente normal para Imogen.

Le dirigió al conde una mirada penetrante. Realmente no quería creer que él era *amable*. No había hecho ningún cumplido al Sr. Edward Soames, un joven apuesto que había estado aparentando la apariencia y los modales de un dandy desde que hizo una breve visita a Londres la primavera pasada para quedarse con una de sus hermanas mayores.

Cuando el último de los visitantes se había marchado, los cuatro residentes tenían en su poder una serie de invitaciones: a una cena, a una noche de naipes, a una velada musical informal, a un picnic en la playa, si el tiempo lo permitía, por supuesto, para el decimoctavo cumpleaños de la Srta. Ruth Boodle, aunque eso no ocurriría hasta finales de mayo. También habían sido informados por cada oleada de visitantes que el próximo baile en los salones de asamblea sobre la posada de la aldea se celebraría dentro de cinco noches, y era de esperar que el Conde de Hardford condescendiera a honrarla con su presencia, así como las damas, por supuesto.

Unos caballos salvajes no podían mantenerlo alejado, le había asegurado el conde a todo el mundo. Había solicitado un baile con la hija mayor de Boodle, la Srta. Soames, y la Sra. Payne. Mientras tanto, la anciana señorita Kramer, se había prometido a sí misma un cómodo encuentro con la tía Lavinia y la prima Adelaida mientras los jóvenes bailaban. Y el Sr. Wenzel y el Sr. Alton reservaron una serie de bailes con Imogen.

—Bueno —dijo la tía Lavinia cuando todos se fueron—, todo esto fue muy gratificante, ¿no es así? Como has visto, primo Percy, no estamos sin vecinos y entretenimientos gentiles en el campo. Hay pocas posibilidades de que encuentres tiempo para aburrirte.

—Esa mujer Kramer que habla por su madre y su hermana es muy aburrida—, comentó la prima Adelaida. —Puede que te sientas cómoda con ella durante la asamblea, Lavinia. Elegiré una compañía más agradable.

—Parece que estás condenado a quedarte aquí por lo menos las próximas dos semanas, *primo* Percy, ya que has aceptado invitaciones que se extienden hasta ese punto en el futuro. Sin mencionar la fiesta de cumpleaños de Ruth Boodle dentro de más de tres meses.

—*¿ Condenado?* — Sonrió con lo que ella reconoció como su sonrisa más practicada y

devastadoramente encantadora. —Pero qué feliz destino será, prima Imogen.

El regalo de Dios a la mujer, había dicho la prima Adelaida. Y para la humanidad también. Eso era lo que él creía que era, y parecía que todos los que habían venido hoy aquí estaban ansiosos por confirmarlo en esa opinión. Era en realidad una cáscara vacía de vanidad y artificialidad y arrogancia y mal genio cuando se veía frustrado. Necesitaba una buena decepción.

Pero realmente no permitiría seguir molesta con alguien que no ha hecho nada más letal para hacerle daño que exigirle *y ¿quién diablos era*? Por lo general, no era de las que guardaban rencor.

Su sonrisa se había vuelto más genuinamente divertida, y se dio cuenta de que había estado sosteniendo su mirada. Se puso de pie y tiró de la cuerda de la campana para llamar a una sirvienta para que retirara la bandeja de té.

¿Había tenido razón antes cuando sugirió que estaba resentida con él porque estaba en el lugar donde debería estar Dicky? Odiaba pensar que podría ser así.

Sus ojos se posaron con cariño en la tía Lavinia por un momento. La madre de Imogen y la tía Lavinia habían estado juntas en una escuela de niñas en Bath durante varios años y después habían seguido siendo amigas. Imogen había venido aquí a menudo de niña, a veces con su madre, a veces sola durante largos períodos. La tía Lavinia siempre había declarado que Imogen era la hija que nunca había tenido. Siendo un poco marimacho, Imogen había jugado con el hijo de la casa desde el principio. Se habían convertido rápidamente en amigos y camaradas. Nunca se habían enamorado realmente. La idea parecía un poco absurda. Pero en algún momento, después de crecer, habían tomado la decisión mutua de continuar su amistad con el matrimonio para poder permanecer juntos. Imogen ni siquiera podía recordar si había habido una propuesta de matrimonio y, de ser así, cuál de ellos la había hecho. Todo había sido siempre mutuo con ellos.

Lo había amado mucho. Hubo, por supuesto, también el componente sexual después de que se casaron. Eso siempre ha sido vigoroso y satisfactorio, aunque nunca ha sido fundamental para su relación. Tal vez era incapaz de esa condición emocional que la gente llamaba “estar enamorada”. Lo cual era igual de bueno dadas las circunstancias.

—¿Quién, con el nombre de Alton,— el conde no pidió a nadie en particular,—llamaría a su hijo Alden?

Era claramente una pregunta retórica.

Agitó la cabeza como para despejarla y miró a la tía Lavinia.

—Sobre los callejeros—, dijo.

—Oh, querido—, dijo ella. —Pero se han quedado en el cuarto de la segunda ama de llaves toda la tarde, primo Percy. Por favor, no me obligues a enviarlos lejos. Sería peor que nunca para ellos volver a ser vagabundos ahora que han experimentado un techo sobre sus cabezas y una alimentación regular. Y un poco de amor. *Por favor,* no me obligues a enviarlos lejos.

—No lo haré—, le aseguró. —Los que están aquí ahora pueden quedarse, aunque sin duda viviré para lamentar esa decisión. Pero no debe haber más.

—Es tan difícil rechazar a alguien—, dijo, agarrando sus manos a su pecho, —cuando están

hambrientos y miran a alguien con una súplica tan desesperada en sus ojos.

—¿Puedo hacer una sugerencia?— Dijo Imogen.

Esos ojos azules se volvieron hacia ella, oscuras cejas arqueadas sobre ellos.

—Por favor, hazla.

—Los perros callejeros siempre se ven mucho más atractivos—, dijo, —después de haber sido atendidos y alimentados durante un tiempo. Aumentan de peso, y su pelaje se vuelve más grueso y brillante. Seguramente hay un número de personas que estarían más dispuestas a acoger a una mascota atractiva que necesita un hogar que un simple perro callejero que nunca lo ha tenido.

—Oh, querido Imogen,— dijo la tía Lavinia, —Estoy segura de que tienes razón. Todas las niñas quieren un gato o un perro. Yo sí. Y a los niños también, me atrevo a decir. Y quizás la Srta. Kramer o...

—Nunca quise un animal—, dijo la prima Adelaida, ganándose una mirada de angustia aguda de la tía Lavinia y una de diversión fugaz del conde.

Se había alejado de la puerta para permitir que dos sirvientas entraran y recogieran las bandejas. Imogen notó que sus ojos se posaban pensativos sobre una de ellas, una chica delgada con los hombros encorvados que era sordomuda, aunque no tenía forma de saberlo, ya que no había hablado con ella. El Sr. Soames, el médico, había estado en el proceso de encontrar un manicomio para ella después de la muerte de su padre, un trabajador agrícola. Pero la tía Lavinia había intervenido con su propia solución.

—Está sugiriendo, prima Imogen —dijo el conde cuando se llevaron las bandejas—, que dirijamos aquí una especie de negocio de cuidado de mascotas, gratuito, para proveer a nuestros vecinos de bonitos gatos y perros guapos para que sus hijos y mujeres puedan arrullar con ternura....

La tía Lavinia parecía que estaba aguantando la respiración.

—En una palabra, sí—, dijo Imogen. —Aunque creo que usaste el pronombre equivocado. Supongo que ni por un momento haríamos algo así. No puedo imaginarte alimentando o acariciando a animales callejeros, primo Percy, especialmente a los feos. O amarlos.

—Oh, Imogen, querida—, dijo la tía Lavinia con reproche.

El conde frunció los labios. —Mi contribución sería la casa y la comida, supongo—, dijo.

—Sí,— le dijo ella,—aunque creo que tal vez un rincón de los establos podría estar preparado para Fluff, que pronto dará a luz a sus gatitos.

—*¿Qué?*— Sus cejas se encogieron.

—Oh, el mundo entero ama a los gatitos—, dijo Imogen. —Serán fáciles de colocar una vez que estén listos para dejar a su madre.

Él la miró con los ojos entrecerrados y luego transfirió su atención a la tía Lavinia.

—No más perros callejeros en la casa, señora—, dijo gentilmente. —Además, es de esperar que ya hayas despojado al vecindario de todos ellos. Daré instrucciones para que se prepare un nido en los establos. Quizás.... *Fluff* resulte ser una ratonera decente y pueda ganarse la vida ahí

fuera después de dar a luz a sus gatitos. Hablaremos en otro momento de los humanos descarriados. Creo que acabo de ver a uno de ellos disfrazado de criada.

—¿Annie Prewett?— La tía Lavinia dijo. —Es una buena chica. Ella hace exactamente lo que se le dice una vez que entiende lo que es. Si puede ver tus labios mientras hablas y tú hablas despacio, ella entiende.

Siguió mirándola durante unos instantes antes de volver a mirar a Imogen.

—¿El vals ha penetrado tanto en la región salvaje?—, le preguntó. —Si es así, me reservará el primero de ellos en la asamblea del pueblo. *Por favor.* No voy dar vueltas por la pista con alguien que no sabe cómo se hace, y me atrevo a decir que lo hara.

Sonó como una orden para Imogen, aunque había añadido las palabras, *por favor*.

El Sr. Alton era el que normalmente bailaba con ella, sus manos gordas y siempre un poco húmedas en la cintura y apretando las suyas. Bailar con el conde de Hardford sería sin duda una mejora en esa dura prueba. Sintió un inesperado frenesí de placentera anticipación.

—Gracias—, dijo ella. —Consultaré mi tarjeta de baile.

Le sonrió repentinamente, y un escalofrió saltó a algo que la perturbó bastante el estómago. Porque esa sonrisa no era su habitual sonrisa de encanto practicado, sino una sonrisa de genuina apreciación.

—Desafiaré a las pistolas al amanecer a cualquier hombre que no sea yo y que se atreva a escribir su nombre junto al primer vals de su tarjeta—, dijo, haciendo una pequeña reverencia.

Santo cielo, ¿estaba coqueteando con ella? ¿Era su arrogancia tal que pensó que podía atraerla incluso dentro de la órbita de su encanto?

Levantó las cejas y le miró fríamente mientras la tía Lavinia se reía y la prima Adelaida resoplaba.

****

Había una imagen del caballero del campo que siempre había sido singularmente poco atractiva para Percy. Era la del terrateniente que andaba por su tierra con un abrigo y pantalones mal ajustados y botas sin forma, un bastón fuerte en la mano, un perro fiel en el talón, hablando de cosechas y ganado y del tiempo con sus capataces y obreros, y de rotaciones de cosechas y mercados, y el clima con su mayordomo, los caballo y los sombreros y el tiempo con sus vecinos, y el Señor sabían qué más con todos y cada uno de ellos, al mismo tiempo disfrutaba de sus diversos entretenimientos y admiraba a sus hijas esperanzadas y de rostro fresco.

Que el cielo lo ayude, pensó durante los días siguientes, pero estaba en grave peligro de convertirse en el propio señor del campo. Podría estar en Londres, pensó la tarde después de la primera ola de visitas, habría otras, disfrutando, aunque la temporada aún no había comenzado y la ciudad estaba escasa de compañía. Podría estar en el salón de boxeo de Tattersall o Jackson o visitando a su sastre o a su zapatero o estar en su cama durmiendo los efectos del jolgorio de anoche con sus amigos, o disfrutando de los favores de una nueva amante. En vez de eso, estaba mirando la oficina polvorienta de Ratchett y sugiriendo que con sus habilidades superiores el

mayordomo principal, en ese momento Ratchett era el *único* mayordomo, pero eso era un punto menor, debería poder pasar todo su tiempo en la oficina, comprometido en la inestimable tarea de mantener los libros en orden, mientras que un hombre más joven, menos hábil y experimentado, un subalterno, de hecho, se ocupaba de la mundana tarea diaria de dirigir las granjas y sugerir ideas para el cambio y la mejora. Un segundo mayordomo, es decir, que podía beneficiarse de los consejos y la guía del jefe. Un subordinado, por supuesto. Una especie de discípulo, de hecho.

Ratchett entrecerró los ojos hacia la oreja izquierda de Percy y murmuró algo sobre hacer averiguaciones en el vecindario, aunque no sabía lo que un hombre nuevo podía hacer que no se estuviera haciendo ya. Pero Percy ya había escrito a Higgins, su hombre de negocios en Londres, pidiéndole que buscara un mayordomo experimentado, un hombre que estuviera dispuesto a ser conocido oficialmente como el sub mayordomo, aunque en realidad no sería tal cosa, y que también estuviera dispuesto a encarcelarse en las profundidades de la nada por un salario algo mejor que el promedio. Cuanto antes se encontrara tal parangón, había añadido Percy, mejor se sentiría. Más pronto sería incluso mejor que antes.

Había escrito la carta anoche mientras limpiaban su habitación. Había descubierto al retirarse que el fuego se había apagado y que toda una chimenea llena de hollín había descendido a la habitación con un pájaro ligeramente carbonizado y muy muerto. Crutchley, que había llegado en respuesta a su citación sólo unos instantes después de una angustiada Sra. Attlee, había dado su opinión de que las habitaciones delanteras, especialmente *esta* habitación delantera, eran más propensas a que sucedieran tales cosas que las habitaciones traseras, dado que eran las más afectadas por el viento que soplaba. Una vez más le había aconsejado a Percy que se mudara a la mejor habitación de huéspedes en la parte de atrás. Una vez más, Percy, sin ninguna razón que le pareciera evidente, había elegido ser terco. Las habitaciones del conde *se harían* habitables para el conde, y él era el conde. Al menos su cama, cuando finalmente se había subido a ella, estaba seca, al igual que el papel pintado, ligeramente manchado de agua, debajo de la ventana.

Percy había descubierto durante la mañana que casi ninguna de sus tierras había sido cultivada durante varios años y que tampoco lo sería este año si no se hacían planes en sentido contrario en breve. Ratchett y el viejo conde aparentemente no se habían mantenido con las cosechas, lo que requería demasiados trabajadores para sembrarlas, luego cuidarlas y luego cosecharlas, y que estaban demasiado a merced del clima en las tres etapas. Había muchas ovejas, sin embargo, y algunos de los nuevos corderos ya habían aparecido, sin que nadie les advirtiera que aún era invierno y que sería aconsejable que permanecieran dentro de sus madres, donde hacía calor y fuera del viento por un poco más de tiempo.

La mayor parte de los ingresos de la finca provenían, de hecho, de la lana. Pero las ovejas se reproducían a un ritmo demasiado exuberante para que todas ellas permanecieran cómodamente en la tierra hasta que la vejez se las quitara. Alguien necesitaba *manejar* el rebaño de la misma manera que alguien necesitaba manejar la tierra. Percy no era un manager, ni tenía la más mínima ambición de convertirse en uno. ¡La misma idea! Pero reconoció la necesidad cuando la vio, así como una mala gestión o prácticamente ninguna gestión.

El corral, justo más allá de los confines del parque, al norte, se veía considerablemente deprimido. Tenía unas cuantas vacas lecheras y pronto también tendría algunos terneros, Percy no preguntó dónde estaba el toro que había hecho posible esto último. Había algunas cabras, que

parecían no tener ninguna función en particular, y tantos pollos que era difícil no tropezar con ellos a cada paso mientras picoteaban en el patio. También era imposible no pisar sus excrementos. Un estanque de patos tenía algunos patos para complementarlo. Había algunos corrales de ovejas para el parto y, presumiblemente, para albergar el rebaño durante la época de esquila y con un tiempo particularmente malo. Los corrales se veían como si pudieran perfectamente reventar en cualquier momento.

El heno en el granero caído parecía algo gris, como si hubiera estado allí tanto tiempo como el propio granero. Los ratones que había en su interior probablemente vivían cómodamente y morían a una edad avanzada.

Los trabajadores de la granja parecían ser en su mayoría viejos nudosos, sus hijos presumiblemente se habían ido hace mucho tiempo a pastos que eran literalmente más verdes. Los trabajadores de la cuadra y los jardineros dentro de los confines del parque mostraron algo más de juventud y vigor, aunque parecían incluir más que su parte justa de los cojos y decrépitos, lo que es una prueba más de la tierna sensibilidad de Lady Lavinia.

Percy esperaba que se encontrara un nuevo mayordomo más pronto que tarde y que saliera galopando sin parar para comer o descansar en el camino. Esperaba que el hombre no echara un vistazo cuando llegara y se volviera y huyera.

Percy había usado su ropa más vieja mientras andaba por ahí, aunque el hecho es que no poseía nada que fuera mucho más viejo que un año. Watkins no lo habría permitido. Lo mismo ocurría con sus botas de montar, que no eran merecedoras del castigo que sufrían en el corral. No llevaba bastón, pero tenía un perro fiel al talón, esa vergüenza de chucho flaco con el grandioso nombre de Héctor. El gran héroe troyano Héctor había disparado al poderoso y aparentemente inmortal Aquiles en el talón y lo había matado. Al menos el perro Héctor no intentó morderle *el* talón. Percy creía que se había adherido a él sólo porque los otros perros de la casa, incluyendo ese bulldog masivo y letárgico y el perro salchicha, lo rechazaban y no compartían sus tazones de comida con él ni le permitían el acceso indiscutible a los suyos, y porque los gatos, especialmente el gruñón de Prudence, lo intimidaban. Héctor era, de hecho, un cobarde llorón y no hizo nada para mejorar la imagen varonil de Percy mientras caminaba por su tierra abandonada.

Era suficiente para hacer llorar a cualquier caballero respetuoso que se preciara. No es que *quisiera* ser un caballero de campo, al menos no un caballero de campo que se comportara como tal. Que el cielo no lo permita.

A la mañana siguiente, después de una noche sin incidentes en su dormitorio, Percy caminó a propósito a través del césped hacia la casa de la Viuda y encontró exactamente lo que había sospechado que encontraría, es decir, un edificio sin techo y estéril de cualquier trabajador en absoluto o cualquier otro signo discernible de vida. Volvió a la sala y se cambió de ropa. Para cuando Watkins habia terminado con él, habría llamado la atención incluso en Bond Street, *especialmente* en Bond Street, de hecho.

—Mi bastón de ébano, Watkins—, dijo. —¿Trajimos el ébano, supongo?

—Lo hicimos, milord—. Watkins lo movió.

— Y mi monóculo con joyas.

—¿Con *joyas*, milord?

Percy lo miró fijamente, y el monóculo enjoyado fue procurado sin más comentarios.

—Y un pañuelo con bordes de encaje—, dijo Percy. —Y mi caja de tabaco rubí, creo. Sí, la caja de rapé de rubíes.

Watkins estaba demasiado bien educado para comentar sobre estas ostentosas adiciones a un atuendo matutino, pero la expresión distante con la que siempre demostró su desaprobación se fosilizó casi por completo.

—Sea tan amable de mirar por la ventana para ver si mi carruaje de viaje está en la puerta—, le instruyó Percy.

Lo estaba. Y también era una grandiosa pieza de fabricación. Lo había heredado de su padre y rara vez lo usaba. La había traído aquí sólo porque Watkins se habría sentido estoicamente decepcionado si se hubiera visto forzado a viajar en un espécimen menor de carroza.

Percy se había cerciorado a su regreso a la casa de que Lady Barclay había tomado la calesa para ir a Porthdare, como ella había dicho en el desayuno que tenía la intención de hacer. Aparentemente había una anciana con la cadera dolorida que necesitaba una visita. Las mujeres realmente podían ser ángeles en ocasiones, aunque se necesitaba un poco de imaginación para considerar a su prima tercera y a los ángeles en el mismo pensamiento.

Algún tiempo después, habiendo descubierto el nombre y el lugar de trabajo del techador de su mayordomo, Percy bajó sin prisa de su carruaje fuera de la tienda del hombre, que estaba situada en Meirion, un pueblo a seis millas del valle del río. Miró lánguidamente a su alrededor, ignorando a los mirones que se habían detenido a ver el espectáculo, o sea, a él.

Él asintió con la cabeza a su cochero, que se había sorprendido anteriormente por las instrucciones de usar su librea.

—Su señoría, el Conde de Hardford—, anunció el cochero con gran alegría después de abrir la puerta de la tienda.

Su señoría entró, sacó su pañuelo, abrió la tapa de su caja de rapé con el borde de un pulgar, se detuvo, cambió de opinión, no le gustaba tomar rapé de todos modos y la cerró de nuevo, la guardó y levantó el monóculo a los ojos.

—Se me ha ocurrido preguntarme por qué —dijo con un suspiro mientras miraba a tres hombres sorprendidos a través de su monóculo—que la casa de la Viuda en Hardford Hall perdió su techo en diciembre y todavía está sin techo en febrero. También me he preguntado por qué a veces se ven dos hombres en las vigas, uno clavando clavos y el otro mirando. Y sin embargo, no hay señales de progreso. Se me ha llamado la atención que es posible que descubra las respuestas aquí. De hecho, debo insistir en hacerlo.

Menos de quince minutos después, su carruaje volvía por la calle del pueblo, observado por mucho más que por un puñado de espectadores alineados a ambos lados como si fuera un desfile. Todos los trabajadores del techador aparentemente habían estado indispuestos u ocupados con otros trabajos, pero todos habían recuperado milagrosamente su salud o completado esos trabajos esa misma mañana y habían estado a punto de comenzar con la casa de las Viuda en Hardford Hall cuando su señoría llegó y los retrasó. La astuta sugerencia, sin embargo, de que la presencia de todos esos trabajadores en un solo trabajo elevaría el precio de las reparaciones había encontrado de nuevo el monóculo de su señoría, brillando con un esplendor cegador con un rayo

de luz de la entrada, y el precio se había reducido instantáneamente por debajo de la cotización original a una cantidad que Percy adivinó que estaba sólo ligeramente inflada.

El Conde de Hardford había hecho una señal a su cochero, quien había abierto un bolso de cuero gordo y pagado al techador la mitad de la cantidad por adelantado. La otra mitad se pagaría una vez se compruebe de manera satisfactoria la finalización del trabajo por Lady Barclay, prima de su señoría; no tenía sentido confundir el asunto hablando de terceras personas y de destituciones y de parientes políticos. Su Señoría debía ser informada de que el precio se ha reducido como compensación por el retraso desmesurado.

A veces, Percy reflexionaba durante el aparentemente interminable viaje de regreso a casa, ser un aristócrata titulado podía ser una clara ventaja para un hombre. No es que hubiera sido incapaz de hacer picadillo a ese comerciante en particular, ni siquiera como Percival Hayes.

CAPITULO 06

Imogen se sentía casi alegre mientras se sentaban a cenar temprano ese mismo día. Después iban a asistir a una velada musical en la casa de los Kramer, y era una perspectiva bienvenida, ya que todavía no podía pasar la noche sola en su propia casa con un libro, algo que anhelaba hacer de nuevo. Pero la anticipación de una noche con los vecinos no era lo que le había levantado el ánimo.

—Me esperaba un espectáculo muy agradable cuando esta tarde me acerqué a la casa de la Viuda, esperando que estuviera desierta, como de costumbre—, dijo a los otros tres reunidos alrededor de la mesa. —El Sr. Tidmouth, el techador, estaba allí en persona, supervisando el trabajo de no menos de *seis* trabajadores, que estaban todos ocupados en las vigas.

—¿Seis?— dijo la tía Lavinia, con la cuchara de sopa detenida a medio camino de su boca. —Deberá estar terminado en un abrir y cerrar de ojos.

—*Si* vuelven mañana—, añadió la prima Adelaida.

—Oh, pero creo que lo harán—, le aseguró Imogen. —El Sr. Tidmouth se disculpó por los retrasos. Me dijo que no se encontraba bien desde Navidad y que su segundo al mando ha estado enviando a los hombres a otros trabajos menos importantes sin su conocimiento. Se encargará personalmente de que cada uno de sus hombres venga a Hardford todos los días hasta que la obra esté terminada. Incluso me aseguró que habiendo visto la casa por sí mismo, se da cuenta de que sobreestimó el costo de las reparaciones y bajará aún más el nuevo y reducido presupuesto como disculpa por el largo retraso.

—Nunca confíes en un hombre que se disculpa con una dama—, dijo la prima Adelaida,— o en un hombre de negocios que reduce su precio.

—Estoy muy contenta por ti, Imogen,— dijo la tía Lavinia,—aunque la reparación del techo significará tu traslado de vuelta a la casa de la Viuda, supongo. Te echaré de menos.

—Pero estaré cerca,— dijo Imogen, —y te visitare casi todos los días, como siempre lo he hecho.

Estaría *muy* contenta de estar de vuelta en casa consigo misma para hacerse compañía, excepto cuando eligiera salir. Estaría *muy* contenta de estar lejos de la presencia perturbadora del conde.

No había contribuido a la conversación sobre su techo. En vez de eso, se había concentrado en su comida y su vino, y simplemente la miraba somnoliento de vez en cuando desde debajo de los párpados medio bajados. Era una nueva expresión, una afectación molesta.

—Me atrevo a decir,— dijo ella, dirigiéndose directamente a él,—que fue la carta que escribí ayer la que trajo al Sr. Tidmouth aquí hoy con sus disculpas y sus hombres. La carta *educada*. Los buenos modales son a menudo más efectivos que las bravatas. Si hubiera ido hasta Meirion sólo para despotricar, como me aconsejó ayer, primo Percy, probablemente me habrían

hecho esperar una semana más o menos como castigo.

—Así es, prima Imogen—, dijo amablemente, levantándole la copa. —Me quito el sombrero ante ti.

Pero mientras cortaba su rosbif, de repente sintió una horrible y espantosa sospecha. *Nunca confíes en un hombre que se disculpa con una dama, o en un hombre de negocios que reduce su precio.* Miró bruscamente al conde, pero su atención se centró en su propio rosbif, y la sospecha dejó paso a la irritación por el hecho de que se veía simplemente espléndido con su abrigo de noche azul oscuro, con un chaleco de raso azul más pálido y una corbata blanca como la nieve y un pañuelo tan intrincadamente arreglado que el pobre Alden Alton, si se encontraba esta noche en la casa de los Kramer, seguramente se moriría de envidia y desesperación.

Sin embargo, ¿cuál era la *verdadera* explicación de la repentina aparición de tantos trabajadores, todos ellos diligentemente ocupados, esta tarde? ¿Y para las empalagosas disculpas que el Sr. Tidmouth había pronunciado? ¿Y por la extraña y drástica caída del precio? ¿Había sido muy ingenua al deleitarse con todo esto?

No tuvo oportunidad de confrontar sus sospechas ni al hombre que las había despertado. Todos viajaron juntos hacia la aldea en el opulento carruaje del conde. Imogen concluyó que debía tener otras fuentes de ingresos además de Hardford. Quizás la rama más joven de la familia Hayes había sido algo más ambiciosa que la mayor. Imogen se sentó de espaldas a los caballos, al igual que el conde, para que las señoras mayores pudieran tener los más deseables mirando hacia delante. Pero descubrió que el carruaje, aunque lujoso, no era más ancho que el más humilde que estaba inactivo en la cochera. Podía sentir el calor de su cuerpo a un lado, un hecho que habría sido reconfortante en esta fría noche de febrero si el calor no hubiera llevado consigo el leve olor de una costosa colonia almizclada y una poderosa aura de masculinidad. Este último hecho la molestó intensamente. No recordaba haber sido asfixiada por la masculinidad de ningún otro hombre, aunque había conocido a muchos hombres viriles y atractivos.

Estaría *muy* contenta cuando volviera a su propia casa.

****

Y fue por esto que había ido corriendo a Cornualles para escapar de su aburrimiento, pensaba Percy. Aunque eso no era estrictamente exacto, ¿verdad? No esperaba escapar del aburrimiento, pero había decidido conscientemente viajar más profundo para ver qué sucedía. Bueno, *esto* era lo que pasaba.

Estaba sentado en su carro de viaje con tres señoras, una de las cuales sufría de sensibilidad tierna y había llenado su casa y su parque de vagabundos; otra de las cuales hablaba con voz de barítono y no había dicho ni una sola palabra de elogio sobre la mitad masculina de la especie desde su llegada, sino que había usado muchas palabras despectivas; y una tercera parte de ellas estaba hecha de mármol. Y por si este viaje no fuera suficiente para sumergirlo en la penumbra más profunda, estaba el hecho de que su destino era la casa de los Kramer, donde debían entretenerse con el talento musical de las damas de Kramer y de los vecinos en general.

Las señoritas Kramer, descubrió después de su llegada, se imaginaban a sí mismas como pianistas y vocalistas, y procedieron a lo largo de las dos horas siguientes a la llegada de todos

sus invitados para demostrar la verdad o falsedad de esa fantasía. Para ser justos, sin embargo, no monopolizaron el entretenimiento de la noche. Algunas otras señoras cantaron y tocaron el pianoforte. Altón había traído su violín, y su hijo, que parecía que prefería ser arrojado al horno ardiente con los leones arrojados ahí para siempre, tocó con él con una flauta. El Reverendo Boodle cantó al acompañamiento de su esposa con una voz grave que podría haber hecho vibrar a las jarras de licor si hubiera habido alguna en la habitación.

Lady Barclay conversó con Lady Quentin, esposa de Sir Matthew Quentin, y con Miss Wenzel antes de que comenzara el recital. Cuando todos tomaron asiento para el entretenimiento, era Wenzel, un caballero de campo, quien se sentó a su lado, acercando su silla un poco más a la de ella mientras lo hacía. Él procedió a entablar conversación con ella, o, mejor dicho, a dedicarle un monólogo, mientras ignoraba la música. Era maleducado por su parte, por no decir más, aunque mantenía la voz lo suficientemente baja como para no molestar a los que a su alrededor elegían ser educados y escuchar, entre los cuales, Percy se incluía a sí mismo. Wenzel ni siquiera fingió escuchar. Sus ojos y toda su atención estaban fijos en la dama, que sin duda se veía lo suficientemente atractiva con un vestido azul que complementaba cada curva de su cuerpo a la perfección, además de complementar su propio chaleco, como Percy había notado en la cena. Wenzel no aplaudió a ninguno de los artistas. El hombre no debe haber visitado a un sastre en los últimos cinco años, y era más que medio calvo, por los pensamientos inusualmente poco caritativos, Percy no se detuvo a regañarse a sí mismo.

La propia Lady Barclay escuchaba, o al menos mantenía sus ojos en los artistas intérpretes o ejecutantes. Y aplaudió. Sólo dos veces Percy la vio hacer un breve comentario de respuesta a Wenzel, y sólo una de esas veces giró la cabeza para mirarlo.

El hombre irritó a Percy. Lo *realmente* molesto, sin embargo, era que se estaba dando cuenta de esas cosas. Wenzel estaba tratando de recalcar su interés por Lady Barclay, como tenía todo el derecho de hacer. Era un caballero soltero de su edad y ella era Viuda. Buena suerte para él si aspiraba a casarse con ella. Necesitaría suerte, sin embargo. Ella no le estaba dando ánimos. Ni tampoco daba ninguna señal de que se sintiera acosada por sus atenciones. Estaba siendo la misma de siempre. Percy no tenía excusa alguna para querer expresar su disgusto.

¿Pero por qué debería sentirse irritado? ¿Se había convertido en su propietario sólo porque la mujer vivía bajo su techo? La misma idea amenazaba con provocarle escalofríos.

La Sra. Payne, la esposa del almirante, tenía una voz de soprano con un vibrato pronunciado y estuvo a la altura de su nombre durante el aria de Handel que había elegido. Percy aplaudió obedientemente cuando terminó y estuvo de acuerdo con la Sra. Kramer con una voz ligeramente alzada porque ésta estaba sorda, de hecho, había sido un día afortunado para el vecindario cuando el Almirante Payne decidió instalarse entre ellos cuando se jubiló.

El gran final de la parte de entretenimiento de la noche fue una pieza de Bach con un ingenioso trabajo con los dedos realizado por la Srta. Gertrude Kramer, la hermana menor. Era claramente la señal para que los sirvientes trajeran los refrescos, que estaban colocados a lo largo de un gran aparador a un lado de la habitación, mientras que las bandejas de té y café estaban colocadas en una mesa para que la mayor, la Srta. Kramer, los sirviera. No había ningún signo de que algo alcohólico apareciera.

Wenzel se inclinó hacia Lady Barclay antes de ponerse de pie y dirigirse hacia el aparador. Percy se puso de pie sin prisa, felicitó a dos o tres de los artistas de la noche que estaban dentro

de su órbita, incluyendo a un tartamudeante y sonrojado Alden Alton, cruzó la habitación alejándose del aparador y tomó el asiento vacío al lado a su prima política tercera una vez solitario.

Le miró con sorpresa y lo que él habría interpretado como un alivio si no hubiera sido altamente improbable.

—Espero—, dijo,—que le haya gustado el entretenimiento musical, señora—.

—Lo hizo—, dijo ella. —Todo el mundo tiene buenas intenciones y se esfuerza mucho.

Lo que estaba condenando a los artistas con débiles elogios, pensó apreciativamente. —Así es—, estuvo de acuerdo. —¿Y también disfrutaste de la conversación?

Levantó las cejas. —Hubiera preferido concentrar toda mi atención en la música.

—¿Por qué no le ordenaste que se fuera al garete?—, le preguntó.

—Tal vez, Lord Hardford,— dijo,—porque siempre trato de guardar los buenos modales.

—Quizás estabas disfrutando de la atención del caballero —dijo—, aunque hubieras preferido escuchar primero la música. ¿Le devuelvo su silla cuando vuelva con un plato para ti? Supongo que eso es lo que ha ido a buscar.

— Creo que no es asunto tuyo las atenciones que disfruto o no —, le dijo ella. —Pero, no. Por favor, quédate donde estás.

Casi al mismo tiempo, Wenzel regresó, un plato cargado en cada mano. Miró fijamente a Percy, con las cejas levantadas.

—Ah,— dijo Percy,—qué amable de tu parte, Wenzel.— Y tomó uno de los platos y se lo entregó a Lady Barclay con una sonrisa antes de llevarse el otro para sí mismo.

Wenzel se quedó con las manos vacías y una expresión insondable en su rostro.

—Pero debes volver y llenar un plato para ti mismo—, dijo Percy amablemente, —antes de que se acabe toda la comida. Aunque parece que hay abundancia de ella. La Sra. Kramer y sus hijas nos han hecho sentir orgullosos. ¿Confío en que hayas disfrutado de los recitales?

Wenzel miró a la dama antes de murmurar algo indescifrable, inclinándose y alejándose.

—Gracias—, dijo Lady Barclay.

—Oh, no fue nada, señora—, le aseguró Percy. — Conseguir un plato no requirió ningún esfuerzo.

Y ella se rió.

Fue una conmoción espantosa. Casi lo tira de la silla y lo tira al suelo.

Fue una breve risa que iluminó toda su cara con diversión, dio la impresión de una belleza deslumbrante y vibrante, y se fue sin dejar rastro.

Y le dejó con la impactante sensación de que quería hacer el amor con ella.

Era una suerte, *muy* afortunada, que la conversación se hubiera generalizado y que Sir Matthew Quentin le pidiera su opinión sobre lo que parecía ser un asunto de interés para todos.

—Y usted, Hardford,— dijo,—¿cuál es *su* opinión sobre el brandy de contrabando?

Como no había licor a la vista, Percy asumió que era una cuestión académica. —Sin duda, suele ser de una calidad superior—, dijo. —Sin embargo, el hecho de que haya sido introducido ilegalmente en el país lo convierte en una delicia prohibida.

Le parecía que casi todo el mundo sonreía como si acabara de decir algo ingenioso, y al hacerlo había sido admitido como miembro de un club secreto.

—Ah, ¿pero las frutas prohibidas no son siempre las más dulces?—, preguntó el joven dandy el Sr. Soames.

Su padre le frunció el ceño, dos de sus hermanas se rieron, y las señoritas Kramer parecían sorprendidas. La tercera hermana de Soames y una de las chicas de Boodle juntaron sus cabezas acurrucadas junto al pianoforte y se rieron detrás del abanico que una de ellas tenía abierto.

—Así es,— dijo Percy, asintiendo con la cabeza en dirección al joven, quien indudablemente estaría recibiendo la ira de su padre más tarde esta noche.

Lady Quentin comenzó una decidida discusión sobre los diversos méritos del té chino e indio.

Percy, escuchando a medias, estaba haciendo conexiones. Brandy de contrabando. Contrabandistas. Cornwall, específicamente la *costa* sur de Cornwall.

—*¿Hay* alguna actividad de contrabando por aquí?— Preguntó a las señoras de camino a casa.

—No mucho ahora—, dijo Lady Lavinia en un silencio que duró demasiado tiempo. —Solía haber, creo, durante la guerra.

—¿Pero todavía hay *algo*?

—Oh, es posible, supongo,— dijo ella,—aunque no he oído hablar de ninguno.

—Y no hay nada vagamente romántico en ello—, añadió Lady Barclay.

—¿ Romántico? — Se volvió hacia ella hasta donde podía, dados los estrechos confines del asiento del carruaje. No es que él pudiera verla claramente incluso entonces. Era una noche oscura y la lámpara del carruaje estaba arrojando su luz hacia adelante en lugar de hacia atrás.

—Contrabandistas, piratas, salteadores de caminos—, dijo. —A menudo tienen una imagen glamurosa como héroes apuestos.

—Llevarse a la heroína desmayada atada al mástil del barco o arrojada sobre el lomo del caballo o arrojada sobre el hombro de un hombre y llevada con fuerza sobrehumana a la cima de un acantilado escarpado—, dijo. —¿No eres una romántica, prima Imogen?

La Sra. Ferby resopló.

—No en el tema de matones, criminales y asesinos—, dijo Lady Barclay.

Continuó mirándola en la oscuridad. Había una verdadera amargura en su voz.

—¿Pero no es siempre el hijo agraviado de un duque?—, le preguntó. —¿El hijo *mayor*, es decir, y no lo es, a través de actos aparentemente suicidas de gran derroche, arreglando el mundo y limpiando su nombre y ganando el amor eterno de la dulce damisela en apuros, que es muy posiblemente una princesa, y, como recompensa final, siendo restaurada su herencia y al seno de su padre y casándose con la princesa y viviendo felizmente para siempre?

La Sra. Ferby resopló otra vez. —Hay que darle al hombre lo que se merece, Lavinia—, dijo ella. —Tiene sentido del humor.

—Debería escribir para Minerva Press —, dijo Lady Barclay.

Se preguntó si ella estaba sonriendo, aunque sólo fuera por dentro. Sería algo digno y heroico, pensó, hacer reír a esta mujer como se había reído en la casa de los Kramer, y hacer que lo hiciera una y otra vez. Tal vez debería convertirla en la misión de su vida. ¿Sería un objetivo alcanzable? Casi sonrió en la oscuridad. A veces uno se preguntaba de dónde venían esas fantasías absurdas. Todavía debía estar terriblemente aburrido.

Según las señoras mayores, era terriblemente tarde cuando llegaron a casa. Según el reloj del abuelo en su espléndido y antiguo estuche del vestíbulo, no eran las once de la noche. Percy les dio las buenas noches a las damas, comprobó por Crutchley que se había encendido un fuego en la biblioteca, y se fue a leer y tomar una copa antes de irse a la cama por falta de algo más interesante que hacer.

Inevitablemente había animales en la habitación, dos gatos en el hogar y Héctor bajo el escritorio. Percy los ignoró.

Se estaba sirviendo un poco de oporto en el aparador cuando se abrió la puerta y Lady Barclay entró. Se había quitado la capa y el sombrero y se había puesto un chal de lana sobre ese precioso vestido de noche azul que llevaba. No tenía un estilo muy elaborado. Ninguno de sus vestidos lo tenía que él hubiera visto. Sin embargo, no era necesario que lo fueran. Tenía la figura más perfecta que jamás había visto. No es que algo pudiera ser *más* perfecto o incluso *más* impecable, ya que *lo perfecto* era un absoluto en sí mismo. Podía escuchar esa explicación en la voz de uno de sus tutores.

—¿Vino?—, le preguntó.

—¿Por qué estaba el Sr. Tidmouth en mi casa esta tarde?—, le preguntó. —¿Y por qué había *seis* obreros con él? ¿Por qué el costo del nuevo techo se ha reducido a la mitad?

Ah.

—¿Vino?—, preguntó de nuevo.

Ella dio algunos pasos en su dirección. Había venido a la batallar, podía ver. Ella no respondió a su pregunta.

—¿*Mi* casa?—, dijo. —¿Igual que *tuya*? Sigo sosteniendo que es mía, Lady Barclay, aunque puede vivir en ella con mi bendición hasta los ochenta años si así lo desea, o hasta los noventa si vive tanto tiempo. Después de eso, renegociaremos.

—Fuiste a verlo.— dio otro paso más cerca. —Te enfadaste con él. Lo amenazaste.

Levantó las cejas. Se veía magnífica cuando estaba enfadada. La ira puso algo de color en sus mejillas y un brillo en sus ojos.

—¿Despotricar? —dijo débilmente, cerrando una mano sobre el mango de su monóculo, *no* el de joyas, y lo levanto hasta la mitad de su ojo. —¿Amenazar? Se equivoca, señora, se lo aseguro.

—Oh.— Sus ojos se entrecerraron. — Supongo que solo jugabas al aristócrata arrogante.

—*¿Jugar?*— Brevemente levantó el monóculo hasta el ojo. —Pero ¿de qué sirve ser

aristócrata, señora, si uno no puede jugar a ser lo que es? Le aseguro que hace que las protestas y las amenazas sean innecesarias. Los subordinados, en los que hay techadores de categoría I, se marchitan en presencia de alta costura y un monóculo con joyas y un pañuelo con bordes de encaje.

—No tenías *derecho*.— Ella había dado unos pasos más cerca.

—Al contrario, señora—, dijo, —Tenía todo el derecho.

Se estaba divirtiendo bastante, se dio cuenta. Esto era mejor que leer su libro, que era la poesía de Alexander Pope de todas las cosas.

—Era *mi* batalla para luchar—, le dijo ella. —Me molesta tu interferencia.

—A pesar de su título, señora—, dijo, —y el impresionante hecho de que sea la prima política del Conde de Hardford, parece que no ha superado lo que debe ser la total indiferencia de Tidmouth por las mujeres. Indubitablemente pertenece a una subespecie inferior de la raza humana, y uno debe compadecerse de su esposa e hijas, si es que existen tales personas. Pero el hecho es que necesita sus servicios, ya que parece no tener competencia en al menos cincuenta millas a la redonda. *Yo* también necesito sus servicios. Sin ellos podría estar condenado a tener que ofrecerte mi hospitalidad aquí en Hardford Hall por otro año o más.

Eso le quitó el viento a sus velas. La suya también, en realidad. Nunca era grosero con las mujeres. Bueno, casi nunca. Sólo con esta mujer, al parecer.

—No eres un caballero, Lord Hardford—, dijo ella.

Podría no haberle dado la razón si no hubiera estado cerca, todo por su cuenta, ya que no se había alejado ni un centímetro del aparador. Pero *estaba* cerca, y él ni siquiera tuvo que estirar el brazo al máximo para enroscar su mano sobre la nuca de ella. No tuvo que inclinarse mucho hacia adelante para poner su boca en la de ella.

La besó.

Y no necesito ni la más mínima fracción de segundo para saber que había cometido un *gran error*.

Desde su punto de vista, ciertamente era eso. Ella interrumpió el beso después de quizás dos segundos y lo golpeó en una mejilla con la palma abierta.

Y desde su punto de vista, la deseaba. Pero ella era la mujer más inapropiada que él podría haber elegido, excepto que no había elegido. Eso sería absurdo. Era la dama de mármol.

Le ardía la mejilla y se le humedecían los ojos. Era una experiencia nueva. Nunca antes había sido abofeteado.

—¿Cómo *te atreves*?

Le debía una disculpa humillante, al menos.

—Fue sólo un beso—, dijo en su lugar.

—Sólo -— Sus ojos se abrieron de par en par. —Eso no fue un beso, *Lord* Hardford. *Eso* fue un insulto. Fue insufrible. Eres insufrible. Y supongo que le pagaste al Sr. Tidmouth la mitad de mi techo.

—En mi experiencia,— dijo,—medio techo es más o menos inútil.

—Puedo permitírmelo todo—, le dijo.

—Yo también puedo—, le aseguró. —Notará, señora, que complací a su orgullo lo suficiente como para dejar la mitad de la factura sin pagar.

Lo miró fijamente. Probablemente estaba admirando su trabajo. No dudó de que su mejilla tuviera la huella escarlata de la palma de su mano y de sus cinco dedos. Aún ardía como el diablo. Sería prudente no provocarla en el futuro.

—¿Estamos de acuerdo con el compromiso?—, le preguntó.

—Será el mayor de los placeres—, dijo ella, —volver a mi propia casa. Tanto para mí como para ti.

—¿Lo ves?—, dijo. —Cuando nos esforzamos lo suficiente, podemos llegar a un acuerdo mutuo sobre más de un tema. ¿Qué tan malo es el contrabando en esta parte del mundo? *¿Quieres* un poco de vino?

—Sí—, dijo tras una pequeña vacilación.

Le quitó la copa después de que él hubiera servido el vino, pero no se alejó hacia una silla.

—A mi suegro le gustaba su brandy —le dijo —, como a la mayoría de los caballeros de esta parte del mundo. No vio ningún error en defraudar al gobierno de algunos impuestos y aranceles. Vio a los funcionarios de aduanas y a los oficiales a caballo como el enemigo natural de la libertad y el lujo, mientras que los contrabandistas eran héroes que defendían el derecho de un caballero al mejor brandy que su dinero podía comprar.

—Esta casa está cerca del mar—, dijo. —Sus bodegas se usaban para almacenar artículos de contrabando, supongo.

—Cerca, pero no lo suficiente—, dijo, girando el vino en su vaso por un momento antes de llevarlo a sus labios.

—¿La casa de la Viuda?

Ella levantó los ojos hacia él. —Habréis notado —dijo—que no está lejos de ese camino escarpado hacia la playa. Hay unos escalones y una puerta en el lado de la casa que da al mar y que conducen directamente a la bodega. Insistí en que me quitaran todos los objetos de contrabando y que bloquearan la puerta por dentro y por fuera antes de irme a vivir allí. Mi suegro se ocupó de ello. Me quería lo suficiente como para querer que estuviera a salvo y que no corriera peligro de ninguna manera por toda esa maldad. Y sabía que Dicky siempre se había opuesto vehementemente a permitir el contrabando en la tierra de Hardford y los productos del contrabando en la casa de la Viuda.

Bueno. Interesante.

—¿Violencia?

—*No es* un negocio romántico,— dijo,—a pesar de todas las historias de lo contrario que parodiaste de camino a casa.— Vació su vaso y lo dejó en el aparador. —Buenas noches, Lord Hardford. Y si vuelves a intentar besarme, responderé con el puño en vez de con la mano abierta.

Le sonrió. —Un error táctico, Lady Barclay—, dijo. —Uno nunca avisa a un adversario. Preavisar es anteponer el antebrazo.

Ella se giró y lo dejó. Cerró la puerta silenciosamente tras ella. No era para Lady Barclay una pasión desenfrenada o puertas cerradas de golpe.

Su mejilla *todavía* le ardía.

¿Qué demonios le había poseído? Pero si ese beso había durado dos segundos, y él creía que lo había hecho, entonces durante al menos uno de esos segundos ella le había devuelto el beso. Era como esa risa en la casa de las damas de Kramer... parpadeas y te la pierdes.

No había parpadeado en ninguna de las dos ocasiones.

¿Cuándo el mármol no era mármol? ¿Y por qué el mármol era mármol? Especialmente cuando no era mármol de verdad, sino una mujer. ¿*Por qué* era de mármol? Debe haber miles de mujeres que han enviudado en las guerras napoleónicas. Si todas ellas se hubieran convertido en mármol para siempre, Inglaterra sería una nación de mármol, o la mitad de mármol de todos modos. Seguiría habiendo hombres humanos, supuso. Hombres humanos bastante frustrados.

Consideró su libro. Quizás la poesía, verso en blanco, nada menos, era justo lo que su mente necesitaba para componerse para dormir.

En vez de eso, volvió al pasillo y se puso su abrigo, su sombrero y sus guantes. Debería subir a cambiarse el calzado, pero con zapatos de noche bastaría. Salió por las puertas delanteras y caminó directamente a través del césped hacia los acantilados. Las nubes se habían movido lo suficiente como para permitir que la luz de la luna y la luz de las estrellas le iluminaran el camino y asegurarse que no se saliera del borde. Un pensamiento alarmante, pero primero sería pinchado hasta la muerte por los arbustos de tojo.

Héctor, se dio cuenta de repente, estaba en sus talones. Señor, ese perro estaría durmiendo al final de su cama.

—Protegiéndome de fantasmas, contrabandistas y otros villanos, ¿no?— Percy le preguntó. —Ese es mi chico.

CAPITULO 07

La palma de la mano de Imogen aún ardía. Todavía estaba roja también, vio a la luz de la vela en su tocador.

Ella lo odiaba. Peor aún, se odiaba a sí misma. Se *odiaba a* sí misma.

Podría haber evitado ese beso. Podría haberse mantenido alejada de él. Pero incluso aparte de eso, había habido tiempo para darse cuenta de su intención y darse la vuelta. Había habido una mirada en sus ojos para advertirla, el levantamiento de su mano para ponerla en su nuca, la inclinación de su cabeza hacia la de ella. Oh, sí, hubo tiempo.

No se había alejado.

Y aunque, el primer momento después de que la boca de él tocó la de ella, la *boca*, no sólo los labios, su mente se había quedado en blanco por el shock, también había habido un siguiente momento en el que su mente no había estado en blanco en absoluto, cuando lo había querido con un anhelo feroz y le había devuelto el beso. Sólo el momento más simple.

Pero, ¿cuánto tiempo era un momento? ¿Alguien lo había definido alguna vez? ¿Ponerle límites de tiempo? ¿Fue un momento de un segundo? ¿Medio segundo? ¿Diez minutos? No tenía idea de cuánto tiempo había durado su momento de debilidad. Pero no importaba. Había sucedido, y nunca se lo perdonaría.

Sólo un beso, en efecto.

¡Sólo un beso!

No tenía ni idea. ¿Pero podía esperar que lo hiciera? Era un mero hombre, un hombre guapo, viril, arrogante que probablemente siempre había tenido justo lo que quería de la vida, incluyendo a cualquier mujer que deseara. Había visto la forma en que todas las mujeres, independientemente de su edad y estado civil, lo habían mirado esta noche. Oh, no, ciertamente no podría haber tenido ni idea. Habían estado solos en la biblioteca a altas horas de la noche, habían estado de pie uno al lado del otro, y habían estado discutiendo. *Por supuesto que* sus pensamientos se habían convertido en lujuria. Hubiera sido sorprendente si no lo hubieran hecho.

Imogen se sentó en el taburete ante el tocador, de espaldas al espejo. Su vida volvía a ser un desastre, y aún le quedaban varias semanas para la reunión anual del Club de Sobrevivientes en el Penderris Hall. Su anhelo por la compañía y comodidad de esos seis hombres era de repente tan agudo que la dobló en dos desde la cintura hasta que su frente casi le tocó las rodillas. George, Duque de Stanbrook, probablemente estaba en casa. Si se fuera temprano...

Si ella llegaba temprano, él la recibiría con mucho cariño y sin dudarlo. Se encontraría envuelta en paz y seguridad y....

Pero tenía que aprender a arreglárselas sola con su vida. Eso era lo que pensó que *había* hecho al final de esos tres años en Penderris. Había hecho un pacto con la vida. Pasaría por los pasos de vivirla, regresaría a Hardford, sería una nuera y sobrina atenta, una vecina alegre y

sociable, una hija cariñosa, una hermana y una tía. Viviría sola sin permitirse convertirse en una reclusa. Sería afable, pero sobre todo lo demás sería amable. Y ella respiraría una respiración tras otra hasta que no hubiera más, hasta que su corazón se detuviera y trajera su último y bendito olvido.

Seguiría adelante, había decidido, pero no *viviría*. No tenía derecho a hacer eso. El médico de Penderris había intentado sacarla de allí, pero se había mantenido firme. Sus seis amigos le habían ofrecido consuelo, aliento y amor, abundante e incondicional. También habrían ofrecido consejo si ella lo hubiera solicitado, pero nunca les había pedido que la disuadieran del futuro que ella misma se había propuesto.

Extendió sus manos sobre su rostro y sintió el deseo de volver a verlos a todos de nuevo, de escuchar sus voces, de saberse aceptada por lo que era, *conocida* por lo que era y amada de todos modos. Ah, sí, durante tres semanas de cada año se dejaba querer.

Ahora su frágil paz se había roto, en un momento y lo que el Conde de Hardford había llamado descuidadamente *sólo un beso*.

Imogen se desnudó para ir a la cama, aunque no esperaba que pudiera dormir.

****

Percy se ausentó de casa la mayor parte del día siguiente. Asaltar a una dama que vivía bajo la protección de su propio techo *no* era la cosa, y ciertamente le debía una disculpa, a la que llegaría a su debido tiempo. Primero, sin embargo, necesitaba alejarse de su vista por un tiempo.

Comprobó que los techadores estaban trabajando de nuevo en la casa de la Viuda, los seis lo estaban, así como Tidmouth, que estaba dentro de la puerta del jardín, recostado contra ella, con los brazos cruzados, con un aspecto magistral. Percy no se detuvo por si Lady Barclay venía a hacer lo mismo.

Llamó a Alton y a Sir Matthew Quentin, quienes poseían tierras y las cultivaban incluso si nunca habían manejado una azada o esquilado una oveja. Se sentía tristemente ignorante. No, *era* lamentablemente ignorante, y necesitaba hacer algo al respecto. Se encontró vagando por la tierra de cada uno durante todo el día y hablando de prácticamente nada más que de la agricultura, incluso con Lady Quentin en el almuerzo, ya que ella fijó los temas de conversación. Alarmantemente, se dio cuenta de que al volver a casa a última hora de la tarde, se había divertido enormemente y no había sentido ni una pizca de aburrimiento. Había comenzado a concebir ideas para su propia tierra. Incluso le entusiasmaba la posibilidad de hablar con su nuevo mayordomo cuando llegue ese individuo aún desconocido.

¿Emocionado?

Iba a ser candidato para Bedlam si no abandonaba pronto Cornualles y regresaba a la civilización y a su familiar existencia ociosa.

Pasó la noche en la biblioteca leyendo a Pope, mientras que las damas presumiblemente conversaban y bebían té y se ocupaban de cualquier proyecto digno y productivo con el que las damas se ocupaban en el salón de arriba. Lady Barclay había estado casi en silencio durante la cena y se parecía más al granito que al mármol. Obviamente le debía una disculpa *seria*.

A la mañana siguiente volvió a tomar el camino hacia la casa de la Viuda, Héctor trotando inevitablemente a su paso, aunque no era su destino previsto. Era algo completamente diferente, algo por lo que se había sentido nervioso la noche anterior después de que Pope perdiera su atractivo: veinte páginas de verso en blanco podían hacer eso.

Ella estaba en su casa antes que él hoy. Estaba parada en la puerta, un lugar popular, hablando con Tidmouth, que rezumaba un hipócrita servilismo, especialmente después de ver que Percy se acercaba. Y Dios mío, en realidad había un techo en la casa, seis obreros pululaban sobre él, con un aspecto diligente.

Percy consideró darse la vuelta y continuar con su plan principal para la mañana, pero tarde o temprano iba a tener que enfrentarse a algo más que a una mesa de comedor con su tía y la barítona para interponerse entre él y la vergüenza y la humillación.

—Ah, Tidmouth—, dijo después de darle los buenos días a Lady Barclay, —nos estás honrando con tu presencia y tu experiencia de nuevo hoy, ¿verdad? ¿Agitando el látigo?

—Cualquier cosa y todo para complacer a una dama, Su Señoría—, dijo el hombre con una mirada, revelando una boca llena de dientes amarillos y cuadrados. —A pesar del frío que hace, ya que sólo es febrero y no es normalmente la época del año para un trabajo tan duro al aire libre, me pondré a mí y a mis hombres en cualquier problema o inconveniente que sea necesario para que la dama tenga un techo sobre su cabeza. No requiere azotes.

—Muy bien —, dijo Percy. —Te dejaré con ello, entonces. Prima, ¿puedo invitarte a dar un paseo?

Lo miró como si caminar con él fuera lo último que deseaba hacer. Pero quizás reconoció la inevitabilidad de un encuentro tête-à-tête con él tarde o temprano.

—Puedes—, dijo ella.

No ofreció su brazo, y ella no mostró ninguna señal de que necesitara o esperara tomarlo mientras se acercaba a él.

—Creo—, dijo con firmeza mientras se alejaban del oído del hombre que estaba en la puerta, —debo agradecerle por haber intervenido en mi favor con el Sr. Tidmouth. Estaba desesperada por volver a mi casa este año, pero me ha prometido que lo haré la semana que viene.

—Me estás agradeciendo, entonces,— dijo,—¿por hacer posible que me dejes tan pronto?

—Eso sonaría descortés.

—¿Pero cierto?

—Permíteme recordarte,— dijo ella,—que fuiste tú hace dos noches quien lamentó el hecho de que cuanto más tiempo mi casa fuera inhabitable, más tiempo se veía obligado a ofrecerme hospitalidad en la suya.

—Siento lo del beso—, dijo. —Nunca debería haber pasado, especialmente bajo mi propio techo, donde debería estar protegiéndote de insultos, no ofreciéndolos yo mismo.

—Pero como observó en ese momento—, dijo, girando la cabeza para que él no pudiera ver su cara alrededor del borde de su sombrero, —fue *sólo* un beso.

Sonaba como si no fuera a ser perdonado.

Se detuvieron en la cima del acantilado con su zigzagueante senda hacia abajo. Se había detenido un poco más atrás hace dos noches, al otro lado de los arbustos de tojo, cuando vino a ver si había contrabandistas en la playa, con los machetes listos, al menos, eso fue lo que supuso que había venido a ver. Había estado un poco agitado en ese momento. Sus rodillas se sentían decididamente débiles ahora, y su respiración se aceleró.

No era un día ventoso, pero había suficiente brisa como para que el aire estuviera fresco. La marea se veía a mitad de camino hacia adentro, o a mitad de camino hacia afuera. No tenía ni idea de cuál. Las olas rompían en una línea de espuma a lo largo de la playa. El mar más allá de ellos también estaba cubierto de espuma. Aparte de eso, era gris acero.

—¿Quieres bajar?—, le preguntó.

Por favor, di que no. *Por favor, di que no.*

—Creí que le temías al mar y a los acantilados—, dijo.

—*¿Miedo?*— Levantó las cejas, todo incredulidad. ——¿Yo? ¿Qué te hizo pensar eso?

Sus ojos buscaron su cara durante un momento desconcertante, y luego se giró y desapareció por el borde. Oh, nada tan drástico como eso. Salió del sendero de la cima del acantilado y se dirigió a la pista de abajo y luego siguió adelante. Ella no miró atrás.

Miró a Héctor. —Quédate aquí o vuelve a casa—, aconsejó. —Nadie, y menos aún yo, te llamará cobarde.

Y nadie lo llamaría cobarde tampoco, por Júpiter. Nadie lo ha hecho nunca. Nadie había tenido nunca una causa, bueno, excepto una vez. Resulta que estaba aterrorizado, sin pensar en el mar. Lo mismo ocurre con los acantilados. Tampoco les gustaban mucho las arenas doradas, sobre todo porque tenían la mala costumbre de ensancharse y estrecharse con la marea, a veces estrechándose hasta un punto en el que el mar y los acantilados unían fuerzas.

¿Por qué demonios necesitaba probarse algo a sí mismo? Pero ya era demasiado tarde para cambiar su plan. Apenas podía pararse aquí y esperar a saludarla cuando llegara a la playa.

Se lanzó al espacio.

Ni siquiera era una pista particularmente peligrosa, por supuesto. De hecho, era una vía bien utilizada. Había sido escalada numerosas veces, si no lo hubieran hecho, por bandas de contrabandistas que transportaban barriles de brandy, y el Señor sabía qué otro contrabando, para almacenar en el sótano de la casa de la Viuda. Lady Barclay probablemente había tropezado aquí arriba y abajo mil veces por puro placer, aunque la elección de la palabra *tropezar y le* causó un momento de angustia en el estómago.

Sólo hubo un par de lugares donde el camino desapareció, para ser reemplazado por rocas lo suficientemente grandes y robustas como para proporcionar una base perfectamente segura. Estaba en la playa casi sin darse cuenta, su sensación de alivio y triunfo sólo se atenuó solo por el conocimiento de que de alguna manera iba a tener que volver allí en el futuro previsible.

Algo estaba gimiendo. No había señales de ninguna oveja. Pero Héctor, podía ver, estaba varado en la roca sobresaliente justo por encima del nivel de los hombros y no podía encontrar el camino que le habría llevado el resto del camino hacia abajo.

—Creo—, dijo Lady Barclay,—que tiene un amigo, Lord Hardford.

—¿Sólo uno?—, dijo. —¿Podría ser tan patético?

Levantó la mano y cogió al perro entre sus brazos. Lo hizo con cuidado. Las piernas de la criatura todavía parecían como si se pudieran romper tan fácilmente como ramas secas. Sus costillas todavía eran claramente visibles, aunque empezaban a adquirir una fina capa de grasa. Se volvió, el perro aún en sus brazos, y miró la cara de Lady Barclay que seguramente se tambaleaba al borde de la risa.

—¿Qué?—, preguntó.

—Nada—, dijo ella.

— Alguna cosa.

—Me acordé—, dijo,—de un cuadro que la tía Lavinia tiene colgado en la alcoba. Es una representación sentimental de Jesús sosteniendo un cordero.

¡Dios mío!

Puso a Héctor sobre la arena, y el perro salió a visitar a un par de gaviotas, que no esperaron a ser saludadas.

—Es de esperar, señora—, dijo Percy, —que nunca tenga la oportunidad de hacer esa observación en la audiencia de ninguno de mis conocidos. Mi reputación estaría hecha jirones.

—Tu reputación de hombría, supongo que quieres decir—, dijo. —Me atrevo a decir que eso es más importante para ti que cualquier otra cosa.

—Tiene una lengua cáustica, señora—, dijo, agarrando sus manos por detrás de su espalda y entrecerrando los ojos por la playa hacia el mar. En realidad, todo se veía un poco mejor desde aquí abajo. El mar aún estaba lo suficientemente lejos como para no parecer amenazante.

—Sólo quería sugerir,— dijo ella,—que no hay nada particularmente *poco masculino* en cuidar de un perro que no puede cuidarse a sí mismo.

No tenía ningún deseo de seguir esa línea de conversación en particular. —Puedo ver,— dijo,—que este sería un lugar perfecto para contrabandistas.

—Sí—, estuvo de acuerdo. —La bahía está protegida, y no hay rocas peligrosas para hacer un aterrizaje traicionero. También hay una forma de subir los acantilados. Incluso hay una cueva.

—Muéstrame—, dijo.

Era grande y estaba convenientemente cerca del camino hasta la cima. Se extendía profundamente en los acantilados. Percy estaba en el umbral, mirando.

—¿La marea llega tan alto?—, preguntó.

—Casi nunca—, dijo. —La marca de marea alta está muy por debajo de aquí.

Sí, podía ver la línea divisoria entre la arena blanda y polvorienta y la playa dura y muy plana que se regaba cada doce horas con la marea.

—¿Ya no hay contrabando en esta bahía en particular?—, preguntó.

—Si lo hay—, dijo, —no suben a tierra de Hardford. No es que yo lo supiera con seguridad, supongo, a menos que me sentara en una ventana oscura en las noches más oscuras. Ciertamente ya no usan el sótano de la casa de la Viuda.

—¿Por qué usaste la palabra despiadado? —Le preguntó mientras salían de la cueva para pasear por la playa, con la fría brisa salina en sus caras.

Se encogió de hombros. —Los líderes pueden ser matones y tiranos. A veces presionan a los hombres para que presten servicio, según he oído. Y se sabe que han hecho cumplir la lealtad y el secreto con amenazas e incluso con violencia. Aquí había un joven mozo que adoraba a mi marido y le encantaba trabajar para él. Le rogó que fuera a la Península como su bateador, pero sólo tenía catorce años en ese momento y su padre le negó el permiso. Permaneció aquí a salvo. No sé exactamente cuál fue su transgresión, por entonces estábamos lejos de aquí y no me lo dijo la única vez que se lo pedí después de que volví, pero le rompieron las dos piernas. Todavía trabaja en los establos. La tía Lavinia se ocupó de eso. Pero los huesos no se fijaron bien. Y su espíritu fue quebrantado.

Señor, él no necesitaba esto, pensó Percy. Su vida hasta la edad de treinta años había sido notablemente serena y sin problemas. Había tenido cuidado de mantenerla así. Y no tenía ningún deseo de cambiar las cosas. ¿Por qué debería hacerlo? Le gustaba su vida tal como era. Bueno, excepto por el aburrimiento, tal vez, y el sentimiento general de inutilidad y el tiempo que pasa.

—A Wenzel le gustas—, dijo, agachándose para recoger un trozo de madera a la deriva y tirarlo para entretener a Héctor.

Giró bruscamente su cabeza hacia él ante el repentino cambio de tema. —Es un buen hombre—, dijo. —Era el mejor amigo de mi marido.

—¿Pero no te gusta?—, le preguntó.

—No creo, Lord Hardford—, dijo,—que mi vida personal y mis ilusiones sean de su incumbencia.

—Ah,— dijo, sonriéndole.

Sus mejillas eran rosadas, por el viento más que por la indignación, adivinó, ya que su nariz también era un poco rosada. Se veía muy sana, ni de mármol ni de granito. Aunque definitivamente molesto. —Pero tú eres mi prima política tercera y por lo tanto, es una preocupación familiar para mí.

—No estoy convencida de que la tía Lavinia esté segura de sus hechos—, dijo. —Pero aunque tenga razón, es una conexión *muy* remota y no de sangre. No *me gusta* el Sr. Wenzel ni ningún otro hombre, Lord Hardford. No tengo ningún interés en el cortejo o en volver a casarme, como creo que ya le he dicho antes.

—¿Por qué?—, preguntó. —Oh, sí, sé que empezamos esta conversación antes, pero no progresó mucho. Te pregunté tu edad, lo recuerdo, pero no me la diste, ¿y quién puede culparte? Es de mala educación hacer semejante pregunta a una dama. Supongo que tienes más o menos mi edad. Celebré mi trigésimo cumpleaños dos días antes de partir hacia Cornualles.

—No hay vergüenza en tener treinta años,— dijo ella, —incluso para una mujer.

Lo cual, supuso, le proporcionó su respuesta.

—En mi experiencia,— dijo,—hay una marcada diferencia entre hombres y mujeres en lo que se refiere al matrimonio. Las mujeres lo quieren, punto final; los hombres lo quieren o al menos lo tolerarán a su debido tiempo.

—¿Y lo tolerarás en *tu* buen momento?—, preguntó.

Héctor estaba de pie ante él, jadeando y mirando hacia arriba con sus ojos saltones y siempre esperanzados. Ese perro *no iba* a ser bonito ni siquiera cuando hubiera engordado. El palo yacía en la arena entre ellos. Percy se inclinó para recogerlo y lanzarlo de nuevo.

—Probablemente—, dijo. —Existe la sucesión para asegurar y todo eso, ya que parece haber una alarmante escasez de posibles herederos en la actualidad. ¿Cuánto hace que se fue su marido?

—Más de ocho años—, dijo, volviéndose para seguir adelante.

Probablemente también le había dicho eso antes. —Así que tenías unos veintidós años—, dijo.

—Según sus cálculos,— dijo,—Supongo que sí.

—¿Y cuánto tiempo estuviste casada?—, preguntó.

—Casi cuatro años.

—¿Ocho años no ha sido el tiempo suficiente para sanar?—, preguntó. —¿El doble del tiempo que estuviste casada?— Estaba realmente perplejo. No podía imaginar un amor tan duradero ni un dolor tan intenso. Tampoco quería imaginárselo.

Se detuvo de nuevo y se giró para mirar hacia el mar. —Algunas cosas no sanan—, dijo. —Nunca.

No podía dejarla sola. —¿No hay alguna... resistencia?—, preguntó. —¿Algo de auto-indulgencia? ¿Acaso otras personas no han sufrido la viudez y la han superado? ¿No hay un punto en el que seguir sufriendo se vuelve... casi ostentoso? ¿Llevado como una insignia de honor para ponerte por encima de otros mortales ordinarios cuyos sufrimientos no pueden igualar a los tuyos?

Estaba siendo marcadamente ofensivo. Y con cada palabra añadida estaba empeorando las cosas. Estaba casi enfadado con ella. Pero, *¿por qué*? ¿Porque una vez la había besado durante dos segundos y no podía quitarse el beso de la cabeza? ¿Porque una vez se había reído de algo que él le dijo, pero no se había reído desde entonces? ¿Porque ella era la única mujer de las legiones que había conocido que era bastante impermeable a sus encantos?

Estaba empezando a no quererse mucho.

Debería haberse disculpado, pero se quedó callado. Héctor estaba jadeando a sus pies de nuevo, y una vez más fue enviado en busca del palo. ¿De dónde sacaba la energía una criatura tan esquelética?

—¿Me ha visto en alguna ocasión mostrar un sufrimiento abierto, Lord Hardford?—, preguntó, sus ojos en las olas entrantes, definitivamente eran entrantes. —Si es así, le ruego que me informe para que pueda hacer los ajustes necesarios a mi comportamiento.— Esperó una respuesta.

—No has mostrado ninguna, por supuesto—, admitió. —Pero uno no puede evitar preguntarse cuando se encuentra con una mujer joven y hermosa que se ha revestido de mármol lo que hay dentro. Y uno no puede evitar adivinar que debe estar sufriendo.

—Tal vez—, dijo ella, —no hay nada. Tal vez el mármol es sólido, o tal vez es hueco y no

hay nada más que vacío en su interior.

—Quizás—, admitió. —Pero si ese es el caso, ¿de dónde salió la risa hace dos noches? ¿Y el beso? Por un momento esa noche no era sólo yo besándote. Nos estábamos besando.

—Tienes la imaginación de un hombre engreído, Lord Hardford—, dijo.

—Ah, y tienes una lengua mentirosa, Lady Barclay.

Héctor parecía haberse cansado. Cogió el palo y se dejó caer a los pies de Percy. Se puso en coma al instante.

—Si te sirve de consuelo —dijo —, mi total falta de interés por ti no tiene nada que ver contigo personalmente. Sin ninguna duda, nunca he conocido a un hombre más guapo que tú o uno más capaz de encantar. Si *estuviera* interesada en el coqueteo, el noviazgo o en volver a casarme, bien podría considerar pretender echarle el ojo, aunque soy plenamente consciente de que hacerlo me provocaría cierta desilusión y dolores de cabeza. Afortunadamente, quizás, *no estoy* interesa. Ni en ti ni en ningún otro hombre. No de *esa* manera. Nunca. Y si ofende a tu sensibilidad varonil oírme decirlo, entonces consuélate con la idea de que dentro de una semana volveré a vivir en la casa de la Viuda.

—*Falta total de interés*—, dijo, — sin embargo, me besaste.

—Me tomaste por sorpresa—, dijo, y las palabras colgaron entre ellos casi como si tuvieran algún significado más allá de su significado superficial.

¿Qué ocultaba su autodisciplina? ¿Por qué no lo soltaría? El duelo durante ocho años después de un matrimonio de cuatro años *era* sin duda excesivo y ensimismado. Pero no quiso entrometerse más. No se lo diría, y si lo hiciera, él tenía la sensación de que realmente, *realmente* no querría saberlo.

¿Qué le había pasado cuando estaba en cautiverio?

—Si llevo mármol como armadura —dijo ella, rompiendo el extraño silencio que le había hecho ser muy consciente del rugido elemental del mar y del grito áspero y solitario de las gaviotas—, entonces tu llevas encanto, Lord Hardford. Una especie de encanto descuidado. Una se pregunta qué hay detrás.

—Oh, nada, te lo aseguro—, le dijo. —Nada en absoluto. Soy puro encanto hasta el corazón.

Aunque el borde de su sombrero gris ocultaba su cara, podía ver que ella sonreía.

Y de alguna manera hizo que le doliera el corazón, su encantador corazón.

Giró la cabeza para mirarlo. La sonrisa había desaparecido, pero sus ojos estaban abiertos. Bueno, por supuesto que sí. Apenas lo miraba con los ojos cerrados, a menos que estuviera invitando a otro beso, lo cual decididamente no era así. Pero estaban.... abiertos. El único problema era que no podía interpretar lo que veía dentro de ellos.

Era realmente increíblemente hermosa. Se agarró las manos por detrás de la espalda para no tocar con un dedo ese labio superior tentadoramente curvado.

—Creo,— dijo en voz baja, —que después de todo eres casi agradable, Lord Hardford. Dejémoslo así, ¿de acuerdo?

Casi agradable.

Tontamente, sintió que podría ser el cumplido más precioso que se le había hecho nunca.

—¿ Estoy perdonado, entonces?—, le preguntó. —¿Por besarte?

—No estoy segura de que seas *tan* agradable—, dijo, volviéndose para volver al camino hacia la cima.

En realidad había hecho una *broma*, pensó Percy, mirando a Héctor, que se había despertado del coma y se estaba poniendo de pie.

—No voy a tener que cargarte, espero—, dijo Percy.

Héctor agitó su cola rechoncha.

CAPITULO 08

Creo que después de todo eres casi agradable.

A Imogen le daba vergüenza recordar que lo había dicho en voz alta. Le desconcertó que lo dijera en serio, con la reserva de que *casi, por* supuesto.

Le hubiera encantado verle enfrentarse al Sr. Tidmouth en su tienda. Habría sido una anécdota deliciosa con la que deleitar a sus amigos en Penderris el próximo mes. Apostaría a que no se había enfadado ni levantado la voz. Se preguntó qué *había* escondido tras su encanto superficial, si acaso. No siempre había sido encantador con ella, por supuesto. Pasaría mucho tiempo antes de que se olvidara de sus primeras palabras "*¿y quién diablos eres tú*?" Puede que no sea más que un engreimiento vacío. Ese pobre perro estaba firmemente unido a él, sin embargo, y los perros eran a menudo más exigentes que las personas. Por supuesto, Héctor no hizo nada para mejorar la imagen varonil de su maestro elegido. Imogen se encontró a sí misma sonriendo ante el pensamiento, y *debe* recordar contarles a sus amigos cómo se había parecido a esa pintura muy sentimental de Jesús acunando a un cordero en sus brazos y cómo se había quedado atónito cuando se lo dijo.

Se encontró pensando demasiado en el Conde de Hardford durante el resto del día y el siguiente. Su presencia muy masculina en la casa, aunque no lo veía mucho, era demasiado sofocante. Pero ella no podía resentirse o, en última instancia, él. Porque esta era su casa. El vestíbulo, el parque y la finca le pertenecían. Incluso la casa de la Viuda le pertenecía a él, como no había dudado en señalárselo en más de una ocasión. El *título le* pertenecía a él.

Cómo anhelaba volver a la casa de la Viuda, donde tendría que ver al Conde de Hardford con mucha menos frecuencia. Esperaba que no se quedara. Pero seguramente no lo haría. La nueva sesión parlamentaria y la Temporada comenzarían en Londres después de Pascua. Seguramente no desearía ausentarse de ninguna de las dos. Quizás para cuando volviera de Penderris, él ya no estaría. Y tal vez nunca volvería. Parecía no ser demasiado aficionado al mar. Juraría que había tenido que armarse de valor para descender por el camino de la playa, como si fuese un reto que se había propuesto. Y se había parado cautelosamente en el umbral de la cueva en lugar de entrar a explorarla. Había mirado la marea que se avecinaba con notable inquietud.

Tampoco encontraba la casa demasiado cómoda. Le había dicho a la tía Lavinia que tenía la intención de dar la orden de limpiar todas las chimeneas y que parecía sorprendido cuando le informó que todas habían sido limpiadas antes de Navidad. Aparentemente, una noche se le cayó toda una lluvia de hollín de la chimenea de la alcoba y ennegreció la mitad de su habitación. Y también había mencionado las sábanas húmedas que tuvo que reemplazar en su primera noche aquí, un hecho que era desconcertante, ya que la tía Lavinia había estado tan segura de que esas sábanas habían salido directamente del armario de ventilación. Hasta ella misma los había revisado. La humedad probablemente había sido su imaginación. La ropa de cama puede ser fría en una noche de invierno y *parecer* húmeda.

Imogen revisó su aspecto en el cristal del mueble de su habitación. Afortunadamente, no

había que vestirse con gran formalidad para una asamblea en la posada del pueblo. Su seda verde salvia con su vestido de gasa plateada, siempre uno de sus favoritos, le vendría bien, a pesar de que habían pasado casi dos años desde que lo había comprado en Londres para la boda de Hugo, y que lo había usado en varios entretenimientos del pueblo. Ajustó la cinta plateada alrededor de la cintura alta y sacudió la falda, que cayó recta y suelta antes de ensancharse ligeramente en el dobladillo. Las mangas eran cortas, el escote cuadrado y bajo pero no demasiado. Pasó sus manos suavemente sobre su suave moño para asegurarse de que no necesitara más horquillas, y luego se puso sus largos guantes plateados y cogió su abanico.

Le había pedido que le reservara el primer vals, recordó Imogen con un ligero golpe en el estómago al salir de su habitación. Sería el *único* vals, en realidad. Siempre había uno solo, ya que la mayoría de la gente aquí nunca había aprendido los pasos y unos pocos desaprobaban el baile debido a la intimidad que forzaba a las parejas. Afortunadamente, otras opiniones más liberales habían prevalecido, hasta ahora de todos modos.

A Imogen le gustaba bailar el vals, aunque no había ningún caballero aquí que pudiera realizar los pasos con verdadera gracia.

Esta noche bailará vals con el conde de Hardford.

Estaba esperando en el vestíbulo de la entrada con la prima Adelaida, que se veía formidable de púrpura, su traje habitual para las asambleas. Incluía tres altos penachos de color púrpura, que se erguían sobre su cabeza. Dos círculos de colorete habían sido pintados en sus mejillas con admirable precisión geométrica.

Los ojos del conde recorrieron a Imogen de pies a cabeza. Le devolvió el cumplido y vio sus labios fruncidos cuando entendió lo que estaba haciendo.

No había nada con que encontrar defectos en su apariencia, por supuesto. Estaba vestido inmaculadamente de negro, blanco y plateado y se veía discretamente elegante como un verdadero caballero. Con su aspecto y físico, por supuesto, no necesitaba relleno.

—¿Nada de joyas, Lady Barclay?—, preguntó. —Sin embargo, no necesitas ninguna. O adornos y volantes tampoco.

En realidad, llevaba los pequeños pendientes de perlas que su padre le había regalado en su matrimonio, y su anillo de bodas. Pero... ¿la había felicitado? Pensó que lo había hecho. Y lo hizo muy bien. Una sentía cierta calidez en el corazón sin darse cuenta de lo que lo había causado. Un cierto calor hacia *él*. Supuso que había perfeccionado el arte de la galantería, probablemente también de la seducción.

La tía Lavinia apareció en las escaleras antes de que pudiera contestarle, y se volvió para tomar su capa del Sr. Crutchley. Pero otra mano se la quitó al mayordomo, y el Conde de Hardford la envolvió en los hombros mientras al mismo tiempo felicitaba a la tía Lavinia por el vestido de noche que se había hecho a principios de este invierno.

Y luego fueron amontonados de nuevo en su carruaje de viaje, con la misma disposición de asientos que antes. Llegaron a la posada justo antes de que el viaje se volviera demasiado incómodo y frío. Ya había una multitud en las salas de reunión de arriba. Imogen notó el zumbido extra de emoción que causó la aparición del Conde de Hardford al entrar en las habitaciones, con todo el encanto y la facilidad con que se comportaba. Los fanáticos empezaron a revolotear a un ritmo acelerado.

— Nos avergüenzas a todos como siempre, Imogen—, dijo la Lady Quentin, uniendo un brazo a través del suyo mientras su marido se encargaba de presentar al conde a algunas personas que aún no había conocido. —Siempre haces que la simplicidad parezca exquisita. Sin embargo, tienes la cara y la figura para llevarlo a cabo. El resto de nosotras sólo parecería normal o peor si tratáramos de imitarte.

—Estás maravillosa, como siempre, Elizabeth—, le aseguró Imogen. Lady Quentin era pequeña y regordeta también, pero tenía el pelo oscuro brillante, en rizos y bucles intrincados esta noche, y tenía una cara bonita y animada.

—¿Supongo que no,— dijo ella, —te has enamorado de Lord Hardford? Nunca te enamoras, ¿verdad? A veces me gustaría que lo hicieras, aunque tendría que ser el caballero adecuado. Supongo que el conde *no es* el adecuado. No eres de las que están dispuestas a compartir tu pareja con el resto del mundo femenino. ¿Estoy siendo maliciosa?

—Horriblemente—, dijo Imogen, volviéndose con su amiga para mirarlo trabajar su encanto en un círculo de fans sonrojadas, titubeantes y ya de por sí adorables. —Aunque creo que su encanto es como una armadura. Sonreirá a todas esas chicas y las adulará y les hará cumplidos escandalosos. Bailará con todas las que el tiempo le permita. Pero no se casará con ninguna de ellas, o, lo que es más importante, no hará nada específicamente para destacar a ninguna, aumentar sus esperanzas o comprometer su virtud.

Sus propias palabras la sorprendieron. ¿Estaba ella tan segura de eso, que él no lastimaría voluntariamente a ninguna dama o niña virtuosa? Oh, Dios, realmente debía estar empezando a gustarle, o a caer presa de su encanto.

Tilly Wenzel llegó con su hermano en ese momento y se unió a ellas, y los tres pasaron un entretenido cuarto de hora antes de que el baile comenzara, observando a sus vecinos y amigos a medida que llegaban y comentando sobre su aspecto y comportamiento y un vestido nuevo o adorno ocasional. Sin embargo, no había nada rencoroso en sus comentarios. En general, eran un vecindario de amigos. Tenía suerte en eso, se dio cuenta Imogen. Todos estaban particularmente contentos de ver a la Sra. Park hacer una entrada lenta entre su hijo y el vicario. Se estaba recuperando decididamente de su lesión en la cadera. El joven Sr. Soames le sostuvo la silla más cómoda de la habitación mientras se sentaba, y luego acercó una silla para la prima Adelaida y otra para la Sra. Kramer para que las tres pudieran conversar cómodamente.

Durante unos años después de abandonar Penderris Hall, Imogen no había bailado. De niña, siempre le había gustado bailar, de hecho; le había *encantado* y bailaba hasta altas horas de la noche cada vez que se presentaba la oportunidad. Después, tendía a pensar en su vida en términos de antes y después, no se permitiría tal indulgencia. Pero con el tiempo se había dado cuenta de que su negativa a bailar cuando aún estaba en la veintena era una decepción para sus vecinos. Porque además de su juventud, era la vizcondesa Barclay, nuera del conde de Hardford, Viuda del joven vizconde al que todos habían tenido un cariño desmesurado. Todos ellos esperaban sinceramente que se recuperara de su duelo y de su crisis nerviosa. Querían ayudarla a ser feliz de nuevo.

Nunca había sido su intención hacer alarde de su dolor. El sufrimiento no era atractivo cuando se exhibía.

Y así empezó a bailar de nuevo.

Esta noche bailó el baile de apertura de bailes campestres con el Sr. Wenzel, quien esperaba

que el Sr. Alton aun no hubiera reservado el vals con ella y que él mismo pudiera hacerlo. Y luego bailó el Sir Roger de Coverley[1] con el Sr. Alton, quien se impresiono de que Lady Barclay ya le había reservado el vals. Tuvo que explicar a ambos que el Conde de Hardford ya había propuesto para ese baile en particular. Bailó con el almirante Payne y luego con Sir Matthew Quentin antes de la cena.

Y luego, después de una buena comida, la prima Adelaida anunció que estaba lista para volver a casa. Tía Lavinia admitió que también se sentía un poco cansada, aunque la noche había sido muy agradable y lamentó haberla acortado por el bien de la querida Imogen. Imogen reprimió su decepción, el vals estaba por llegar.

—Haré que traigan el carruaje hasta la puerta,— dijo,—y veré si el propietario puede arreglar unos ladrillos calientes para tus pies.—

Pero el Conde de Hardford se había puesto detrás de ellas en la mesa donde se habían sentado a cenar.

— No tiene por qué preocuparse, prima Imogen—, dijo. —Lo arreglaré todo yo mismo. Mi carruaje llevará a la prima Lavinia y a la Sra. Ferby de vuelta a casa y regresará más tarde por usted y por mí.

Y se alejó caminando incluso mientras tía Lavinia todavía le daba las gracias.

—Estoy encantada de que puedas quedarte—, dijo, poniendo una mano en el brazo de Imogen mientras hablaba en voz baja bajo el zumbido de la conversación a su alrededor. —Es demasiado pronto para que los jóvenes regresen a sus hogares cuando todavía queda mucho por hacer. El primo Percy es muy amable y considerado.

Sí, lo era, estuvo de acuerdo Imogen. Su partida tan pronto podría haber causado un disturbio en la aldea, por supuesto, pero podría haberla mandado a casa en el carruaje y haber permanecido aquí él mismo, libre de las cargas de las parientes femeninas. ¿Desearía que hubiera hecho exactamente eso? Todavía podía insistir en ir, supuso. Pero.... estaba el vals. Y bailaba bien. Se había dado cuenta. Hasta ahora había bailado cada baile con una dama diferente, y había prestado toda su atención, sonriendo y hablando cada vez que las figuras lo acercaban a su pareja. Bailó con seguridad y gracia.

Era tan *difícil* encontrarle defectos.

Pero.... ¿había algo en su personaje aparte del encanto? ¿Alguna sustancia? Todavía no se había decidido. Pero no importaba. Pronto estaría de vuelta en su propia casa y necesitaría tener poco que ver con él, incluso si se quedaba en Hardford Hall, lo cual era dudoso.

Hizo los arreglos para el carruaje y los ladrillos calientes y vio a las dos señoras en camino antes de sacar a Ruth Boodle, la segunda y más sencilla de las hijas del vicario, para una danza vigorosa. Pronto la hizo sonrojar, reír y lucir muy bonita. Imogen le devolvió la atención a su propia pareja.

---

[1] **Sir Roger de Coverley :** es el nombre de una danza country inglesa y una danza campestre escocesa

Y entonces llegó el momento del vals y él estaba de pie delante de ella, con una mano extendida, sin sonrisa en su rostro, sin reverencia, sin palabras, sólo una mirada muy directa a sus ojos. Los suyos eran extraordinariamente azules, pensó tontamente, como si estuviese notando su color por primera vez. Incluso en *ellos* no había imperfección.

Todo fue muy deliberado, pensó ella. Y, sí, muy efectivo también. Por supuesto, los músculos de su estómago se apretaron y su estómago se agitó y esperaba, oh, ella *esperaba, que* sus mejillas no estuvieran enrojecidas.

Puso su mano en la de él y le permitió que la llevara a la pista de baile casi vacía. Siempre estaba casi vacía para el vals. No mucha gente conocía los pasos, aunque eran lo suficientemente sencillos, y aún menos tuvieron el coraje de realizarlos ante sus vecinos. Pero a casi todo el mundo le gustaba ver a los que *sí* tenían el valor. Y la escasez de bailarines permitía todo tipo de giros y juegos de piernas, en los que el Sr. Alton, su compañero habitual de vals, era un experto.

En esta ocasión, pudo ver que el Sr. Alton iba a bailar con Tilly. El joven Sr. Soames conducía a Rachel Boodle, mientras que Sir Matthew Quentin había tomado a la Sra. Payne. Elizabeth estaba con el Sr. Wenzel. Y eso iba a ser todo. Siempre había una sensación de exposición justo antes de que comenzara un vals, un regocijo anticipado, un cierto temor de que uno tropezara con sus propios pies o pisara los de su pareja o que de alguna otra manera hiciera el ridículo de sí mismo.

El Conde de Hardford no le había quitado los ojos de encima. Juraría que no lo había hecho. Tampoco había sonreído ni hablado. Todo era muy diferente de la forma en que había tratado a sus otras compañeras. Imogen volvió a mirarle a los ojos y se dio cuenta de que estaban realmente concentrados en ella.

—¿Qué papel estás haciendo ahora?—, le preguntó.

—¿Papel? ¿Cómo en una obra de teatro?— Levantó las cejas. —¿Ahora? En vez de.... ¿cuándo?

—No sonríes ni rezumas encanto—, dijo ella, —como lo has hecho con tus otras compañeras.

Oh, Dios, nunca fue grosera con la gente.

—Pero si yo estuviera haciendo cualquiera de las dos cosas, prima—, dijo, —seguramente me acusarías de interpretar un papel. ¿No lo harías? Parece que no puedo ganar tu aprobación sin importar lo que haga. Tal vez ayudaría si supiera a qué juego jugamos.

¿Por qué no empezaba la música? Parecía que el violinista había roto una de sus cuerdas y seguía afinando la nueva con la ayuda del pianista.

—Pensé parecer sobrio y serio ante tus ojos—, dijo. —Incluso melancólico. Pensé en te *impresionaría*.

—¿Olvidamos mi grosería?—, sugirió ella. —Me disculpo por ello.

—Y tú me has estado observando, ¿verdad?—, le preguntó.

Ella frunció el ceño ante su incomprensión.

—Has notado que he estado sonriendo y rezumando encanto para el beneficio de mis otras parejas—, explicó.

—¿Cómo podría evitar darme cuenta?—, preguntó secamente.

— Muy bien.— Su cabeza se había inclinado un poco más cerca de la de ella, y él... sonrió. Oh, no la sonrisa de encanto practicado que había usado con todos los demás esta noche, sino una que arrugaba los ojos en las esquinas y se veía cálida y genuina y.... ¿afectuosa?

¿La forma en que uno le sonreiría a una prima valiosa?

Imogen apretó fuertemente sus labios y trató de frenar su indignación. Era muy consciente de que estaban de pie en medio del gran salón de actos, rodeados de un espacio vacío, con los ojos de una gran cantidad de gente reunida sobre ellos.

La orquesta acudió a su rescate con un acorde decisivo antes de que pudiera hacer cualquier otra réplica aguda.

Puso su mano derecha contra la parte posterior de su cintura y tomó la mano derecha de ella en la izquierda de él mientras ella colocaba su mano sobre su hombro. Y... Oh, y él era *muy* diferente del Sr. Alton. Para empezar, era más alto. Sus manos eran firmes, de dedos largos y cálidos. Su hombro era sólido y ancho. ¿Y tenía... un aura? Había calor corporal, ciertamente, acentuado por una colonia tenue y tentadora. Pero era más que el calor corporal y más que la colonia. Sea lo que sea, la envolvía a pesar de que él estaba a una distancia muy correcta de ella. Era más que un aura también. Un aura no tenía sexo, o al menos eso creía. Esto era masculinidad cruda.

¿Podría ser deliberado? ¿O era parte de él, como lo eran los ojos azules, el pelo oscuro y la cara bonita?

La música comenzó.

El primer pensamiento de Imogen fue que sabía bailar el vals. Su segundo pensamiento fue que sentía el alma del baile hasta un punto que no necesitaba presumir con pasos elegantes y giros exagerados. Su tercer pensamiento fue que el baile nunca había sido tan estimulante. Y entonces todos los pensamientos cesaron. Estaba demasiado atrapada en el momento, en el *sentimiento* puro. Y el sentimiento involucraba los cinco sentidos al ver los colores y la luz arremolinarse alrededor de ellos y escuchar la melodía y el ritmo y oler la colonia y de alguna manera probar el vino que había bebido en la cena y sentir el calor de las manos tocándola y guiándola y haciéndola sentir querida y alegre y más feliz de lo que se había sentido desde.... Bueno, *desde entonces*.

Pero inevitablemente el pensamiento se inmiscuyó por fin, justo antes de que la música terminara, y con él llegó una ola de resentimiento. Contra él, porque todo fue deliberado, todo artificio. Y contra ella misma. Oh, abrumadoramente en su contra. Porque se había dejado seducir, se había dejado llevar más allá del simple disfrute y se había convertido en una euforia sin sentido. Ni siquiera podía culparlo por completo o quizás en absoluto. Había consentido sin luchar.

—Gracias—, dijo cuando terminó el baile y todos aplaudieron, como siempre hacían después del vals.

Dejó caer su mano del hombro de él, pero su brazo aún estaba alrededor de su cintura, y su agarre en su otra mano todavía era firme. Sus ojos, vio cuando los miró, la miraban fijamente. Y luego retrocedió, se inclinó y sonrió.

—Ah, no—, dijo. —Gracias a ti, prima Imogen.

Volvía a usar su estilo pulido y encantador. Su escudo de inconsciente.

Tomó su mano una vez más y la puso en su manga antes de sacarla de la pista para que se uniera a Elizabeth y Sir Matthew. Se quedó a conversar unos minutos antes de salir a pedir la mano de Louise Soames, que parecía estar en peligro de ser la marginada para el último baile de la noche. El Sr. Wenzel reclamó a Imogen por segunda vez esa noche.

Ella deseaba, oh, deseaba, *deseaba*, haberse ido a casa con tía Lavinia.

Y tuvo que compartir un carruaje con él en el camino de regreso. Sólo ellos dos.

****

Había estado aquí exactamente una semana, pensó Percy, y parecía un año. Le sorprendió que todavía estuviera aquí, cuando sería lo más fácil del mundo irse. Hardford no era el epítome de la comodidad, se había dado cuenta cuando se fue a la cama anoche que las cortinas de la ventana, un elegante complemento de su cobertor de cama, habían sido reemplazadas por cortinas de un pesado brocado oscuro, y que de alguna manera estaban atascadas en su vara y no se abrían a menos que se las sujetara con la mano. Habían sido puestas allí para retener parte del calor, había explicado Crutchley cuando fue convocado. Su señoría era tan afortunado de que no hubiera mucho viento. Cuando lo había, pronto descubriría que volaba a través de la ventana de su dormitorio casi como si no estuviera allí. Estaría mucho más cómodo en el cuarto de huéspedes de atrás.

Percy estaba empezando a preguntarse a medias si alguien estaba tratando deliberadamente de sacarlo de su propia habitación, ¿y quizás de su propia casa?

No debería necesitar empujones. No había casi nada aquí con lo que aliviar su aburrimiento. Y nadie con quien entablar una amistad cercana. Nadie como sus amigos habituales, aunque se sintió amablemente dispuesto hacia Sir Matthew Quentin e incluso Wenzel cuando el hombre no estaba poniendo su atención en Lady Barclay. Se vio obligado a compartir su casa con tres mujeres y un criadero de animales, uno de los cuales se le pegó como si fuera pegamento. Era un milagro que Héctor no se hubiera presentado en los salones esta noche. También estaban los otros vagabundos, los de la variedad humana. Y había un mayordomo que parecía estar acumulando polvo junto con los libros de propiedad y que de alguna manera debía ser persuadido a retirarse. Había una finca que iba a arruinarse. Había....

Bueno, había una mujer a su lado en el carruaje, silenciosa, rígida, fría como el mármol otra vez. No tenía idea de lo que había hecho para ofenderla esta vez. Si se hubieran peleado, ella lo había empezado "*¿Qué papel estás interpretando ahora?... No estás sonriendo ni rezumando encanto"*. Sin embargo, pareció descongelarse un poco después de eso. Incluso se había disculpado por su grosería. Pero ahora...

No tenía *ni idea de* por qué era tan irritable. Lo que es más, no le importaba, o no debería importarle. Lo irritaba más allá de la resistencia. Ella sola era suficiente para llevarlo de vuelta a su propio mundo, excepto que había descubierto una racha de terquedad en sí mismo esta semana. ¿Siempre ha estado ahí? Estaba casi seguro de que no le gustaba. Y no había nada

particularmente atractivo en ella. O hermoso, a pesar de que antes había pensado lo contrario.

Pero estaba ese labio curvado.

Un labio superior curvado no era atractivo para una mujer.

Se mantuvo a su lado del asiento del carruaje y miró hacia la oscuridad. *Ella* se mantuvo a *su* lado e hizo lo mismo. No es que fuera posible poner mucha distancia entre ellos en el asiento de un carruaje o evitar el contacto ocasional cuando el carruaje giraba en la más mínima de las curvas o cogía un bache, lo cual era lamentablemente frecuente en las carreteras inglesas. El aire estaba frío. Podrían haber visto su aliento si hubiera habido alguna luz para ver.

Percy siempre había disfrutado bailando el vals, siempre y cuando pudiera elegir a su propia pareja. Por alguna razón totalmente insondable, considerando el entorno y la calidad de la música, había encontrado el vals de esta noche más encantador de lo habitual. Y *ella también*, por Júpiter. Eso era lo más irritante de Lady Barclay. Era como si se hubiera propuesto deliberadamente no terminar nunca con su luto, no permitirse un momento fugaz de felicidad, ni siquiera en la pista de baile.

Que se revuelque en su propia autocompasión, entonces. No le importaba. Permanecería en silencio en su presencia para siempre. Los labios cerrados con llave. Tira la llave.

—Supongo—, dijo,—que fuiste violada.

¡Dios mío! Oh, el diablo me lleve y mil rayos cayeran sobre su cabeza. ¡Santo Dios! ¿Había dicho esas palabras en voz alta? Pero por supuesto que sí. Podía oír el eco de ellas, casi como si estuvieran sacudiendo el interior del carruaje como si fueran balas de una pistola y no pudieran escapar. Y si había algún vestigio de duda al que aferrarse, estaba el hecho de que ella se había girado para enfrentarlo y soltó una respiración aguda y muy audible.

—*¿Q-u-e?*

—Supongo que si—, dijo en voz más baja, cerrando los ojos y deseando estar en cualquier otro lugar que no fuera donde estaba. Preferiblemente metido en su propia cama al final de una pesadilla.

—¿En *Portugal,* quieres decir?—, dijo ella. —¿En *cautiverio*?

Mantuvo los ojos y la boca cerrada, un poco tarde. *Por favor, no contestes. Por favor, no lo hagas.* Para alguien que se había convertido en un gran experto en evitar todo lo que era desagradable en la vida, había desarrollado una gran capacidad durante la semana pasada para invitar a la calamidad.

No quería saberlo.

—Supones mal—, dijo, su voz tranquila y plana. Habría sido mucho más feliz si se hubiera enfadado con él, incluso si le hubiera atacado con sus puños.

No debería creerle. Después de todo, ¿qué se podía esperar que hiciera sino negarlo? ¿Qué mujer desearía admitir haber sido violada mientras estaba cautiva? Especialmente a un extraño.

Pero le creyó. O tal vez sólo quería hacerlo. Desesperadamente.

—Supones mal—, dijo de nuevo e incluso en voz más baja.

Volteó la cabeza. No podía verla claramente en la oscuridad, pero por supuesto estaban

muy cerca uno del otro, y su boca no necesitaba ojos. Encontró la suya con mucha precisión sin su ayuda.

Se echó hacia atrás después de no más de unos segundos y esperó a que le diera una bofetada en la mejilla, o un puñetazo en la barbilla. Ninguno de los dos vino. En cambio ella suspiró, un mero aliento de sonido, y cuando sus brazos la rodearon para acercarla, *los suyos* se envolvieron alrededor de *él,* y sus labios se abrieron cuando los suyos los tocaron de nuevo, y no protestó cuando su lengua presionó contra su boca.

Menos mal que estaba sentado. Cuando ella le chupó la lengua hacia adentro, él sintió que sus rodillas se movían, y en defensa propia enrolló la punta de su lengua para dibujar a lo largo de la cresta del hueso en el techo de su boca hasta que ella gimió suavemente y él se dio cuenta de lo que estaba tramando.

Una Viuda dispuesta y cálida.

A quien quería con una ferocidad que parecía ir más allá de la mera sed de sexo.

Que podía convertirse en mármol ante la mera caída de su sombrero.

A quien no le gustaba mucho.

Que iba a odiarlo más de lo que ya lo odiaba cuando recordara una vez más a su marido muerto.

¡Condenación eterna y otra más lanzada en buena medida!

Fue él quien retrocedió, soltándola y doblando sus brazos sobre su pecho mientras colocaba sus hombros en la esquina del asiento. ¿Era febrero o julio?

—Esta vez, Lady Barclay —dijo sin pretensiones—, una bofetada en la cara no estaría justificada. Durante dos minutos estuviste dispuesta a participar.

—No eres un caballero—, dijo ella.

Lo que sea que *eso* signifique. No era la primera vez que lo decía.

No había sido violada. ¿Y *qué*?

Se recordó a sí mismo de colegial preocupándose por una costra en su rodilla en lugar de dejarla sola para que sanara, sabiendo que sólo haría que sangrara de nuevo.

CAPITULO 09

Imogen regresó a la casa de la Viuda a la mañana siguiente. El trabajo en el techo no estaba terminado y el piso superior era un desastre, los muebles que se habían quedado allí estaban cubiertos con cubiertas de Holland y cubiertos de polvo y escombros. El piso inferior estaba repleto de muebles de arriba. La casa no había sido calentada ni limpiada en dos meses. No había comida en la despensa ni carbón en la carbonera.

A ella no le importaba. Se mudó de todos modos.

Un ejército de sirvientes llegó a la hora de su regreso, aunque *no* por sus instrucciones. Le trajeron sus pertenencias personales, todo bien empacado, y comida, velas y carbón, así como cubos, fregonas, escobas y otros utensilios de limpieza, como si no tuviera ninguno. No le pidieron instrucciones a ella, sino que prendieron fuego en todas las habitaciones de la planta baja, limpiaron todas las habitaciones y ordenaron la cocina y la pusieron en funcionamiento, además de hacer ciento una tareas más. Estaban supervisados en todas partes por Sra. Primrose, la ama de llaves y cocinera de Imogen, ferozmente enérgica, que se había quedado con su hermana en la parte baja de la aldea durante el confinamiento de ésta, pero que había llegado casi corriendo cuando un lacayo de la casa le trajo la noticia de que su señora estaba de vuelta en la residencia.

Pronto tuvo una taza de té para poner a la altura del codo de Imogen en la sala de estar y algunos bollos de pasas recién sacados del horno, y profesó estar en su séptimo cielo al volver a trabajar donde pertenecía. Esas últimas palabras fueron dichas con una nota de reproche. Imogen había elegido vivir sola cuando llegó aquí por primera vez, para consternación de su suegro y desilusión de la Sra. Primrose, un título de cortesía ya que nunca se había casado, que había sido ascendida a camarera principal en la mansión y aún vivía allí en su habitación en el ático.

Blossom había sido llevado a la casa de la Viuda en una canasta. No había expresado ninguna objeción en particular, ya que nunca se había recuperado del todo de que le hubiesen quitado su silla junto al fuego de la sala de estar y reemplazado por una que no le pareciese tan cómoda, y a la que, además, se esperaba que renunciase cada vez que cierto hombre estuviese en la habitación para reclamarla por sí mismo. Ella merodeaba por el nuevo ambiente, arriba y abajo, antes de seleccionar una silla a un lado de la chimenea en la sala de estar. Nadie le ordenó que bajara. Le dieron de comer sabrosas vituallas en la cocina y le asignaron una cama cómoda para las noches en una esquina al lado del horno. Rápidamente olvidó el antiguo hogar y adoptó el nuevo.

El sonido de los martillos desde la dirección del techo estuvo cerca de ser ensordecedor todo el día, pero a Imogen no le importó. Al menos el ruido indicaba que el trabajo se estaba haciendo. Y vivir en una casa ruidosa, fresca, ligeramente húmeda y muy polvorienta, al menos durante una o dos horas, era ciertamente preferible a la alternativa.

No puso un pie fuera de la casa durante todo el primer día, ni siquiera para revisar su jardín y ver si ya había aparecido una nevada temprana. Apenas había salido de la sala de estar, ya que

había sido limpiada y todo era bullicio y actividad en otra parte. Incluso comió allí, ya que la Sra. Primrose declaró que el comedor aún no era apto para su señoría.

Imogen sintió que estaba en el cielo. Se sentó por la noche, como toda la tarde, con su bolsa de trabajo a su lado y un libro abierto en su regazo. Pero sobre todo, disfrutaba del silencio y la soledad. Su ama de llaves y los trabajadores del techo se habían ido por el día, y todos los sirvientes adicionales habían regresado a la mansión.

Leía a Alexander Pope, pensó al pasar una página de su propio libro. Al menos, ese era el volumen que estaba en la mesa junto a su silla en la biblioteca cuando había mirado una mañana. Quizás había echado un vistazo dentro y lo había cerrado y no lo había devuelto a la estantería. Quizás ni siquiera había echado un vistazo.

Y quizás lo había leído.

¿Por qué siempre quería creer lo peor de él?

Puso una mano sobre su libro para mantenerlo abierto, cerró los ojos y apoyó la cabeza contra el respaldo de su silla. Si tan sólo anoche pudiera borrarse de la memoria. No, no sólo de la memoria, de hecho. Si tan sólo no hubiera pasado nada de eso. Ojalá hubiera vuelto a casa con la tía Lavinia y la prima Adelaida.

Pero *si tan sólo* era inútil. Había pasado tres años aprendiendo esa lección.

¿No podría simplemente haber disfrutado de ese vals sin....? Bueno, ¿ni siquiera podía completar el pensamiento? No sabía qué más había sentido, *sino* placer. ¿Encanto, tal vez?

Había hecho *la pregunta* de camino a casa. Muy pocas personas lo habían hecho, incluso su propia familia, aunque sospechaba que muchos se lo habrían preguntado. Sólo sus compañeros Supervivientes y el médico de Penderris sabían la verdad, la verdad *completa*, y les había dado voluntariamente la información.

¿Cómo se atrevió a preguntar? Era un desconocido. *Supongo que la violaron.* Pero ella adivinó que era el tipo de hombre que se atrevía a preguntar cualquier cosa, que creía que era el derecho que Dios le había dado a husmear en los secretos de otras personas.

Lo odiaba con pasión.

Se preguntó si había creído su respuesta.

Lo odiaba por preguntar. Sin embargo, lo había besado inmediatamente después. Oh, sí, lo hizo. No se puede negar esta vez. *La* había besado durante unos segundos, era verdad. Pero después de eso ella le había besado con tanto abandono apasionado como él la había besado a ella. Probablemente más, pues dudaba de que su pasión hubiera sido algo más que lujuria, mientras que la suya... No sabía cuál había sido la suya. Y si había sido pura lujuria de su parte, ¿por qué había puesto un fin tan abrupto a su abrazo? ¿Por qué no se tomó más libertades mientras pudo? Debía ser obvio no se resistía a él, y quedaban varios minutos del viaje y de intimidad y privacidad forzadas.

No lo entendía ni lo conocía. Le gustaba creer que hacía ambas cosas. No le gustaba y quería despreciarlo. Y le hizo fácil creer que estaba vacío de todo menos de arrogancia y engreimiento, y de encanto.

Le gustaba *creer que le* desagradaba. Sin embargo, en la playa, dijo que era casi agradable.

Oh, todo esto era muy confuso y muy perturbador.

Él era el que había enviado al ejército de sirvientes tras ella a la casa de la Viuda esta mañana. Uno de ellos lo había admitido cuando aún esperaba que fuera la tía Lavinia. Podría haberlo hecho, por supuesto, por puro placer al deshacerse de ella y por la determinación de no darle ninguna excusa posible para volver. Pero sería rencoroso creer eso.

Realmente no lo conocía en absoluto. Y a veces, pensó, la belleza extraordinaria, incluso la belleza masculina, debía ser una desventaja para la persona que la poseía, ya que era fácil mirar solo el paquete exterior y asumir que no había nada de valor correspondiente en su interior.

Cuando se enfrentó a ella, le aseguró que no había nada dentro más que encanto. A pesar de sí misma, Imogen sonrió al recordarlo. Tenía un don para el absurdo, un hecho que sugería un cierto ingenio, una cierta inteligencia, incluso una cierta disposición atractiva para reírse de sí mismo. No quería creerlo de él.

Se fue a la cama temprano después de un día agotador de no hacer nada y permaneció despierta hasta después de las cuatro.

****

Lo primero que hizo Percy cuando se levantó de la cama la mañana siguiente a la asamblea fue derribar las cortinas ofensivas de su ventana, sus varas y todo. Habían hecho su habitación tan oscura durante toda la noche que cuando se despertó a una hora desconocida, no había podido ver ni siquiera su mano ante su cara. Si se hubiera levantado de su cama y hubiera dado unos pocos pasos para alejarse de ella, le habría tomado una hora encontrarla de nuevo. ¿Le había dicho Lady Barclay que uno de sus amigos supervivientes era ciego? No soportaba pensar en ello. Ni ella tampoco. Anoche.... Bueno, *eso* tampoco soportaba pensar en ello.

Un montón de cosas en la última semana no soportaba pensar en ellas.

Instruyó a Crutchley para que restaurara las viejas cortinas de su dormitorio, que condenara los vientos y los vendavales, y que se asegurara de que no le esperaran más sorpresas incómodas cuando se fuera a la cama por la noche. Su corazón podría no soportar la tensión. Y tenía la intención de quedarse en las habitaciones del conde, añadió, incluso si encontraba anguilas, ranas o ambas cosas en su cama esta noche.

Se preparó para la prueba de entrar en el comedor para desayunar. Todavía no estaba seguro de si le debía una disculpa a Lady Barclay, aunque estaba bastante inclinado a creer que no la tenía. Si a ella no le gustaba que la besaran, entonces podía mantenerse fuera de su alcance. Que era, como se hizo evidente rápidamente, exactamente lo que había decidido hacer. Lady Lavinia casi se cae desmayada en su afán de impartir las terribles noticias de que la querida Imogen se había *ido*. Pero antes de que Percy pudiera concebir algo más que una imagen relampagueante de su huida sobre los páramos sombríos en la dirección general de la aún más sombría Dartmoor, se le informó que ella había regresado a la casa de la Viuda para quedarse, a pesar de que todos esos *hombres* aún estaban en enjambre por todo el techo. Lady Lavinia lo hizo sonar como si cada uno de ellos tuviera una mirilla allí arriba y no tuvieran nada mejor que hacer con su tiempo que espiar a través de ella.

Lady Barclay no se había llevado nada con ella, por supuesto, una mujer poco práctica como era. Presumiblemente preferiría congelarse y morir de hambre y vivir para siempre con la misma ropa y quedarse sorda por los golpes de martillo en lugar de pasar otro día bajo un techo con él.

Bueno, él también lo prefería, la última parte, de todos modos.

Salió del comedor sin más preámbulos y dio órdenes de empacar sus ropas y otras pertenencias personales y enviarlas tras ella, junto con todos y cada uno de los suministros que necesitara, incluida su propia ama de llaves. Dio instrucciones de que los sirvientes que transportaban todo lo que había en la casa se quedaran para hacerla totalmente habitable, aunque tardara todo el día, como probablemente ocurriría. El techo, creía, no dejaría entrar ninguno de los elementos, aunque no estuviera completamente terminado. Cuando entró un momento en el salón, el gato que siempre le mantenía la silla caliente le miró con malicia y le retó a que la desterrara, y le ordenó que la enviara a la casa de la Viuda para que mirara a Lady Barclay y tal vez le hiciera compañía. Eso eliminaría a un parásito.

No iba a convertirse en una mártir por el placer de sentarse pesadamente sobre su conciencia. Sería igual que ella, una conclusión que carecía de pruebas sólidas y que, sin duda, no era digna de él.

Necesitaba alejarse de la mansión y del parque. Necesitaba aclarar ideas.

Pasó gran parte del día en Porthmare, por lo tanto, aunque no era la parte en la que la mayoría de sus nuevos conocidos tenían sus hogares, la parte más elegante del valle del río, al abrigo del mar y al más crudo de los elementos, sus casas se alineaban en las laderas a ambos lados del río con agradables vistas sobre él y el pintoresco par de puentes de piedra arqueados que lo atravesaban. En su lugar, decidió ver el pueblo de pescadores de abajo, sus cabañas encaladas construidas alrededor del amplio estuario que conectaba el río con el mar y que estaba totalmente expuesto a este último. La gente de allí, en su mayoría pescadores, no le concernía y no trabajaba para él, excepto quizás en algunos trabajos estacionales en los que se necesitaban manos adicionales. Pero formaban parte del vecindario en el que tenía su sede principal, y mientras estaba aquí podría también familiarizarse con algunos de ellos si podía. Incluso podría pensar en algunas preguntas inteligentes que hacer.

Dejó su caballo en la posada donde se había celebrado la asamblea la noche anterior y bajó a la parte baja de la aldea. Había mucho espacio abierto aquí, encontró, los escarpados acantilados a cierta distancia a ambos lados del ancho estuario. Los barcos pesqueros se balanceaban en sus canales protegidos. Las gaviotas rodaban y gritaban por encima. Parecía que hacía un poco más de calor aquí abajo que en Hardford Land. Sin embargo, el paisaje era definitivamente más austero. El aire era más salado. La marea estaba baja.

Pasó varias horas ociosas simplemente vagando e intercambiando saludos con los aldeanos que estaban al aire libre, trabajando en un bote volcado o en una red, o de pie en grupos chismorreando mientras los niños corrían de un lado a otro en una exuberante persecución. Terminó en el cuarto de tapas de una posada de apariencia menos grande que la de la parte alta de la aldea, pero razonablemente limpia y útil, no obstante. Había varios hombres allí, encorvados sobre su cerveza, y Percy atrajo a algunos a conversar.

No lo tuvo muy fácil, por supuesto. Era imposible mezclarse con la casi invisibilidad entre estos aldeanos, que probablemente se conocían entre sí de todos modos. Tendían a quedarse

atónitos al verlo o claramente desconfiados, incluso resentidos, de su aparición entre ellos en sus propios dominios en lugar de permanecer en los suyos, a los que pertenecía. Bueno, no podía culparlos, supuso. También podría resentirse si se pusieran a vagar sin ser invitados por su parque y esperaran que no sólo sacudiera la cabeza y tirara de su sombrero al verlos, sino que también intercambiaran saludos respetuosos. Y cuando algunos hombres de la posada respondieron a sus conversaciones, al principio parecía como si estuvieran hablando un idioma extranjero, tan espeso era su acento de Cornualles. Tuvo que escuchar atentamente para entender lo que decían.

No comenzó la conversación con ninguna agenda en mente más allá de conocer mejor este rincón remoto de Inglaterra. Pero después de un tiempo se encontró inclinando su charla aparentemente sin rumbo en una cierta dirección y recogiendo algunos fragmentos de información interesante, incluso si hacerlo implicaba examinar las mentiras descaradas que le dijeron que descubriera la verdad.

¿Contrabando en esta área? ¿En *esta* área? Miradas desconcertadas y cabezas temblorosas. Cabezas rascadas. No, nunca. Ni en cien años o más, de todos modos. No como en los días de sus antepasados. Los veteranos, ahora, podrían contarle un par de cuentos, pero incluso ellos sólo podían contar los cuentos *que se les* habían contado alrededor de un fuego invernal cuando eran críos. El contrabando no vale la pena en estos días, incluso suponiendo que alguien estuviera interesado en ponerlo en marcha. No con los recaudadores de impuestos respirando en sus cuellos y los oficiales perdiendo el tiempo en las cabeceras buscando lo que no estaba allí. El gobierno estaba malgastando su dinero en sus salarios. No había nada que encontrar por aquí. ¿Por qué iban a utilizar sus barcos para el contrabando, de todos modos, cuando podían conseguir una buena pesca mucho más fácilmente y llevar una vida legal y decente de esa manera?

¿Bandas? ¿Violencia? ¿Cumplimiento de la ley? En los viejos tiempos, tal vez. Los veteranos contaron algunos cuentos chinos que te levantarían los pelos de la nuca, pero sin duda eran sólo eso: cuentos *chinos* sin verdad. Para lo único que servían era para hacer que los ojos de los críos crecieran como platillos y hacer que llamaran a sus madres en medio de la noche. En estos días eran un grupo que cumplía con la ley.

Definitivamente había contrabando en el área, entonces, Percy concluyó mientras caminaba de regreso a su caballo y regresaba a casa. Y estaba claramente organizada para lograr la máxima eficiencia, con un líder y reglas y una forma segura de hacer cumplir el secreto.

No le importaba especialmente si había contrabando o no. Era un hecho de la vida y nunca iba a terminar. No tenía sentido entusiasmarse y ser justos al respecto a menos que uno fuera un hombre de ingresos o un oficial, o a menos que la propiedad propia se usara a veces como ruta de transporte o incluso como almacén, como lo había sido una vez el sótano de la casa de la Viuda. Y a menos que los sirvientes empleados estuvieran siendo aterrorizados e incluso lastimados, presumiblemente para que mantuvieran la boca cerrada.

Y, de repente, se preguntó, detenido por el pensamiento, ¿a menos que la habitación que ocupaba por la noche estuviera frente al mar, de modo que en alguna noche oscura y sin luna uno pudiera, si estuviera despierto, tener una vista panorámica de una flota de pequeños barcos que remaban hacia la bahía desde un barco más grande anclado a cierta distancia y de una banda de contrabandistas que aparecían a través de la ruptura en el promontorio cargados hasta las branquias con cajas y barriles?

¿Era *esa* la explicación para las camas y paredes húmedas y el hollín y las cortinas gruesas y opacas?

Intentó imaginarse a Crutchley con un alfanje entre los dientes y un parche en un ojo. Se encontró a sí mismo sonriendo ante la imagen mental que su mente creó. Pero había despertado completamente su propia curiosidad.

Regresó a casa y ató su caballo en el prado detrás de los establos en lugar de llevarlo directamente al interior para ser atado. Instruyó a Mimms, su propio mozo, para que se esfumara durante al menos la siguiente media hora, y fue en busca del mozo de cuadra cojo que había visto unas cuantas veces.

Era un hombre delgado, de pelo pelirrojo, que debía tener unos veintitantos años si hubiera tenido catorce cuando Lady Barclay se fue a la guerra con su marido, aunque fácilmente podría haber pasado de los treinta o cuarenta o más. Sus piernas estaban notablemente torcidas. Su cara estaba pálida y curiosamente muerta. Estaba limpiando un establo cuando Percy lo llamó.

—¿Bains?

—¿Milord?— Paró lo que estaba haciendo y miró en dirección a Percy, con los hombros caídos y los ojos huidizos.

—Ven conmigo al prado—, dijo Percy. —Estoy un poco preocupado por la pata delantera derecha de mi montura.

El hombre parecía sorprendido. —¿Busco al Sr. Mimms?—, preguntó.

—Acabo de enviar a Mimms a un recado importante—, dijo Percy. —Quiero *que eches* un vistazo. Usted fue el mozo personal del difunto vizconde Barclay hace mucho tiempo, ¿no?

Bains parecía aún más sorprendido. Pero dejó a un lado su horquilla, se quitó la paja del abrigo y de los pantalones, y salió. Percy esperó a que el caballo se hubiera apaciguado con sus hábiles manos y su voz canturreando y se inclinó sobre su pata delantera. Estaban fuera del alcance del oído de los establos.

—¿Quién te lo hizo?—, preguntó.

No esperaba una respuesta, por supuesto, y no la obtuvo. Bueno, casi ninguna. Bains se enderezó mucho.

—¿Quién hizo *qué,* milord?

—Sigue trabajando—, dijo Percy, inclinando sus brazos a lo largo de la cerca. —Para ser justos, no esperaba que salieras con un nombre. ¿Responderá a algunas preguntas con *un sí* o un *no*? El vizconde Barclay se oponía al contrabando que se estaba llevando a cabo en esta área, ¿no es así?

Bains estaba examinando cuidadosamente la pata del caballo.

—Sólo era un muchacho—, dijo. —No era el mozo *personal* de su señoría.

—¿Se opuso al contrabando?

—Conocía sus opiniones sobre los caballos—, dijo el hombre. —Eso era todo.

—¿Usted también se opuso al contrabando después de que él se fuera?— preguntó Percy. —¿Porque lo admirabas tanto?

—Quería ir con él—, le dijo Bains. —Quería ser su bateador, cuidar de sus cosas y de él. Mi padre no me dejaba ir. Tenía miedo de que me lastimara.

—Irónico—, dijo Percy. —¿Le gustaba el vizconde Barclay?

—*Todos* lo querían—, dijo Bains.

—¿Y lo admiraba?

—Era un buen caballero. Debería haber sido...

—- ¿El conde después de la muerte de su padre?— Percy dijo. —Sí, por supuesto que sí. Pero él murió en su lugar.

—Ese Mawgan fue con él—, dijo Bains. —Sólo porque era el hijo de la sobrina del Sr. Ratchett, tenía influencia y tenía dieciocho años. Pero no era bueno. Al final se escapó. Dijo que estaba buscando leña en las colinas extranjeras cuando los franchutes llegaron y se llevaron a su señoría y a su señora. Pero apostaría lo que fuera a que estaba escondido entre las rocas asustado y luego huyó. Los habría salvado si hubiera estado allí. Pero no lo estaba. No hay nada malo en la pata de este caballo, milord.

—Entonces, debo haberme imaginado que le dolía en el camino de regreso de la aldea—, dijo Percy. —Pero siempre es bueno comprobarlo, ¿no es así? ¿Intentaste detener el contrabando para que Lord Barclay se sintiera orgulloso de ti?

—Hay algo de contrabando en el Canal de Bristol, o eso dicen,— dijo Bains, enderezándose de nuevo. —Y algo sobre Devon. Pero nunca he estado más lejos de casa que diez millas, así que no lo sabría con seguridad.

—¿O te negaste rotundamente a unirte a la banda?— preguntó Percy. —¿O amenazaste con exponerlos a los recaudadores de impuestos? No, no contestes. No es necesario. Echa un último vistazo a esa pata. Yo también lo haré. Uno nunca sabe quién está mirando, si, incluso si no podemos ser escuchados. ¿Nada? Me alegra oírlo. Fuera de aquí, entonces. Es mejor que te lleves el caballo.

Bains regresó a los establos, guiando al caballo. Era obvio que cada paso era doloroso para él. Percy se preguntaba si el viejo conde había contratado a un médico de buena reputación para que le arreglara las piernas rotas. ¿Soames? También se preguntaba cuánto se habían roto.

Iba a tener que parar todo esto, pensó mientras regresaba a la casa. Debía de estar muy aburrido si estaba empezando a imaginarse a sí mismo como una especie de Bow Street Runner. Iba a meterse en problemas si no tenía cuidado. Y realmente no quería pensar en piernas rotas y calas oscuras en noches sin luna y en los barriles pesados que se transportaban por ese sendero del acantilado y personajes sombríos irrumpiendo en el sótano de la casa de la Viuda bajo los mismos pies de la dama de mármol.

O de sí mismo corriendo a rescatarla, espada destellando en una mano, pistola blandiendo en la otra.

¿Le debía una disculpa? Ella había participado de lleno en ese beso anoche. ¿Pero qué caballero le preguntaba a una dama con insolencia descarada si había sido violada? La sola idea de que había hecho eso era suficiente para hacerlo sudar frío.

****

Imogen estaba arrodillado en la hierba a la mañana siguiente, mirando lo que definitivamente era una campanilla de febrero, aunque todavía no había flores. Incluso el frágil brote, sin embargo, era un presagio bienvenido de la primavera. Y seguramente el aire estaba un poco más caliente hoy. El sol brillaba.

El trabajo en su techo estaba terminado. El Sr. Tidmouth había cobrado, y él y sus hombres se habían ido. Le había asegurado que el techo era bueno para los próximos doscientos años por lo menos. Esperaba que no se filtrara la próxima vez que lloviera.

Debería bajar a la aldea y visitar a la Sra. Park para ver si había sufrido algún daño de su salida a la asamblea. Debería visitar la vicaría y dejar que las chicas le contaran sobre el baile y sus conquistas allí, sus padres siempre desalentaban las charlas frívolas, pero las chicas a veces necesitaban a alguien con quien pudieran contentarse. Debería subir a la mansión para asegurarle a la tía Lavinia que la casa de la Viuda estaba perfectamente cómoda de nuevo. Debería escribir una carta de respuesta a Gwen, Lady Trentham, la esposa de Hugo, quien le había escrito para informarle que la joven Melody, su nueva hija, parecía haberse recuperado de su cólico y malhumorado comienzo de la vida antes de Navidad y estaba ansiosamente anticipando su viaje a Penderris Hall con su mamá y su papá en marzo. Ella debería...

Bueno, había muchas cosas que debería hacer. Pero no podía conformarse con nada a pesar de que se decía a sí misma que era un verdadero paraíso estar de vuelta en su propia casa. Sola.

Y solitaria.

Debía estar deprimida. Nunca admitía su soledad, simplemente porque no había soledad que admitir.

Y entonces ya no estaba sola. Una sombra cayó sobre ella desde la dirección de la puerta del jardín, y miró hacia arriba, esperando desesperadamente que fuera la tía Lavinia o Tilly o incluso el Sr. Wenzel o el Sr. Alton. Cualquiera menos...

—¿Rezando al aire libre, prima Imogen?—, preguntó el conde de Hardford.

Se puso de pie y sacudió sus faldas y su capa.

—Hay una campanilla de febrero aquí—, dijo, —aunque aún no ha florecido. Siempre busco la primera.

—¿Entonces crees en la primavera?—, preguntó.

—¿Creer en?— Ella le miró con curiosidad.

—Nueva vida, nuevos comienzos, nuevas esperanzas—, sugirió, rodeando una mano enguantada en el aire. —¿Fuera lo viejo, lo nuevo, y todo lo relacionado con los espíritus viejos y cansados?

—Sólo quiero acabar con el frío—, dijo, —y ver flores y hojas en los árboles.

Si le pidiera que caminara con él hoy, le diría que no. Pero mientras lo pensaba, él abrió la puerta y entró, Héctor pisándole los talones.

—Es un día precioso—, dijo ella.

Miró hacia arriba al cielo azul y luego hacia abajo a ella.

—¿Tenemos que hablar del tiempo?—, preguntó. —Le falta una cierta.... originalidad como tema de conversación, ¿no está de acuerdo? Pero *es* un día precioso, debo admitirlo. Vine a traer las alegres noticias que la querida Fluff ha regalado al mundo con gatitos, seis de ellos, todos aparentemente tan sanos como los caballos. No hay orden. Y tengo la autoridad más fiable de que son las cosas más dulces del mundo.

—¿Tía Lavinia?

—Y unas cuantas doncellas y un lacayo, que deberían haber estado de servicio en la mansión, pero que inexplicablemente habían tomado un camino equivocado y terminaron en los establos—, dijo. —La Sra. Ferby, como siempre, no está impresionada con esas cosas sentimentales. Puede que incluso haya oído un rumor de *ahogamiento* cuando salí del comedor después del desayuno, pero puede haber sido sólo el estruendo de un poco de dispepsia viniendo de su estómago.

No tenía elección, pensó Imogen. No podía ser abiertamente grosera, ni siquiera con él. Especialmente cuando estaba diciendo cosas absurdas otra vez.

—¿Quiere entrar, Lord Hardford?—, le preguntó. —¿Le apetece una taza de té, quizás?

—Ambos, gracias—. Le sonrió, su sonrisa espontánea y genuina, que de alguna manera no parecía ni espontánea ni genuina.

Imogen pensó que si no lo supiera mejor mientras le guiaba hacia el interior, diría que estaba inquieto. No lo quería aquí. ¿No se daba cuenta de eso? ¿No entendía que había regresado aquí ayer, incluso antes de que la casa estuviera lista, con el fin de escapar de él? Aunque eso era quizás un poco injusto. Había regresado para escapar de sí misma, o mejor dicho, del efecto que le había permitido tener en ella. No *quería* sentir la atracción de su masculinidad y la correspondiente agitación de su feminidad.

Él y Blossom se miraron en la sala de estar. Blossom ganó la confrontación. Tomó la silla al otro lado de la chimenea después de que Imogen se había sentado firmemente en medio de un sofá. Héctor se dejó caer a sus pies, ignorado por el gato. La Sra. Primrose los había visto entrar y traía la bandeja de té sin esperar instrucciones. Los visitantes siempre se entretenían con su té y cualquier delicia dulce que había horneado ese día.

Habló con gran entusiasmo sobre el tiempo hasta que llegó la bandeja e Imogen les sirvió el té y puso el suyo a su lado con dos galletas de avena sostenidas en el platillo. Hizo terribles predicciones para el futuro basándose en el hecho de que habían estado disfrutando de una serie de buenos días y que seguramente sufrirían como consecuencia de ello. Casi la hace reír con su monólogo, y una vez más se ve obligada a admitir que *casi* le cae bien. Incluso podría retirar la calificación del *casi* si él no llenara su sala de estar hasta tal punto que parecía que casi no quedaba aire para respirar.

Le molestaba el carisma que parecía llevar consigo a todas partes. Parecía inmerecido.

Cogió una de sus galletas y la mordió. Masticó y tragó.

— Si no es eso, ¿entonces qué? —, Preguntó abruptamente, y curiosamente ella sabía exactamente de qué estaba hablando. Toda su manera de ser había cambiado, y también la atmósfera de la sala. Si no la violaron, le preguntó, ¿entonces qué?

Debería negarse a contestar. *No* tenía *derecho*. Nadie más se lo había preguntado. En Penderris, todos, incluso el médico, incluso George, habían esperado hasta que ella estuviera lista para ofrecer voluntariamente la información. Habían sido necesarios dos años para que todo saliera a la luz. *Dos años.* Ella lo conocía desde... ¿cuántos días? ¿Ocho? ¿Nueve?

—Nada—, dijo ella. —Te equivocaste en tu suposición.

—Oh,— dijo,—Te creo. Pero *algo* pasó.

—Mi marido murió—, dijo.

—Pero no sólo lloras, —dijo, mirando la galleta en su mano como si acabara de darse cuenta de que estaba allí, y dando otro mordisco. —También te niegas a seguir viviendo.

Era demasiado perceptivo.

—Respiro aire en mis pulmones,— le dijo,—y lo exhalo de nuevo.

—Eso—, dijo, —no es vivir.

—¿Cómo se llama entonces?—, preguntó, molesta. ¿No podría captar una pista y volver a hablar del tiempo?

—Sobreviviendo—, dijo. —Apenas. Vivir no es simplemente una cuestión de mantenerse vivo, ¿verdad? Es lo que *haces* con tu vida y el hecho de tu supervivencia lo que cuenta.

—¿Hablado por una autoridad?—, le preguntó.

Pero pensó de mala gana en sus compañeros Supervivientes que habían hecho mucho con sus vidas y su supervivencia en los años transcurridos desde Penderris. Ben, aunque todavía luchaba por caminar, había adquirido una gran movilidad desde que se subió a una silla de ruedas y era el gerente muy ocupado de las prósperas minas de carbón y de hierro en Gales. También estaba felizmente casado. Vicente, a pesar de su ceguera, caminaba y montaba y hacía ejercicio, incluso boxeaba y escribía historias de niños con su esposa, historias que ella ilustraba antes de que se publicaran. Tenían un hijo. Flavian, Hugo, Ralph, todos ellos también estaban casados y vivían vidas activas, presumiblemente felices. Pero podía recordarlas todas cuando estaban tan rotas que hasta sacar otro pulmón lleno de aire había sido una carga. Ralph en particular había sido un suicida durante mucho tiempo.

Pero ninguno de ellos llevaba su carga particular. Igual que ella no llevaba ninguna de las suyas. ¿Y si no pudiera ver la primera campanilla de febrero, ni este año ni nunca? ¿Y si nunca pudiera caminar por el sendero del acantilado o por la playa de abajo?

No había respondido a su pregunta. Estaba masticando el último bocado de su primera galleta.

—¿Qué pasó?—, preguntó.

—Oh, la confesión es un acuerdo de doble sentido, Lord Hardford—, dijo bruscamente. —A menos que uno sea sacerdote, tal vez. También tienes historias que preferirías no contar.

El progreso de su segundo bizcocho fue detenido a dos pulgadas de su boca. —Pero uno no querría escandalizar a una dama,— dijo, bajándola, —o quemar sus oídos con historias desagradables.

Hizo una mueca. —Estás aterrorizado por el mar,— dijo, —y por los acantilados. Me

atrevo a decir que sólo fue tu orgullo porque yo, una simple mujer, estaba allí que te llevó por el camino a la playa hace unos días.

Puso la galleta en su platillo.

—¿Estamos haciendo un trueque, prima Imogen?—, preguntó. —¿Tu historia por la mía?

Oh.

Oh. No.

Debería haberlo pensado antes de hablar. No debería haber empezado nada de esto.

—¿Voy yo primero?—, preguntó.

CAPITULO 10

No esperó su respuesta.

—Tenía diez u once años—, dijo. —Yo estaba en esa edad odiosa, por la que pasan todos los niños y quizás también las niñas, cuando no sabía nada y pensaba que lo sabía todo. Estábamos pasando unas semanas junto al mar. No recuerdo dónde, aunque era en algún lugar de la costa este. Había playas doradas, acantilados altos y escarpados, un embarcadero y barcos, el mar para chapotear y olas espumosas para arrojarme debajo. El paraíso de los niños, de hecho. Pero, la plaga de la existencia de un niño, había un ejército de adultos conmigo, unidos en su determinación de ver que yo no disfrutaba ni un solo momento de mi tiempo allí, mis padres, uno de mis tutores, varios sirvientes, incluso mi vieja niñera. El mar era peligroso y ahogaba a los niños; los barcos eran peligrosos y arrojaban a los niños al agua antes de ahogarlos; los acantilados eran peligrosos y arrastraban a los niños a la muerte sobre las rocas dentadas que había debajo; *todo* era peligroso . Lo único que podía mantenerme a salvo era la supervisión constante de un adulto, preferiblemente de la variedad "agarra mi mano, no hagas eso". Me molestaba todo *lo poco que* se pronunciaba y cada mano que se extendía por la mía.

—Supongo,— dijo Imogen,—que encontraste una forma de llegar al dolor.

—De una manera espectacular—, estuvo de acuerdo. —Una noche me escapé, Dios sabe cómo, y bajé a la playa solo. Estaba desierta. El mar estaba en calma, las embarcaciones se movían acogedoramente por el muelle, y decidí probar con los remos de una de ellas, algo que no se me había permitido hacer a pesar de mis súplicas de que sabía cómo usarlos. Yo también lo hice. Incluso descubrí el arte de mantener un rumbo paralelo a la playa en lugar de uno que me llevara a través de ella en la dirección de Dinamarca. Después de un tiempo vi una cala que parecía una guarida de piratas perfecta y decidí aterrizar y jugar un rato. Arrastré el barco a la playa y me convertí en un rey pirata. Subí el acantilado hasta que llegué a una cornisa plana que era un mirador perfecto y continué con mi juego hasta que me di cuenta de varias cosas a la vez. Creo que la primera fue que tenía un poco de frío. Tenía frío porque el sol se había puesto y estaba anocheciendo. Entonces, en rápida sucesión, me di cuenta de que mientras buscaba en el horizonte barcos del tesoro para saquear, la marea había entrado y se había llevado casi toda la playa que estaba debajo de mí, que el barco se había elevado de su lugar de descanso y se había alejado flotando, y que los acantilados detrás de mí y a ambos lados de mí eran todos muy altos y muy escarpados y muy amenazantes.

—Oh,— dijo Imogen,—tu pobre madre.

—Bueno, sí,— estuvo de acuerdo,—aunque era pobre de mí lo que se me ocurrió en ese momento. Pasé la noche allí y buena parte del día siguiente. Parecía una semana o un año. La marea bajó y volvió a subir, pero ni siquiera la marea baja me ayudó. No había forma de rodear el final de las rocas hasta la playa principal. Y aunque lo hubiera habido, estaba tan paralizado por el terror que no podía mover una pestaña o una pulgada de donde estaba, encaramado precariamente en una cornisa que parecía más estrecha y más alta de la playa con cada hora que

pasaba. Y entonces el viento se levantó y trató de arrebatarme de mi percha y el cielo se volvió gris plomizo y el mar se agitó y se hizo espuma y me mareé aunque no estaba en él. Cuando un barco finalmente apareció a la vista, dando vueltas y cabeceando de forma bastante alarmante, y el barquero y mi tutor me descubrieron desde dentro, les resulto muy difícil desembarcar. Y luego se vieron obligados a sacarme virtualmente de la cara del acantilado. El barquero tuvo que arrojarme sobre su hombro y ordenarme que cerrara los ojos antes de cargarme y subirme al bote. Me atrevo a decir que mis ojos giraban en mi cabeza y que estaba echando espuma por la boca. Estaba enfermo de nuevo de camino a casa.

Miró su taza y la galleta, pero no movió una mano hacia ellos. Quizás, pensó Imogen, temía que su mano estuviese temblando.

—Pensaron que estaba muerto, por supuesto—, dijo, —sobre todo cuando se descubrió un barco que se balanceaba en mar abierto poco después del amanecer, vacío y misteriosamente con un remo menos. Mi padre celebró mi resurrección de entre los muertos cuando me llevaron a nuestro alojamiento, primero abrazándome tan fuerte que fue increíble que no me asfixiara ni me rompiera todos los huesos del cuerpo, y luego me inclinó sobre el respaldo de la silla más cercana, bajándome los pantalones y me propino una paliza descomunal con su mano desnuda, la *única* vez que recuerdo que me golpeó. Luego me envió a pedirle disculpas a mi madre, que se había ido a la cama con sales aromáticas y otros productos restauradores, pero que saltó para aplastarme de nuevo los huesos y medio ahogarme en sus lágrimas. Después de haber comido, de pie, de una bandeja que el cocinero había subido, cargado con suficiente comida para alimentar a un regimiento, me arrastré a mi habitación, donde mi tutor me esperaba con su bastón en la mano. Me hizo agacharme, con las manos sobre las rodillas, antes de darme doce de las mejores. Luego me mandó a la cama, donde me quedé hasta que nos fuimos a casa a la mañana siguiente. Dormí de frente, una posición que siempre me ha resultado incómoda.

—Y desde entonces has estado aterrorizado de todas las cosas relacionadas con el mar y los acantilados—, dijo Imogen.

Giró la cabeza y le sonrió una expresión tan totalmente sin ninguno de sus artificios habituales que atrapó su aliento.

—Un destino que me merecía—, dijo. —Debió haber sido una noche y una mañana de infierno para ellos. Yo *era* protegido, ya sabes, un cachorro sin coraje, aunque a veces podía serlo. Sin embargo, *sólo* a veces, para ser justos.

Sí, ella imaginó que había sido querido.

—Hace unas mañanas estaba orgulloso de mí mismo—, dijo. —No fue amable de tu parte notar mi incomodidad y hacer comentarios al respecto.

—Bueno—, dijo, —se necesita valor para enfrentarse al peor de los miedos y avanzar hacia él y superarlo. Tal vez era tu coraje lo que estaba comentando.

Él se rió abiertamente y se dio cuenta de algo que realmente preferiría no saber. *A* ella le gustaba. O, mejor dicho, tenía que admitir que era un hombre simpático que perturbaba una calma interior que había pasado años estableciendo. A ella no le gustaba lo que le hizo a esa disciplina tan duramente ganada.

—Tu turno—, dijo tan suavemente que casi no entendió las palabras.

Pero su eco se mantuvo.

Imogen tragó. Su garganta estaba seca. Su té estaba intacto, así como la galleta que había tomado. El té probablemente ya estaba frío, sin embargo, y odiaba el té frío. Y si él había temido que su mano temblara, ella *sabía que* la suya lo haría.

—No hay mucho que contar—, dijo. —Sabían que mi marido era un oficial británico, aunque el hecho de que no llevara uniforme les dio toda la excusa que necesitaban para fingir que no le creían y para usar todos los medios a su alcance para forzar la obtención de información de él.

—Tortura—, dijo.

Extendió sus manos sobre su regazo y las miró hacia abajo.

—*Me* trataron con el mayor respeto—, dijo ella. —Me dieron una habitación privada en su cuartel general temporal y los servicios de una criada, la esposa de un soldado de a pie. Cené todos los días con los oficiales franceses de más alto rango, y ellos se esforzaron por conversar conmigo en inglés, aunque yo hablo francés razonablemente bien. No me habían tratado tan bien desde que salí de Inglaterra.

—Pero no viste a tu marido—, dijo.

—No.— Respiró lentamente y se lamió los labios secos con la lengua seca. —Pero a veces, aparentemente por accidente, por lo que siempre se disculpaban excesivamente después, me dejaban oírle gritar.

Su falda estaba plisada entre los dedos.

—No reveló sus secretos—, le preguntó después de lo que parecía una larga pausa.

—Nunca—. Alisó los pliegues. —No, nunca.

—¿No intentaron obtener información de ti?—, preguntó.

—No sabía nada—, le dijo. —Ellos lo entendieron. Habría sido una pérdida de tiempo.

—¿Y no te usaron para sacarle información?

Y entendía demasiado. Su falda se dobló de nuevo entre sus dedos.

—Nunca les dijo nada—, dijo de nuevo, levantando los ojos para mirarle. Se veía un poco pálido y sombrío por la boca. —Y ellos nunca.... me hicieron nada. Nunca me hicieron daño. Después de su... muerte, un coronel francés me escoltó de vuelta al cuartel general británico bajo una bandera de tregua. Incluso hizo que la esposa del soldado nos acompañara por decoro. Fue amable y cortés. Y, por supuesto, se sorprendió y se arrepintió cuando se le informó de que yo era la esposa, la Viuda, de un oficial británico.

—¿Estabas presente cuando murió tu marido?—, preguntó.

Sus ojos estaban fijos en los de él. No podía apartar la vista.

—Sí.— Abrió los dedos, soltando la tela arrugada.

Se quedó mirándola un momento más y luego se puso en pie abruptamente. El perro corrió hacia *él*, y Blossom los miró a los dos sin levantar la cabeza, vio que su propiedad de la silla no estaba a punto de ser disputada, y volvió a cerrar los ojos. Lord Hardford colocó un antebrazo a lo largo de la chimenea y un pie sobre el hogar y miró hacia el fuego.

—Era un hombre valiente—, dijo.

—Sí.

—Y tú lo amabas.

—Sí.

Cerró los ojos y los mantuvo cerrados.

Los abrió con una señal de alarma cuando él volvió a hablar. Había cruzado la habitación hasta el sofá sin que se diera cuenta y se estaba inclinando sobre ella. Su cara no estaba a muchos centímetros de la suya. Pero su intención no era sexual. Se dio cuenta inmediatamente.

—La guerra es la cosa más maldita, ¿no?—, dijo sin disculparse por su lenguaje ni esperar su respuesta. —Uno oye hablar de los que fueron asesinados y siente pena por sus familiares. Uno oye hablar de los que fueron heridos y hace una mueca de dolor en simpatía mientras cree que fueron los afortunados. Uno se imagina que una vez que se curan en la medida de lo posible, continúan con sus vidas donde las habían dejado antes de ir a la guerra. Apenas se piensa en las mujeres, excepto con un poco de tristeza por la pérdida de sus seres queridos. Pero para todos los interesados, vivos o muertos, es la cosa más *maldita.* ¿No lo es?

Esta vez esperó su respuesta, su cara pálida y sombría y casi irreconocible.

—Lo es—, estuvo de acuerdo en voz baja. —Es la cosa *más maldita*.

—¿Cómo sabían que estabas allí?—, preguntó.

Levantó las cejas.

—Los franceses—, explicó. —Estaban tras las líneas enemigas cuando te cogieron, ¿no es así? Tu esposo pensó que era lo suficientemente seguro como para llevarte tan lejos. ¿Cómo sabían que estabas allí? ¿Y cómo sabían que era tan importante como para capturarlo? No llevaba uniforme.

—Era un grupo de exploradores—, dijo. —Las colinas estaban llenas de ellos, los suyos y de nosotros, a ambos lados de la línea. La línea no era una cosa física, como la pared entre el parque aquí y la tierra más allá, y cambiaba diariamente. La guerra no tiene nada de ordenada. Aun así, le aseguraron que esa parte de las colinas era segura para mí.

Se enderezó y se volvió, con impaciencia y arrogancia una vez más.

—Hay una noche de cartas con los Quentin esta noche—, dijo. —¿Debo hacer que el carruaje te espere? Tomaré mi calesa. ¿O prefieres que te ponga una excusa?

—El carruaje, por favor—, dijo. —Puedo elegir vivir sola, Lord Hardford, pero no soy una reclusa.

La miró por encima del hombro. —¿Alguna vez te has sentido tentada?

—Sí.

La miró en silencio durante unos segundos. —*Hay que* tener en cuenta a las mujeres—, dijo. —Tu marido no fue el único valiente en tu matrimonio, Lady Barclay. Que tengas un buen día.

Y salió de la habitación, el perro trotando sobre sus talones. Unos momentos después de

que la puerta de la sala de estar se cerrara tras él, Imogen oyó que la puerta exterior se abría y se cerraba también.

Tu marido no fue el único valiente en tu matrimonio....

Si tan solo hubiera muerto cuando Dicky lo había hecho, los dos juntos, con sólo unos segundos de diferencia. Si tan solo la hubieran matado, como esperaba que lo hicieran, como Dicky había esperado que lo hicieran. El *valor,* esa última mirada suya le había dicho tan claramente como si hubiera dicho la palabra en voz alta.

Coraje.

A veces olvidaba que esa era la *última* palabra que sus ojos habían dicho. *Yo* había llegado unos segundos antes que él. *Yo, Imogen.* E incluso esas palabras tácitas que a veces olvidaba, o en las que no confiaba porque no se habían pronunciado en voz alta. Aunque ella y Dicky siempre supieron lo que pensaba el otro. Habían estado así de unidos, marido y mujer, hermano y hermana, camaradas, mejores amigos.

Yo. Y luego, *Valor*.

Se sentó dónde estaba mientras se formaba una costra grisácea sobre el té frío de su taza, y la del Conde de Hardford.

****

Casi se odiaba a sí mismo, decidió Percy mientras cerraba la puerta del jardín detrás de él y, sin pensarlo dos veces, tomó el sendero del acantilado hasta que llegó a la brecha. Bajó por la empinada senda hasta la playa, sin preocuparse por el posible peligro, y caminó la corta distancia hasta la cueva. Entró sin detenerse, desafiando a que la marea subiera galopando sobre la arena para atraparlo allí y ahogarlo. La cueva era mucho más grande de lo que había esperado.

Sí, lo hizo, decidió mientras colocaba una mano sobre una roca que sobresalía y miraba hacia la luz del día. Se odiaba a sí mismo.

— Esta vez bajaste sin ayuda, ¿verdad? —, Le preguntó a Héctor, que estaba acostado en la boca de la cueva, con la cabeza en las patas y los ojos saltones mirando hacia adentro. —Bien hecho.

¿Por qué el perro estaba tan apegado a él cuando era un pedazo de humanidad sin valor? Se suponía que los perros eran discriminatorios.

Acababa de confesar la gran mancha oscura en el progreso relativamente sereno de su vida, el gran terror del que nunca se había recuperado. Una locura desobediente de un chico que salió mal. La espantosa humillación que le había perseguido hasta la edad adulta, aunque siempre la había ocultado bien por el simple hecho de permanecer lejos del mar y enfrentarse a cualquier otro reto que se le presentase, cuanto más peligroso, mejor, con un desprecio temerario por su propia vida. Era ligeramente irónico, supuso, que cuando había heredado el título de forma totalmente inesperada hace dos años, había llegado con una casa y un parque que no sólo estaban en Cornualles, sino que también estaban encaramados de forma espectacular en la cima de un acantilado alto.

Ese episodio de la niñez había sido virtualmente la *única* mancha oscura en su vida. Bueno, estaba la muerte de su padre hacía tres años, y eso había sido insoportablemente doloroso. Pero tales pérdidas ocurrían en el curso natural de la vida de uno, y uno se recuperaba con el tiempo. Le pareció que había pasado el resto de su vida estudiando *para evitar el* dolor y haciendo un buen trabajo. Pero, ¿quién no haría lo mismo si pudiera elegir? ¿Quién pretendería deliberadamente el dolor y el sufrimiento?

Sin embargo, no estaba de humor para inventar excusas para sí mismo. Su vida adulta había sido una escapada acumulada sobre otra. Desde que llegó de Oxford hace casi diez años, se había cuidado de no involucrarse en todo, excepto en la superficialidad, sin sentido, y a menudo con una estúpida frivolidad. Tenía treinta años y *no* había hecho *nada* en su vida de lo que pudiera sentirse orgulloso. Bueno, excepto su doble primer grado con el que *no* había hecho *nada* desde que lo consiguió.

¿Era *normal*?

Ciertamente no era admirable.

Había dicho algo, esta misma mañana. Frunció el ceño, pensativo, por un momento.

Vivir no es simplemente una cuestión de mantenerse vivo, ¿verdad? Es lo que haces con tu vida y el hecho de tu supervivencia lo que cuenta.

Y lo había dicho como crítica a *ella,* pomposo imbécil que era.

Él también era un sobreviviente, ¿no es así? Había sobrevivido a su propio nacimiento, una hazaña nada despreciable cuando tantos recién nacidos no lo hicieron. Había sobrevivido a todos los peligros y enfermedades de la primera infancia. Había sobrevivido a esa prueba en la pared del acantilado. Había sobrevivido a imprudentes carreras de caballos y calesas, a un duelo con pistolas y al salto de grandes brechas entre casas de cuatro pisos en adelante, una vez durante una fuerte tormenta. Había sobrevivido mucho. Había llegado a la edad de treinta años más o menos intacto física, mental y emocionalmente.

Es lo que haces con tu vida y el hecho de tu supervivencia lo que cuenta.

¿Qué demonios había hecho con la suya? ¿Qué uso real había hecho del precioso don del aliento?

Salió de la cueva y caminó por la playa hasta que llegó al borde del agua. La sal del aire era más pronunciada aquí. Se sintió expuesto, rodeado de inmensidad, medio ensordecido por el rugido elemental del mar y el estallido de las olas. El sol brillaba sobre el agua, medio cegándolo. Héctor estaba jugueteando en las aguas poco profundas, hasta las rodillas de agua, enviando cascadas detrás de él. Iba a estar cubierto de arena cuando volvieran a la casa.

¿Qué era exactamente lo que temía del mar? se preguntó Percy. ¿Era que toda esa agua podía atraparlo y ahogarlo? ¿O era algo más fundamental que eso? ¿Era el miedo de desaparecer en la nada con tanta inmensidad? ¿O el miedo a enfrentarse cara a cara con lo desconocido? ¿Era sólo que era más fácil aferrarse a su propio y trivial mundo interior?

Pero no estaba acostumbrado a la introspección y volvió a prestar atención a su perro, que obviamente estaba disfrutando.

¿*Su* perro?

—Malditos sean tus ojos, Héctor—, murmuró. —¿No podrías haber sido un orgulloso y apuesto mastín? ¿o que te gustara la Sra. Ferby en lugar de yo?

No había jugado limpio, Lady Barclay, no la Sra. Ferby. Le había contado toda su historia, incluso hasta que se bajó los pantalones para su azotaina. Ella le había dicho sólo una parte de la suya. Había omitido un trozo, la parte clave. Y era la parte que sospechaba que lo explicaría todo.

No tenía derecho a saberlo. En primer lugar, no tenía derecho a preguntar. Sólo la había engañado más o menos para que le contara su historia ofreciéndole la suya a cambio. Y no *quería* saber lo que ella había retenido. Se había encogido incluso por lo que ella le había dicho. Tenía la sensación, no, lo *sabía*, de que los detalles que faltaban serían insoportables.

Siempre evitaba lo que era insoportable.

Había pasado *tres años* en el Penderris Hall. Y no fue reparada ni siquiera ahora. Lejos de eso. No fue el simple duelo lo que la mantuvo quebrantada.

No quería saberlo.

Normalmente no se metía en la vida de los demás. Normalmente no sentía curiosidad por lo que no le preocupaba personalmente, especialmente si prometía algo doloroso.

Lady Barclay no era de interés personal para él. No era de ninguna manera el tipo de mujer que lo atraería. De hecho, era todo lo que normalmente le repelería.

¿Qué había de *anormal* en su trato con ella, entonces?

Que el diablo se lo lleve, pensó abruptamente, necesitaba irse. No sólo de la playa, aunque se giró para caminar de regreso de todos modos, dejando a Héctor para que lo alcanzara. Hardford Hall. Cornualles. Necesitaba dejarlos atrás, olvidarse de ellos, enviar a un administrador decente para administrar la propiedad y contentarse con el conocimiento de que había cumplido con su deber al venir y poner las cosas en orden. Necesitaba volver a su propia vida, a sus amigos y a su familia.

Necesitaba olvidar a Imogen Hayes, Lady Barclay, y seguramente ella estaría encantada de ser olvidada. No tendría que esconderse tanto en la casa de Viuda sin él.

Definitivamente se iría, decidió mientras trepaba por el camino hacia la cima, sin aliento, pero sin querer ir más despacio. Hoy. O, en el peor de los casos, a primera hora de la mañana. Conseguiría que Watkins empacara sus pertenencias y avisaba a Mimms en los establos. Pero no tendría que esperar a ninguno de los dos. Podía montar su caballo hasta casa como lo había hecho aquí.

Se iría hoy.

Enviaría una excusa a los Quentin.

Se sentía resuelto, incluso alegre, mientras se abría paso a través de una brecha en los arbustos del tojo sin matar sus botas, y luego cruzó el césped hacia la casa. La única decisión que quedaba era si se llevaría a Héctor con él, no corriendo junto a su caballo, por supuesto, sino en el carruaje. Watkins bien podría abandonar el estoicismo y entregar su aviso. Y Percy sería el hazmerreír de Londres. ¿Pero a quién le importaba?

Habría recorrido muchos kilómetros en su camino antes de que oscureciera. Su espíritu

estaba animado por el pensamiento y su paso se alargó ante la agradable perspectiva de volver a casa y nunca volver.

No había nadie en la mansión cuando entró. Pero había dos cartas en una bandeja de plata en la mesa frente a él. Percy las miró con la esperanza de que fueran para alguien que no fuera él, como probablemente eran. Nadie había escrito desde que llegó aquí.

Reconoció la escritura de Higgins, su hombre de negocios en Londres, por una parte, y la de su madre, por otra.

CAPITULO 11

Percy frunció el ceño ante las cartas. Podía haberse librado de esta distracción cuando estaba listo para subir y llamar a Watkins antes de que se enfriara su propósito.

Tal vez Higgins había encontrado a alguien que se hiciera cargo del trabajo de mayordomo. *Eso* sí que sería una noticia oportuna, y también rápida. ¿Pero cómo diablos supo su madre que estaba aquí? Había sido muy negligente y no había escrito desde que llegó aquí. Quizás el primo Cyril había pasado la voz. Y luego su ceño se frunció aún más el ceño mientras volvía a pensar. ¿Le había escrito él mismo? ¿Esa noche antes de partir hacia Cornualles después de escribir para advertir a Ratchett que venía aquí y para sugerir que las telarañas fueran barridas de las vigas antes de que él llegara? Diablo, ¿realmente había añadido *eso* a la carta? Eso era lo que pasaba cuando uno estaba ebrio. ¿También le *había* escrito a su madre? Y si es así, ¿qué diablos había dicho?

Rompió el sello y abrió la única hoja. Sus ojos miraron las estrechas líneas de su pequeña y ordenada escritura.

Sí, ella había recibido su carta de Londres, y estaba encantada de que finalmente estuviera cumpliendo con su deber yendo a su finca de Cornualles. Sin embargo, estaba profundamente perturbada al saber lo infeliz que estaba con su vida y lo solo que se sentía....

A partir de este momento dejaría de beber licor. Ni una sola gota pasaría de nuevo por sus labios. ¿Qué clase de tontería sentimental y autocompasiva había escrito en esa carta? *¿A su madre?*

Siguió leyendo.

Quizás asumir sus responsabilidades en Hardford Hall sería su culpa, y no la sorprendería en absoluto que sus vecinos le dieran la bienvenida con los brazos abiertos después de dos largos años de espera. Seguramente descubriría allí el propósito y la amistad, ¿y tal vez incluso a alguien especial?

Percy puso una mueca de dolor. Su madre era siempre esperanzada y siempre la romántica sin esperanza. Debía escribir para tranquilizarla, y aplastar sus expectativas, antes de partir en dirección a Londres. Vaya, eso iba a retrasar su partida al menos media hora.

Y por partida doble, iba a decepcionarla.

Otra vez.

Y a desilusionarla.

Otra vez.

Ella nunca dijo tanto, pero sabía que ella seguía esperando que algún día la hiciera sentir verdaderamente orgullosa de él. Siempre estaba declarando su amor y su orgullo, pero él sabía que la había decepcionado desde el momento en que se marchó de Oxford después de escalar esas alturas académicas tan embriagadoras y deslizarse a una vida de ociosidad y frivolidad.

Sus ojos se habían desenfocado y miraba a través de la página en vez de a ella. Sin embargo, sólo quedaban una o dos frases, probablemente las cortesías con las que uno siempre se sentía obligado a terminar una carta. Enfocó sus ojos en ellas.

—Haré todo lo que esté en mi mano para levantarte el ánimo, Percy—, había escrito. —Yo y quizás algunas de tus tías, tíos y primos. Nunca tuvimos la oportunidad de celebrar tu cumpleaños juntos como una familia. Lo haremos tardíamente. Me iré a Cornwall mañana por la mañana.

Miró la última frase con la esperanza de que, de alguna manera, por alguna hechicería, las palabras cambiaran ante sus ojos, se disolvieran y evaporaran, se convirtieran en otra cosa o en nada.

Su madre iba a venir.

Aquí.

Con otros parientes variados y no identificados.

Para quedarse. Para celebrar su cumpleaños tardíamente. Para levantarle el ánimo.

A estas alturas ya estaba en camino. Dada la forma habitual que tiene su madre de desplazarse con su equipaje y su séquito de un lugar geográfico a otro, le llevaría una eternidad llegar hasta aquí, ya que venía desde Derbyshire. Pero aun así.... *Ella estaba de camino.* Eso significaba que no había ninguna posibilidad de detenerla. Y tal vez había hordas de tías, tíos y primos que coincidirían gradualmente en este punto particular del globo también. No había forma de *detenerlos*, suponiendo que alguno de ellos hubiera escuchado el grito de guerra de su madre.

Era una suposición bastante segura que algunos de ellos tenían.

Todo sería un gran jolgorio en Hardford. Una fiesta familiar. Una de las grandes. Tampoco sería sólo por su cumpleaños, ni por su familia, sospechaba. También se trataría de su regreso a casa como conde de Hardford. Había un salón de baile en la parte de atrás de la casa, un salón grande, sombrío, destartalado y tristemente descuidado. Estaría dispuesto a apostar la mitad de su fortuna a que su madre lo tomaría en una gran explosión de energía como su proyecto especial. La fiesta de cumpleaños y familia se convertiría en una gran fiesta como nunca antes había visto Cornualles, y agregar como una fiesta en Devon y Somerset por si acaso. Apostaría la otra mitad de su fortuna en ello.

Una cosa estaba muy clara. No iba a estar galopando a ningún lado hoy después de todo. O mañana.

Crutchley crujia en su camino hacia el vestíbulo. Prudence vino corriendo detrás de él y gruñó a Percy antes de salir corriendo de nuevo. Fue como un déjà vu.

—Crutchley—, dijo Percy, —da la orden de poner la casa patas arriba y al revés, por favor. Se espera que mi madre llegue dentro de un par de semanas, con la posibilidad de que un número indeterminado de invitados se acerque antes o después de ella. O incluso *con* ella, supongo.

Si su mayordomo estaba desconcertado, no lo mostró. —Sí, milord—, dijo, y se alejó de donde había venido.

Percy subió con pasos lentos para ver si Lady Lavinia estaba en algún lugar. Estaría

dispuesto a apostar otra mitad de su fortuna, no, eso haría tres y no había tres mitades en un todo, ¿verdad? De todos modos, apostaría *algo a* que ella estaría extasiada cuando le contara la noticia.

Así que estaba predestinado a verla de nuevo, entonces. No *quería* verla. Ella lo molestó.

Desearía no haberla presionado para que contara nada de su historia. La brecha en él hizo que su estómago se revolviera aún más que todo antes de que ella le contara.

****

Dos días después, Imogen admitió que estaba inquieta e infeliz. Y solitaria. Y muy, muy deprimida.

Había tocado fondo, al parecer, un lugar temido para estar. No había ocurrido desde que dejó Penderris hace cinco años. No es que haya sido feliz durante los años intermedios. Nunca había querido serlo. Sería un error. Y ciertamente había sentido momentos de soledad y depresión. Pero nunca se había dejado envolver en una desesperación sin ninguna forma perceptible de liberarse.

Había mantenido su vida en un punto muerto al matar todo sentimiento profundo, al vivir en la superficie de la vida. Las únicas veces que había permitido que sus espíritus se acercaran a elevarse eran las tres semanas de cada año cuando se reunía con sus compañeros Supervivientes. Pero eso era una euforia controlada. Aunque adoraba a esos amigos, simpatizaba con sus continuos sufrimientos, se regocijaba por sus triunfos, no estaba íntimamente involucrada en sus vidas.

Ahora su vida se sentía terriblemente vacía.

Quizás porque había pasado casi un año desde la última reunión y no había visto a ninguno de ellos entretanto. Pronto volvería a estar con ellos. Pero ni siquiera esa perspectiva podía animarla de manera significativa.

Se había mantenido ocupada. Sus parterres estaban desprovistos de maleza y había cortado el seto de boj a ambos lados de la puerta, aunque era demasiado temprano en el año para que hubiera habido un crecimiento real. Había trabajado en un buen ganchillo que había empezado en casa de su hermano en Navidad y había leído un libro entero, aunque no estaba segura de recordar su contenido. Había escrito cartas a su madre y a su cuñada; a Lady Trentham y Hugo; a Lady Darleigh, que se la leería a Vincent; a George. Había entrado en Porthmare para hacer algunas compras y hacer algunas visitas. Había horneado un pastel antes para llevar a la hermana de la Sra. Primrose en la parte baja de la aldea, ella había dado a luz recientemente a su cuarto hijo. Había revisado cada habitación de arriba y cada armario, cómoda y cajón para asegurarse de que todo estaba en orden.

No quedaba nada más que hacer que leer o tejer. Estaba sola y no había ningún evento social planeado para la noche.

La autocompasión era algo horrible.

Lo había visto por última vez anteayer en la fiesta de cartas de los Quentin. Había sido el

encantador de siempre, y se había comportado con ella como si ni siquiera existiera. No creía que sus ojos se hubieran encontrado ni una sola vez durante la noche. No se habían dicho ni una palabra y se habían sentado en diferentes mesas para jugar a las cartas.

Todo había sido un enorme alivio. Todavía se sentía mal por el relato de su historia. ¿Por qué *demonios* le había permitido que la manipulara para que lo hiciera?

¿Pero no podría haberla *mirado* ni una sola vez? ¿O le dijo buenas noches al principio o buenas noches al final? ¿O *ambas cosas*?

La confusión de sus sentimientos la desconcertó y la alarmó. Era muy diferente a ella permitir que alguien dominara sus pensamientos o controlara sus estados de ánimo.

Esperaba compañía en la mansión. Gracias a Dios que había podido volver a la casa de la Viuda. Su madre venía y quizás otros parientes también. Su madre estaba decidida a organizar algún tipo de fiesta tardía del trigésimo cumpleaños para él, había advertido a todos en la velada social de los Quentin, pero todos, por supuesto, estaban encantados. Imogen no podía recordar cuándo había habido compañía por última vez en Hardford Hall o cualquier tipo de fiesta allí. ¿Para el cumpleaños de Dicky, tal vez?

Esperaba no tener que involucrarse de ninguna manera, ni en la visita ni en la fiesta. Tal vez todo esto pasaría después de que ella se fuera a Penderris.

Deseaba que simplemente se marchase, aunque ahora parecía una remota esperanza, al menos por un tiempo. Quizás si se fuera ella podría recobrar algo de su serenidad.

Hizo una taza de té después de lavar los platos que había usado para hacer el pastel, y lo llevó a la sala de estar, donde Blossom guardaba el fuego. Al menos el gato era un ser vivo, pensó Imogen, dejando su taza y platillo y rascándole entre las orejas. Sintió más que escuchó un ronroneo de satisfacción. Estaba tan *contenta de que* Blossom hubiera venido y se hubiera quedado. Nunca antes había pensado en tener una mascota, una criatura viviente que la consolara y la acompañara.

Llamaron a la puerta.

Imogen levantó la vista, sorprendida. No era tarde, pero *era* febrero y ya estaba oscuro afuera. También estaba lloviendo. Podía oírlo contra las ventanas, la primera que habían tenido en mucho tiempo.

¿Quién...?

Hubo otro golpe.

Se apresuró a abrir la puerta.

****

Hasta que su mano soltó la aldaba y ésta golpeó contra la puerta, Percy se convenció a sí mismo de que sólo estaba dando un paseo nocturno, pero que comprobaría que el techo estaba todavía sobre la casa de la Viuda mientras estaba en ella, antes de regresar a la mansión.

Era una noche oscura, pero no había traído una linterna con él. Las doce capas de su abrigo

hacían un trabajo decente para evitar la lluvia y el frío. El borde de su sombrero alto hacía un trabajo tolerable al proteger su cara, aunque sólo si mantenía su cabeza en un cierto ángulo, e incluso entonces había pequeños diluvios cada vez que se acumulaba suficiente agua en el borde del sombrero para convertirse en una cascada, una de las cuales había encontrado su camino por la parte posterior de su cuello. El camino por el que había caminado se estaba volviendo un poco resbaladizo y amenazaba con convertirse en barro si seguía lloviendo. Se estaba levantando un viento. No era exactamente un vendaval, pero no era ni una brisa suave ni una cálida.

En otras palabras, era una noche miserable para estar fuera, y sólo cuando su mano había soltado la aldaba admitió que un paseo no era después de todo lo que estaba buscando. Y aquí estaba terminando otra vez una frase, aunque sólo fuera en su propia cabeza, con una preposición.

Ella no corrió para abrirle la puerta. Quizás no había oído la aldaba. Tal vez todavía tenia la oportunidad de escabullirse, volver sobre sus pasos y secarse antes el fuego de la biblioteca con un vaso de oporto en una mano y el volumen de Pope en la otra.

Golpeó de nuevo la aldaba contra la puerta, y en cuestión de segundos la puerta se abrió.

Había regresado aquí para escapar de él. Un buen momento para recordar eso.

—¿De verdad estás sola en casa?—, le preguntó. —No servirá, ya sabes.

Había descubierto esta mañana, en el desayuno, que su ama de llaves no vivía en su casa. Se había preguntado si había sido idea del ama de llaves o de ella. Apostaría por lo último.

—Será mejor que entres—, dijo muy amablemente.

Lo hizo y se puso a gotear por todo el recibidor pequeño.

—No—, dijo con firmeza mientras empezaba a extender una mano. —No eres un mayordomo, y no tiene sentido que ambos estemos empapados.— Se quitó el sombrero y el abrigo mientras hablaba y los dejó cerca mientras ella doblaba las manos a la cintura y se veía inhóspita.

Ella vio como él pasaba un dedo por debajo de la parte de atrás de su corbata. No había nada que pudiese hacer con respecto a su humedad, excepto soportarlo.

—El hecho y lo apropiado de que yo esté sola en la casa no son de su incumbencia, Lord Hardford—, le dijo. —No permitiré que hagas de señor de la mansión aquí en mi propia casa.

Abrió la boca para discutir este último punto, pero la volvió a cerrar sin decir nada. Sería mezquino discutir. Pero no podía capitular del todo. —Incluso abrir la puerta después de que tu sirviente se haya ido podría ser peligroso—, dijo. —¿Cómo sabías que era seguro hacerlo ahora?

—No lo hice—, dijo ella. —Y claramente no *lo fue*. Pero no viviré con miedo.

—Cuanto más tonta serás, entonces—, dijo. No se había perdido el insulto, pero quizás se lo había devuelto. Normalmente no se llama tonta a una dama. —¿Debemos permanecer congelados aquí en el pasillo?

—Le pido perdón—, tuvo la amabilidad de decir mientras se dirigía a la sala de estar, que era acogedora y cálida. —Espero, sin embargo, que no haya venido aquí para ser desagradable, Lord Hardford. Toma la silla junto al fuego mientras preparo un poco de té.

—No por mí—, dijo, aprovechando la silla que le indicó. —Y no soy siempre o incluso a

menudo desagradable.

—Lo sé—, dijo. —Eres encantador hasta el corazón.

Una cita directa de su propia boca. Bueno, y así era con casi todos los que conocía. Todos, de hecho, excepto Lady Barclay. La miraba mientras ella se colocaba las faldas en el sofá. Era injusto pensar que estaba hecha de mármol. Por otro lado, tampoco era todo calidez femenina. No tenía ni idea de por qué había venido.

—No tengo ni idea de por qué he venido—, dijo.

Ah, el pulido caballero de consumadas buenas maneras con un sinfín de temas de cortesía sobre los que conversar.

—Viniste a desaprobarme y a regañarme—, dijo ella. —Viniste porque soy un estorbo en tu propiedad y estás demasiado irritado para ignorarme.

Bueno.

—¡Pomposa!—, dijo. —Ni siquiera eres tan decentemente sumisa como para permitirme pagar tu techo.

—Exactamente—, estuvo de acuerdo. —Pero encontraste una manera de pagar la mitad de todos modos *y* deberte un favor por conseguir hacer el trabajo sin más demora.

—Estás tan irritada conmigo como yo supuestamente estoy contigo—, le dijo.

—Pero no te he buscado esta noche—, señaló con una lógica impecable. —No fui a *tu* casa, Lord Hardford. Tú viniste a la *mía*. Y si te atreves a señalar que mi casa es tuya, te mostraré la puerta.

Se sentó de nuevo en su silla, lo que no fue un movimiento especialmente sabio, ya que presionó su camisa húmeda contra su espalda. Tamborileó con los dedos sobre los brazos de la silla. —Nunca me peleo con nadie,— dijo,—especialmente con las mujeres. ¿Qué pasa contigo?

—Yo no te idolatro ni te adoro—, dijo.

Él suspiró. —Estoy solo, Lady Barclay—, dijo.

Sí, ¿qué *tenía* ella? ¿Qué diablos *era* eso?

—Creo que tal vez *aburrido* sería una palabra más apropiada—, dijo.

Tenía razón.

—Entonces, ¿presumes conocerme?—, preguntó.

Abrió la boca, respiró y, curiosamente, se sonrojó.

—Le pido perdón—, dijo ella. —¿Por qué estás solo? ¿Es solo que estás lejos de tu familia y de tus amigos? ¿Hay muchos de ellos?

—¿Familia?—, dijo. — Hordas. Todos los que me aman, y todos los que yo amo a cambio. ¿Y amigos? Otra horda, la mayoría de ellos amistosos conocidos, unos pocos más cerca que eso. Soy, como me informó recientemente uno de mis primos en mi cumpleaños, el hombre más afortunado. Lo tengo todo.

—¿Excepto?—, dijo.

Levantó las cejas.

—¿Qué es lo que *no* tienes, Lord Hardford?—, preguntó. —Porque nadie tiene todo, ya sabes, o casi todo.

—Bueno, es un alivio saberlo.— Él le sonrió. —Entonces, ¿aún hay algo por lo que vivir?

—Lo haces muy bien—, dijo ella.

—¿Qué?

—Dando la impresión de que no hay nada más que... encanto—, dijo.

—Ah, pero no debe decepcionarme, Lady Barclay, y convertirse en la típica mujer—, dijo. —No debes asumir que en algún lugar dentro de mí hay un corazón.

Su estómago dio una completa voltereta. Ella le devolvió la sonrisa: labios, ojos, toda la cara.

—Oh, nunca haría esa tonta suposición—, dijo ella. —¿Por qué estás solo?

No iba a dejarlo en paz, ¿verdad? ¿Por qué había usado esa estúpida palabra cuando quería decir simplemente que estaba aburrido?

Hizo otra pregunta antes de que él pudiera responder. —¿Qué es lo que has hecho en tu vida que te ha hecho sentir orgulloso de ti mismo?—, preguntó. —Debe haber algo.

—¿Debe haber?

—Sí.— Ella esperó.

—Me fue bastante bien en Oxford—, dijo tímidamente.

Levantó las cejas. —¿Lo hiciste?

Bueno, eso la había sorprendido y parecía escéptica. De repente se sintió picado. —Un doble primero—, dijo. —En los clásicos.

Ella lo miró fijamente. —Supongo,— dijo,—que realmente estás leyendo ese volumen de poesía de Pope.

—Me has estado vigilando, ¿verdad?—, dijo. —¿Esperabas algo de la prensa de Minerva? Sí, realmente me he visto forzado a caer tan bajo como para leer poesía, en inglés, mientras estoy desterrado en Cornualles.

—¿Por qué estás solo?—, preguntó de nuevo.

—Tal vez,— dijo,—o *probablemente* es la necesidad de sexo, Lady Barclay. No he tenido ninguno desde hace tiempo. He sido lamentablemente célibe.

Si esperaba alguna señal de conmoción, estaba decepcionado. Sólo asintió lentamente. —No voy a presionar el tema—, dijo. —No quieres responder a mi pregunta. Tal vez no puedas. Tal vez no *sepas* por qué estás solo.

—¿ Y tú?—, le preguntó.

—¿Sola?—, dijo. —No muy a menudo. Sola, sí. Aislamiento, sí. Elijo esos estados tan a menudo como puedo, aunque no me permitiré convertirme en una reclusa. Todos necesitamos a otras personas. No soy una excepción a esa regla.

—Supongo —dijo—que has sido célibe durante los últimos ocho años. ¿Extrañas el sexo? ¿Lo anhelas?

¿De dónde diablos salió todo esto? Si alguien pudiera por favor ser tan amable de pellizcarlo, se despertaría con gusto, pero sólo después de escuchar su respuesta. Aun así, no parecía conmocionada, ofendida o avergonzada. Le miraba directamente a los ojos. Dios mío, si tenía treinta años, no había tenido relaciones sexuales desde que tenía veintidós. Era una gran parte de sus años de juventud.

—Sí—, le sorprendió diciendo. —Sí, lo extraño. Elijo no desearlo—. Miró hacia abajo a sus manos, que estaban sueltas en su regazo. — Elegí —, dijo en voz baja, cambiando el tiempo del verbo de lo que había dicho y, en el proceso, cambiando también el significado.

Un trozo de carbón se movió en el hogar, enviando chispas por la chimenea y haciendo que Percy se diera cuenta de la enorme tensión que había en la habitación. Aún no tenía ni idea de por qué había venido aquí, pero ciertamente no esperaba nada de esto. Esto no era una conversación. Ni tampoco era coqueteo. Era... ¿Qué demonios *era*?

—Creo —dijo—que vine a Cornualles con la esperanza de encontrarme a mí mismo, aunque no me di cuenta hasta este momento. Vine porque necesitaba alejarme de mi vida y descubrir si a partir de los treinta años puedo encontrar un nuevo propósito que valga la pena. Pero mi antigua vida está a punto de alcanzarme de nuevo en forma de números desconocidos de mi familia, liderados por mi madre. Los amo y me molestan, Lady Barclay. ¿Puedo refugiarme aquí de vez en cuando?

Qué pregunta tan estúpida. Se había mudado aquí *para alejarse de él*. Y se había alegrado de verla irse.

El gato se despertó y se estiró, sus patas se extendieron ante él, su espalda arqueada. Saltó al suelo, se acomodó en el sofá de dos plazas, y saltó sobre el regazo de Lady Barclay, donde se acurrucó y se dirigió a dormir de nuevo para recuperarse de sus esfuerzos. Percy miró su mano sobre la espalda del gato. Tenía dedos delgados con uñas bien cuidadas.

—¿Me quiere como amiga, Lord Hardford?—, dijo ella. —¿Alguien que no sea de tu viejo mundo? ¿Alguien que no te idolatre y te adore?

—Te *quiero* como amante—, le dijo. —Pero si eso falla, la amistad servirá.

Era bueno que estuviera a más de un brazo de distancia, pensó, y que su libertad de movimiento se viera obstaculizada por el gato en su regazo, o era totalmente posible que ya estuviera guardándole rencor por un par de mejillas hirientes o una mandíbula quebrada.

¿Y era verdad? ¿La quería como amante? *¿Lady Barclay?* ¿La mujer de mármol? No podría ser menos como su amorío habitual si lo intentara.

Pero quizás ese era el punto.

—La amistad parece improbable pero posible—, dijo. Estaba mirando al gato.

Él no dijo nada. Incluso estaba aguantando la respiración, se dio cuenta antes de soltarla. Iba a permitirle que volviera, ¿verdad? ¿Y quería hacerlo? ¿Era sabio en las tardes como esta, cuando ni siquiera había un sirviente en la casa, y mucho menos un acompañante? ¿A ella le importaba? ¿Verdad?

Sus ojos estaban sobre él.

—No estoy segura de lo otro—, dijo.

¿Estaba entendiéndola correctamente? Pero no podía querer decir otra cosa que lo que él *creía que* ella quería decir.

El aire chisporroteaba bastante, y no tenía nada que ver con el fuego, que ardia bastante bajo.

Se puso de pie abruptamente para ponerle más carbón.

—Debo irme—, dijo cuando terminó. —Ya te he molestado bastante por una noche. No, no necesitas moverte. Conozco el camino. Pero recuerda cerrar la puerta cuando te levantes.

Se paró ante ella durante unos momentos, mirándola. Luego se inclinó sobre ella, sin molestar al gato, y la besó brevemente. Sus labios eran suaves y cálidos. No respondió, pero tampoco *era insensible*. Se enderezó.

—Imogen—, dijo, sólo por escuchar su nombre en su lengua.

—Buenas noches, Lord Hardford—, dijo en voz baja.

La lluvia había amainado un poco y el viento había bajado, se encontró al salir, aunque estaba rodeado de una oscuridad casi total. Había empezado algo esta noche, quizás. Pero, ¿qué?

¿Amistad?

¿Una aventura?

Parte de él estaba eufórico. Una parte estaba francamente aterrorizada. Pero, ¿por qué? Había tenido amigas antes, aunque no muchas amigas, era verdad. Y ciertamente había tenido muchas aventuras.

Ninguno de ellas, sin embargo, había sido Imogen Hayes, Lady Barclay.

CAPITULO 12

—Debo confesar —dijo Sir Matthew Quentin—que de vez en cuando he disfrutado de una copa de buen coñac con un conocido o vecino sin indagar demasiado sobre su lugar de origen.

—Supongo que yo he hecho lo mismo—, admitió Percy. —Aunque nunca me ha gustado la idea del contrabando. No sólo porque el gobierno se ve así defraudado de los ingresos, sino más bien porque las personas que realmente se benefician no son el hombre común que hace el trabajo más duro y asume el mayor riesgo, sino los pocos que dirigen las operaciones desde lejos y aterrorizan a cualquiera que amenace su operación. Hacen una fortuna con el terror y la opresión y con el conocimiento seguro de que siempre habrá un mercado para los artículos de lujo y que incluso las personas que no están directamente involucradas se unirán a una conspiración de silencio. Nadie quiere arriesgarse por algo que no se puede detener.

—Oh, estoy de acuerdo—, dijo Sir Matthew. —Supongo que has estado descubriendo que el viejo conde alentaba el comercio y le permitía un refugio seguro en tierra de Hardford a cambio de algunas comodidades. ¿Más cerveza?

Estaban sentados en la biblioteca de Sir Matthew esperando el almuerzo, al que Percy había sido invitado. Paul Knorr, su nuevo administrador, había llegado de Exeter el día anterior, tres días después de que una carta de Higgins informara a Percy de su nombramiento. El hombre estaba ahora conversando con el mayordomo de Quentin sobre el almuerzo y la cerveza en la posada de la aldea. Percy se mostró optimista sobre Knorr. Era joven y bien educado, hijo de un caballero conocido de Higgins, y estaba deseoso de continuar con sus nuevas tareas. Había administrado la tierra de su familia durante varios años antes de la muerte de su padre, pero ahora su hermano mayor la había heredado y había buscado empleo en otro lugar.

—Gracias—, dijo Percy, y esperó a que le rellenaran el vaso. —La playa y el sótano de la casa de la Viuda, ¿quieres decir? Pero todo eso se detuvo cuando Lady Barclay se instaló allí.

—¿Lo fue?— Sir Matthew lo miró con las cejas levantadas. —Pero aunque no fuera así, probablemente terminó hace dos años. Apenas se puede imaginar que Lady Lavinia esté de acuerdo con la idea de tener contrabandistas y sus mercancías en su casa.

¿*En* su casa? ¿Dijo dentro de la casa?

—Supongo que no—, dijo Percy. —Ahora la Sra. Ferby...

Ambos se rieron.

Fueron interrumpidos por Lady Quentin, que vino a informarles que el almuerzo estaba listo. Quería saber más sobre Paul Knorr y si era probable que Ratchett se retirara pronto. Percy satisfizo su curiosidad hasta donde pudo. Pero la mención del anciano mayordomo le recordó otra cosa.

—Ratchett tiene un sobrino—, preguntó, —¿quién fue a la Península con el vizconde Barclay como su bateador, creo?

—En lugar de ese pobre chico que se rompió las dos piernas no más de uno o dos meses después—, dijo Lady Quentin. —Habría estado más seguro en Portugal. Qué terrible accidente fue caer del techo del establo. Nunca supimos qué estaba haciendo allí.

—Un sobrino nieto, creo—, dijo Sir Matthew. —Fue nombrado jardinero jefe en Hardford después de su regreso, aunque no era muy popular entre algunos de nosotros. No podía dar cuenta de lo que les había pasado a Barclay y a su esposa más allá del hecho de que habían sido capturados por una banda de exploradores franceses de aspecto feroz mientras les llevaba leña y no llevaba su mosquete. Supongo que no podría haber hecho nada para ayudarlos. Sin embargo, había quienes pensaban que al menos debería haber esperado hasta que tuviera noticias, de una manera u otra. Si se hubiera quedado, podría haber ayudado a escoltar a Lady Barclay a casa. Ella estaba, creo, en una especie de estado. Es comprensible que así sea.

—Pobre Imogen—, dijo Lady Quentin. —Ella y su marido eran muy devotos el uno del otro. Pero ese hombre, ese llamado jardinero jefe, no sabe la diferencia entre un geranio y una margarita, o entre un roble y un arbusto, lo juro. Su empleo es cómodo. Oh, le ruego me disculpe, Lord Hardford. Estoy siendo rencorosa. Debes estar impaciente por la llegada de tu madre. Todos tus vecinos, nosotros incluidos, estamos ansiosos por conocerla.

El día casi se había acabado cuando Percy y Knorr regresaron a Hardford.

—Debo recordar que debo referirme a ti como el subalterno—, dijo. —Uno no desearía herir los sentimientos de un octogenario.

—El Sr. Ratchett tiene una letra que envidio—, dijo Knorr con una sonrisa. —Y los libros son muy claros y fáciles de entender.

Se había perdido una visita de Lady Barclay, descubrió Percy. A Lady Lavinia le pareció una gran lástima. Percy no lo hizo. De hecho, se esforzó por evitarla durante los dos días siguientes, como lo había hecho ayer y hoy. No sabía lo que le había poseído esa noche en la casa de la Viuda. Todavía no sabía por qué había ido allí. Tampoco sabía por qué había dicho algunas de las cosas que dijo.

Creo que vine a Cornualles con la esperanza de encontrarme a mí mismo, aunque no me di cuenta hasta este momento.

¿Puedo refugiarme aquí de vez en cuando?

Te quiero como amante. Pero si eso falla, la amistad servirá.

Se retorcía ante los recuerdos, especialmente de ese último intercambio. ¡Señor! Juraría que no tenía ni idea de lo que iba a salir de su boca cuando la abrió.

La amistad parece improbable pero posible, había respondido. *No estoy segura sobre el otro*.

Ese fue el momento en que, demasiado tarde, se puso en pie y huyó. Pero *no*, recordó, antes de besarla.

No, prefería mantener su persona y sus pensamientos bien alejados de Lady Barclay hasta que tuviera control de sí mismo.

Lo que sea que eso signifique.

****

Imogen no vio al Conde de Hardford durante cuatro días enteros después de su visita nocturna a la casa de la Viuda, a pesar de que se armó de valor el segundo día para visitar a la tía Lavinia y a la prima Adelaida. Salió con el nuevo subalterno, familiarizándolo con las granjas bien administradas de Sir Matthew Quentin y su experimentado y eficiente mayordomo. El Sr. Knorr era un joven caballero de inteligencia aguda y de aspecto y modales agradables, informó su tía, aunque no sabía por qué el primo Percy contrataría a un segundo administrador cuando ya existía el Sr. Ratchett.

Imogen pensó que probablemente se debía a que se necesitaba desesperadamente un administrador activo para Hardford, pero el conde fue demasiado amable para obligar al Sr. Ratchett a jubilarse. Había admitido, aunque a regañadientes, que él era realmente capaz de ser amable.

También había admitido que lo encontraba más atractivo que a cualquier otro hombre y que, de manera inquietante, incluía a su difunto esposo. Nunca había pensado en sentirse *atraída* por Dicky. Había sido su mejor amigo, y todo en él la había complacido, incluso *eso*. Lord Hardford se había atrevido a darle un nombre. Realmente había sido bastante chocante de su parte. *Sexo.* Allí. Sí, el sexo con Dicky la había complacido. A él también le había gustado. Pero... ¿*atracción*?

¿No era la atracción *sólo* sexo? ¿Separado de gustos, amistad o amor? Parecía de mal gusto.

Ella lo quería.

Quería satisfacer un deseo que había suprimido durante la mayor parte de su vida adulta. Más de ocho años. Y quería hacerlo con un hombre de experiencia y conocimientos obvios. No dudaba de que Lord Hardford tuviera ambas cosas.

Incluso había expresado cierta disposición, *no estoy segura de la otra*.

No podía haber confundido su significado.

Todavía no estaba segura.

Tal vez no estaría tan mal. No era como si estuviera planeando comprometerse a una relación a largo plazo, después de todo, cualquier cosa que le trajera verdadera felicidad. Sólo la satisfacción de un antojo natural. *Era* natural, ¿verdad? ¿Tanto para las mujeres como para los hombres?

Quizás volvería a estar en paz si dejara que ocurriera. Se iría después de un tiempo, no tenía ninguna duda al respecto, especialmente ahora que había contratado a otro administrador, que era joven e inteligente y presumiblemente competente. Lord Hardford se iría, probablemente para nunca volver, y estaría en paz una vez más, o tan en paz como siempre podría estar.

Mientras tanto....

¿Estaría tan mal?

Los pensamientos y el debate mental llenaban la mente de Imogen incluso mientras escuchaba la charla animada de su tía sobre los visitantes que se esperaban, aunque no sabía cuántos vendrían ni siquiera exactamente cuándo, y el primo Percy tampoco lo sabía. Era muy

inquietante. La tía Lavinia continuó hablando sobre los entretenimientos que debían planear. Había pasado una verdadera época, dijo, desde que hubiera algún entretenimiento nocturno en Hardford. El querido Brandon no había aguantado esas cosas, pero ahora...

Imogen la dejó parlotear felizmente. Y se sintió enormemente aliviada ¿y decepcionada?, que el conde no volviera a casa mientras ella estaba allí. Tampoco regresó a la casa de la Viuda en cuatro días, e Imogen subió y bajó, sin poder acomodarse a ninguna actividad por más de unos pocos minutos a la vez. Habría caminado por el acantilado y la playa también, pero tenía miedo de encontrarse con él. Lo más lejos que llegó, a excepción de la visita a la sala, fue el jardín, donde encontró que la primera campanilla de febrero había florecido.

Él no vino, y ella estaba a salvo de su propia debilidad e indecisión. No tenía que decidir si estaba mal o no.

El quinto día, la Sra. Primrose trajo noticias con el almuerzo de Imogen. Un paje, enviado desde la mansión con huevos frescos, había traído la noticia de la llegada de dos grandes carruajes de viaje llenos de pasajeros y unos cuantos jinetes, además de una gran cantidad de equipaje y ruido y bullicio. Y luego, por la tarde, el mismo paje regresó con una nota garabateada apresuradamente de la mano de la tía Lavinia invitando a Imogen a cenar para que pudiera conocer a varios primos perdidos hace mucho tiempo, aunque algunos de ellos no eran parientes en sentido estricto, ya que pertenecían al lado materno de la familia del primo Percy.

Su madre no había venido sola.

Incluso mientras Imogen buscaba excusas para no ir, sus ojos se centraron en las dos últimas frases, *el primo Percy me pidió en particular que le escribiera en su nombre, querida Imogen, con disculpas por no hacerlo él mismo. Está ocupado con sus seres queridos.*

La invitación vino de él, entonces, incluso si la disculpa fue probablemente el invento de la tía Lavinia. Y lo correcto era que la invitara, supuso Imogen a regañadientes. Después de todo, era la viuda del único hijo de su predecesor. Y por la misma razón, sería imperdonablemente grosero de su parte no presentarse.

Suspiró y fue a la cocina para informar a la Sra. Primrose que no necesitaba preparar una cena.

****

Podría haber sido peor, pensó Percy mientras se vestía para la cena. *Todos* sus parientes, tanto paternos como maternos, podrían haber descendido sobre él, como todavía podrían hacerlo, por supuesto. Podría haber una docena de carruajes llenos rodando a lo largo de la carretera en este mismo momento en dirección a Hardford. No se podía saber con seguridad.

La tía Edna, la hermana de su padre, había llegado tarde por la mañana con el tío Ted Eldridge. Su hijo, Cyril, había venido con ellos, al igual que las tres niñas, Beth y las gemelas, Alma y Eva. Habían estado en Londres perdiendo el tiempo según Cyril, esperando que comenzara la Temporada para que Beth pudiera ser introducida en la sociedad y en el mercado matrimonial. La perspectiva de pasar algún tiempo yendo a ver a Percy en su propio ambiente y a celebrar su trigésimo cumpleaños, aunque tardíamente, les había atraído a todos, sin excepción.

La tía Nora Herriott, la hermana de su madre, había sido igualmente entusiasta con la invitación y había venido con el tío Ernest y sus hijos, Leonard y Gregory. También habían venido de Londres y se habían encontrado con los Eldridges por casualidad en una caseta de peaje y viajaron con ellos después.

Una gran y feliz familia llega para su festividad, Percy pensó mientras consideraba la caída de su pañuelo con un ojo crítico y le hizo un gesto de aprobación a Watkins. ¿Festividad era un verbo? Si no lo era, entonces debería serlo, ya que describía perfectamente lo que su familia tenía claramente en mente para la próxima semana más o menos. Uno se estremecía ante la sola idea.

Y puede que no sea sólo la familia. Según Cyril, Sidney Welby y Arnold Biggs, el Vizconde Marwood, también estaban pensando en ir por este camino y puede que ya hayan empezado a deambular.

Y entonces, a media tarde, justo cuando las cosas se estaban calmando en la casa, la madre de Percy había llegado en compañía del tío Roderick Galliard, su hermano, y su hija viuda, la prima Meredith, y su hijo pequeño, Geoffrey.

La llegada del niño había eclipsado todo lo demás y había traído a todos y a su perro, o, mejor dicho, a todos y a los perros callejeros de Hardford, que, como de costumbre, habían escapado de la habitación de la segunda ama de llaves, convergiendo sobre el niño para ofrecerle besos y abrazos no solicitados y chillidos y exclamaciones y gritos y ladridos y un gruñido de Prudence. Admitió que era un niño muy guapo con su mata de pelo de rizos rubios y grandes ojos azules. Percy también había hecho su parte al agarrar al niño y arrojarlo hacia el techo con gritos de regocijo de dicho niño, gritos de aliento de los primos varones, y diversos gritos de miedo y gritos de alarma de las primas y tías, mientras que Meredith miró plácidamente.

Su madre se había llenado de éxtasis a su llegada. Incluso la Sra. Ferby, a quien insistió en llamar prima Adelaida, no había podido escapar de sus brazos y deleitada con exclamaciones de cordialidad. Encontrar algo de sangre compartida entre esas dos probablemente llevaría al dedicado investigador hasta Adán y Eva, pero para su madre, la Sra. Ferby era de la familia. Su madre y Lady Lavinia eran, de hecho, un par coincidente y se habían atraído la una a la otra como abejas al polen.

Ya soñaba con aprovecharse de la paz y la cordura de la casa de la Viuda, pensó Percy con tristeza mientras levantaba la barbilla para que Watkins colocara su clavija de diamante justo en su manto. Aunque *la paz* probablemente no era la palabra correcta. A Lady Barclay no le gustaba mucho, y no estaba seguro de que le gustara mucho. Excepto que él le había dicho que quería ser su amante pero que se conformaría con la amistad. Y *ella le* había dicho que la amistad era posible aunque improbable y que no estaba segura de lo otro.

¿Entonces eran amigos o no? *¿Podrían* serlo?

¿Deberían serlo?

Por su vida, no podía entenderlo.

Ella venía a cenar. Al menos, había sido invitada y probablemente vendría por su sentido del deber, aunque no fuera por otra razón. De todos modos, no podía esperar esconderse en la casa de los Viuda por mucho tiempo antes de que fuera descubierta e invadida por su familia, y debia tener el sentido común para darse cuenta de eso. Su madre ya se había enterado de su existencia y simplemente no podía *esperar* para abrazarla, no para *encontrarla*, sino para

abrazarla.

Era suficiente para que un hombre adulto se estremeciera.

—No, no—, dijo en respuesta a la mirada afectada en la cara de su ayuda de cámara. —No me clavaste el alfiler, Watkins. Continúa.

Señor, esperaba que ella viniera. Y esperaba que no lo hiciera.

Ella vino.

Todos estaban reunidos en el salón cuando Crutchley la anunció, sí, realmente lo hizo, su pecho hinchado, su voz proyectando sus palabras en la habitación, silenciando el alboroto mientras cada uno volvía los ojos curiosos a su manera. Se estaba comportando como un mayordomo en un baile de la Gran *Sociedad*. Tener a todos estos visitantes a su cargo se le había subido a la cabeza.

Debió ser un poco desalentador entrar sola en la habitación en una especie de silencio, con todos los ojos puestos en su persona, pero lo hizo con una gracia tranquila. Su cabello casi rubio era liso y brillante, pero tenía un estilo bastante simple, especialmente cuando se lo compara con todas las cabezas rizadas, onduladas y ensortijadas de sus tías y primos. Su vestido era de terciopelo verde oscuro, de manga larga, con un cuello de cisne muy ligero y que caía en pliegues sueltos desde debajo del pecho hasta los tobillos. No tenía adornos, y no llevaba joyas, excepto pequeñas perlas en los lóbulos de sus orejas y su anillo de bodas. No brillaba con sonrisas radiantes, aunque tampoco fruncía el ceño.

Puso a todas las demás mujeres en la habitación a la sombra, incluyendo a Beth, que llevaba algunas de sus nuevas galas londinenses y que estaba segura de que estaba destinada a convertirse en una de las aclamadas bellezas de la próxima Temporada.

¡El diablo! ¿Cuándo había empezado a pensar en ella como algo impresionante?

Se adelantó y se inclinó. —Lady Barclay, prima Imogen—, dijo, volviéndose hacia sus familiares ávidamente interesados, —es la Viuda de Richard Hayes, el vizconde Barclay, que habría estado en mi lugar si no hubiera muerto como un héroe en la Península. Vive, por elección, en la casa de la Viuda. Le presento a mi madre, la prima Imogen, la Sra. Hayes.

Su madre se apresuró a abrazarla y exclamó sobre ella y la llamó prima Imogen.

Percy la llevó por la habitación, presentando a todos y explicando las relaciones. No estaba seguro de que lo recordaría después, pero prestó mucha atención y murmuró algo a todos ellos. Era una verdadera dama.

Te quiero como amante, le había dicho hace menos de una semana. Parecía tan remota como la luna esta noche, y tan deseable como siempre. Cualquier esperanza de que hubiera estado temporalmente fuera de sí esa noche o de que los días intermedios enfriarían su ardor fue aplastada.

Crutchley, todavía en su personaje de mayordomo, volvió pronto para anunciar que la cena estaba servida. Percy tomó a su madre del brazo, mientras que el tío Roderick le ofreció el suyo a Lady Barclay y el tío Ted acompañó a Lady Lavinia.

Fue un poco vertiginoso ver tanta gente en el comedor, pensó Percy unas cuantas veces durante la cena. Se habían añadido hojas adicionales a la mesa, y la Sra. Evans en la cocina se

había acrecentado magníficamente para la ocasión, como había dicho que lo haría cuando él le había sugerido que contratara a alguien para que la ayudara.

No debería ser vertiginoso. Había pasado gran parte de su vida en compañía de multitudes. Ya de niño, cuando se quedaba en casa con los tutores en lugar de ir a la escuela, siempre había primos y otros parientes y vecinos y amigos de sus padres en la casa. No llevaba mucho tiempo aquí, pero ya se había acostumbrado a la tranquilidad de Hardford, más o menos a unos cuantos primos lejanos y a una colección de animales salvajes. Le gustó bastante, pensó con cierta sorpresa, aunque no se quedaría. Se iría cuando su familia lo hiciera. Ahora que Knorr había llegado, no había ninguna razón real para que se quedara. Habría cosechas este año, una disminución del rebaño, un nuevo establo, reparaciones en los corrales de las ovejas y muchas otras mejoras. Ratchett tendría más detalles que añadir a sus libros, y eso lo mantendría feliz.

—Estás inusualmente callado, Percy—, comentó la tía Edna sobre el plato de rosbif.

—¿Lo estoy?— Le sonrió. —Debe ser el efecto aleccionador de tener treinta años.

—O podría ser,— dijo el Tío Roderick,— que es difícil decir una palabra de manera filosófica. ¿Qué debe pensar de nosotros, Lady Lavinia?

—Podría llorar de felicidad—, respondió ella. —Todo este tiempo ha habido un distanciamiento entre las dos ramas de la familia a causa de una pelea tonta hace tanto tiempo que nadie recuerda su causa.

Nadie le dijo que la mitad de ellos eran de la familia de su madre y que no tenían ninguna relación con ella. Era claramente feliz, y también lo estaba la madre de Percy, que le devolvía la sonrisa y se frotaba el rabillo de un ojo con su pañuelo. Nadie podría llamar a su familia no sentimental.

—Y nos hemos redescubierto unos a otros, prima Lavinia, porque Percy finalmente decidió venir aquí, donde pertenece—, dijo su madre. —Y también por la triste muerte del marido de la prima Imogen. Qué extraña es la vida. Las cosas buenas pueden surgir del mal.

Todos se veían convenientemente solemnes ante este pronunciamiento poco profundo. Los ojos de Percy se fijaron en los de Lady Barclay. Seguía pareciendo un poco de mármol.

Las primas se apropiaron de su atención en la sala de estar después de la cena, y Percy, que se sentó con sus tíos y se encontró hablando, de todas las cosas, sobre la agricultura, se dio cuenta de los fragmentos de conversación que escuchó por casualidad que habían descubierto que ella había estado en la Península con su marido y la acribillaban con preguntas sobre sus experiencias allí. Alma quería saber si había tenido mucha demanda como compañera en los bailes del regimiento y pensó que debía ser simplemente *divino* estar en un baile y no tener a nadie más que a los oficiales con los que bailar.

Afortunadamente, tal vez, Percy no escuchó la respuesta de Lady Barclay, pero parecía estar siguiendo la corriente a sus oyentes.

Se levantó para irse después de que la bandeja de té había sido retirada.

—¿Tienes tu carruaje, querida?— preguntó la tía Nora.

—Oh, no—, contestó ella. —La casa de la Viuda no está lejos.

—Pero el camino está oscuro incluso en una noche brillante, Imogen—, dijo Lady Lavinia.

—Lleva a un lacayo para que te lleve una linterna.

—Yo mismo escoltaré a la prima Imogen—, dijo Percy.

—No hay necesidad—, dijo.

—Ah, pero la hay—, le dijo. —Debo impresionar a mis parientes con lo bien que hago el papel de señor responsable de la mansión.

La mayoría de los parientes se rieron. Ella no lo hizo. No discutió, sin embargo.

—Estoy deseando ver tu casa, prima Imogen—, dijo su madre. —¿Puedo visitarte?

—Por supuesto, señora—, dijo Lady Barclay. —Estaré encantada de verle a usted y a cualquier otro invitado de Lord Hardford que quiera venir a visitarme.

—Somos un grupo sociable—, le advirtió Percy después de que salieron de la casa juntos, sin una linterna. —No puedes esperar que nos quedemos en la mansión para ocuparnos de nuestros asuntos cuando hay otra casa cerca y los asuntos de otra persona en su lugar.

—Tienes una familia amable—, dijo ella.

—Sí,— estuvo de acuerdo. —¿Tomarás mi brazo para que me sienta más protector y, por lo tanto, más varonil? Tengo la suerte de formar parte de una familia así, tanto por parte de mi padre como de mi madre. Pero a veces pueden ser un poco.... intrusivos.

—Porque les importa—, dijo.

—Sí.

La noche era razonablemente brillante. Parecía que no había nubes en lo alto. También hacía mucho frío. Ella puso su mano dentro de su brazo. Ninguno de los dos se ocupó de la conversación.

Podía ver el contorno de la casa de la Viuda adelante. Estaba, por supuesto, en la oscuridad total. No le gustaba el hecho de que no hubiera sirvientes esperándola. Pero no podía decir nada. Había dejado claro que no toleraría su interferencia.

—Gracias—, dijo, deslizando su mano fuera de su brazo cuando llegaron a la puerta. —Agradezco que me acompañes aunque fuera innecesario. He hecho el paseo muchas veces sola.

—Te acompañaré a la casa—, dijo.

—He puesto una lámpara justo dentro de la puerta, como siempre lo hago—, le dijo. —La encenderé tan pronto como ponga un pie dentro para disipar la oscuridad y, con eso, todos los fantasmas y monstruos que acechan allí. No necesitas ir más lejos.

—¿No *quieres* que vaya más lejos?—, le preguntó.

Su rostro, vuelto hacia el de él, se iluminó débilmente con la luz de la luna. Era imposible ver su expresión, pero sus ojos eran grandes charcos de... algo.

—No.— Agitó la cabeza y habló en voz baja. —Esta noche no.

¿O cualquier noche? No hizo la pregunta en voz alta.

—Muy bien—, dijo. —¿Ves cómo has sofocado al macho naturalmente dominante en mí? Sin embargo, no del todo. Me quedaré aquí hasta que estés dentro y vea la luz de tu lámpara.

Abrió la puerta mientras hablaba y la cerró después de que ella hubiera pasado.

—Muy bien—, dijo, volviéndose para mirarle. —Puedes venir y derribar la puerta si la luz no aparece y oyes un grito espeluznante.

Y maldita sea, pero volvió a sonreír con lo que parecía ser una verdadera diversión en la oscuridad cercana.

—¿No es costumbre,— le preguntó, —ofrecer un beso al hombre que te ha escoltado a casa?

—Oh, Dios mío—, dijo ella. —*¿Lo es*? Los tiempos deben haber cambiado desde que era una niña.

Le sonrió, y ella levantó ambas manos enguantadas para ahuecar su cara antes de inclinarse sobre la puerta y besarle. Tampoco fue un beso breve y divertido. Sus labios permanecían en los suyos, suaves y ligeramente separados y muy cálidos, en contraste con el frío del aire nocturno.

Se inclinó hacia ella, rodeándola con los brazos para atraerla contra él, y sus brazos se deslizaron alrededor de su cuello. No fue un beso lascivo. Era algo mucho más delicioso que eso. Fue muy deliberado por ambas partes. Sus bocas se abrieron y él exploró el húmedo interior de la suya con su lengua. Esta vez, cuando lo chupó, él disfrutó de la sensación. Fue un beso curiosamente desprovisto de toda intención sexual. Fue en cambio.... puro placer.

Fue una experiencia totalmente nueva para él. Fue un poco alarmante, en realidad.

Terminó el abrazo, aunque sus brazos permanecían sueltos alrededor de su cuello.

—Ahí, Lord Hardford—, dijo ella. —Has recibido tu agradecimiento por lo de esta noche.

—¿Puedo acompañarte a casa *todas las* noches?—, preguntó.

Y ella se rió.

Podría haber llorado de felicidad, por tomar prestada una frase de Lady Lavinia.

Y luego se fue. Se quedó dónde estaba, con las manos en la puerta, hasta que abrió la puerta con su llave y entró, sin mirar atrás, y la cerró detrás de ella. Esperó hasta que vio una luz tenue sobre el marco de la puerta y luego la luz entrando en la sala de estar. Luego se giró para irse.

Y sólo así se dio cuenta de que Héctor estaba en sus talones. ¿Qué pasaba con Héctor y los tacones? ¿Era Aquiles? ¿Y era Lady Hayes, Imogen, su talón de Aquiles?

¿O su salvación?

Pensamiento curioso.

—Maldito animal tonto—, refunfuñó. —¿Y cómo *te* las arreglas para pasar a través de las puertas cerradas? ¿Y *por qué*? Hace frío aquí afuera y no había necesidad de que tú también vinieras.

La cola atrofiada se agitó cuando Héctor dio un paso ligeramente detrás de él.

CAPITULO 13

El día de Imogen comenzó con suficiente tranquilidad, aunque no esperaba que ese agradable estado continuara.

El correo de la mañana le trajo dos cartas, ambas de las esposas de sus compañeros Supervivientes. Siempre se sintió gratificada al saber de ellos. Le gustaban todos, aunque todavía no había conocido a la Duquesa de Worthingham, la esposa de Ralph, en persona. Le gustaban, sobre todo porque cada una de ellas había hecho feliz a uno de sus amigos más queridos. Y le gustaban porque eran mujeres fuertes e interesantes por derecho propio. Sin embargo, nunca estuvo segura de que *les* gustara. Era una de los supervivientes, y durante sus reuniones anuales pasaban tiempo a solas, los siete, especialmente de noche. Las esposas respetaban esa necesidad y nunca se entrometían, aunque en otras ocasiones durante esos días se mezclaban y disfrutaban mucho de la compañía de los demás.

Imogen a menudo se preguntaba si las otras mujeres se sentían totalmente cómodas con ella. Sintió su diferencia con ellas y sospechó que ellas también debían sentirla. Se preguntaba si a veces la encontraban distante.

En cualquier caso, siempre le gustaba recibir una carta de una de ellas. Y hoy hubo el regalo especial de dos. Se instaló en una buena lectura durante el desayuno. La esposa de Ralph, la Duquesa de Worthingham, había firmado simplemente Chloe, había escrito para decir que estaba muy ansiosa por conocerla en Penderris Hall, así como a Sir Benedict y Lady Harper, a quienes tampoco había conocido todavía. E iba a pesar de la preocupación de Ralph por su perfecta salud. Algunas personas, por supuesto, insistirían en llamarla salud "delicada" y asustar al pobre hombre, pero ella nunca se había sentido mejor.

La duquesa, dedujo Imogen, estaba esperando un hijo. Y así, al final del año, tres de ellos serían padres.

La vida había cambiado para todos ellos, excepto para ella y para George. Pero George, Duque de Stanbrook, tenía más de cuarenta años y se suponía, quizás erróneamente, que nunca consideraría volver a casarse.

Imogen terminó de leer la deliciosamente larga carta de la duquesa y luego leyó la de Sophia, la vizcondesa Darleigh. Su hijo, que acababa de cumplir un año, *caminaba por todas partes,* ambas palabras estaban subrayadas, y Vicente había desarrollado una extraña habilidad para seguirlo para asegurarse de que no sufriera ningún daño mayor que un golpe o rasguño ocasional. Por supuesto, el perro de Vicente ayudaba, habiendo aparentemente decidido que el joven Tomás era simplemente una extensión de Vicente. Acababa de publicarse otro de sus libros para niños: otra aventura mordaz de Bertha y Blind Dan. Sophia traería una copia a Penderris.

Vincent montaba a diario a pesar del frío. De hecho, estaba *galopando a* lo largo de la pista de carreras especialmente construida cerca de la mitad del perímetro de su parque. Era suficiente

para ponerle los pelos de punta a Sophia, y su pelo había crecido *mucho* desde el año pasado, pero como ella fue la que concibió la idea de la pista con ese propósito, difícilmente podía quejarse, ¿verdad?

Imogen estaba sonriendo cuando se levantó de la mesa del desayuno. Pronto estaría con todos ellos. Mirando por la ventana, vio que el sol brillaba desde un cielo azul claro. Por lo que podía ver desde dentro, tampoco había viento significativo. Se puso una abrigada pelliza y un sombrero y salió a la calle para asegurarse de que ninguna maleza nueva hubiera invadido sus parterres y para ver si había más campanillas en el césped. Blossom se colocó afuera con ella y se acurruco en el escalón delantero a la luz del sol después de merodear por el jardín.

Imogen sacó algunas malas hierbas ofensivas y encontró otras cinco campanillas. El aire, aunque no era exactamente suave, al menos no era muy frío. Se podría creer en la primavera de esta mañana.

Se sentó sobre sus talones y miró hacia la puerta del jardín.

Le había impedido entrar con ella anoche, pero había disfrutado de unas ligeras bromas con él allí mismo. Parecía tan lejano, toda una vida, desde que se había sentido alegre, como lo había sentido anoche durante unos minutos. Y lo había besado voluntariamente y con bastante.... entusiasmo, cuando hubiera sido lo más fácil del mundo evitarlo.

¿No es costumbre dar un beso al hombre que te ha escoltado a casa? Se lo había pedido. Y había sonreído. No, había reído. Había podido ver la diferencia a pesar de que no habían traído una linterna.

Sonrió al recordarlo. A ella le gustaba *tanto* en ese estado de ánimo, ligeramente coqueto, pero de una manera divertida y poco amenazadora.

Había esperado que su paz se rompiese en algún momento del día de hoy, y ahora era el momento, al parecer. A través de la puerta pudo ver a la Sra. Hayes que venía por el camino desde la mansión en compañía de su hermana y su cuñada. Imogen se puso de pie, apartó la hierba de su pelliza y fue a abrirles la puerta, ya que adivinó que la casa de la Viuda era su destino.

No había esperado con ilusión la noche anterior, pero se había sorprendido a sí misma al disfrutar casi del ruido, la risa y el sentido de familia que le habían dado los parientes de Lord Hardford. Había sido obvio que los apreciaba tanto como ellos a él, pero entendía por qué se sentía de alguna manera... invadido.

Quizás vendría ahora que estaban allí, para refugiarse en la casa de la Viuda.

Las tres señoras abrazaron a Imogen y la besaron en la mejilla como si fueran parientes cercanos. Todos ellas también exclamaron sobre la belleza de la casa y su posición cerca de los acantilados, pero enclavada en su pequeño hueco con su propio jardín bien cuidado.

—Yo también podría ser perfectamente feliz viviendo aquí—, declaró la Sra. Hayes. —Es una delicia absoluta, ¿no es así, Edna y Nora?

—Vendremos aquí para quedarnos contigo y con la prima Imogen, Julia,— contestó su hermana,—y dejar a nuestros maridos e hijos en casa.

Las tres señoras se rieron alegremente, y la Sra. Hayes puso un brazo alrededor de la cintura de Imogen y la abrazó a su lado.

—No te preocupes por nosotras, prima Imogen—, dijo. —Somos una familia a la que le gusta bromear y reír. La risa es siempre la mejor medicina para casi todo, ¿no crees?

Todas entraron a tomar café y algunos bollos de la Sra. Primrose. Las señoras hablaron con gran entusiasmo de ir a visitar el pueblo por la tarde con la prima Lavinia, todas se refirieron a ella con ese nombre. Y la Sra. Hayes habló de su plan de *hacer* algo con respecto a ese salón de baile terriblemente triste y descuidado en Hardford Hall y hacerlo adecuado para una gran fiesta, tal vez incluso un baile, para celebrar el trigésimo cumpleaños de su hijo, tardíamente, desafortunadamente, porque se había ido a Londres para su cumpleaños real. Y también celebrarían su llegada a su nuevo hogar, también tardío.

—Oh, definitivamente una fiesta, Julia—, dijo la Sra. Herriott. —A todo el mundo le encanta bailar.

—Simplemente debes venir a la mansión y ayudar con ideas y planes, prima Imogen—, dijo la Sra. Hayes.

—Voy a robarte a tu cocinera, prima Imogen—, le dijo la Sra. Herriott. —Estos son seguramente los mejores bollos que he probado.

Se fueron después de una media hora más o menos, abrazando de nuevo a Imogen a medida que avanzaban y besándole la mejilla y esperando verla de nuevo en la mansión durante la noche. Sólo podía reírse suavemente para sí misma cuando se habían ido. Se sintió como si estuviera saliendo de un torbellino.

Apenas había terminado su almuerzo un par de horas después, cuando su casa fue invadida de nuevo, esta vez por las hermanas gemelas Eldridge, ¿Era posible distinguirlas? y los dos hermanos Herriott y el Sr. Cyril Eldridge. Todos eran primos hermanos del conde, recordó Imogen de anoche. Hoy salieron a caminar y visitaron a Imogen para rogarle que los acompañara.

—Simplemente *debes* venir, prima—, suplicó una de las hermanas Eldridge. —Nuestros números son desiguales.

—Percy dice que hay una manera de bajar a la playa desde cerca de aquí—, dijo el Sr. Eldridge,—y que nos lo podría mostrar, Lady Barclay. ¿Serás tan amable? ¿O estás ocupada con otra cosa?

—Estaría encantada—, dijo, y se sorprendió al descubrir que lo decía en serio. Cuatro de los primos eran muy jóvenes, todos menores de veinte años, adivinó. Los gemelos tenían probablemente quince o dieciséis años. Los jóvenes tendían a carcajear ante la más mínima provocación y las jóvenes a reírse. Pero no había engaño en ellos, se había dado cuenta anoche. Sólo estaban actuando según su edad. Se sintió conmovida al ver que habían pensado en pedirle que se uniera a ellos cuando debía parecer bastante anciana a sus ojos. Pero, por supuesto, el Sr. Eldridge estaba probablemente más cerca de ella en edad que de ellos. Quizás lo habían considerado.

—Beth fue de visitar con mi madre, mis tías y Lady Lavinia—, explicó el Sr. Eldridge mientras se dirigían por el sendero del acantilado. —Deben haber sido aplastadas horriblemente en el carruaje. Meredith se quedó a jugar con el joven Geoffrey cuando se despierte de su siesta de la tarde. Mi padre y mis tíos se fueron con Percy a ver ovejas. De hecho, estaba solicitando su consejo. Apenas merece la pena pensar en ello, Lady Barclay. ¿Percy está interesado en la

agricultura? A continuación, hablará de *instalarse* aquí. Oh, le ruego me disculpe.

—¿Porque me ofende, la idea de que alguien quiera instalarse aquí lo aterra, Sr. Eldridge?—, dijo ella. —No estoy ofendida.

—Es sólo que,— dijo, —que no puedo imaginarme a Percy contento aquí por mucho tiempo. Sólo vino porque dijo que lo haría cuando estaba colosalmente aburrido y colosalmente borracho en su cumpleaños, y a Percy nunca le gusta faltar a su palabra. Apuesto a que ya estaba planeando irse de aquí cuando la tía Julia decidió venir y traernos a todos con ella. Apuesto a que casi tuvo una apoplejía.

No estaba muy equivocado, pensó Imogen con una sonrisa interior. Pero, *colosalmente aburrido*. Y *colosalmente borracho*. ¿Y este era el hombre al que había besado voluntariamente y con placer anoche? ¿El hombre que le gustaba? ¿Y el hombre con el que todavía estaba considerando tener una aventura?

Pero no era nada que no supiera o adivinara ya sobre él. También era un hombre muy inteligente y bien educado, y un hombre que de alguna manera había perdido la dirección hace unos diez años y no la había encontrado desde entonces. ¿La encontraría? ¿Nunca? ¿Aquí, quizás? Esperaba no estar aquí. Por favor, no aquí. Quizás se permitiría un pequeño indulto en compañía de él, pero no podía prolongarse.

—¿Es aquí?— Uno de los hermanos Herriott, ¿Leonard?, estaba llamando desde un pequeño camino adelante a lo largo del camino.

—Lo es—, dijo Imogen. —El sendero parece un poco desalentador, pero verás que zigzaguea para minimizar la inclinación de la bajada, y es realmente bastante ancho y firme.

—Reclamo a Gregory—, dijo una de los gemelas. —Tiene un brazo más fuerte.

—¿Significa que estoy gordo, Alma?— Gregory Herriott dijo.

—Lo que significa que tienes un brazo fuerte—, dijo, y se rió. —Y yo soy Eva.

—No, no estás muy bien,— dijo. —No, a menos que te cambies de ropa con tu hermana después del almuerzo.

Hubo una explosión de risas de los otros tres.

Imogen se adelantó para liderar el camino hacia abajo.

Si no hubiera estado colosalmente borracho en su cumpleaños, quizás no se le habría ocurrido venir a Cornualles, nunca. Lo había descuidado felizmente durante dos años. Todo esto podría no estar pasando si no se hubiera emborrachado. Pero si no lo hubiera hecho, entonces estaría en la mansión ahora, esperando que el techo de la casa de la Viuda sea reemplazado.

Decidió que no iría a la mansión esta noche. Después de todo, no se podía esperar que fuera allí todas las noches.

¿Puedo acompañarte a casa todas las noches? Lo pidió anoche después de su beso. Se lo había pedido para hacerla reír y lo había conseguido.

Pero no debía hacer realidad esa broma.

¿Cuándo se rió por última vez antes de que él viniera aquí? Lo había hecho al menos dos veces desde que podía recordar.

Oh, a ella le gustaba, pensó con un suspiro mientras permitía que el Sr. Eldridge, innecesariamente, se le adelantara y la ayudara a bajar a la playa.

Se abandonó a una tarde de jugueteo junto al mar.

****

Percy pasó la mañana con su familia, aunque su madre y sus tías salieron a caminar, declarando que necesitaban aire y ejercicio después de varios largos días de viaje. Sospechaba que tomarían la dirección a la casa de la Viuda y presentarían sus respetos a la prima Imogen si estaba en casa.

Percy disfrutó de la mañana, llevando a todos a recorrer la casa y los establos, para ver a los gatitos, por supuesto, y jugando al billar con algunos de los primos, hablando mientras tomaban un café. Disfrutó de un almuerzo con una animada conversación, y disfrutó de una tarde con sus tíos, mostrándoles la granja, discutiendo con ellos algunos de sus planes y algunos de los de Knorr.

Y fue un placer volver a la casa para descubrir que había habido dos recién llegados más. Sidney Welby y Arnold Biggs, Vizconde Marwood, habían hecho el viaje. Hubo muchos apretones de manos y palmadas en la espalda y ruido y risas, y eso fue cuando sólo Percy y ellos y Cyril estaban involucrados.

Una vez que se anunció la llegada de Welby y Marwood, los tíos y los primos varones estaban contentos, y su madre y las tías de Percy y Lady Lavinia estaban encantadas. Las primas se marearon con la emoción de que había dos jóvenes y amables caballeros que no eran sus primos alojándose en la casa, uno de ellos con un *título*. Si antes se habían reído y gozado, ahora se elevaron a nuevas alturas.

La cena y la velada en el salón eran ocasiones de tal amabilidad y alegría colectiva que en un momento dado Percy sintió que podía salir con mucho gusto y gritar a la luna o algo así. Podría haberlo hecho si no hubiera habido la posibilidad de que lo escucharan por casualidad.

No sabía cómo era posible amar a la familia y a los amigos, disfrutar de su compañía y sentirse agradecido por todos ellos, pero también sentirse tan constreñido y limitado por ellos. ¿Qué era lo que pasaba con él? Sea lo que sea, era un acontecimiento bastante reciente. Había llegado con su trigésimo cumpleaños, quizás, este sentimiento de que no era suficiente tenerlo todo, ni siquiera familia, ni amigos, ni siquiera amor.

Era la comprensión de que había un vasto vacío en su interior que había pasado desapercibido toda su vida porque había estado demasiado ocupado con lo que estaba sucediendo fuera de sí mismo. Se sintió como una concha hueca y recordó que Lady Barclay le preguntó si había algo dentro del escudo de encanto que se puso para que el público lo viera.

Había bromeado al respecto, le dijo que era encantador hasta el corazón. No estaba seguro de que su corazón hiciera algo más que bombear sangre por su cuerpo. Excepto que él amaba. No debía ser demasiado duro consigo mismo. Amaba a su familia.

—Te has vuelto a quedar muy callado, Percy—, comentó la tía Edna.

—Sólo estoy disfrutando del hecho de que todos ustedes han recorrido una distancia tan grande por mi bien—, le dijo. Y la cosa es que no estaba mintiendo, al menos no del todo.

Quería recuperar su paz y tranquilidad.

¿Qué?

Siempre había evitado ambas cosas como lo haría con la peste.

La reunión comenzó a romperse después de que se había retirado la bandeja de té. Algunos de la generación mayor, así como Meredith, se fueron a la cama. Algunos de los primos iban a la sala de billar e invitaron a Sidney y Arnold a unirse a ellos. Un par de tíos iban a ir a la biblioteca a tomar una copa y a echar un vistazo a las opciones de lectura.

—¿Vienes con nosotros, Percy?— El tío Roderick sugirió.

—Creo que voy a tomar un poco de aire fresco—, dijo. —Estira mis piernas antes de que me acueste.

—¿Quieres compañía, Percy?— preguntó Arnold.

—No necesariamente—, dijo.

Su amigo le echó una mirada.

—Correcto—, dijo. —Debo admitir que el aire libre junto al mar en una noche de febrero no me llama mucho la atención. ¿Disfrutar de tu... soledad?— Levantó las cejas.

—¿Billar, Arnie?— preguntó Cyril, y los dos se fueron juntos en busca de la mayoría de los otros jóvenes.

Percy salió después de ponerse el abrigo, los guantes y el sombrero, y luego fue deliberadamente a buscar a Héctor a la habitación de la segunda ama de llaves, aunque no sabía por qué se molestó. El perro seguramente habría encontrado una manera de seguirlo de todos modos. Su nombre más apropiado sería Fantasma en lugar de Héctor.

Eran poco antes de las once. *No* era demasiado tarde para dar un paseo antes de retirarse a dormir. *Era* demasiado tarde, demasiado tarde, para hacer una visita social. Pero, ¿qué pasa con la llamada de la necesidad?

¿Puedo refugiarme aquí de vez en cuando? Le había preguntado.

No era posible que pueda visitarla a las once de la noche. Parecería que había venido por una sola cosa.

¿Y eso sería cierto?

Sus pasos lo llevaron a la derecha, fuera de las puertas principales y alrededor del camino que conducía más allá de la casa de la Viuda. ¿Pero pasaría de largo?

La dejaría decidir, pensó, o mejor dicho, su lámpara o velas o cualquier cosa que solía usar para ver en la oscuridad cuando no estaba durmiendo. Si su casa estuviera en la oscuridad, él seguiría adelante. Si había luz en su interior, llamaría a su puerta, a menos que la luz viniera de una habitación de arriba.

Había luz en la sala de estar.

Percy permaneció de pie en la puerta durante lo que podrían haber sido cinco minutos hasta

que sus pies dentro de sus zapatos, que no se había puesto botas, se entumecieron con el frío y sus dedos dentro de sus guantes se estremecieron desagradablemente. Hasta su nariz estaba entumecida. Deseó que la luz se moviera, que subiera las escaleras, que le diera la señal para que se moviera y se fuera a casa.

Y quiso que se quedara dónde estaba.

Héctor había renunciado a sentarse a sus pies. Estaba tendido allí, con la barbilla en las patas. Estaba empezando, pensó Percy, mirándolo a la tenue luz de la luna, a parecerse casi a un perro normal. Lo cual estaba bien, ya que parecía estar atrapado con el chucho. Y, irritantemente, sintió que el amor empezaba a aparecer en él.

Maldito perro.

La luz se quedó dónde estaba.

Percy abrió la puerta y la cerró silenciosamente detrás después de que él y Héctor habían pasado. No quiso advertir su llegada. Todavía había tiempo para escapar. Levantó la aldaba de la puerta, dudó y la soltó. Hizo un ruido horrible.

Señor, probablemente ya eran *más de las* once de la noche.

La puerta se abrió casi inmediatamente, mucho antes de que estuviera listo.

Y no dijo nada. No sólo no podía pensar en nada que decir, sino que ni siquiera se le ocurrió que tal vez debería decir algo.

Ella tampoco dijo nada. Se miraron fijamente, la lámpara que llevaba en una mano iluminando sus rostros desde abajo. Héctor tuvo que romper el hechizo. Se le debe haber ocurrido al perro que el calor en el interior de la casa era preferible al frío exterior. Entró trotando y se volvió, como por derecho de propiedad, hacia la sala de estar.

Se paró a un lado, invitando en silencio a Percy a entrar.

—No es exactamente lo que parece—, dijo mientras ella cerraba la puerta. —Por muy tarde que sea, no he venido aquí esperando acostarme contigo.

Nunca sabía lo que le pasaba a su lengua cuando estaba en su presencia. Nunca había hablado así con ninguna otra dama, como muy a menudo parecía hablar con ella.

—Has venido a refugiarte aquí.— No era una pregunta. Se giró para mirarlo a los ojos y con la cara tranquila. —Ven, entonces.

Y se dirigió hacia el calor de la sala de estar.

CAPITULO 14

Imogen había optado por no ir a cenar a la mansión a pesar de que la tía Lavinia había enviado una breve nota otra vez, asegurándole que sería bienvenida, que siempre sería bienvenida, como sabía, y que no tenía que esperar una invitación. Y, añadió, había dos invitados más: los amigos del primo Percy de Londres.

A Imogen le gustaba toda esa gente que había venido a destrozar su paz en Hardford, pero encontraba el ruido y el bullicio un poco abrumador. Estaba muy agradecida por su propia casa, incluso si debía esperar que fuera invadida frecuentemente durante el día hasta que todos se fueran.

Se preguntaba si *él* también lo encontraría abrumador. Pero eran de su mundo, y su mundo era un lugar ocupado y ruidoso, adivinó, con poco espacio para una tranquila introspección. Quizás estaba disfrutando de su compañía y se había olvidado de aquella noche cuando preguntó si podía retirarse aquí de vez en cuando.

Pero recordó el libro de poesía de Alexander Pope en una mesa junto a su silla en la biblioteca, y su doble primer grado en los clásicos. Y recordó algo que él había dicho justo antes de preguntarle si podía venir aquí: *creo que vine a Cornualles con la esperanza de encontrarme a mí mismo, aunque no me di cuenta de ello hasta ese momento. Vine porque necesitaba alejarme de mi vida y descubrir si a partir de los treinta años puedo encontrar un nuevo propósito que valga la pena.*

Pero no se le había permitido alejarse de su vida por mucho tiempo. Le había alcanzado aquí.

Se quedó despierta más tarde de lo debido, aunque la visita matutina con las señoras mayores y la tarde en la playa con un grupo de jóvenes exuberantes la habían cansado. No podía contentarse con leer, lo que podría haberla relajado. Pensó en escribirle a su madre, pero decidió esperar hasta la mañana, cuando estuviera más despierta. Hacía ganchillo, pero no podía admirar lo que hacía. Fue a la cocina a preparar una taza de té y terminó horneando un lote de galletas dulces y luego se lavó después de ella. Volvió a tejer a crochet y acarició a Blossom, a quien siempre le fascinó el fino hilo de seda y el destello del gancho de crochet.

Y finalmente admitió que estaba esperando que él viniera y que simplemente no lo haría. Estaba permitiendo que su paz y la disciplina que tanto le había costado ganar fueran destrozadas. Se iría a la cama, dormiría bien y mañana se tomaría las cosas con calma. Esto *no sería suficiente*.

Se guardó el ganchillo y se puso de pie, recordando que no había comido ninguna de las galletas que había horneado o hecho té después de hervir la tetera y medir las hojas de té en la tetera. Pero ya era demasiado tarde. Y no tenía ni hambre ni sed. Cogió la lámpara, mirando al mismo tiempo al reloj de la repisa de la chimenea. Eran las once y diez.

Y fue entonces cuando llamaron a la puerta, haciéndola saltar y Blossom abrió los ojos.

Imogen cogió la lámpara y fue a abrir la puerta. No se le ocurrió ser cautelosa al hacerlo.

Por un momento espantoso se quedaron mirándose, uno a cada lado del umbral de la puerta. Una corriente de aire frío entró desde el exterior. La lámpara, que le iluminaba la cara desde abajo, le hacía parecer más alto y un poco amenazador, sobre todo porque no sonreía ni hablaba. Pero en ese momento supo que lo deseaba, que realmente no había que tomar ninguna decisión, o si la había, ya la había tomado. Y también sabía que no era sólo *eso,* oh, bien podría pensarlo como *sexo,* lo que la hacía desearlo. No era sólo sexo. Era... más que eso. Eso fue lo que hizo que fuera un momento realmente terrible.

Y entonces estaba adentro y había dicho eso de no haber venido esperando acostarse con ella, ¿realmente lo había dicho en voz alta y no la había sorprendido más allá de las palabras? Y reconoció que él había venido a buscar refugio y le había llevado a la sala de estar. Héctor ya estaba sentado junto a la silla en la que había estado sentada toda la noche, la silla donde él siempre se sentaba cuando estaba allí.

¿Siempre?

¿Cuántas veces había estado aquí? Parecía como si siempre hubiera estado aquí, como si esa silla le hubiera esperado siempre cuando él no estaba, como si cuando se sentaba en ella se sintiera reconfortada por el hecho de que era suya.

Esta combinación de cansancio y una noche larga le estaba poniendo trucos extraños y peligrosos con su mente.

Esperó a que ella se sentara en el sofá y luego se sentó él mismo. Se había dejado el abrigo y el sombrero en el pasillo, notó. Todavía no sonreía. Debía haber dejado su armadura de fácil encanto en el pasillo también.

—Debías estar a punto de irte a la cama—, dijo. Y luego sonrió, un poco arrepentido. —Ese no fue el mejor comienzo de la conversación, ¿verdad?

—Todavía estoy despierta—, dijo.

Miró a su alrededor y al fuego, que se había quemado hasta los topes. Se levantó, mientras ella recordaba que lo había hecho la última vez, cogió el atizador para esparcir las brasas, y luego amontonó más de la carbonera al lado del hogar. Se quedó de pie, con un antebrazo apoyado en la repisa de la chimenea. Vio cómo se prendía el fuego en las brasas nuevas.

—¿Y si lo hubiera hecho?—, le preguntó.

Extrañamente, sabía exactamente lo que él le pedía, pero lo elaboró de todos modos.

—¿Y si *hubiera* venido esperando acostarme contigo?

Consideró su respuesta.

—¿Me habrías echado?— Giró la cabeza para mirarla por encima del hombro.

Sacudió su cabeza.

Se miraron el uno al otro durante unos instantes antes de que él volviese a empujar el fuego para darle más aire y volviese a sentarse.

—¿Es posible que la gente cambie, Imogen?—, le preguntó.

Sintió un pequeño tambaleo en el estómago al oír el sonido de su nombre en sus labios,

otra vez.

—Sí—, dijo ella.

—¿Cómo?

—A veces se necesita una gran calamidad—, dijo.

Sus ojos miraron su cara. —¿Como la pérdida de un cónyuge?

Volvió a asentir ligeramente.

—¿Cómo eras antes?—, preguntó.

Extiende las manos sobre su regazo y plisó la tela de su vestido entre sus dedos, algo que solía hacer cuando su mente estaba agitada. Soltó la tela y se agarró las manos en su regazo.

—Llena de vida, energía y risas—, dijo. —Sociable, participante. Marimacho cuando era una niña. Yo era la desesperación de mi madre. No era como una dama, incluso después de crecer. Ansiosa de vivir mi vida al máximo.

Sus ojos la recorrieron como si fuera a ver signos de la niña que había sido hace mucho tiempo.

—¿Querrías volver a ser esa persona?—, preguntó.

Ella agitó la cabeza. —¿Has leído "*Canciones de inocencia y experiencia"* de William Blake?—, le preguntó.

—Sí.

—Es imposible recuperar la inocencia una vez que ha sido expuesta por la ilusión que es—, dijo.

—¿ Ilusión? —Frunció el ceño. —¿Por qué la inocencia debería ser más irreal, más *falsa,* que el cinismo?

—No soy cínica—, dijo ella. —Pero no, no podría volver.

—La experiencia y el sufrimiento no pueden ser utilizados para enriquecer la vida de uno en vez de amortiguarla o empobrecerla—, preguntó.

—Sí.— Pensó en sus compañeros Supervivientes. Estaban en un lugar de sus vidas muy diferente de lo que se podría haber predicho hace ocho o nueve años, pero cinco de ellos al menos habían superado el sufrimiento y forjado vidas que eran ricas y aparentemente felices. Quizás no estarían tan felices ahora si no hubieran tenido que pasar por esa larga y oscura noche de dolor y quebrantamiento. Un pensamiento inquietante.

—En cierto modo eres afortunada, Imogen, —dijo en voz baja, y sus ojos se clavaron en los de él. —¿Cómo puede uno, a la edad de treinta años, aprender de la experiencia de nada más que placer vacío y frivolidad?

—Y *amor*—, dijo ella con fiereza. —Tu vida ha estado tan llena de amor, Lord Hardford, está bastante llena de amor hasta reventar. Incluso ese *perro* te ama, y tú lo amas. *No* es poco masculino admitirlo. Y tu vida ha incluido un período de intenso aprendizaje sobre dos de las más grandes civilizaciones que nuestro mundo ha conocido. Puede que hayas desperdiciado muchos años desde que dejaste Oxford, pero incluso *esa* experiencia no tiene por qué ser en

vano. No se pierde tiempo *a* menos que uno nunca aprenda las lecciones que ofrece.

Se había sentado en su silla y la miraba con una media sonrisa en los labios. —¿Está gastando tu pasión en un vago, Lady Barclay?—, dijo. —*¿Qué* lecciones?

Suspiró. Se *había* dejado llevar por el mal humor. Pero no era un vago. Hace una semana más o menos podría haberlo creído, pero ya no. Pudo haber vivido una vida de vago, pero eso no lo convirtió en uno. No estaba definido por lo que había hecho o no había hecho en los últimos diez años.

—Tal vez al reconocer cómo *no se* debe vivir, se pueda aprender *a* vivir—, dijo.

—¿Es así de fácil?—, le preguntó. —Debería convertirme de la noche a la mañana en un digno caballero de campo, un caballero del campo de Cornualles, y enterrarme por el resto de mi vida en el fondo del mundo con mis cultivos y mis ovejas y el perro feo que supuestamente he llegado a amar..... ¿Engendrar herederos y repuestos e hijas esperanzadas? ¿Amar a mi esposa y esforzarme en conocerla y aferrarme a ella mientras ambos vivamos?

Y se rió. A pesar de la tensión casi insoportable que sus palabras habían comenzado a construir, también había creado una imagen que era demasiado absurda.

Sus ojos sonreían, ¡oh, Dios mío!, y luego sus labios.

—Eres realmente impresionante cuando te ríes así—, dijo.

Eso la despejó. Pero había estado pensando exactamente lo mismo sobre él y su sonrisa.

—Da un vistazo a la persona que dices que eras y a la persona que siempre debiste ser—, dijo. —¿No puedes ser feliz de nuevo, Imogen? ¿ No lo serás?

Sonrió, se dio cuenta de que no podía verle claramente, y se dio cuenta de que sus ojos se habían llenado de lágrimas.

—No, no llores—, dijo en voz baja. —No quise hacerte infeliz. ¿Vendrás a la cama conmigo?

Parpadeó para quitarse las lágrimas. Y su autoimpuesto exilio de su propia vida pareció repentinamente inútil. Tiempo perdido: entre ocho y nueve años para igualar sus diez años.

Había hecho una pregunta.

—Sí—, dijo ella.

Y él se puso de pie y se acercó a ella. Alargó la mano. La miró durante un momentos, la mano de un hombre, una mano que la tocaría.... Colocó la suya y se puso en pie. No había dejado mucho espacio entre él y el sofá. Puso sus brazos alrededor de su cuello y se inclinó hacia él cuando la rodeó con sus brazos, y sus bocas se encontraron.

Fue algo muy deliberado, decidió. No fue seducción, y no fue una tentación desenfrenada. No era algo por lo que se sentiría culpable, algo de lo que se arrepentiría. Era algo que quería y que permitiría. No, nada tan pasivo como eso. Era algo por lo que volvería a la vida, algo a lo que se entregaría sin reservas, algo que se permitiría disfrutar. Pero no sola. Juntos. Era algo que disfrutarían juntos.

Sólo por un breve tiempo. Unas breves vacaciones de la vida que se había impuesto y que debía vivir hasta el final.

Echó hacia atrás su cabeza y miró a sus ojos, que eran muy azules incluso en la oscuridad de la luz de la lámpara.

—No espero que sea para siempre—, le dijo ella, —o lo quiero. No espero que vuelvas aquí por la mañana por ningún sentimiento de culpa para ofrecerme matrimonio. Diría que no si lo hicieras. Esto es sólo por ahora. Por un tiempo.

Sus ojos volvieron a sonreír antes de que su boca le siguiera. Era una expresión devastadora y bastante inconsciente y, por lo tanto, desapercibida, adivinó. Lo estaba viendo, o al menos una parte de él, como realmente era.

—Si me ofreciera para siempre, sería un tonto—, dijo. —Nadie tiene para siempre en su poder. Coge la lámpara, y yo pondré a la protección en el fuego.

Se giró para guiar el camino hacia arriba. Blossom se acurrucaba en su cama de la cocina.

—Quédate—, le oyó decirle a Héctor.

****

Se había encendido un fuego en la alcoba. Algunos de los carbones, ahora casi convertidos en cenizas, aún brillaban débilmente de rojo. La habitación no era exactamente cálida, pero tampoco era gélida.

Dejó la lámpara sobre el tocador, encendió una vela y apagó la lámpara. Inmediatamente la luz se hizo más tenue, más íntima. Era una habitación bonita, no pequeña, pero con un acogedor efecto de techo que seguía la inclinación del tejado por un lado y una ventana cuadrada que llegaba casi hasta el suelo. Ella corrió las cortinas sobre ella, bonitas cortinas blancas con un diseño de flores en tonos pastel a juego con la cubierta de la cama. Normalmente no se daba cuenta de esas cosas, pero sospechaba que habían sido escogidas, aunque inconscientemente, para adaptarse a Imogen Hayes, como lo había hecho antes de la muerte de su marido.

Percy estaba de pie dentro de la puerta, sus manos entrelazadas detrás de él, saboreando lo extraño del momento. Esto no fue una seducción de su parte ni siquiera una persuasión hábil. Ella estaba totalmente de acuerdo. Ni siquiera había habido coqueteo. Esta era una experiencia nueva para él y no estaba seguro de qué esperar. *Esa* también era una experiencia nueva.

Levantó sus brazos, mirando hacia otro lado, y empezó a quitarse los alfileres de su pelo. Luego se movió para acercarse a ella.

—Permíteme—, dijo.

Bajó los brazos sin girar.

Su pelo era cálido y grueso y brillaba a la luz de las velas. También era absolutamente recto y llegaba casi hasta la cintura. Sería la pesadilla de una criada, adivinó, cuando la moda era de rizos y ondulados y zarcillos ondeando. Era glorioso y varios tonos de rubio. Lo peinó con sus dedos. No había enredos que necesitaran un cepillo.

Su coronación de gloria, pensó en un estúpido vuelo de fantasía y se alegró de no haber hablado en voz alta.

La giró por los hombros. Se veía años más joven con el pelo suelto, y se veía el doble.... No, no podía parecerle más deseable que abajo, diciéndole sinceramente que su tiempo durante los últimos diez años no había sido desperdiciado, los ojos llenos de lágrimas cuando le había preguntado si se dejaría llevar por la felicidad de nuevo.

Él la haría feliz. No, tal vez eso no. El buen sexo no era sinónimo de felicidad. Le daría buen sexo. Era lo único de valor que *podía* dar. No se desperdiciaba ninguna experiencia, había dicho. Bueno, tenía mucho de eso.

Él le sonrió. Ella no le devolvió la sonrisa, pero había una suavidad y una apertura hacia ella que sabía que era deliberada. Lo permitía, tanto para él como para ella misma. Ella *lo* había elegido, pensó con asombro. Debe haber habido otros hombres en más de ocho años, otros candidatos más dignos que él. Conocía a una pareja en este vecindario. Pero lo había elegido, sólo por ahora. *Por un tiempo.*

¿Quizás porque sabía que se iría tan pronto como su familia se fuera? ¿Quizás porque sabía que no había posibilidad de permanencia? No era un hombre permanente. O quizás porque realmente no quería permanencia, sino simplemente un breve romance con el buen sexo.

¿Importaba por qué lo había elegido? ¿O por qué la había elegido?

Metió la mano detrás de ella y desabrochó los cierres de su vestido. Se lo quitó de los hombros y lo bajó por los brazos. Se deslizó hacia el suelo para amontonarse sobre sus pies. No llevaba corsé. Se había dado cuenta de eso abajo antes. No lo necesitaba. Se arrodilló, le quitó primero una zapatilla y luego la otra, enrolló sus medias de seda sobre sus pantorrillas y sobre sus pies. Sus piernas eran largas y bien formadas. Se puso de pie. Sólo llevaba puesta su ropa interior, que apenas cubría su pecho y no llegaba hasta las rodillas.

Respiró lentamente y cogió el dobladillo, pero las puntas de los dedos de ella se le acercaron ligeramente a las muñecas.

—Me sentiría incómoda—, dijo ella.

¿Con su propia desnudez? Asintió con la cabeza. La ponía cómoda cuando estaban en la cama. No había prisa. La experiencia le había enseñado eso, y esta noche estaba contento de tener experiencia, aunque en su mente ni siquiera importaba todas las mujeres con las que la había adquirido.

Porque esta noche sólo estaba ella. Imogen. Un nombre un poco torpe, había pensado al principio. Ahora pensó que era perfecto para ella. Individual. Fuerte. Hermoso. Imogen.

No tenía ninguna inhibición sobre su propia desnudez. Se desvistió mientras ella miraba, poniendo su ropa en una silla junto a la ventana. Y no se detuvo cuando se acercó a sus calzoncillos, la última prenda que le quedaba. Se los quitó, luego volvió a ella y le tomó la cara con las manos, y le rozó sus labios. Estaba casi totalmente excitado, pero ella no era virgen para volverse delicada por la vista. Había visto a un hombre con deseo antes.

—Sabía que estarías tan hermoso sin tu ropa como con tu ropa—, dijo, sonando casi resentida.

—Lo siento si te ofendo.— Él sonrió. —Y apuesto a que eres tan hermosa sin la tuya como con la tuya. A un hombre no necesariamente le gusta que lo describan como *bello,* sabes.

—¿Ni siquiera cuando *lo es*?

Sus hombros y sus brazos, notó, estaban llenos de piel de gallina.

—Pero te dejo fría, ¿verdad?— Bajó sus manos a los hombros de ella y la puso contra él. —Debo estar perdiendo mi toque.

—Lo dudo mucho—, dijo, sus manos, sus *frías* manos, extendiéndose sobre su pecho.

—Ven—, dijo, llevándola a la cama y tirando de las mantas. —Déjame calentarte.

No tardó mucho. No es que él haya hecho todo el calentamiento. Había decidido que dejaría que esto sucediera, él ya se había dado cuenta, pero no había nada pasivo al respecto. Iba a *hacer que* sucediera, y se abandonó a la pasión tan pronto como su espalda se encontró con el colchón. Dudaba de que se diera cuenta cuando su ropa interior se la había quitado por encima de la cabeza o de que habían dejado la vela encendida. Lo besó como si nunca fuera a tener suficiente de él, tal como él la besó a ella, de hecho. Y cuando sus manos y su boca exploraron cada centímetro, burlándose y despertando a medida que avanzaban, *sus* manos y su boca estaban ocupadas con él. No necesitaban ni fuego en el hogar ni mantas en la cama. Crearon su propio horno rugiente de calor, deseo y pasión.

Cuando su mano se metió entre las piernas de ella, se abrió y le levantó. Estaba caliente y húmeda hasta los dedos de él, y su pulgar la acarició hasta el punto de acariciarla y soltarla casi instantáneamente. Suspiró en voz alta y rodó hacia él, relajada por un momento pero sin hacer nada. Su boca encontró la suya.

—Percy—, susurró ella contra sus labios.

Lo llevó al límite, sólo eso, el sonido de su nombre en los labios de ella.

La atrajo hacia él, deslizó sus manos por debajo de ella mientras levantaba sus largas piernas y las enroscaba alrededor de las suyas, y la penetro con fuerza. La experiencia casi lo asfixia entonces. Casi se cae encima como un colegial cachondo. Ella estaba caliente y húmeda y le dio la bienvenida con un apretón lento y firme de los músculos internos.

Le tomó unos momentos controlarse mientras se mantenía en lo más profundo de ella, en un éxtasis de dolor.

Y luego hicieron el amor lento, deliberado y exquisitamente satisfactorio. Nunca antes había pensado en el sexo con ese eufemismo en particular. No había amor en las relaciones sexuales. Era pura, terrenal y maravillosamente física. Pero con ella, con Imogen, el sexo era más que eso. No amor, pero... Pero había una deficiencia de lenguaje.

Era extraño cómo los pensamientos estaban presentes en su mente aun cuando su cuerpo estaba totalmente concentrado en el acto sexual. O al hacer el amor. O lo que sea que el diablo...

Luego, sus músculos internos se apretaron mientras empujaba pero no se aflojaron como lo habían hecho durante los últimos minutos, al ritmo perfecto de sus retiradas. Y no fueron sólo los músculos internos. Todo su cuerpo estaba tenso, esforzándose y levantándose más fuerte contra el suyo. Volvió a presionar profundamente y se quedó quieto. Y....

Buen Señor. Que el cielo lo ayude.... *Buen Señor.*

Había estado esperando a que ella llegara al clímax y luego continuara hacia su propia liberación. Pero hubo una especie de explosión que ocurrió simultáneamente dentro de su cabeza y en sus entrañas, y en ella también.

Y a veces no había experiencia a la que recurrir.

Y absolutamente ningún vocabulario.

Él yacía sobre ella, pesado y jadeante, y ella jadeaba debajo de él, relajada, caliente y sudorosa, y ¿qué había pasado con toda su piel de gallina?

—Lo siento—, murmuró, separándose de ella y alejándose y bajando la mano para tender las sábanas por encima de ellos. —Te estaba aplastando.

—Mmm.— Ella rodó a su lado, toda una mujer suave y un pelo cálido y sedoso.

Tal vez tenía los mismos problemas con el vocabulario.

—Gracias—, murmuró. Se estaba hundiendo rápidamente en el cálido y cómodo olvido.

—Mmm—, dijo de nuevo. Muy elocuente.

Cambió de posición, deslizó un brazo por debajo de su cuello para tomar su hombro con su mano.

—¿Te importa si duermo aquí un rato?—, le preguntó.

—No.

Se estaba deslizando más profundamente, como suponía, cuando un sonido de trote y trote fue seguido por un gran bulto de algo que caía pesadamente sobre la cama y se abría paso entre sus piernas.

—Maldito perro—, murmuró, pero tenía demasiado sueño para disculparse por su lenguaje o para ordenar al maldito perro que se bajara y dejara a un hombre solo con su amante.

****

Imogen se despertó cuando unos labios calientes se cerraron brevemente sobre los suyos. Mantuvo los ojos cerrados por unos momentos. No quería perturbar el sueño. Sabía que no era un sueño, que era real, pero a medias deseaba que fuera sólo un sueño, algo por lo que no tenía por qué ser responsable.

Pero sólo lo deseaba a *medias*.

Su cara estaba por encima de la de ella. Podía verlo claramente. La vela aún estaba encendida. No tenía idea de qué hora era, cuánto tiempo habían dormido. El perro, se dio cuenta, se había ido de entre ellos.

—Debería volver a casa,— dijo,—antes de que ninguno de los sirvientes esté cerca.

Se veía predeciblemente hermoso, su cabello oscuro despeinado, sus párpados soñolientos, sus hombros desnudos. Estaba en su propia cama con ella, pensó tontamente. *Lo* habían hecho juntos, y había sido maravilloso. Si iba a haber culpa, no iba a sentirla todavía. O en absoluto. Había decidido conscientemente hacer esto, disfrutar de ello y de él. Deslizó sus manos sobre sus hombros, ahuecó los lados de su cuello, frotó sus pulgares sobre la parte inferior de su mandíbula.

—Necesitas afeitarte—, dijo.

Sonrió lentamente, esa sonrisa genuina, devastadoramente atractiva que comenzó con sus ojos.

—¿Le teme a la quemadura de bigote, Lady Barclay?—, preguntó.

—No.— Se encontró a sí misma sonriéndole. —Se va, ¿verdad, Lord Hardford?

—Sí—, dijo. —Después.

—¿Después?

—Después de despedirme completamente —, dijo. —No, eso suena demasiado definitivo. Después de haberme despedido a fondo. ¿Puedo?

Ella atrajo su rostro hacia el de ella en respuesta.

—Déjame hacerlo—, murmuró contra sus labios mientras se movía una y otra vez sobre ella entre sus muslos y entraba, duro, listo y profundo. —Relájate.

No era lo que ella pretendía, pero... bueno, él era el experto.

Era delicioso más allá de las palabras, estar tumbada boca arriba, todos sus músculos relajados, incluso los internos que ansiaban cerrarse sobre él. Sentir el ritmo duro y constante de su amor en el suave calor de su cuerpo. A rendirse. No recibir y no dar nada a cambio *excepto* su rendición. Era contra su propia naturaleza ser sumisa. Era algo completamente nuevo para ella.

Estaba.... bueno, estaba delicioso más allá de las palabras.

Y, sorprendentemente, se estremeció al liberarse, ¿pero de *qué*?, después de unos minutos. Él lo sintió y se mantuvo quieto y firme en ella hasta que terminó, y luego continuó hasta que él terminó y ella sintió el calor de su liberación en lo más profundo de su ser.

Por un momento, ¡ah, qué tontería!, deseaba no ser estéril. Pero dejó ir el pensamiento y disfrutó de todo el peso de su cuerpo relajándose sobre ella.

Podía oír al perro resoplando mientras dormía desde algún lugar de la habitación.

¿Cómo iba a ser, se encontró a sí misma preguntándose mientras miraba la pendiente del techo, después de que él se hubiera ido? No sólo de su casa esta noche, sino.... después de que se fuera de Hardford y Cornwall, quizás para no volver nunca más.

Inhaló profunda y audiblemente y se alejó de ella y de la cama. Lo vio vestirse. Se giró para mirarla mientras lo hacía. Se dio cuenta de que era totalmente inconsciente de su cuerpo. Quería desesperadamente quitarse las mantas de la cintura, pero no lo hizo. Sería absurdo cubrirse de vergüenza a la luz de lo que han hecho dos veces en las últimas horas.

—Cuando vuelva a refugiarme aquí —dijo mientras se ponía el abrigo—, estaré muy contento con la conversación y quizás con un poco de té. Y no tendré una rabieta aunque me rechaces por completo. No quiero que pienses que vendré aquí en el futuro sólo para acostarme contigo. No quiero pensar en ti como mi amante. No eres eso.

—Pero qué decepcionante—, dijo. —Estaba deseando negociar con usted el importe de mi salario.

—¿Qué?—, dijo. —¿Medio techo no es suficiente?

—Ah, pero las dos mitades son tuyas —le recordó—, como la casa que está debajo de ellas. Tú mismo lo has dicho. Te volviste muy señor de la mansión y bastante desagradable, de hecho, cuando lo dijiste.

—¿Lo hice?— Inclinó la cabeza hacia un lado y la miró con una sonrisa perezosa, otra nueva expresión. —Pero no soy el dueño de la mujer que está dentro de la casa, ¿verdad? Ni tampoco deseo hacerlo. Puedes rechazarme cuando quieras, Imogen, o prepararme té, o llevarme a la cama.

Y ahí estaba. El verdadero hombre. El verdadero Percy Hayes, conde de Hardford, todo artificio despojado. Un hombre decente, con principios, a quien le gustaba. Oh, una palabra demasiado mansa. Le gustaba enormemente.

— También puedes llevar a mi perro a la cama si lo deseas,— dijo,—para acurrucarse entre nosotros *después*.

Se rió.

Su cabeza se inclinó un poco más hacia un lado.

—Imogen—, dijo, — déjate hacer eso con más frecuencia. ¿Por favor?

Pero no esperó una respuesta. Se dirigió hacia la cama, la besó con firmeza en los labios y tiró de las mantas hasta la barbilla.

—Sé que has estado deseando hacer eso durante los últimos diez minutos—, dijo. —Quédate ahí. Me iré por mi cuenta. Esa llave que vi colgando al lado de la puerta en el pasillo no es la única que tienes, ¿verdad?

Ella agitó la cabeza.

—La tomaré, entonces,— dijo,—y cerraré la puerta detrás de mí. Sin embargo, no voy a *usarla* en ningún momento para entrar. Eso será por invitación sólo después de que haya llamado a la puerta. Buenas noches.

—Buenas noches, Percy—, dijo, y vio un parpadeo de algo: ¿deseo?, en sus ojos antes de que se diera la vuelta.

—Vamos, Héctor—, dijo. —Este es un momento en el que definitivamente *debes* seguirle los pasos a tu amo.

Imogen escuchó sus pasos bajando las escaleras, no había llevado la vela consigo, y la puerta principal abriéndose y cerrándose. Oyó el rasguño de la llave girando en la cerradura. Y se puso las palmas de ambas manos sobre los ojos y lloró.

No sabía por qué. No eran lágrimas de tristeza, ni de alegría.

CAPITULO 15

Percy no tenía idea de qué hora era cuando llegó a casa, pero al menos no podía ver ninguna luz en ninguna ventana al acercarse. Esperaba que eso significara que todos, incluidos sus amigos recién llegados, estuvieran en la cama. Nadie iba a creer que había estado estirando las piernas durante varias horas. Y no estaba de humor para el alarde masculino de su propia parte o de la de ellos.

Ella vivía en una casa que *él* poseía en un rincón de *su* parque que rodeaba *su* casa principal. Compartía su nombre y todavía llevaba la mitad femenina de uno de los títulos que era suyo. Él era el vizconde Barclay; ella era la vizcondesa. Todo era bastante molesto. Y no tenía idea si sabía cómo prevenir la concepción. No había pensado en preguntar. Nunca lo hizo, pero todas las mujeres que habían sido sus amantes o sus amores casuales de entre la *Sociedad* sabían cómo cuidarse a sí mismas y no necesitaban que se lo pidieran. Sospechaba que Imogen Hayes, Lady Barclay, no era ese tipo de mujer.

No le gustaría que la obligaran a casarse con él.

Ni a él tampoco.

Encendió una vela y miró a Héctor, que miraba hacia atrás con sus ojos saltones y su expresión siempre esperanzada.

—El problema es, Héctor—, dijo, aunque bajó la voz por deferencia a la casa donde se duerme, —que no estoy acostumbrado a pensar y comportarme responsablemente. Es hora de que aprenda, ¿no crees?

Héctor miró seriamente hacia atrás y agitó su disculpa con la cola.

—¿Sí?— Percy dijo. —Temía que dijeras eso. Pero no quiero renunciar a ella. Todavía no. Y ella me necesita. ¿Qué diablos estoy diciendo? ¿Cómo es posible que alguien *me* necesite? Necesita... algo, sin embargo. La risa. Necesita reírse. Diablos, puedo hacerla reír.

Señor, aquí estaba hablando con un perro y ni siquiera estaba borracho.

Si llevó a Héctor de vuelta al cuarto de la segunda ama de llaves, ¿por qué se llamaba así? probablemente terminaría dejando salir toda la colección de animales salvajes.

—Oh, vamos, entonces—, dijo con mala educación, y subió las escaleras. Héctor trotó tras él, casi arrogante.

Hombre y fiel sabueso.

No estaba listo para renunciar a ella. Acababa de tenerla. Había sido una mujer de un solo hombre hasta ahora. No tenía ninguna duda al respecto. Y ese hombre había estado fuera más de ocho años, después de un matrimonio de cuatro años. Había sido un polvorín de pasión esta noche. Sin embargo, no había sido sólo la efusión de ocho años de sexualidad suprimida. Al menos, él no lo creía así. Había sido muy deliberado. Ella había estado allí con él. Lo había

llamado por su nombre.

Maldita sea, ¿no podría simplemente disfrutar de la sensación de relajación que le ha dejado el sexo vigoroso y completamente placentero? No era propio de él *pensar en la* experiencia. Incluso para preocuparse por ello.

Estaba preocupado.

¿Iba a arrepentirse de lo que había hecho? ¿La *había* seducido o al menos la había llevado a la tentación? *¿Estaba embarazada?* ¿O en peligro de estarlo si continúan en contacto? *No* estaba listo para la paternidad. Ni tampoco el matrimonio. ¿Eso era una palabra? *¿Esposo?* Probablemente no. Debería escribir su propio diccionario. Le daría algo marginalmente útil que hacer.

Watkins, el idiota, estaba sentado en silencio en su vestidor, esperándolo.

—¿Qué diablos hora es?— preguntó Percy, frunciendo el ceño.

Watkins miró el reloj, visible ahora que Percy había traído una vela a la habitación. —Doce minutos después de las tres, mi señor.

No tenía sentido regañar o algo así. Percy permitió que su criado lo desnudara y le sacara una camisa de dormir calentada por el fuego en la cámara de la cama. Y luego se metió en la cama y rápidamente se durmió con Héctor acurrucado y resoplando contento a su lado.

****

La Sra. Wilkes, que pidió que la llamara Meredith, visito la casa de la Viuda a la mañana siguiente con el Sr. Galliard, su padre y su hijo pequeño. El Sr. Galliard, recordó Imogen, era el hermano de la Sra. Hayes. Poco a poco, fue clasificando quién era quién entre los parientes.

Sin embargo, no habían venido a visitarla y declinaron su oferta de café con agradecimiento. Estaban llevando a Geoffrey a la arena para que pudiera salir corriendo y gastar un poco de energía. El niño estaba sentado en la puerta, con los brazos alrededor de Blossom que ronroneaba alegremente. Habían ido con un mensaje. Las señoras mayores iban al salón de baile después del café de la mañana y tenían la intención de hacer planes para la próxima fiesta de cumpleaños.

—Y por supuesto,— dijo Meredith con una sonrisa,—es el mayor entretenimiento que esta parte del país ha visto jamás. Pobre Percy, lo odiará. Aunque me atrevo a decir que sobrevivirá a la prueba. Y se lo merece de todos modos después de haber huido a Londres para escapar de una fiesta así en Derbyshire el mismo *día de* su cumpleaños. La tía Julia estaba destrozada por la decepción.

—Ese joven ha sido malcriado toda su vida—, añadió con cariño el Sr. Galliard. —Aunque ha salido relativamente ileso. Lo que Meredith ha olvidado añadir, Lady Barclay, es que debe ir a la mansión tan rápido como sus pies la lleven, *si tiene la bondad*. Tu opinión está siendo solicitada, jovencita. Y no se debe jugar con mis hermanas cuando están haciendo planes. Tampoco Edna Eldridge. Todavía no he evaluado a Lady Lavinia, aunque parece ser lo suficientemente feliz como para ser arrastrada a la acción. El dragón, sin embargo, no tendrá

nada que ver con ningún plan para celebrar nada que concierna a un *hombre*.

—*¡Papá!*— exclamó Meredith riendo. —*¿La* Sra. Ferby estuvo casada sólo unos meses cuando tenía 17 años, prima Imogen? ¿Y *realmente* le preocupaba la muerte de su marido?

Menos de media hora más tarde, Imogen se dirigió a la sala en otra mañana brillantemente soleada. Esperaba, *esperaba* poder llegar al salón de baile sin encontrarse con el Conde de Hardford. Los acontecimientos de anoche parecían irreales hoy a pesar de la evidencia física de un ligero y placentero dolor. Iba a parecer extraño y un poco embarazoso volver a verlo. Hoy ni siquiera podía pensar en él como *Percy*.

Por suerte, lo vio a lo lejos, junto a los establos, con el Sr. Cyril Eldridge y dos extraños caballeros que suponía que eran sus amigos recién llegados de Londres. Estaban hablando con James Mawgan, el antiguo bateador de Dicky, ahora el jardinero jefe.

Lord Hardford la vio, levantó una mano y cruzó el césped con los otros caballeros. Se agarró sus propias manos enguantadas a la cintura y esperó. Se veía muy guapo y viril con su ropa de montar. Y debían haber *estado* montando. Llevaba una fusta. Imogen sintió un sordo y palpitante recuerdo de dónde había estado anoche.

—Lady Barclay—. Tocó el borde de su sombrero alto con la fusta. —¿Puedo tener el placer de presentarles al vizconde Marwood y a Sidney Welby? Lady Barclay es la Viuda del hijo de mi predecesor, que murió en la Península. Vive en la casa de la Viuda—. Asintió en la dirección de donde ella había venido.

Los caballeros se inclinaron e Imogen hizo una reverencia.

—Se apartará de mi madre y de mis tías si sabe lo que es bueno para ti, Lady Barclay—, dijo el Sr. Eldridge, y sonrió. —Están a punto de obligar a todo el vecindario a celebrar a lo grande el cumpleaños de Percy.

—Una gran baile, lo entiendo—, dijo. —He sido convocada para discutir lo que se podría hacer con el salón de baile.

—Bueno, todos sabemos para qué son los salones de baile—, dijo el Sr. Welby. —Estás condenado a ser el delicado con todas las doncellas del pueblo, Percy.

—Tú también, Sid—, dijo. —¿Por qué si no has venido desde Londres? ¿Para un té de cumpleaños privado y decente? *Has* conocido a mi madre antes, ¿no? Permítame acompañarla al salón de baile, Lady Barclay—. Le ofreció su brazo.

Imogen dudó. Habría dicho que no, pero sus amigos podrían considerarlo de mala educación y podría dejarlo sintiéndose tonto.

—Gracias—, dijo, deslizando su mano a través de su brazo.

—Te mostraré el camino a la playa—, escuchó al Sr. Eldridge decir a los otros dos caballeros. —Estuve allí ayer.

—Imogen—, dijo suavemente el conde mientras se acercaban a la casa. La estaba mirando directamente hacia abajo.

—Lord Hardford.

—Soy *Lord Hardford* esta mañana, ¿no?—, le preguntó.

Giró su rostro involuntariamente hacia él. Deseaba que sus ojos no fueran tan azules.

—¿Lo sientes?—, le preguntó.

—No.

Nunca se arrepentiría. Estaba decidida a no hacerlo.

—*¿Puedo* volver?—, preguntó. —Si no has cambiado de opinión a la fría luz del día. Aunque no necesariamente para ir a la cama.

Respiró lentamente. —Puedes venir—, dijo, —a tomar el té y a conversar. Y para ir a la cama también. Espero.

Habiendo decidido tomar una especie de vacaciones de su vida, para tener una aventura con un hombre que estaría aquí por poco tiempo, ella lo quería todo. Se iría pronto. Y *ella se* iría pronto, al Penderris Hall. Mientras tanto, quería acostarse con él una y otra vez, aunque el precio fuera las lágrimas, como lo fue anoche después de que él se fuera.

—Entonces, iré—, dijo. —Para los tres. Imogen.

Con esas palabras, estaban dentro de la casa, y las gemelas jóvenes perseguían a Prudence por el pasillo, tratando de atraparla en lo que era claramente una causa perdida. Se ruborizaron y se rieron y anunciaron su intención de salir a ver a los gatitos si alguien quería acompañarlas. Una de ellas, era imposible distinguirlas, le batió las pestañas a Lord Hardford, y ambas volvieron a reírse. La otra preguntó adónde se habían ido el Sr. Welby y Lord Marwood, y ambos se rieron. No había más posibilidades de hablar en privado. El conde abandonó a Imogen a las puertas abiertas del salón de baile después de hacer una mueca al ver a su madre y a sus tías y a la tía Lavinia agrupadas dentro.

—Diviértete—, dijo.

—Oh,— le aseguró,—Lo haré. Quiero verte bailar en un entorno tan espléndido como sea posible.

—Será mejor que guardes todos los valses para mí—, dijo.

—Si me lo pides amablemente,— le dijo,—quizás salvaré a uno.

Él se rió y se alejó, y se dio cuenta de que estaba sonriendo después de él.

****

El hombro de Percy estaba apoyado contra el tabique de madera que se había construido alrededor del nido de Fluff en los establos, sus brazos cruzados sobre su pecho, el fiel sabueso sentado alerta a sus pies. Siempre le han gustado los jóvenes de la familia, especialmente los de la edad odiosa de entre cinco y dieciocho años, cuando se ríen o se carcajean o trepan a los árboles que se supone que no debían trepar o nadar en lagos en los que se supone que no deben nadar o poner sapos en las camas de sus tutores o arañas en los cuellos de sus institutrices. La edad, de hecho, en la que la mayoría de los adultos los encontraban agotadores y cansados y ocasionalmente repugnantes y mejor apreciados en su ausencia.

Le gustaban.

En su familia abundaban tanto los jóvenes como los menores de cinco años, a los que todos adoraban por sus gordas mejillas, sus piernas regordetas y sus voces ceceantes. Pero hoy sólo Alma y Eva estaban disponibles, así que aquí estaba porque querían que viniera. Estaban chillando sobre los gatitos y recogiéndolos uno por uno mientras Fluff se veía incómoda. Estaban tratando de decidir cuál les gustaría llevarse a casa con ellas, parecía que estaban de acuerdo en la posesión comunal de uno solo. Los gatitos no estarían dispuestos a dejar a su madre hasta algún tiempo después de su partida, por supuesto, pero las dejó soñar.

Como resultado de la visita de su madre y sus tías a la aldea ayer por la tarde con Lady Lavinia, parecía que cuatro de los seis gatitos ya estaban prometidos. Y las señoritas Kramer y su madre aparentemente habían conocido a Biddy, la perra salchicha, en algún momento y la habían declarado la cosa más dulce que habían visto en su vida. Quizás, había dicho Lady Lavinia en la cena de anoche, se les podría persuadir para que se la llevaran, aunque se la echaría de menos.

Se había oído a sí mismo estar de acuerdo, pero insistía en que *sólo* ocurriría si se llevaban a Benny también, el amigo alto de Biddy, ya que los dos eran inseparables. Y lo había dicho, se había dado cuenta, no tanto con la esperanza de deshacerse de dos de los perros callejeros en lugar de uno solo, sino por preocupación por el bienestar de ambos perros. Aunque sería bueno agotar la colección de animales salvajes. Blossom estaba firmemente establecido en la casa de la Viuda. Al parecer, Fluff había aprendido a cazar ratones en algún lugar durante sus días anteriores a Hardford, y lo había demostrado con notable éxito desde que se mudó a los establos. Ella se quedaría aquí.

Sin embargo.... Si la vista de Percy no le hubiera engañado, un felino horriblemente grande y feo de raza mixta sin esperanza y sexo desconocido, con pelaje mate y cara feroz y largos bigotes, se había cruzado en su camino cuando bajaba a desayunar esta mañana. Un extraño, nada menos. ¿Pero pronto será residente? ¿Lady Lavinia esperaba que no se diera cuenta? ¿ O lo había evaluado y sacado sus propias conclusiones? Una posibilidad inquietante.

Hubo un desacuerdo. Las niñas se peleaban con voces alzadas e indignadas, hasta que se volvieron a disolver en risas.

Los ojos de Percy se posaron pensativos sobre Bains, el mozo de cuadra patizambo, que estaba esparciendo paja fresca en el establo que se usaba para el caballo de Sidney. Y pensó en Mawgan, el jardinero jefe, con quien había estado teniendo unas palabras antes de ver a Lady Barclay. Bains había tenido un trato injusto. Se había quedado atrás cuando se había ofrecido como voluntario para ir a la Península y le habían roto las piernas y el espíritu. Seguía siendo una mera mano en los establos. Mawgan, por el contrario, se había ido a la guerra como el bateador de Barclay, había regresado con la ligera, aunque quizás injustificada, mancha de cobarde que lo rodeaba, y había sido recompensado con lo que parecía ser un cargo honorifico. Era el jardinero jefe, pero, según Knorr, era otro hombre quien en realidad desempeñaba esa función, ya que los otros jardineros se dirigían a él en busca de instrucciones. Hasta ahora, Knorr no había sido capaz de averiguar qué hacía exactamente Mawgan para ganar su salario, aunque todavía era febrero y no era la temporada alta de jardinería.

Quizás debería dejar las cosas como estaban, pensó Percy. Quizás el hombre se había ganado algún reconocimiento por su servicio a Barclay, pero no era apto para ninguna tarea en particular en la finca. Había crecido en la parte baja de la aldea, hijo de un pescador, ahora fallecido. Al parecer, tampoco tenía aptitudes para la pesca.

Las chicas habían tenido suficiente de los gatitos por ahora y estaban arrullando a Héctor, a quien declaraban *tan* feo, pobrecito, pero *tan* dulce. Debería llevarlas a la playa, pensó Percy. Pero había algo que le había estado molestando.

Era algo que tenía que ver con dejar las cosas como están. Parecía estar pensando esa frase con bastante frecuencia, quizás por una buena razón. ¿Por qué arriesgar el cuello y tal vez agitar un nido de avispas? Y qué espantosa confusión de imágenes.

—Deberíais ir a la playa—, sugirió. —Es un hermoso día para la época del año. Cyril está ahí abajo con Welby y Marwood. Llévate a Beth contigo.

—No, en verdad—, gritaron al unísono.

—Si Beth viene —explicó Eva, siempre ha sido capaz de distinguir a las gemelas, a veces para su disgusto, —entonces seguramente *se caerá* al bajar por ese sendero empinado y simplemente *tendrá que* apoyarse en el brazo del vizconde Marwood o en el del Sr. Welby, y o bien Alma o bien yo estaremos atrapadas caminando con *Cyril*.

—Para ser justos,— dijo, sonriendo, — eso probablemente sería una prueba tan dura para tu hermano como lo sería para ti.

Ambas le hicieron muecas idénticas y se fueron corriendo en dirección al acantilado antes de que él pudiera intentar insistir en que incluyeran a su hermana en el grupo.

Percy regresó a la casa. Encontró a Crutchley lo suficientemente apropiado en la despensa del mayordomo, usando un delantal grande y limpiando un par de candelabros de plata adornados que normalmente estaban en la repisa de la chimenea del comedor.

—Voy a echar un vistazo alrededor del sótano—, le dijo Percy, y a cambio recibió una mirada más bien aguda. —Es la única parte de la casa que no he visto.

—No hay mucho allí abajo, mi señor—, dijo el mayordomo,—aparte de telarañas y vino.

—Tal vez,— dijo Percy,— usted o la Sra. Attlee podrían dar la orden de quitar las telarañas en algún momento, Crutchley, y las arañas que las acompañan. Mientras tanto, descenderé a las entrañas de la tierra de todos modos, ya que no tengo miedo de las arañas, ni del vino. Puedes acompañarme si lo deseas, aunque no es necesario que abandones tu importante tarea aquí. Llevaré una vela conmigo y espero que no se apague y me deje varado en la oscuridad que experimenté en mi habitación la noche después de que usted hizo imponer esas cortinas pesadas sobre mi ventana.

Crutchley vino con él.

En realidad, allí había mucho más que vino: toda la parafernalia habitual que uno espera descubrir, ya sea en la bodega o en el ático de cualquier casa. Y, curiosamente, ni una sola telaraña que Percy pudiera ver. Una puerta a un lado, cerrada y cerrada con llave, se abría a la bodega, que estaba adecuadamente, aunque no sobreabundantemente surtida. Una puerta al otro lado, también cerrada y bloqueada, se abría hacia....

Bueno, en realidad no se abrió en absoluto. Crutchley buscó en su llavero, gruñó y recordó que esa llave en particular había estado perdida por un tiempo y que no sabía lo que le había pasado. Sin embargo, en realidad no importaba. Nunca se guardó nada ahí.

—Ah—, dijo Percy. —Me atrevo a decir que por eso hay una puerta, entonces, con

cerradura. Uno nunca puede ser demasiado cuidadoso con los espacios vacíos. El vacío podría escapar y causar un daño incalculable.

El mayordomo entrecerró los ojos y lo miró sin comprender.

—Si la puerta, y la cerradura, no sirven para nada—, continuó Percy, —entonces simplemente romperemos la puerta y abriremos más espacio para el almacenamiento. Supongo que hay un espacio considerable ahí dentro. ¿El sótano se extiende bajo toda la casa?

—Creo que sí, mi señor—, dijo el mayordomo. —Nunca he pensado en ello. Sin embargo, no recuerdo que esa habitación fuera muy grande. Y está húmeda. Por eso el viejo conde la tenía tapiada y la puerta añadida, para mantener la humedad fuera.

Percy miró hacia la puerta de la bodega. Sin embargo, estaba fuera del alcance de la luz de su vela, y se vio forzado a regresar. Y sí, ahora podía ver que esta puerta y la pared en la que estaba colocada eran considerablemente más antiguas que las que conducían a la habitación vacía y húmeda.

—Me atrevo a decir, entonces,— dijo,—sería mejor dejar la puerta en su lugar y olvidar la llave perdida.

—Sí, mi señor—, estuvo de acuerdo el mayordomo.

Percy salió de la casa por la puerta principal y se giró para caminar hacia la parte de atrás. Sabía que había puertas traseras que daban a los huertos y a otras áreas más frecuentadas por los sirvientes. También había una entrada de servicio en el lado de la casa más cercano a los establos, el mismo lado de la casa que la bodega. Percy había visto eso antes. Ahora fue a mirar al otro lado. Y, por supuesto, también había una puerta allí, una que estaba cerrada y bien cerrada, lo que no es ninguna sorpresa. También parecía descuidada, como si no se hubiera usado en años. No había ningún camino que condujera a ella y ninguna evidencia de que hubiera sido abordada por un gran número de pies recientemente. Sin embargo, en una inspección más cercana, había quizás una cierta muestra de nuevo césped que había sido puesto algunos metros desde la puerta. Podía ver la tenue marca de líneas rectas en la hierba que dividían los trozos.

Maldita sea, pensó, el viejo conde, su predecesor, había cerrado el sótano de la casa de la Viuda para que los contrabandistas no pudieran usarlo. Pero, ¿lo habían reemplazado por un buen trozo del sótano de la mansión? Si Percy no se equivocaba, esos pedazos de césped eran de una fecha más reciente que hace dos años, cuando el viejo conde había muerto.

Debió haber una consternación general cuando apareció aquí hace un par de semanas. Se había hecho un valiente esfuerzo para trasladarlo al menos a la parte de atrás de la mansión, donde era menos probable que viera a una banda de contrabandistas llevar sus mercancías hasta la casa una noche oscura y tormentosa. Y, tras la derrota de ese plan, se intentó desesperadamente que ninguna luz de actividad exterior pudiera penetrar en la oscuridad de su alcoba.

¿Significa esto que Crutchley estaba involucrado? ¿Y quién más entre los sirvientes? ¿*Todos* ellos?

Maldito sean todos. Iba a tener que hacer la vista gorda, esa frase de nuevo, o *hacer* algo al respecto.

El hábito de toda una vida era hacer la vista gorda, preferiblemente dos. Parecía ser un

hábito también para sus vecinos, independientemente de si se beneficiaban o no del oficio.

¿Qué le importaba si a la gente de estos lugares le gustaba el brandy y otros artículos de lujo, y si alguien, probablemente literalmente alguien, estaba explotando y aterrorizando a los lugareños, *incluyendo, quizás, a sus propios sirvientes*, y haciéndose muy rico con el comercio? Y rompiendo las piernas de un mero muchacho que probablemente había encontrado el valor loco de expresar una objeción porque su héroe, Lord Barclay, había hablado antes de irse a la guerra.

¿Quién era ese alguien? ¿Alguien que él conociera?

Esperaba que no.

Y por supuesto que importaba. Lo arruinaba todo, lo que importaba. Y aquí estaba él. Tiempo de decisión. ¿Iba a seguir flotando en la vida, buscando el placer y evitando el dolor, como lo había hecho durante al menos los últimos diez años? ¿O iba a entrar como un maldito cruzado y mártir, revolviendo nidos de avispas y alterando carros de manzana, perturbando la paz del vecindario y de todos sus habitantes, y todo por qué? ¿Para qué todos pudieran beber brandy inferior? ¿O para que le rompieran las piernas?

Consideró sus opciones con bastante severidad.

Para siempre, en sus cumpleaños, no sólo iba a sentarse solo ante su propio fuego, envuelto en un chal, un gorro de dormir en la cabeza, zapatillas en los pies, bebiendo té con leche. También iba a empezar a tejer. ¿Por qué *demonios* había decidido venir aquí?

Lo tenía *todo*. No. Lo *había* tenido todo. Ya no. Algo faltaba. Autoestima, tal vez.

Y no *la* habría conocido si no hubiera venido, pensó mientras regresaba a la parte delantera de la casa. Y no la habría corrompido en su propia tierra. No, tonterías, no ha habido ningún libertinaje. Lo que había sucedido la noche anterior había sido absolutamente mutuo y también muy bueno. De hecho, iba a tener que idear una forma de volver esta noche. Ella había hecho la invitación, ¿no es así? ¿A la conversación, el té y el sexo?

Pero había algo molesto en todo esto, y no estaba seguro de lo que era.

No estaba seguro de *nada*. Ese era todo el problema.

CAPITULO 16

El baile debía celebrarse dentro de diez días, dos días antes de que se esperara a Imogen en el Penderris Hall. Esperaba que el baile fuera más tarde. No quería involucrarse demasiado en... ¿qué? ¿El atractivo de la familia y la risa? ¿Viviendo de nuevo?

Sus pensamientos la preocupaban mientras participaba en los planes y ayudaba a la tía Lavinia a recordar a todas las personas a las que se debía invitar.

Los limpiadores debían ser enviados al salón de baile. Cada pulgada de él, de arriba a abajo, debía lavarse, fregarse, desempolvarse y pulirse como si le fuera la vida. Debía haber bancos de flores por todas partes, un desafío para la primera semana de marzo, pero no insuperable, y debía haber un suntuoso banquete para la cena y una orquesta completa. Debía haber salones de cartas y juegos de cartas, por supuesto, para los que lo desearan, y un salón tranquilo o dos donde los invitados pudieran relajarse lejos del bullicio del salón de baile.

A pesar de sus pensamientos, Imogen se sorprendió de lo mucho que disfrutó de la mañana y de la interacción con las otras mujeres, que estaban llenas de energía y entusiasmo. Sin embargo, se alegró de que no viviera en la mansión. Era un alivio saber que tenía su propia casa de retiro. Nunca debía perder de vista quién era ni la vida que había elegido para vivir.

Y, oh, sería muy fácil desviarse del rumbo. Cada terminación nerviosa de su cuerpo temblaba cuando el conde entro en la biblioteca, o eso parecía. Podía decir por la expresión amable en su rostro que había sido tomado por sorpresa y que no estaba muy feliz por eso.

¿Cómo *supo* eso?

Rechazó una invitación para quedarse a almorzar, pero prometió aprovechar un asiento en uno de los carruajes después de la cena. Todos ellos habían sido invitados a una velada informal con el Almirante y la Sra. Payne. Fue muy valiente de su parte, pensó Imogen, abrir su casa a una multitud tan grande de gente, la mayoría de ellos extraños.

—Debes acompañar a nuestro primo a casa, Percival—, dijo su madre.

Imogen abrió la boca para protestar, pero se lo impidieron.

—Por supuesto, mamá—, dijo, y sonrió educadamente a Imogen.

—Esto es innecesario—, dijo cuando estaban afuera. —Es de día—. Y sin embargo, de forma alarmante, su corazón cantaba.

—Al contrario.— Le ofreció su brazo y ella lo aceptó. —Es lo más necesario del mundo. Siempre hago lo que mi madre me dice, excepto cuando no lo hago. Además, puede haber lobos.

Se rió. Incluso para sus propios oídos el sonido era extraño. Pero el mundo parecía un lugar brillante hoy. El sol brillaba y había una sugerencia de calor en sus rayos. Le había preguntado hace un par de horas si podía volver a la casa de la Viuda. Él *quería* venir, entonces. Y la vida parecía perfecta, para la semana siguiente. *Sólo* por la próxima semana. Y luego estaría en

Penderris, y después la reanudación de su vida normal. Mientras tanto, su brazo era sólido, su hombro ancho, incluso sin la ayuda de todas las capas de su abrigo, y su habitual aura de masculinidad se extendió y la envolvió.

—Imogen—, preguntó,—¿sabes cómo prevenir la concepción?

Y el hechizo se rompió. Los músculos de su estómago se apretaron por la sorpresa y la vergüenza.

—Es innecesario—, le aseguró ella. —Soy estéril.

—En cuatro años de matrimonio—, dijo, —¿no hubo abortos espontáneos? ¿Ningún nacidos muertos?

—No—, dijo,—nada—. Estaban tomando el atajo a través del césped, se dio cuenta.

—Y ¿cómo sabes —le preguntó—que la… culpa, si esa es la palabra correcta, no estaba en tu marido? ¿Tenía otros hijos?

—¡No!— Ella le miró con indignación. —No lo hizo. Él no era *así*. Vi a un médico.— Sus mejillas se calentaron con el recuerdo.

—¿Quién?—, le preguntó. —¿Soames?

—Sí.— Había pasado mucho tiempo, más de diez años. Fue hace mucho tiempo que pudo estar en compañía del médico sin pensar en ello, sin esa vergüenza que recordaba. E incluso en ese momento había seguido recordándose a sí misma que él daba a luz a bebés y estaba acostumbrado a todo tipo de lugares de interés.

—¿Y te dijo que eras estéril?—, dijo. —¿Tu marido también lo *vio*?

—No—, dijo. —No había necesidad. La culpa estaba en mí. No debes temer quedarte atrapado en el matrimonio, Lord Hardford.

—Percy no es el mejor nombre del mundo con el que cargar—, dijo, —y Percival es peor. Pero prefiero cualquiera de los dos a *Lord Hardford.* En tus labios, de todos modos.

—No te atraparé en el matrimonio, Percy—, dijo.

—Ni yo a ti—, le aseguró,—aunque te puse en peligro anoche antes de saber que no *había* peligro.

Una corriente de gente se abría paso a través de un hueco en los arbustos de tojo en el fondo del césped, acompañada de ruido, risas y exuberancia general: el Sr. Eldridge; sus hermanas gemelas; el Sr. Galliard con el joven Geoffrey sostenido firmemente por la mano; Meredith; y los dos caballeros que habían estado montando antes con el conde. El niño se deslizó de la mano de su abuelo al ver al conde y vino corriendo por el césped, con los brazos abiertos, con la boca llena de noticias de alto tono sobre la construcción de un castillo de arena y de que sus zapatos y medias se mojaron en el mar y entraron en una cueva grande y oscura y no se asusto ni un poquito.

El conde abrió sus propios brazos, agarró la figura que se precipitaba y lo giró en un círculo alto antes de volver a ponerlo en el suelo.

El corazón de Imogen se contrajo un poco. Se había disciplinado pensando en su esterilidad como una bendición disfrazada. Si hubiera habido niños, no habría podido acompañar a Dicky a

la Península. Habría estado sin el recuerdo de ese último año y un poco con él, los *buenos* recuerdos. Pero quizás, pensó ahora, si hubiera habido niños no habría ido él mismo. Quizás se habría quedado y de alguna manera se habría reconciliado con la difícil situación de su padre. Tal vez todavía estaría vivo y aquí ahora.

¡Pensamientos sin sentido!

Fue desconcertante, sin embargo, ver que el Conde de Hardford tenía afecto por los niños, o por este niño, de todos modos. ¿Sería un buen padre? ¿O sería negligente por su parte, dejándolos al cuidado de su esposa y niñeras y tutores e institutrices? Sin embargo, tenía el ejemplo de unos padres cariñosos y de una familia más grande y unida.

Por un momento se permitió la indulgencia de anhelar la vida de la manera en que podría haber sido, pero pronto sofocó el sentimiento. Ese era el problema de bajar la guardia. Se había permitido unas cortas vacaciones en las que tomar un amante, y ahora otros pensamientos y sentimientos estaban tratando de arrastrarse, o galopar.

—¿ Y tenemos ganas de un gran baile para celebrar el cumpleaños de Percy, Lady Barclay?— El vizconde Marwood le preguntó con una sonrisa mientras el resto del grupo se les ocurría. Tenía una gemela de aspecto alegre en cada brazo. Meredith estaba en el brazo del Sr. Welby.

—Oh, incluso más grande que eso—, le aseguró Imogen, y hubo gritos y risas como si hubiera hecho el chiste de la década.

—Y pensaste que sólo podrías cumplir treinta una vez, Percy—, dijo el Sr. Welby. —Mala suerte, viejo amigo.

Ella y Percy continuaron hacia la casa de la Viuda mientras el grupo continuaba su camino de regreso a la mansión, pero Imogen no se perdió el guiño que el Sr. Welby dirigió al conde.

Caminaron en silencio el resto del camino a la casa de la Viuda.

—Los entretenimientos en el campo suelen terminar a una hora decente al final de la tarde, en lugar de a una hora indecente de la madrugada, como hacen en la ciudad—, dijo cuando estaban de pie en la puerta, uno a cada lado de la misma. —¿Crees que volveremos antes de medianoche?

—Normalmente diría que sí—, dijo. —Sin embargo, el vecindario estará lleno de emoción por la presencia de tantos visitantes en la mansión, y a la Sra. Payne le gusta demostrar que no es rústica. Puede ser más tarde.

Puso sus manos a cada lado de las suyas en la puerta sin tocarlas.

—¿Y qué tan tarde sería *demasiado* tarde, Lady Barclay?—, le preguntó.

— Amanecer —, dijo ella. —El amanecer sería demasiado tarde.

—Debemos esperar, entonces,— dijo,—que la Sra. Payne nos deje ir significativamente antes del amanecer. No me gusta que me apresuren en la búsqueda de mi placer.

—Esperemos—, estuvo de acuerdo. Bajo el borde de su sombrero alto, sus ojos parecían un tono más oscuro que el cielo.

Asintió, le dio unas palmaditas en el dorso de su mano derecha y se giró para alejarse a zancadas por el césped, los pesados pliegues de su gran abrigo balanceándose tentadoramente

contra la parte exterior de sus botas.

Imogen fue a buscar campanillas. Había cinco nuevas flores.

La primavera se había definido durante los últimos cinco años por la reunión con sus compañeros del Club de los Supervivientes en marzo. ¿Y ahora? Oh, y ahora había un despertar de alegría en ella por el hecho de que la tierra estaba cobrando vida de nuevo, como siempre lo hacía sin falta, para superar el invierno. Luz para disipar la oscuridad, color para reemplazar la monotonía, esperanza para....

Pero no. Lo mantendría como un regocijo externo. El mundo estaba ahí fuera, más allá de los límites de su propio ser. Y estaba brotando de nuevo a una vida nueva y exuberante, como siempre lo haría. Su corazón se elevó un poco con él.

Parpadeó las lágrimas, ¿otra vez?, antes de entrar en casa.

****

La Sra. Payne sería capaz de defenderse como la anfitriona de un salón de Londres, decidió Percy durante la noche. Era un poco frágil y de bordes duros cuando no ponía el encanto para él y sus invitados, pero sabía cómo controlar un grupo grande de individuos diversos.

Las hermanas Kramer, a las que parecía gustarles *hacerse cargo*, apostaba a que estaban en todos los comités creados por la iglesia local, sugirieron música poco después de la llegada de todos, e incluso metieron sus sillas y las de sus madres en un pequeño círculo alrededor del pianoforte que se encontraba a un lado de la sala de estar. De hecho, tendrían música, dijo la Sra. Payne con una gentileza que cortó como un cuchillo, *después de la* cena, cuando podría suavizarlos antes de irse a casa.

Le ordenó al almirante que se asegurara de que todo el mundo tomara una copa: había una impresionante variedad de botellas y jarras en un aparador largo, así como una jarra de limonada y una gran cafetera de plata y una tetera a juego cubierta de una bolsita acogedora. Acompañó a algunos de los invitados mayores a una habitación más pequeña que colindaba con la sala de estar y los acomodó en torno a unas cuantas mesas que habían sido preparadas para las cartas. Seleccionó a Sidney y Arnold como líderes de equipo para elegir los equipos para las charadas, una opción perfecta de actividad cuando un gran número de sus invitados eran jóvenes. E incluso algunas personas mayores disfrutaban siendo tontas de vez en cuando. La Srta. Wenzel, casi rebotando de emoción en su silla, era particularmente buena adivinando incluso las palabras más obtusamente acentuadas, y Alton era un actor excelente y no parecía importarle hacer el ridículo.

Antes de que la emoción del juego pudiera desaparecer, la Sra. Payne convocó a un grupo de sirvientes para que hicieran rodar la alfombra y luego se acercó al pianoforte para tocar unos cuantos bailes campestres para los jóvenes. Cuatro parejas podrían haber bailado con facilidad, seis un poco aplastados. Había ocho parejas por cada baile y unos cuantos codos golpeados y dedos pisados y un dobladillo ligeramente desgarrado y una buena cantidad de risas. Una novena pareja era una imposibilidad física, sin embargo, Percy descubrió durante el tercer baile de este tipo cuando trató de llegar al final de la línea con Lady Quentin. La Sra. Payne dejó de jugar para decirles eso.

Se sirvió una excelente cena en un amplio comedor, acompañada de una animada conversación. Después, como se prometió, unos pocos de los invitados ofrecieron música hasta que la Sra. Payne ordenó a su mayordomo que trajera los carruajes hasta la puerta. Eran poco antes de las once y media. Llegaron a casa antes de medianoche.

Las primas y tías y la madre de Percy se retiraron a la cama después de una larga charla animada en la sala. La mayoría de los hombres no subieron con ellas, sino que se reunieron en la biblioteca, donde asediaron el licor de Percy y se instalaron en las sillas más cómodas. La casa de las fieras también estaba allí, alguien que se había relajado para asegurarse de que permanecieran dentro de la habitación de la segunda ama de llaves cuando no se ejercitaban bajo supervisión. O quizás sería más exacto decir que alguien ha seguido siendo laxo, ya que esa regla en particular nunca se ha aplicado con una estricta regularidad hasta donde Percy puede ver.

Los perros callejeros incluyeron al nuevo gato, al que se le había asignado el improbable nombre de Pansy, aunque Percy sospechaba que era un macho. Estaba enroscado en el borde de la chimenea junto a la carbonera y miraba ferozmente a los recién llegados como si esperara encontrarse volando de la punta de la bota de alguien en cualquier momento. Era indescriptiblemente delgado y desaliñado.

Los tíos y los primos y amigos varones se instalaron en el tipo de conversación nocturna que se prolongaba durante horas. Después de media hora, Percy miró fijamente a Héctor, que estaba escondido bajo el escritorio, y el perro, bendito sea, salió trotando para pararse frente a él y mirarlo fijamente con los ojos saltones y la lengua floja y las orejas y media y las tres cuartas partes de la cola toda erguida.

—Necesitas que te lleven afuera, ¿verdad, diablos?— preguntó Percy con un suspiro. —¿Y esperas que yo me encargue de eso? Oh, muy bien. Necesito estirar las piernas de todos modos.

A Sidney Welby no lo engaño ni por un momento. Él favoreció a Percy con un guiño lento cuando éste se puso en pie, y no dijo ni una palabra.

— Dios mío, Percival —dijo el tío Roderick, indignado-, —hay sirvientes que sacan a los perros para que hagan sus necesidades, si es necesario que los acompañen. Me sentiría afortunado si dejara salir a ese perro y nunca volviera. Es la personificación de la fealdad patética, si me disculpan. Es una afrenta para cualquier amante de la belleza.

—Pero tiene un gran nombre—, dijo Percy, —y está haciendo su mejor esfuerzo para estar a la altura. Cualquiera con el nombre de Aquiles debería tener cuidado con sus talones.

Y salió a buscar su abrigo y su sombrero mientras Héctor trotaba tras él.

Sidney había expresado sus pensamientos al principio de la tarde. —Tú y la Viuda alegre, ¿no es así, Percy?—, había dicho. —Es bastante guapa, por Júpiter. Pero quizás un poco más formidable que tu tipo habitual, ¿quizás?

—¿Y a qué Viuda alegre te refieres?— Percy había preguntado. Pero había sido una réplica débil, había tenido que admitirlo incluso ante sí mismo, aunque lo había acompañado levantando su monóculo.

— Echó de menos adquirir la otra mitad del título cuando mataron a su marido, ¿verdad?— Arnold había añadido. —Ten cuidado, Percy. Puede que tenga planes para la otra mitad casándose con el nuevo Conde de Hardford.

—Los dos pueden —había dicho Percy agradablemente, con su monóculo casi hasta el fondo de sus ojos, —lárguense al infierno con mi bendición. Y ambos desistirán de mencionar el nombre de la dama cuando vive en mis tierras en una casa de mi propiedad y por lo tanto merezca el respeto de mis visitantes.

—Él está en su pedestal, Sid—, había dicho Arnold. —Uno no usa la frase *desistir* en el discurso ordinario. ¿Y mencionamos el nombre de alguna dama en particular, Percy?

—Algo le ha confundido el cerebro, Arnie—, había añadido Sidney. — Uno envía a alguien al infierno con sus maldiciones, no con sus bendiciones, ¿no es así? Una contradicción de términos, Percy, viejo amigo. Creo que *son* Percy y la alegre Viuda, Arnie.

—Creo que tienes razón, Sid—, había dicho Arnold. —Un artículo definitivo.

Percy los había enviado al diablo nuevamente, *con su bendición*, y cambió el tema.

Era demasiado esperar, pensó Percy mientras caminaba por el camino de la casa de la Viuda, era una noche oscura y diabólica, pero no quería volver por una linterna, que no habría conversación entre sus parientes como ya la había habido con sus dos amigos. No eran un grupo poco inteligente, y las hembras entre ellas podían oler un romance potencial a quinientas millas de distancia. Sin embargo, los hombres se mantenían callados, daban o tomaban un poco de buen humor cuando no había ninguna dama a su alcance. Y las damas pensarían sólo en términos de noviazgo y matrimonio. Si no tenía cuidado, estarían planeando su boda incluso antes de haber terminado con su baile de cumpleaños.

Sólo esperaba que no hubiera chismes entre los vecinos. No le importaría, se iría pronto. Pero ella seguiría viviendo aquí. Sin embargo, no creía que hubiera ningún chisme. Había tenido cuidado esta noche de no ignorarla, lo que en sí mismo podría haber parecido sospechoso, pero tampoco de prestarle atención especial. Había bailado con ella en la asamblea, pero eso fue hace casi dos semanas.

Había pasado la mitad de la noche tratando de ignorar el hecho de que Wenzel rara vez se había apartado de su lado en toda la noche, a pesar de que estaban en equipos opuestos para las charadas, y la otra mitad se dio cuenta de que Alton tenía un ojo para ella también. Esto, el hecho de que *se diera cuenta,* era suficiente para hacer que un hombre empezara a rechinar los dientes.

Todavía había una luz en la ventana del salón.

Esta noche no trató de cerrar la puerta en silencio. Tampoco sostuvo la aldaba suspendida sobre la puerta durante varios segundos antes de dejarla caer. Y esta noche estaba preparado para que la puerta se abriera rápidamente. Todavía estaba vestida como lo había estado para el entretenimiento de la noche. Sus mejillas estaban sonrojadas, sus ojos brillantes. Cruzó el umbral mientras Héctor trotaba y entraba en la sala de estar, tomó la lámpara de su mano y la dejó en la silla donde había dejado su ropa de calle anoche, la tomó en sus brazos sin cerrar primero la puerta, y la besó.

Se sintió como un hombre que regresaba a casa con su mujer después de un día de trabajos forzados, un pensamiento ligeramente alarmante.

—Nunca te cases con Wenzel o Alton—, se oyó a sí mismo decir cuando tomo aire. —Prométemelo.

Sería bueno que a veces su cabeza le advirtiera a su boca antes de lo que estaba a punto de

decir.

Ella levantó las cejas y pasó al lado de él para cerrar la puerta. —Ha venido a tomar una taza de té, ¿verdad, Lord Hardford?—, le preguntó.

CAPITULO 17

Imogen se sentía agitada. La había barrido en sus brazos nuevamente después de que cerrara la puerta. Se había estado riendo.

—Intento ser un amante celoso, posesivo, dictatorial, totalmente odioso a quien ninguna mujer pueda resistirse—, dijo antes de besarla con fuerza de nuevo.

Y en lugar de estar indignada o encolerizada o de cualquier otra cosa que debería haber estado, porque él había sido al menos medio serio cuando le había dicho que nunca se casara con el Sr. Wenzel o el Sr. Alton, también se había reído.

—Ah,— había dicho con un suspiro exagerado, pestañeando, —*justo* mi tipo de hombre. Magistral.

Y habían subido directamente a la cama, después de que él había entrado en la sala de estar para poner el protector alrededor del fuego, para la probable desilusión de Blossom y Héctor, y luego tomaron la lámpara de la silla al lado de la puerta, se la entrego, y puso allí su abrigo y su sombrero.

Poco después, se dio cuenta de que ni siquiera sabía dónde estaba toda su ropa. Estaban dentro de su dormitorio en algún lugar, pero ni una sola prenda de vestir se había llegado a la silla junto a la ventana o al banco ante el tocador. Sospechaba que estaban esparcidas por todo el suelo y que estaban horriblemente arrugadas.

Ahora estaban acostados en su cama, habiendo hecho el amor dos veces en rápida sucesión, con gran vigor en ambas ocasiones. La lámpara estaba en el tocador, su brillo se duplicaba por su reflejo en el espejo. Las sábanas estaban levantadas para mantenerlos calientes contra el frío de la noche, aunque había encendido un fuego aquí después de llegar antes a casa. No podía recordar cómo habían llegado las mantas desde el pie de la cama, donde habían sido pateadas mientras estaban demasiado ocupadas para pensar en el frío, pero estaba agradecida de que lo estuvieran. Estaba tendido sobre ella, con la cara contra el pecho de ella, con un brazo alrededor de la cintura, la mano de él en el brazo de ella, una pierna anidada entre las suyas. Su pelo le hacía cosquillas en la barbilla. Alisó sus dedos a través de el. Era cálido, espeso y suave al tacto.

Estaba durmiendo, exhalando un aliento cálido entre sus pechos, y pensó que no había nada más entrañable que un hombre en toda la indefensa vulnerabilidad del sueño.

No estaba cerca de dormir, aunque su cuerpo estaba saciado y lánguido. También se sentía sacudida, por su propia y terrible ignorancia. Porque tener una aventura con un hombre atractivo no era sólo una cosa física. Ni siquiera era solo una cuestión mental: pensaba que había tomado la decisión de permitirse este breve descanso de su vida.

Estaba descubriendo que también era una cuestión de emociones. De hecho, ahora le parecía que debía ser *principalmente* por las emociones. Su cuerpo se recuperaría de la privación que seguiría al final de la aventura. También lo haría su mente, con un poco de disciplina, era

buena en disciplina mental. Había pasado tres años perfeccionando las habilidades necesarias y los cinco años desde que las practicaba constantemente.

¿Pero sus emociones? ¿Cómo les iría en los meses y quizás en los años venideros? ¿Cuánto tiempo le llevaría recuperar su equilibrio y tranquilidad? ¿Alguna vez lo haría? Para el cuerpo, la mente y las emociones no eran cosas separadas. De alguna manera, todos estaban agrupados en uno, y si uno de los tres dominaba, probablemente era la emoción. No lo había tenido en cuenta cuando lo convirtió en su amante.

Amante. Pero no estaba enamorada de él. A ella le gustaba. Le gustaba estar en la cama con él, y eso era quedarse corto. Ninguna de esas cosas era estar enamorada. Pero entonces no sabía cómo se sentía estar enamorada. Nunca había sentido el tipo de euforia romántica con Dicky que se describe en toda la gran poesía de amor. No lo había necesitado. Ella lo había *amado*.

¿Qué se siente al estar enamorada? Pero nunca lo sabría. Porque incluso si fuera posible para ella, nunca se permitiría saberlo. No tenía derecho.

Iba a sufrir, lo sabía. Se lo merecía.

Inhaló profundamente y exhaló con un largo suspiro de satisfacción.

—Esta es la mejor almohada de la historia—, dijo.

Bajó la cara hacia su cabello y besó la parte superior de su cabeza. —Me siento privada—, dijo,—de té y conversación.

Cuando levantó la cara, estaba llena de risas y satisfacción sexual. Se levantó sobre un codo y apoyó la cabeza en su mano. Él deslizó el dorso de los dedos de la otra mano por un lado de su mandíbula y por el otro.

—Cuando eras niña —dijo—, ¿a menudo deseabas poder empezar una comida con postre y dejar para más tarde la comida más sólida y robusta? Todavía soy un niño de corazón, Imogen.

Ella giró la cabeza para besar la palma de su mano donde se unía a su muñeca. —¿Pero *dos* raciones de postre?—, dijo.

—Cuando es especialmente delicioso, sí, y con un gran apetito, sincero y sin disculpas—, le dijo. —¿Tienes una bata abrigada?

—Sí.

—Póntela,— dijo, —y baja y pon la tetera a hervir. Estoy siendo el amante dictatorial. Me vestiré y te seguiré, momento en el cual me convertiré en el amante manso y encenderé el fuego en la sala de estar y vendré a llevar la bandeja de té. Luego procederemos a beber y conversar. No puede ser mucho más tarde de las dos de la mañana.

Con una curiosa mezcla de júbilo e inquietud, Imogen bajó las escaleras unos minutos más tarde, envuelta calurosamente en su camisón y en su vieja bata, lámpara en mano, había encendido una vela para su propio uso. Había algo maravilloso y preocupantemente doméstico en todo esto. ¿Iba a encender el fuego para ella? ¿Y llevarle la bandeja? ¿Y quedarse a hablar, a las dos de la mañana?

Estaba loco.

Estaban locos.

Ah, pero a veces la locura se sentía tan.... liberadora.

****

Eran las dos y doce minutos y Percy podía ver desde el reloj de la chimenea, tal vez trece. El fuego estaba rugiendo en la chimenea. Tenía una taza de té en el codo con dos galletas con azúcar en el platillo. Y estaba sentado a poca distancia del fuego en la mitad del sofá, lo más cerca posible del centro, justo como ella estaba de su lado. Este sofá acomodaría a cuatro personas seguidas si fuera necesario, especialmente si las dos del medio estaban presionadas juntas, su brazo sobre los hombros de ella, su cabeza sobre la de él.

Cuando mencionó una bata, esperaba... bueno, una espuma de encaje y cintas. La suya era de terciopelo pesado y tenía al menos un millón de años. Su bata estaba casi desgastada en algunos lugares, sobre todo, y curiosamente, en la región de su trasero. Era al menos una talla más grande y se había vuelto un poco amorfa. Cubría cada centímetro de su cuerpo, desde el cuello hasta las muñecas y los tobillos. Esto debería hacer que pareciera la más desvalida, especialmente cuando se combina con un par de zapatillas que seguramente tenían *medio* millón de años de antigüedad. No se había recogido el pelo ni lo había dejado suelto. Se lo había llevado al cuello y lo había asegurado allí con una fina tira de cinta.

Se veía deliciosamente hermosa, demasiado buena para el postre. Ella era todo el festín.

Estaba un poco alarmado por el pensamiento. Ella *no* debía parecer apetitosa en absoluto, especialmente cuando se la compara con.... bueno, con todas sus otras mujeres. ¿Y qué clase de actuación había hecho arriba, en su cama? La había tenido dos veces, y todo en un plazo de quince minutos como mucho. No, corrección, se habían tenido el uno al otro. Pero no se quejaba en absoluto de *su* actuación, aunque ella no había usado ninguna artimaña femenina para prolongar o intensificar su placer. Ella acababa de... ir a por ello.

Tomó una galleta de su platillo y la mordió.

—Si te vas a dormir sobre mi hombro,— dijo, —me voy a enojar. Es hora de conversar, Lady Barclay. ¿Sobre qué tema desea conversar? ¿El tiempo? Nuestra propia salud y la de todos los demás que conocemos, cuanto más horripilante sea el detalle, mejor. ¿Sombreros o sombrillas? ¿Cajas de rapé?

Héctor se había acercado mientras hablaba y se arrojó sobre uno de sus pies. El gato, que había colocado cómodamente sobre su propia cama cuando entró en la cocina, saltó al espacio vacío al otro lado del sofá y se acurrucó allí para recuperarse de los esfuerzos de caminar todo el camino hasta la sala de estar.

—Oh, me encantaría saber sobre las últimas modas en sombreros—, dijo. —¿Grande o pequeño? ¿Ostentosamente recortado o elegantemente sin adornos? ¿Paja o fieltro? ¿Atada bajo la barbilla o posada en la cabeza para tentar al viento? Pero supongo que siendo un hombre, no puedes darme las respuestas que anhelo.

—Hmm—, dijo. —¿Qué tal unas cajas de rapé, entonces? Tal vez pueda hacerme cargo de ellas con más conocimiento.

—Pero, por desgracia, no me interesan en absoluto las cajas de rapé.

—Hmm.— Masticó el resto de la galleta y frunció el ceño pensando. —¿Pregúntame sobre anteojos?

—Estoy a punto de empezar a roncar—, dijo ella.

—Hmm.— Recogió la otra galleta. —¿Debemos llegar, entonces, Lady Barclay, a la lamentable conclusión de que somos incompatibles en todo excepto en el sexo?

—Ay—, dijo con un gran suspiro, y luego se echó a reír.

Era un sonido de pura tontería, y se le ocurrió con una sacudida de alarma que era posible que se estuviera enamorando de esta mujer, sea lo que sea, diablos, *estar* enamorado

La silenció con su boca.

—¿Desgraciadamente, que somos sexualmente compatibles, quiero decir?—, preguntó.

—Tienes un sabor dulce.— Ella levantó un dedo, cepilló lo que él suponía que era un cristal de azúcar de la comisura de su boca, y puso la articulación superior del dedo en su boca.

La descarada. Era una cortesana descarada en ese momento, y no estaba seguro de que ella no lo supiera. Sus ojos estaban fijos en los de él.

—¿Dulce?—, dijo.

—No fuiste tú después de todo.— Ella le sonrió. —Fue el azúcar en la galleta.

—Hmm—, dijo.

—Cuéntame más sobre tu infancia—, dijo.

— Fue realmente aburrida y sin incidentes —, le aseguró, estirando las piernas delante de él y cruzándolas por los tobillos, Héctor hizo los ajustes necesarios. —La mayor aventura con diferencia fue ese episodio en la pared del acantilado del que te hablé. Aparte de eso, era un muchacho dócil y obediente. ¿Cómo podría no serlo? Estaba constreñido por el amor. Mis padres me adoraban, al igual que mi niñera, quien, para mi disgusto, se quedó conmigo hasta que me fui a Oxford a la edad de diecisiete años. Mis tutores también, incluso el que le gustaba agitar su bastón para puntuar su instrucción y no dudó en usarlo en mi espalda cuando yo era particularmente grueso para dar las respuestas correctas a sus preguntas o cuando en una pieza de escritura le agregaba un verbo plural a un tema singular o a algún ultraje de ese tipo. Él me amaba. Me dijo que había sido bendecido con una mente fina y que se le estaba pagando para que se encargara de que aprendiera a usarla correctamente, pero creo que estaba motivado por algo más que por el dinero.

—¿ Odiaste tus lecciones?—, preguntó.

—Para nada—, le dijo. —Yo era la más rara de todas las razas de niños: me gustaba aprender y me gustaba complacer a los adultos que me cuidaban. No me habrías reconocido en esos días, Imogen.

—¿Te sentías solo?—, preguntó.

—Oh, Señor, no,— dijo. —Había regimientos de parientes y otros. Tías y tíos en abundancia y primos en abundancia. No veía a los parientes con mucha regularidad, pero cuando lo hacía me divertía mucho. Yo era uno de los primos mayores y siempre fui grande para mi edad, *y* era un niño. Me encontré inmerecidamente como el líder de la manada, y se esperaba que

llevara a mis primos a hacer travesuras. Incluso los adultos lo esperaban. Casi siempre hice lo que se esperaba de mí. Pero fue una travesura inocente: trepar a árboles prohibidos, nadar en lagos prohibidos, atravesar charcos de barro prohibidos por el puro placer de ensuciarnos a fondo, escondernos en setos y saltar hacia viajeros incautos, gritando como cosas dementes.

Tenía la cabeza vuelta sobre su hombro y el costado de su dedo índice acariciaba ligeramente su mandíbula.

—Deberían haberme enviado a la escuela—, dijo.

—*Estabas* solo.

—Si lo estuve—, dijo, —no estoy seguro de haberme dado cuenta. Pero yo era terriblemente inocente. Me quedé asombrado cuando descubrí que estudiar era lo *último que* se suponía que un becario debía hacer en la universidad. El colmo de la satisfacción era beber de los demás bebedores debajo de la mesa y dormir con todas las camareras de Oxford y sus alrededores. Bueno, ya sabes, Imogen, tú preguntaste.

—Sobre tu *infancia*—, le recordó. —Y adquiriste estos logros, ¿verdad?

—Para nada—, dijo. —Pensé que estaba allí para aprender, y eso es lo que hice. No fue sino hasta el final que de repente me di cuenta de que era un tipo completamente extraño y que no estaba de acuerdo con lo que era ser un caballero. Era virgen cuando deje Oxford. Y *eso,* mi señora, es algo que no le he dicho a ninguna otra alma viviente. Estoy descubriendo que es fatal entablar una conversación con una mujer después de las dos de la mañana.

De hecho, es vergonzoso. ¿Qué diablos le había poseído para divulgar ese detalle particular de su pasado ignominioso? Un hombre virgen de veinte años, nada menos.

—Ojalá no me lo hubieras dicho—, dijo ella. —Hubiera preferido aferrarme, al menos en parte, a mi impresión original de ti.

—Oh, aferrarse—, dijo. Le quitó el brazo de alrededor de ella y se sentó hacia delante para beber su té antes de que se enfriara. —Muy pronto me convertí en el hombre que crees que soy, Imogen, y no sabes ni la mitad. Ese viejo inocente que una vez fui se ha desvanecido en la historia antigua.

—Por supuesto que no—, dijo. —Estamos hechos de todo lo que hemos sido, Percy. Es la alegría y el dolor de nuestra individualidad. No hay dos de nosotros iguales.

Dejó su taza y la miró por encima del hombro.

—El mundo estará muy contento de que sólo haya uno de mí—, dijo.

—Pero me has dicho mucho más que el hecho de que todavía eras virgen a la edad de veinte años—, dijo. —Y es algo más que probablemente nadie más sabe. Tu imagen de ti mismo ha sido golpeada severamente durante los últimos diez años. Tu vida se ha vuelto desequilibrada, tal vez porque los primeros veinte años fueron de felicidad, diligencia y seguridad. Fuiste afortunado y desafortunado en eso, Percy. Y ahora te sientes inseguro y un poco inútil y ni siquiera estás seguro de que te gustes a ti mismo. Necesitas encontrar el equilibrio, pero no sabes muy bien cómo.

La miró fijamente durante varios momentos antes de ponerse de pie abruptamente, desalojando de nuevo al pobre Héctor al hacerlo. Se ocupó de empujar el fuego y de poner unas

cuantas brasas más.

—Pero no muchos de nosotros sabemos muy bien cómo hacerlo—, continuó en silencio, y él tuvo la sensación de que hablaba más con ella misma que con él. —La vida está hecha de pares opuestos, la vida y la muerte, el amor y el odio, la felicidad y la miseria, la luz y la oscuridad, y así sucesivamente hasta el infinito. Encontrar el equilibrio y la satisfacción es como tratar de caminar por la cuerda floja entre todos esos opuestos sin caer de un lado o del otro y creer que la vida debe ser toda luz o toda oscuridad, cuando ninguno de los dos es la verdad en sí misma.

¡Santo Dios! ¿Qué tenían las conversaciones a altas horas de la noche?

—Tú y yo—, dijo, volviéndose completamente hacia ella. —Otro par de opuestos.

El gato estaba en su regazo. Le acariciaba la espalda y las orejas, y ronroneaba, sus ojos cerrados en éxtasis. Tenía envidia.

—Te ruego me disculpe—, dijo ella. —Qué presuntuoso de mi parte tratar de analizar tu vida y predicarte.

Puso un pie sobre el hogar y apoyó un brazo sobre la repisa de la chimenea. ¿Qué *fue lo que pasó* con ella? Su pelo fue quitado tan severamente de su cara que casi hizo que sus ojos se inclinaran. Su bata sin forma estaba atada a su cintura como un saco. Ella acababa de sermonear como una institutriz inquieta.

Y la quería más de lo que nunca había querido a ninguna otra mujer.

Ni siquiera era particularmente femenina, ni con volantes y encajes, fragantes e hinchables pechos. No estaba ceceando y con los ojos grandes y adorando con la cabeza llena de pajaritos.

Por supuesto, ¿estaba describiendo el tipo de mujer cuya cama buscaba habitualmente?

Ella era... ¿Cuál era la palabra que Sidney había usado antes, o ayer, para ser precisos? *Formidable.* Eso era todo. Ella *era* formidable. Ese hecho debería repelerlo. En vez de eso, le atrajo. Ah, otro par de opuestos, atracción y repulsión.

—Tú y yo—, dijo de nuevo. —Pero no ha habido equilibrio esta noche, Imogen. He sido todo yo, como es justo para un amante masculino dominante.

Le sonrió, y la incómoda sospecha de que él se estaba enamorando de ella volvió a crecer. *Algo* desconocido le estaba sucediendo, de todos modos, algo que le estaba atacando el estómago. Y no era sólo el deseo de llevarla a la cama y hacer lo que quisiera con ella hasta que ambos estuvieran jadeando de cansancio. Era lo que quedaba más allá del deseo sexual que era desconocido y no identificado, a menos que *fuera* estar enamorado. Esperaba que no.

Nunca debería sonreír.

Debería sonreír *siempre*.

Se sintió como si estuviera en su escala de equilibrio de opuestos.

—Sí, señor y amo—, dijo.

La señaló con el dedo directamente.

—Será tu turno la próxima vez—, dijo. —Me has desnudado, Imogen, y no me refiero sólo a lo de arriba en tu alcoba. Te desnudaré la próxima vez, y no me refiero *sólo* arriba en tu

habitación.

Él le sonrió incluso cuando su propia sonrisa se desvaneció.

—Pero esta noche no—, dijo. — Tengo que considerar a un ayuda de cámara. No importa lo que le diga, insistirá en esperarme. Estará sentado en mi vestidor en este mismo momento, sin fuego, sin luz, como la paciencia sobre un monumento. Es hora de que me vaya a casa.

Levantó suavemente al gato de su regazo y lo dejó a su lado; el animal le dio las gracias con un maullido indignado. Y ella se puso de pie y cepilló los pelos de gato del antiguo terciopelo de su bata y le miró.

Cerró la distancia entre ellos y la besó, con los brazos a su alrededor. Sin embargo, no había ningún deseo de llevarla de vuelta a la cama, y eso en sí mismo era un poco desconcertante. Sólo había el calor de abrazar a una mujer con la que él se sentía cada vez más cómodo, aunque lo sermoneara cuando podía estar a solas con él a las dos de la madrugada.

La vio en su camino, sosteniendo la lámpara en alto con una mano para iluminar el camino hacia la puerta y agarrando su bata a la garganta con la otra. Miró hacia atrás después de cerrar la puerta tras él y trató de convencerse de que no presentaba el espectáculo más atractivo que había visto en su vida.

Cuanto antes se marchase de aquí tras esta fiesta infernal, pensó que sería mejor para su tranquilidad. Tocó el borde de su sombrero con una mano enguantada y se volvió.

CAPITULO 18

Las damas habían vuelto a tomar posesión de la biblioteca y del salón de baile. Imogen, Beth y Meredith, al verlos por fin, estaban escribiendo invitaciones. Un par de tíos se habían ido con Knorr para ver como parte de la pared del parque se reconstruía sin mortero. Leonard y Gregory habían caminado a Porthmare con Alma y Eva para entregar algunas invitaciones y visitar a algunos nuevos conocidos. El tío Roderick y Cyril habían llevado a Geoffrey a la playa otra vez.

Percy estaba cabalgando por la cima del valle con Sidney y Arnold.

—Si yo fuera tú, Percy, —decía Arnaldo, —haría la vista gorda. Dices que no ha pasado nada específico desde que viniste aquí para obligarte a actuar.

—Aparte de una cama empapada, un piso de hollín completo con un pájaro muerto con hollín y una cortina de ventana diseñada para mantener fuera la luz incluso del sol en un día de verano, no—, admitió Percy. —Nada de lo que yo sepa.

—Pronto te irás de aquí, Percy—, dijo Sidney. —Y dudo que vuelvas pronto. No hay mucho aquí para ti, ¿verdad? Aparte de la Viuda.

Eso hizo que Percy se quedara corto, y también su caballo. —¿La *Viuda*?—, preguntó, con escarcha en su voz.

La montura de Arnaldo se movió bruscamente mientras la frenaba. Estaba sonriendo. —El último de nosotros se fue a la cama justo antes de las tres de anoche—, dijo. —Uno de tus tíos comentó que eras más sabio que el resto de nosotros y que debías haberte ido a la cama después de caminar con el perro. Sid y yo echamos un vistazo a tu habitación. El fuego chisporroteaba, la camisa se extendía sobre una silla antes el fuego, las sábanas dobladas limpiamente, sin Percy.

Y la cosa era, cuando Percy pensó en arrastrar a ambos hombres de sus caballos y golpearles la cabeza, que esperaban que él sonriera, confesara su paradero a esa hora impía, y se jactara de su nueva conquista. Tenían toda la razón para esperarlo. Era lo que haría normalmente. ¿Qué era tan diferente esta vez?

¿Podría ser que él era diferente? ¿Que había cambiado, o, ya que un cambio de carácter no ocurrió de la noche a la mañana o incluso más de cien noches, que estaba *cambiando*? Diablos, tenía que dejar este lugar.

Miró hacia el valle, plácidamente verde, el río fluyendo a través de él, el pueblo más atrás, hacia el mar.

—Me iré pronto—, dijo. —Y dudo que vuelva alguna vez. Es el remanso más maldito.

Sin embargo, se sintió desleal al decirlo: desleal con Lady Lavinia, con los Quentin y Alton e incluso con Wenzel, con el vicario y el médico y con las damas de Kramer y los robustos pescadores. Y estaba Bains con las piernas caídas y el espíritu roto, y Crutchley, que podría tener alguna participación voluntaria en el contrabando o que simplemente podría ser víctima de

intimidación. Había ese medio sótano debajo de su casa que podría estar lleno de contrabando o esperando un nuevo cargamento. Había.... Imogen.

¿Cuánto tiempo había estado aquí? ¿Dos semanas? ¿Tres? No había tiempo en absoluto. Un simple parpadeo. Lo olvidaría todo en otro pestañeo una vez que se fuera de aquí.

L*a* olvidaría.

Continuaron su viaje.

No recordaba haberse arrepentido de ninguna de las relaciones que había tenido con las mujeres. Había acabado con la mayoría de ellas él mismo, pero nunca porque se había arrepentido de haberlas empezado. *Le gustaba* tener aventuras. Eran un disfrute mutuo sin sentido y sin compromisos ni responsabilidades.

Ya se arrepintió de lo que había empezado con Imogen.

Sin embargo, la olvidaría. Ella misma se iba de aquí unos días después de este baile infernal. Él se habría ido antes de que ella regresara.

Era una estupidez de su parte haberse enamorado. Presumió que eso era lo que le había pasado. Ciertamente no podía explicar sus sentimientos de otra manera. No le gustaba ni un poquito estar enamorado.

—No quiere hablar de la Viuda, Arnie—, dijo Sidney.

—He llegado a la misma conclusión, Sid—, estuvo de acuerdo Arnold. —Pero yo ignoraría el contrabando si fuera tú, Percy. Todos los demás lo hacen. No vas a detenerlo de todos modos. Los oficiales de aduanas nunca pueden. Y debes admitir que no tienen sentido del humor. Es un placer verlos engañados.

—Y debes admitir, Percy—, añadió Sidney, —que el brandy que entra al país por la puerta trasera, por así decirlo, siempre parece saber mejor que las cosas legales. También cuesta mucho menos.

Todo el mundo estaba de acuerdo, al parecer, en que era mejor ignorar lo que ocurría ante las narices de todos. ¿Quién era él para convertirse en un cruzado? Nunca se le había ocurrido serlo hasta que llegó aquí. Tener conciencia y actuar sobre ella le hacía parecer sospechosamente como su viejo yo estudioso, fuera de tono y fuera de sintonía con todo el resto del mundo. Un aguafiestas. Un pobre tipo. Un idiota.

— Muy bien —, dijo. —Se supone que hay unas viejas minas de estaño al otro lado del valle. Averiguaré exactamente dónde y organizaré una fiesta para ir a explorar algún día.

Y la conversación se alejó tanto del contrabando como de su aventura.

****

Al final de la mañana, todas las invitaciones habían sido escritas. Imogen permitió que su espíritu fuera seducido por un sentido de familia mientras las señoras mayores entraban y salían de la biblioteca y las dos más jóvenes charlaban entre invitaciones.

La Sra. Hayes, su hermana y su cuñada a menudo tenían desacuerdos, algunos de ellos

bastante acalorados. Pero nunca parecieron guardar rencor, y de alguna manera siempre encontraron un compromiso sobre un plan en disputa para la gran fiesta. Los primos jóvenes también, se había dado cuenta en ocasiones anteriores, se peleaban frecuentemente entre ellos, pero siempre terminaban riéndose o bromeando. Las gemelas a veces evitaban a su hermana mayor deliberadamente, pero una vez que las había visto sentadas a ambos lados de ella en el banco del pianoforte mientras escogía una melodía, cada una con un brazo sobre sus hombros. El hermano de la Sra. Hayes parecía preferir la compañía de su hija y su nieto a la de cualquier otra persona, pero era perfectamente amable cuando *estaba* en compañía, e incluso había invitado al Sr. Cyril Eldridge, que no era pariente de sangre, a caminar por la playa con él y el niño esta mañana. Los otros dos caballeros mayores a menudo discutían asuntos de actualidad entre sí y sus desacuerdos se volvían cada vez más acalorados, pero en última instancia también parecían contentos de estar de acuerdo con el desacuerdo.

Imogen de repente echó de menos a su hermano y a su madre en la lejana Cumberland. La familia, esa profunda sensación de conexión en lugar de una mera visita obediente y escribir cartas, era algo a lo que había renunciado con todo lo demás hace cinco años. No tenía derecho a la calidez y el consuelo que le proporcionaba, ni a las discusiones y las risas.

Se sintió un poco como si su corazón hubiera estado almacenado en frío durante mucho tiempo y se estuviera descongelando gradualmente. No podía permitir que sucediera completamente, por supuesto, pero durante la próxima semana y media quizás se permitiría a sí misma relajarse un poco. Se recompondría cuando estuviera en Penderris, rodeada de sus amigos. Les pediría ayuda si la necesitara, aunque probablemente bastaría con que fuera consciente de su amor y apoyo. Lo haría, sin embargo. Nunca le había faltado mucha fuerza de voluntad.

Mientras tanto, ahora se permitiría un poco de diversión. Parecía un tiempo muy largo, otra vida, desde la última vez que se divertía.

Si sólo hubiera podido tener uno o dos hijos con Dicky, pensó mientras salía de la mansión para volver a casa y se cubrió con su capa aún más contra un día frío. Geoffrey estaba cruzando el césped, una mano en la de su abuelo y la otra en la del Sr. Eldridge, y podía oír el canto de sus tres voces: —Uno, dos, tres, *j-u-u-m-p*—. Los dos hombres levantaron al niño chillón en alto entre ellos en la última palabra.

Imogen no se arrepentía a menudo de su esterilidad. ¿Cuál era el punto? Y habría cambiado todo si hubiera sido fértil. No estaría aquí ahora, sonriendo con nostalgia a un niño que ni siquiera había nacido cuando Dicky murió. ¿Quién sabía lo que habría estado haciendo? Era una tontería pensar en ello.

Percy se acercaba desde los establos con sus dos amigos y Héctor retozando a su lado, sí, en realidad retozando. El niño, al verlos, abandonó a los otros dos caballeros y se fue corriendo para ser levantado y girado y depositado a horcajadas sobre los hombros de Percy. Se produjo una carcajada y un chillido agudo y una risita cuando el sombrero alto de Percy fue golpeado e insistió en agacharse para recuperarlo él mismo, casi derramando deliberadamente al niño sobre su cabeza mientras lo hacía.

Hubo un intercambio general de cortesías cuando todos se acercaron a la casa.

—Las invitaciones están todas escritas, ¿verdad, Lady Barclay?— preguntó el Sr. Galliard.

—Lo están—, le dijo ella. —Todos estamos de acuerdo en que no podemos esperar el tipo

de lamentable aglomeración que hubiéramos esperado si se tratara de un baile londinense durante la temporada que estábamos planeando, pero el salón de baile debería estar bastante lleno.

—Mala suerte, viejo amigo—, dijo el Sr. Welby, golpeando a Percy en el hombro y bajando a Geoffrey para jugar con Héctor.

—Uno siempre debe ver el lado bueno—, dijo Percy. — Cuán bajo sería si no pudiera esperar más que los miembros de mi propia familia y dos amigos que ya estaban reunidos aquí, acurrucados en un rincón del salón de baile, fingiendo que disfrutan de mi baile de cumpleaños tardío. No estoy seguro de que sea una buena idea dejar que Hector te *bese*, Geoff, muchacho.

—¿Está de camino a casa, Lady Barclay?— El vizconde Marwood le preguntó. —Permítame escoltarla, señora.— Y ofreció su brazo junto con lo que parecía una sonrisa traviesa.

—Y ya que tiene *dos* brazos, señora—, dijo el Sr. Welby, inclinándose ante ella con una floritura cortesana, —permítame acompañarla también.

Imogen se rió y se sumergió en una profunda reverencia. —Gracias, caballeros—, dijo, cogiendo un brazo de cada uno. —Ayer mismo me advirtieron que podría haber lobos.

—Plural—, dijo Percy. —Al menos tres de las bestias, o eso me han dicho. Será mejor que yo también vaya.

Y se pusieron en marcha, los cuatro, a través del césped en dirección a la casa de la Viuda con una continuación de las bromas tontas e insensatas, a las que se unió Imogen. Se encontró casi deseando que alguien le sugiriera el juego de uno-dos-tres saltos. Y entonces, cuando llegaron a su casa, Percy abrió la puerta con una floritura, ella entró, él la cerró, y los hombres se turnaron, los tontos idiotas, levantando el dorso de su mano a sus labios y asegurándole que había iluminado su día y había hecho que el hecho del sol escondido fuera completamente irrelevante.

Se quedó parada en la puerta, mirándolos alejarse, Héctor trotando por detrás. Todavía estaban hablando, aun riendo, y se dio cuenta de que estaba sonriendo, y también se dio cuenta de que era una sensación desconocida. Y entonces estaba parpadeando para contener las lágrimas, una vez más. Otro sentimiento desconocido.

Percy giró la cabeza brevemente antes de que desaparecieran de la vista detrás de un árbol y le sonrió. Y ella seguía sonriendo, a pesar de las lágrimas.

Oh, Dios, oh, Dios, estaba tan profundamente enamorada de él.

Y todo era culpa suya. No podía culpar a nadie más que a ella misma.

****

—Tienes mi permiso—, dijo, —para usar mi llave por la noche, para entrar y salir. Entonces no tendré que esperar despierta, preguntándome si vendrás o no, porque no siempre podrás venir, ¿verdad?

La apoyó contra la pared del pasillo y la besó con la boca abierta. Eran más cerca de las doce y media que de la medianoche. Había esperado encontrar la casa en la oscuridad y no sabía si llamaría a su puerta de todos modos. Su llave había estado haciendo un agujero en su bolsillo.

—Lo siento—, le dijo. —No pude escapar antes. Tuvimos una visita.

—Lo sé—, dijo ella. —Sr. Wenzel, ¿no es así? Trajo a Tilly y Elizabeth Quentin aquí y se fue a la mansión en lugar de regresar a casa y volver por ellos más tarde. Pero me alegro de que hayas venido.

—Yo también—. Frotó la nariz contra la de ella.

Llevaba de nuevo su antiguo fósil de bata, y se maravilló del hecho de que ella no se había enamorado de su amante, como todas las demás mujeres con las que había tenido relaciones íntimas lo habían hecho siempre. Su pelo estaba atado al cuello de nuevo, aunque esta noche estaba suelto sobre sus orejas y espalda. Sus labios estaban ligeramente separados, el superior con su atractiva elevación. Sus ojos estaban.... abiertos. Todavía no había pensado en una palabra mejor que esa. Sus manos descansaban sobre sus hombros, empujadas bajo las capas de su gran abrigo.

Diablos, supongo que te quiero.

La miró a los ojos, congelado por un momento. No había hablado en voz alta, ¿verdad? Pero no oyó ningún eco de las palabras y no vio ninguna sorpresa en su rostro.

—¿Me estás invitando a entrar?—, preguntó.

—¿No estás ya dentro?—, dijo ella. —Pero, ¿adónde quieres ir? ¿ Piso de arriba? ¿La sala de estar?

Debería haber sido obvio. Eran casi las doce y media de la noche y eran nuevos amantes.

—La sala de estar—, dijo. —Pero nada de té, gracias. He bebido lo suficiente desde la llegada de mi familia como para alejarme de el. Hasta al pobre Wenzel se lo proporcionaron dos veces esta noche.

Levantó la lámpara para que él pudiera colocar sus cosas en la silla y lo condujo a la sala de estar. ¿Estaba *enfadado*? ¿O se está volviendo senil? Era de madrugada, había una cama amplia y cómoda en el piso de arriba, ella estaba dispuesta a recibirlo y en *ella,* se veía tan deliciosa como la torta y el glaseado y el relleno de crema en uno solo, a pesar de que no se había excitado o tal vez por ello, y él había elegido la *sala de estar en* su lugar?

—Me sorprende que no se quedara *aquí en* lugar de visitarnos—, dijo.

—¿Sr. Wenzel? ¿Con Tilly y Elizabeth, quieres decir?—, preguntó. —Nunca lo hace. Ni tampoco Sir Matthew cuando le toca a él traerlas. Nos gusta hablar de nuestros libros entre nosotras.

—¿Un club de *lectura*?—, dijo.

—Nos hemos estado reuniendo mensualmente durante los últimos tres años—, explicó mientras dejaba la lámpara sobre la repisa de la chimenea y cogía el atizador. Pero ya estaba en su mano, y se sentó en el sofá mientras él agitaba las brasas y ponía unas cuantas más. Los animales se habían instalado cómodamente cerca del calor. —Todas leemos el mismo libro o conjunto de poemas o ensayos y luego los discutimos mientras tomamos el té y las galletas o el pastel. Disfrutamos inmensamente esa noche del mes.

—¿Y qué fue esta noche?—, preguntó mientras se enderezaba.

—Sólo un poema, aunque largo—, dijo. —Las líneas de William Wordsworth escritas a

pocas millas por encima de Tintern Abbey. ¿Lo has leído? Uno de mis amigos, uno de mis compañeros supervivientes, vive en Gales, aunque su casa está en el lado occidental, en lugar de en el valle de Wye, en el este. Fui allí con George el año pasado para su boda.

—¿George?— No eran *celos lo que* le salía de la cabeza, ¿verdad?

—Duque de Stanbrook, dueño de Penderris Hall—, explicó. —Una especie de primo, aunque una relación más cercana que la tuya y la mía. Es otro de los Supervivientes.

—¿El de la mujer que saltó de un precipicio?

—Sí—, dijo ella.

Desearía no haber recordado ese detalle en particular. El hombre también había perdido un hijo en las guerras y debe ser tan viejo como las colinas. Percy trató de recordarlo de la Cámara de los Lores, pero sin éxito. Quizás lo reconocería si lo viera.

Miró la silla vacía junto al fuego y fue a sentarse en el sofá. Se dio vuelta y la levantó y la puso en su regazo con los pies de ella en el asiento al lado de ellos. Estaba en el lado alto, pero se retorció hacia abajo, que Dios lo ayude, hasta que se acurrucó contra él, el lado de su cabeza en el hombro de él. Ella inhaló audiblemente.

—Me encanta cómo hueles—, dijo. —Siempre es lo mismo.

— Se mezcló generosamente con el sudor en dos ocasiones recientes —, dijo.

—Sí.— Se rió suavemente.

—Y me encanta el sonido de tu risa—, dijo. Y si la hubiera conocido por primera vez hoy, se dio cuenta, o incluso ayer, de que ni siquiera se le habría ocurrido pensar en ella como la dama de mármol. Se preguntó si se estaba enamorando de él, o si era sólo por el sexo.

No era sólo por el sexo, ¿verdad? Si así fuera, estarían arriba, desnudos en su cama, peleando.

Por un momento se sintió casi mareado por la alarma. Eso es lo que realmente deberían estar haciendo.

—No soy muy dada a reír—, dijo ella.

—Y por eso,— dijo,—es por lo que tu risa es tan preciosa. No, corrijo eso. Sería igual de precioso si te rieras con frecuencia. ¿Solías hacerlo?

Ella inhaló y exhaló, pero no se había puesto tensa, notó él.

—En otra vida—, dijo. —Me gustan tus amigos.

—No tienen dos células cerebrales entre ellas para frotarse—, dijo con cariño.

—Por supuesto que sí—, dijo. —Podría haber dicho eso de ti si te hubiera visto con ellos. A veces necesitamos amigos con los que simplemente podamos ser tontos. La tontería puede ser.... curativa.

—¿Alguna vez eres tonta con tus amigos?—, le preguntó.

—Sí, a veces.— Podía sentirla sonreír contra el costado de su cuello. —La amistad es algo muy, muy precioso, Percy.

—¿Somos amigos?— ¿De dónde diablos salió esa pregunta infantil? Se sintió tonto.

Levantó la cabeza y le miró a la cara. No estaba sonriendo.

—Oh, creo que podríamos serlo.— Sonaba casi sorprendida. —Pero no lo seremos. No nos conoceremos lo suficiente. Será suficiente que seamos amantes, ¿no? Sólo por un breve período. Eso es todo lo que cualquiera de nosotros quiere. No intentaré aferrarme a ti cuando se acabe, y esa es una promesa muy firme.

Sintió como si alguien hubiera tirado un gran iceberg por la chimenea y apagado el fuego y todo su recuerdo.

Sí, eso era todo lo que cualquiera de ellos quería. Eso era todo lo *que* quería, una relación sexual vigorosa y placentera mientras vivía aquí en un desierto social.

¿Por qué, entonces, estaban sentados en su salón?

Atrajo su cabeza hacia su hombro. —¿Te sorprendería saber,— dijo,—que el contrabando todavía está activo en esta área? ¿Incluso en esta tierra?

Hubo un largo silencio. —No me *sorprendería* mucho—, dijo finalmente, —aunque no sé nada de ello.

—¿Nada de la participación de ninguno de los sirvientes aquí?—, le preguntó. —¿O si su participación es voluntaria o forzada? ¿Nada sobre el uso del sótano en la mansión para guardar contrabando?—

—Oh.— Se detuvo. —*Definitivamente* no es eso. ¿Con la tía Lavinia y la prima Adelaida en la casa? ¿Es *cierto*?

—Tanto las puertas interiores como las exteriores que dan a la mitad del sótano están cerradas con llave, y ambas llaves no están puestas—, le dijo. —Nadie está tratando de encontrarlas, porque aparentemente esa área fue cerrada para mantener la humedad del resto del sótano.

—Oh,— dijo de nuevo. — Pensé, esperaba, que todo había terminado con la muerte de mi suegro e incluso antes de eso cuando me mudé aquí.

—Me han aconsejado —dijo—que lo deje en paz, que haga la vista gorda, que deje las cosas como están y así sucesivamente. El comercio continuará, me han dicho, y nadie está realmente herido por ello.

Se quedó callada. ¿Qué demonios le había inducido a plantear este tema de conversación a una dama, y a algo parecido a la una de la madrugada? Miró el reloj. Eran menos cinco.

—¿Quién *se ve* afectado por ello, Imogen?

—Colin Bains—, dijo ella.

—Sí.

—Era un chico *tan* brillante y ansioso—, le dijo. —Adoraba a Dicky. Tenía *tantas* ganas de venir a la Península con nosotros.

—¿Tu marido se oponía vocalmente al contrabando?—, preguntó.

— Lo estaba —, dijo ella. —Pero no pudo persuadir a su padre de que había algo tan malo

en ello. En la superficie no había y no *hay*. Hay una pequeña pérdida de ingresos para el gobierno y una gran cantidad de disfrute de bienes de lujo de calidad superior, especialmente el brandy de los caballeros, por supuesto. Pero creo que lo que vemos y sabemos es la punta del iceberg, y lo que *no* vemos es feo y vicioso. Incluso la punta visible puede ser desagradable. Recibió amenazas antes de que nos fuéramos.

—¿Bains?

—No, Dicky—, dijo. —Había dos cartas, una amenazando su vida, otra la mía. Estaban escritas con una mano infantil, casi analfabeta, y su padre se rió de ellas. Pero Dicky ya estaba en el proceso de comprar su comisión. Nunca supimos si las amenazas eran serias o no.

Buen Dios. ¿Y si lo hubieran sido? ¿Y si hubieran sido muy serias?

Buen Dios.

—Oh,— dijo ella,—He sido *tan* cobarde. Últimamente no sé nada porque he decidido no hacer preguntas y no mirar por la ventana hasta tarde en las noches oscuras.

Le levantó la barbilla con la mano que tenía sobre los hombros. —Te pido perdón, Imogen—, dijo. — Perdón por plantear este tema contigo. Olvida que lo hice. Sigue sin saber nada. ¿Me lo prometes? *Promesa.*

Asintió después de un momento. —Te lo prometo—, dijo, y él la besó.

—Me siento demasiado perezoso incluso para subir contigo esta noche—, dijo, recostando la cabeza contra un cojín. —¿Alguna vez has hecho el amor en un sofá? Suena como un lugar lógico para hacerlo, ¿no?

—No sería lo suficientemente largo,— dijo,—a menos que fuéramos extraordinariamente bajos.

—¿Te lo muestro?

—Suena... incómodo—, dijo, pero le devolvía la sonrisa.

—Para nada—, dijo. —¿Qué llevas puesto bajo tu bata y camisón?

—Nada—. Sus mejillas se pusieron un poco rosadas.

—Perfecto—, dijo. —Yo, por otro lado, necesito hacer algunos ajustes. Apenas podía dejar la sala principal vestido sólo con mi camisón.

La levantó de su regazo y la dejó a su lado mientras él desabrochaba los botones de su cintura, bajaba la solapa de sus pantalones y abría los pliegues de sus calzoncillos. Y la buscó de nuevo, sus manos yendo por debajo de sus vestiduras para levantarlas y apartarlas del camino. Se puso a horcajadas sobre él, se apoyó sobre sus rodillas, y puso sus manos sobre sus hombros mientras ella se inclinaba un poco hacia atrás y miraba hacia abajo. Ella observó, los dos lo hicieron, mientras él se metía dentro de ella y la empujaba hacia abajo con las manos en las caderas hasta que quedaba totalmente incrustado. Sus músculos se apretaron lentamente alrededor de él.

—Oh—, dijo ella.

Oh, por supuesto. Estaba envuelto en el calor húmedo y en la agonía del pleno deseo.

Él mantuvo un firme agarre en sus caderas y la levantó parcialmente para poder trabajarla

con movimientos ascendentes firmes. Y ella lo montó con un ritmo audaz que se ajustaba al suyo propio, y quería que nunca terminara, y él necesitaba terminarlo *ahora*, y continuaría con él para siempre porque era el sentimiento más exquisito del mundo y ella también lo sentía y ellos debían terminar *ahora*, pero debían prolongar el placer un poco más.

No sabía por cuántos minutos hicieron el amor. No sabía cuál de ellos rompió el ritmo primero. No importaba. Terminaron juntos, y fue como, ah, ese viejo cliché, aunque nunca antes había tenido sentido para él, fue como una pequeña muerte.

Fue.... exquisito. Iba a tener que inventar un vocabulario propio, ya que el idioma inglés era a menudo totalmente inadecuado para sus necesidades.

Cuando volvió más o menos, ella estaba relajada sobre él, sus rodillas abrazando sus costados, su cabeza sobre su hombro, su rostro alejado de él, y dormía. Todavía estaba enterrado en ella, todavía ligeramente palpitante. El gato estaba en el sofá a su lado. Héctor estaba envuelto en uno de sus zapatos.

Nunca se había sentido más relajado en su vida, pensó Percy.

Y nunca tan feliz.

Estaba demasiado relajado incluso para alarmarse ante esa idea.

CAPITULO 19

—¿*Todos los* sirvientes?— dijo Paul Knorr. —¿Dentro y fuera?

—El mayordomo, el administrador principal, el cocinero, el recadero, el mozo principal, el jardinero más humilde y el mozo de cuadra, la criada de Lady Lavinia, las criadas de la cocina—, dijo Percy. —Todos excepto los que traen mis visitantes.

—La cocinera seguramente tendrá algo en el horno a las diez de la mañana—, dijo Knorr con una alegre sonrisa. —Y es una tirana. Tiemblo y me estremezco.

—Si se te acerca con un rodillo,— dijo Percy,—corre rápido.

—¿Alguna vez el Sr. Ratchett se ha aventurado más allá de la habitación del mayordomo?— Preguntó Knorr.

—Lo hará hoy—, le dijo Percy. —Te encargarás de ello, Knorr, siendo tu habitual ser profundamente deferente. Lo haces muy bien. Vete.

Knorr partió para cumplir con su tarea de reunir a todos los que trabajaban dentro de los límites del parque, incluso al ama de llaves de Imogen, incluso a Watkins y Mimms y al cochero de Percy.

Todos se habían dispersado después del desayuno, excepto la Sra. Ferby, que guardaba el fuego en la sala de estar. La madre de Percy había ido con la tía Nora, Lady Lavinia, e Imogen sabía dónde hacer los arreglos sobre flores y música para el baile. La tía Edna, Beth y las gemelas estaban en los establos con Geoffrey, mirando fijamente a los gatito. Meredith se había ido en la calesa de Percy, impulsado por Sidney, a visitar a la Srta. Wenzel y a su hermano, Percy pensó que había habido un poco de atracción mutua entre su prima viuda y el aspirante a pretendiente de Imogen anoche. Arnold estaba explorando la caminata del acantilado con el tío Ernest y sus dos hijos, ellos también tenían la intención de echar un vistazo a la aldea de pescadores. Los tíos Roderick y Ted habían subido por el valle en la dirección opuesta. Todo el mundo fue contabilizado.

—¿Te quedarás en casa por *negocios de la hacienda* Percy?— Arnie había preguntado con una mirada de incredulidad cuando Percy le había explicado por qué no se uniría a la caminata por el acantilado. —Eso es más que un poco alarmante, debo decir.

—¿Te quedas para hablar con *tu mayordomo*, Percy?— El tío Ted había dicho cuando su sobrino rechazó la petición de montar a caballo. —Estoy impresionado, hijo mío. Cumplir treinta años ha hecho maravillas para ti. Tu padre estaría orgulloso.

—Eso espero—, había dicho Percy mansamente.

Había endurecido todos los nervios. Probablemente estaba a punto de hacer algo *totalmente* incorrecto. Pero por una vez estaba decidido a *hacer* algo que había que hacer, incluso si como un idiota debía estar solo contra todo el mundo e incluso si no se podía lograr nada de importancia. Aunque sólo fuera a atacar molinos de viento.

Después de todo, había sido criado para estar solo y hacer siempre lo que creía correcto. No se había dado cuenta de eso antes. No había ido a la escuela, donde, a una edad impresionable, habría aprendido a ser como cualquier otro niño de su clase social. Se había quedado en casa para ser educado y entrenado, y amado, por una serie de adultos de pensamiento recto. Había permanecido bajo la influencia de esa educación a lo largo de sus años universitarios y había sobresalido de sus compañeros como un pulgar dolorido mientras adquiría una excelente educación en el campo que había elegido. Había pasado los últimos diez años más o menos repudiando su pasado y recuperando el tiempo perdido, con intereses. Ahora era como cualquier otro caballero ocioso de su generación, pero aún más.

Pero la educación de uno nunca podría ser borrada del todo. Si pudiera ser así, lo haría alegremente, pues entonces tal vez no sentiría esta repentina insatisfacción con su vida, este ataque de conciencia, este impulso de ir a la cruzada.

Era una idiotez. *Era una* tontería. Puede que se arrepienta, y probablemente se arrepentiría. Pero tal vez era mejor actuar con conciencia y lamentarse que enterrar su cabeza en la arena y dejar de lado su propia vida porque no podía molestarse en vivirla.

Alguien había *organizado* al personal, Percy lo vio tan pronto como entró en el salón de visitas, poco utilizado, en la planta baja. Estaban de pie ante una atención rígida en líneas tan rectas que alguien seguramente había usado una regla larga. Y estaban ordenados estrictamente de acuerdo al rango. Todos los ojos miran hacia adelante. Percy se sentía un poco como un general a punto de inspeccionar sus tropas, el duque de Wellington, quizás.

—Descanso—, dijo, de pie justo al otro lado de la puerta con las manos entrelazadas detrás de él.

Había una relajación infinitesimal de la postura. *Muy* infinitesimal.

—Estoy declarando la guerra—, dijo, y al menos veinte pares de ojos giraron en su dirección, aunque las cabezas pertenecientes a los ojos no hicieron lo mismo, —contra el contrabando.

Los ojos volvieron a mirar hacia adelante. Todos los rostros quedaron en blanco. Ratchett, vio Percy, estaba teniendo dificultades para mantener la columna vertebral recta. De hecho, parecía un arco esperando ser colgado.

—Sr. Knorr—, dijo Percy, —¿podría poner una silla para su superior, por favor? Puede sentarse, Sr. Ratchett.

El mayordomo giró la cabeza y entrecerró los ojos en la oreja izquierda de Percy, pero no protestó cuando Paul Knorr puso una silla detrás de él. Se sentó.

—*No* tengo la intención de reunir un ejército para luchar contra las fuerzas del mal, sin duda se sentirán aliviados de saberlo—, continuó Percy. —Lo que sucede más allá de las fronteras de mi propia tierra no es, al menos por el momento, de mi incumbencia. Y soy consciente de que se necesitaría un ejército muy grande para librar a la tierra completamente del contrabando. Pero terminará dentro de los límites de lo que es mío. Eso incluye la casa, el parque y la granja, e incluso la playa debajo de mi tierra, ya que la única ruta terrestre lejos de la playa es el camino que sube por la cara del acantilado y cruza el parque. Cualquiera que se oponga a mi decisión es bienvenido a cobrar el salario que le debe el Sr. Ratchett o el Sr. Knorr, sin ninguna penalidad, y salir de aquí con sus pertenencias. Todos los que se quedan son mis empleados y vivirán y

trabajarán aquí de acuerdo a mis reglas, ya sea que estén de servicio o no. ¿Hay alguna pregunta?

La pausa que siguió le recordó a Percy la del servicio nupcial cuando los miembros de la congregación eran invitados a reportar cualquier impedimento para el matrimonio del que tenían conocimiento. No esperaba que se rompiera el silencio, y no fue así.

—Si —dijo—hay algún objeto de contrabando en mi tierra en este momento, en el sótano de esta casa, dejaré que pasen dos días, hoy y mañana, para que puedan ser retirados. Después de eso, no habrá más, y espero que el Sr. Ratchett o el Sr. Crutchley o la Sra. Attlee estén en posesión de las dos llaves de la habitación cerrada del sótano: las llaves interiores y las exteriores. Si se pierden después de los dos días, entonces las cerraduras serán forzadas y se instalarán nuevas cerraduras, y yo mismo me quedaré con un juego de las nuevas llaves.

Una sirvienta, la sordomuda, tenía la cabeza ligeramente girada y los ojos fijos en los labios de él, notó Percy por primera vez. Caminó por el centro de las líneas, mirando primero hacia un lado y luego hacia el otro. Se sintió más marcial que nunca.

—Cualquiera que tema represalias —dijo, deteniéndose y mirando fijamente a la cara del mozo de cuadra al lado de Colin Bains, un muchacho pelirrojo con pecas de la mitad del tamaño de un pedo-, —hablará con el Sr. Knorr o conmigo.

Ese fue un punto difícil, en realidad. Cualquiera que temiera cómo reaccionaría la pandilla ante su retirada del comercio difícilmente presentaría una queja pública y llamaría aún más la atención sobre sí mismo. ¿Estarían *todos* en peligro de represalias? Era un riesgo que había decidido correr.

—Hablaré abiertamente de esto donde quiera que vaya en los próximos días—, dijo Percy, regresando a su lugar junto a la puerta y dejando que sus ojos se muevan de cara a cara a lo largo de las filas. No había absolutamente nada que leer en ninguno de ellos. —Me aseguraré de que se entienda claramente que esta es *mi* regla y que todos mis empleados deben vivir de acuerdo con ella o perder su puesto. ¿Hay alguna pregunta?

—Sr. Crutchley —dijo cuando nadie habló—, usted enviará a los sirvientes para que se ocupen de sus asuntos, por favor. James Mawgan, te veré en la biblioteca tan pronto como te despachen.

La cara del jardinero en jefe se giró en una aguda sorpresa y se quedó casi instantáneamente en blanco de nuevo.

La sala de la mañana que le parecía más bien una biblioteca estaba desocupada por cualquier ser humano, Percy se alegró de descubrirlo. Sin embargo, estaba ocupada por los restos de la casa de fieras. El bulldog - ¿Bruce? - había reclamado el hogar, y estaba flanqueado por sus cohortes habituales, dos de los gatos. El nuevo estaba al lado de la carbonera, limpiando sus patas con la lengua. Héctor se sentó erguido y alerta junto a la silla que Percy solía ocupar. No se acobardaba ni se escondía, un hecho interesante. Los otros dos perros -el largo y el corto-habían sido llevados ayer a la casa de Kramer, donde aparentemente se les había dado una efusiva bienvenida y un gran tazón de sabrosas golosinas para cada uno. Todos los gatitos de Fluff ya estaban comprometidos, aunque aún no iban a dejar a su madre por un tiempo.

Percy se preguntó si acababa de poner al gato entre las palomas, o si había pisado un avispero, o despertado a un perro dormido, o si hizo lo que hubiera sido mejor para él no hacer. El tiempo lo dirá.

—Pase—, llamó cuando alguien golpeó la puerta.

Mawgan entró, cerró la puerta tras él y se puso de pie con los brazos colgando a los costados y la mirada fija en la alfombra a dos pies delante de él.

—¿Fuiste el último ordenanza del vizconde Barclay durante casi dos años, Mawgan?— Percy dijo.

—Sí, mi señor.

—¿No te gustó la vida de un pescador?— preguntó Percy.

—No me importaba—, dijo Mawgan.

—¿Cómo surgió, entonces? ¿No tenía Barclay un ayudante de cámara?— Seguramente habría sido la elección obvia para el puesto de ordenanza. Podría haber sido un anciano, por supuesto, pero era poco probable cuando el propio Barclay había sido un hombre muy joven.

—Murió, mi señor.

—¿El ayudante de cámara?

—Se ahogó—, explicó Mawgan. —Tenía un día libre y quería salir a pescar en el barco de mi padre. Se cayó. No sabía nadar. Salté y traté de salvarlo, pero él luchó conmigo con pánico y nos metimos debajo del bote y me golpearon en la cabeza. Alguien me sacó, pero no me recuperé hasta dos días después. No lo logró, pobre desgraciado, le ruego que me perdone, mi señor.

Percy lo miró fijamente. Mawgan no había cambiado de postura en absoluto. Todavía estaba mirando la alfombra.

—Tu nombramiento fue una especie de recompensa, entonces, por tratar de salvar la vida del valet—, preguntó. —Usted es el sobrino nieto del Sr. Ratchett, creo.

—Creo que él habló por mí, mi señor—, dijo Mawgan, —después de que Bains no dejara ir a su hijo—. Pero su señoría visito nuestra casa para verme después de que yo llegara, y me pregunto.

—¿Lo vio a él y a la vizcondesa capturados por un grupo de exploradores franceses?— preguntó Percy.

—Lo hice, mi señor—, dijo Mawgan. —No había nada que pudiera hacer para detenerlo. Eran seis, y ni siquiera tenía mi mosquete conmigo. Hubiera sido un suicidio si lo hubiera intentado. Pensé que lo mejor era volver al regimiento lo antes posible y buscar ayuda. Pero era un largo camino y me perdí en las colinas por la noche. Me llevó más de un día.

—Usted supuso, ¿verdad?—, preguntó Percy,—que ambos habían sido asesinados.

—Obviamente no eran franceses—, dijo Mawgan, —y su señoría no llevaba uniforme y no tenía nada que demostrara que fuera un oficial. Pensé que estaban muertos. Me habría quedado en la Península si hubiera creído que había esperanza. Pero ni siquiera se me permitió ir con el grupo que los buscaba. Como buscar una aguja en un pajar, eso era, pero quería ir de todas formas. Hubiera sido algo que hacer. Es lo peor de todo no tener nada que hacer.

Y sin embargo, Percy pensó, su jardinero jefe parecía estar haciendo una carrera haciendo precisamente eso. —Y así volviste a casa—, dijo.

—Ojalá me hubiera quedado, mi señor—, le aseguró Mawgan. —Me sentí tan mal cuando

supe que su señoría aún estaba viva y que había sido liberada y toda fuera de sí. Podría haber sido un consuelo para ella, una cara familiar.

...toda fuera de sí.

¡Imogen!

—Gracias—, dijo Percy enérgicamente. —Ojalá hubiera conocido al vizconde Barclay. Era un primo lejano mío y un hombre valiente. Un héroe. Tuviste el privilegio de conocerlo y servirlo—.

—Lo estaba, mi señor—, estuvo de acuerdo el hombre.

—¿Qué sabes de este negocio de contrabando?— preguntó Percy.

—Oh, no sé nada—, le aseguró Mawgan. —Y no me sorprendería, mi señor, si no hay nada que saber. Creo que alguien le ha estado contando mentiras para hacerle creer que hay contrabando aquí. Antes, tal vez, pero no ahora. Sé que la mayoría de los sirvientes no me dicen nada porque soy el jardinero jefe, pero habría captado algunos susurros. No he oído nada.

Percy sabía mucho sobre negaciones dobles. Parte de su conocimiento había entrado en su persona a través del bastón de uno de sus tutores a través de su trasero, aunque la mayor parte había entrado por la puerta principal de su cerebro. *No sé,* probablemente nada era la verdad exacta. Pero a falta de aplicar agujas calientes en las uñas de Mawgan, no había más información que recopilar, entendió. Sólo quería ser muy claro al respecto. Suspiró en voz alta.

—Tal vez tengas razón—, dijo. —Sin embargo, es mejor que todo el mundo entienda mi posición. ¿Mantendrás los oídos alerta, Mawgan? Y hazme saber si sabes algo. Has sido un servidor leal, puedo ver.

—Ciertamente lo haré, mi señor—, dijo Mawgan, —aunque no espero que no haya nada que contar. Aquí hay buena gente. Mi tío abuelo siempre lo ha dicho y lo he visto por mí mismo.

—Gracias—, dijo Percy. —No te entretendré más en tus ocupados deberes.

Mawgan se echó para atrás sin mirar hacia arriba.

Percy sentía frío a pesar de estar de espaldas al fuego. Barclay había recibido dos cartas amenazantes antes de ir a la Península. Su ayudante de cámara, que seguramente lo habría acompañado como su bateador, había muerto accidentalmente en un accidente de navegación. Bains, que había suplicado ir en su lugar, había sido considerado por su padre demasiado joven, aunque catorce años no era realmente *muy* joven para ser un niño. Mawgan había sido nombrado por una combinación de heroísmo en una causa perdida y la influencia de Ratchett, que era el tío de su madre. Mawgan había estado convenientemente fuera del camino -sin su mosquete-cuando el grupo de exploradores franceses se apoderó de Barclay e Imogen. Luego se perdió cuando volvía en busca de ayuda. Cuando volvió a casa, le dieron el puesto de jardinero jefe.

No había nada siniestro en ninguno de esos detalles, excepto las cartas amenazantes. Incluso cuando uno lo juntaba a todo, no había nada convincente, nada que no pudiera ser objeto de risa por parte de ningún tribunal del país.

... cuando supe que su señoría seguía viva y que había sido liberada y traída a casa como si estuviera loca.

En el fondo se sentía como si se hubiera caído el estómago de Percy ante las palabras

recordadas.

A Imogen se le ha *ido la cabeza.* Viviendo un tiempo en la casa de su hermano sin poder dormir, comer o salir de su habitación. Vivió durante tres años en el Penderris Hall hasta que se transformó en una dama de mármol y pudo hacer frente de nuevo al mundo exterior desde dentro de su rígido escudo.

Y entonces, Imogen se rió y se acurrucó en sus brazos. Durmiendo con su cabeza sobre su hombro y refunfuñando incoherentemente cuando la despertó.

... como si estuviera loca.

El amor, pensó casi con maldad, era la cosa más maldita, y había sido sabio al evitarlo todos estos años. *No* el tipo de amor que sentía por su familia, sino el que escribieron los grandes poetas. Euforia por un minuto, si es así, y la más negra desesperación por una eternidad después.

Pero, ¿ cómo se desamoraba?

Amaba a Imogen Hayes, la vizcondesa Barclay, tanto que casi la odiaba.

Y deja que su mente resuelva *eso* si se atreve.

Tenía que verla.

Pero primero...

****

Imogen debería haber estado leyendo o haciendo ganchillo o escribiendo una carta. Por lo menos debería haber estado sentada erguida en su silla como una dama, con la espalda recta, como se le había enseñado a sentarse cuando era niña. En cambio, se dejó caer en una de las sillas junto al fuego, con la espalda en un arco elegante, las piernas estiradas frente a ella y cruzadas por los tobillos. Su cabeza estaba acurrucada en un cojín. Blossom estaba acurrucada en su regazo e Imogen tenía una mano enterrada en la piel del gato. Estaba entrando y saliendo de la consciencia. No había dormido mucho anoche ni las dos noches anteriores, sus labios se curvaron hasta convertirse en una sonrisa ante la recordada razón de ello, y había sido una mañana larga y ajetreada. Ahora era por la tarde y tenía la intención de relajarse. Esperaba, y aguardaba, otra noche de poco sueño esta noche.

Se estaba quedando dormida cuando algo sólido se interpuso entre ella y el calor del fuego y una sombra obstruyó su luz. Al mismo tiempo su sueño incoherente se hizo fragante con un olor familiar y sonrió con una de sus sonrisas petulantes. Blossom ronroneada. Imogen hizo un sonido que era muy similar.

—Bella Durmiente—, murmuró la fragante sombra, y luego sus labios fueron claros y cálidos y se abrieron sobre los de ella y se adentró más en su sueño.

—Mmm.— Le sonrió y le levantó las manos a los hombros.

Sus piernas estaban a ambos lados de las de ella, sus manos apoyadas en los brazos de la silla, su cara a pocos centímetros. Se veía grande, amenazante y precioso. Olía delicioso.

—*No* usé la llave—, le aseguró. —Tu ama de llaves me dejó entrar de forma muy

respetable, aunque parecía una ciruela pasa. Será mejor que no esté sola aquí contigo por mucho tiempo. Se te ocurrirá algo.

Blossom saltó de su regazo, despectivamente cerca de Héctor, y Héctor ladró una vez bruscamente, enseñó los dientes, gruñó y luego volvió a ladrar. El gato se cruzó a la otra silla con una prisa bastante desgarbada.

—Dios mío—, dijo Imogen. —Es la primera vez que oigo la voz de Héctor.

—Lo estoy entrenando para que sea feroz—, dijo Percy, enderezándose.

—Lo que le *estás* enseñando a hacer,— dijo ella, —es tener algo de confianza en sí mismo.

—Ven a la playa conmigo—, dijo.

Imogen levantó las cejas mientras se sentaba. —¿Es una petición, Lord Hardford, o una orden?

—Una orden—, dijo. —¿Por favor? Te necesito.

Lo miró de cerca. Se veía sombrío en la boca. Se puso en pie y fue a buscar su capa y su sombrero y se puso zapatos adecuados para caminar sobre la arena.

Había varias campanillas floreciendo en su jardín, y un grupo de prímulas comenzaba a revivir en un rincón. No se detuvo ni para mirarlas ni para llamar la atención sobre ellas. Abrió el camino a través de la puerta.

—¿No estás con ninguno de tus invitados esta tarde?—, preguntó, aunque la respuesta era perfectamente obvia.

—Todos los mayores de cuarenta años se han cansado esta mañana—, dijo, —y están dispuestos de diversas maneras en la casa con actividades sedentarias. Los más jóvenes se han ido en un grupo con el joven Soames y sus hermanas para echar un vistazo a un castillo en ruinas al otro lado del valle. Se dice que es pintoresco, y me atrevo a decir que lo es.

—¿Y elegiste arrastrarme hasta la playa en vez de ir con ellos?—, dijo.

No respondió. Y estaba interesada en notar que cuando llegaron al sendero que bajaba a la playa, él se giró hacia él sin dudarlo y se abrió paso con pasos audaces y casi temerarios. Sentía que había una gran cantidad de energía desatada dentro de él. Tal vez una energía de *enojo.*

No se entrometería, decidió. Podría explotar antes de que estuviera listo para hacer algo más constructivo con él. Quizás, a pesar de sus palabras y su beso cuando se encontró con ella dormida hace un rato, estaba arrepintiéndose de su aventura. Quizás no sabía cómo decirle que todo había terminado.

Oh, por favor, por favor, que no sea eso. Todavía no. Todavía no.

Se giró y la levantó de la roca sobre la playa sin esperar a que se moviera a la última sección corta del camino y descendiera por su cuenta. La dejó en el suelo y la miró severamente, con las manos en la cintura.

—No mencionaste al ayuda de cámara —, dijo.

Esperó una explicación. Ninguna llegó, solo una mirada acusadora. —¿El ayuda de cámara?— Levantó las cejas.

—De tu marido—, dijo.

La comprensión la ilumino. —¿Sr. Cooper? Fue una tragedia terrible. Se ahogó.

—Él habría sido el ordenanza de tu marido—, dijo.

— Estaba ansioso por eso —, le dijo, —aunque Dicky se ofreció a liberarlo y a darle una buena recomendación si prefería quedarse y buscar un nuevo puesto. Fue terriblemente triste. Sólo tenía veinticinco años.

—Y entonces Bains se ofreció a ir en su lugar—, dijo.

—Sí—, dijo. —Dicky le tenía mucho cariño, y estaba muy ansioso por ir. Nos sorprendió que su padre no estuviera de acuerdo. Esperábamos que lo viera como una gran oportunidad para su hijo. Pero supongo que quería mantenerlo en casa, donde estaría a salvo.

—Y así fue Mawgan—, dijo. —Arriesgó su propia vida tratando de salvar la del ayuda de cámara.

—Sí, creo que lo intentó—, dijo ella. —Pero no fue sólo eso. El Sr. Ratchett tuvo unas palabras con mi suegro y con mi marido, y Dicky necesitaba un ordenanza a toda prisa.

—¿ Fue una elección renuente?—, preguntó.

—No particularmente—. Ella frunció el ceño. —No lo conocíamos del todo bien y no había tiempo para conocerlo antes de que todos navegáramos. Pero Dicky nunca se quejó de él. Estaba un poco... hosco. O quizás esa es una palabra demasiado dura. Era reticente.

¿De qué se trataba todo esto?

—Fui a visitar al padre de Bains esta mañana—, dijo. Todavía la sostenía por la cintura y seguía frunciendo el ceño.

—Oh, pero él murió,— dijo ella,—no mucho antes de Navidad. Hice un pastel y se lo llevé a la Sra. Bains porque a Dicky, y a mí, siempre nos ha gustado Colin. Aún estaba en la casa de la Viuda, así que debió ser antes de que el techo volara.

—Bains Senior estaba encantado de orgullo y alegría, o con palabras a ese efecto, cuando supo por primera vez que el vizconde Barclay había decidido llevar a su hijo a la Península con él como su ordenanza—, dijo.

Imogen le frunció el ceño y agitó lentamente la cabeza. —¿Eso es lo que te dijo la Sra. Bains?

—Y entonces, de repente, sin razón aparente, cambió de opinión—, dijo Percy. —Y se mantuvo firme. Las montañas no lo habrían movido. Tampoco lo harían las súplicas e incluso las lágrimas de su hijo. No daría ninguna razón, ni entonces ni nunca.

—¿Qué?— Su ceño fruncido se había profundizado.

La soltó repentinamente y se volvió para mirar la cara del acantilado en el lado oeste del camino. Ahora se veía más que sombrío. Parecía granito.

—Voy a subir—, dijo.

No habían dado ni un paso por la playa después de venir hasta aquí. Tampoco Héctor. Estaba sentado a sus pies.

—Muy bien—, dijo ella. Su mente se sentía un poco confundida. Había habido un número de hilos en su conversación durante los últimos minutos, hilos aparentemente aleatorios que sin embargo deberían conectarse de alguna manera en un tejido y un patrón, sintió ella. Pero no había hecho las conexiones todavía. O tal vez tenía miedo de esforzarse demasiado.

—Quiero decir allá arriba—, dijo, señalando a la izquierda del camino hacia la playa.

—¿Por la pared del acantilado?—, le preguntó. —¿Vas a *escalar*?

—Lo voy hacer—, dijo, y se quitó el sombrero y lo tiró a la arena. Sus guantes y su abrigo le siguieron y luego su pañuelo y su corbata - y su chaqueta. No era un día particularmente frío, pero tampoco era un día cálido para estar de pie en la playa en mangas de camisa y chaleco.

—¿Pero por qué?—, preguntó. —Tienes miedo de los acantilados.—

—Precisamente por eso.

Y se alejó de ella.

CAPITULO 20

Era lo que había pensado desde el momento en que vio a sus primos y amigos en su excursión de la tarde. Se habían sentido decepcionados porque no iba a ir con ellos, y sus amigos se habían quedado totalmente perplejos.

Percy sabía que iba a escalar los acantilados. No sabía porque no se había alejado para hacer la estúpida hazaña solo. ¿Por qué arrastrar a Imogen con él? ¿Para rescatarlo si se atascaba o para ir a buscar ayuda? ¿Para mirar y admirar mientras desafiaba a la muerte en una aventura tan atrevida? ¿Para recoger los pedazos si se caía? Más vale que *no se cayera*. No necesitaba ese recuerdo para añadirlo a todos los demás.

Había elegido lo que parecía una ruta escalable hacia la cima mientras estaba de pie junto a ella, y se dirigió hacia la base de la misma. Se dio cuenta de que había escogido una subida que no estaba demasiado lejos del camino, siendo la idea inconsciente que si llegaba a un punto en el que no había un camino factible hacia arriba, no tendría que encontrar su camino de vuelta hacia abajo, Dios no lo quiera, sino que podría bordear hacia un lado y caminar el resto del camino hacia la cima.

Miró hacia abajo cuando probablemente no era mucho más que su propia altura sobre la playa y decidió en el instante en que no *lo* volvería a hacer. Tampoco levantó la vista, excepto a su siguiente mano y punto de apoyo. Descubrió que la escalada era como otras muchas actividades concentradas. Era una cuestión de momento a momento: no mires hacia adelante, no mires hacia atrás, concéntrate en lo que hay que hacer ahora.

El terror comenzó en su mente, luego envolvió su corazón y lo puso a bombear y golpear a través de su pecho y hacia arriba en sus oídos y su cabeza, y luego se instaló en cada hueso, músculo y nervio que terminaba en su cuerpo. En un momento dado, era todo pinchazos. En otra estaba tan débil que se sentía como un bebé recién nacido. Todo en él gritaba para que se detuviera mientras estaba a salvo. Excepto que nunca había estado más lejos de estar seguro en su vida y detenerse estaba fuera de discusión. Si se detenía, no se volvería a mover nunca más, no hasta que su tutor y un barquero para sacarlo del acantilado y llevarlo hasta el bote.

Había un viento que no había notado cuando salió de la casa o cuando bajó por el camino a la playa. Rugía sobre su cabeza y sus pies ante lo que seguramente debe ser la fuerza del huracán. Las rocas a las que se aferraba estaban cubiertas de hielo, y el sol le horneaba la espalda y la parte superior de la cabeza. Y tales imaginaciones significaban que se estaba volviendo loco, lo que podría ser el mejor lugar para estar en este momento. Mucho mejor si él también pudiera salir de su cuerpo.

Escalar. No pienses. Escalar. No te detengas. No te preguntes hasta dónde has llegado. Escalar. No te preguntes hasta dónde hay que llegar. No te preguntes dónde está Imogen. No te preguntes si ese ayuda de cámara fue asesinado. Deja de pensar y sube. No te preguntes si el padre de Bains fue amenazado e intimidado. No pienses. No te detengas. No te preguntes si Barclay fue atraído a su muerte y si Imogen se había escapado por los pelos. Escalar. No te

detengas.

En un momento dado, miró hacia abajo sin darse cuenta. Sabía que el mar no estaba directamente debajo de él, la marea no llegaba tan lejos. Sin embargo, el mar era todo lo que veía, gris y entrecortado y muy lejos, muy por debajo del huracán que rugía a sus pies. Desearía haberse quitado el chaleco. Deseaba que todos los huesos de sus rodillas no hubiesen emigrado a otra parte. Esperaba como el diablo, no llegara a la cima con los calzones mojados. Esperaba como mil demonios, llegar a la cima.

Escalar. No te detengas. Escalar.

Debería haberse puesto sus otras botas.

Un par de veces estuvo atrapado en un lugar aparentemente sin otro lugar a donde ir. Cada vez encontraba una manera. La tercera vez que sucedió, se asustó mucho de lo que quedaba. No había nada sobre él. No había otro lugar a donde ir a pesar de que tanteo con una mano para encontrar roca sólida. Se arrastró por una superficie horizontal, aun mirando, y algo cayó sobre su espalda ¿una mano?

—No vuelvas a hacer eso nunca más—, dijo una voz temblorosa, y por un momento la confundió con la voz de un ángel y pensó que tal vez se arrastraba sobre su vientre hacia las puertas del cielo. —*Nunca,* ¿me oyes? Podrías *matarte*.

—Eso sería un poco vergonzoso—, le dijo a la hierba en la cima del acantilado estaba agarrando dos puños de ella, —cuando parece que sobreviví a la pared del acantilado.

Rodó sobre su espalda, y ella se arrodilló a su lado, y de alguna manera, por alguna estúpida razón, ambos se estaban riendo. La envolvió con sus brazos, que parecían de gelatina, y la atrajo sobre él mientras resoplaban y temblaban de alegría.

Por Júpiter, lo había hecho.

—¡Por Júpiter, lo he hecho!

—¿Por qué?—, preguntó, poniéndose de rodillas de nuevo.

Dos ojos saltones, mirándolo fijamente desde el otro lado, le hicieron la misma pregunta.

—Tengo algunos dragones que matar—, explicó. —Pero primero tuve que matar al que tenía a mi espalda.

Sacudió la cabeza e hizo una mueca y dijo, pero no dijo lo que obviamente *quería* decir. Héctor sólo miró.

—Percy—, dijo entonces,—debes estar congelado.

—*¿Congelado?*—, dijo. —¿Estás segura de que alguien no ha echado más carbón al sol?

Miró hacia arriba y sonrió. —¿Qué sol?

Señor, pero le encantaba ver su sonrisa. Se alegró de haber sobrevivido sólo para verlo.

Las nubes se extendían ininterrumpidamente de horizonte a horizonte. No hay sol. ¿Y qué había pasado con el huracán?

—*¿Qué* dragones?—, le preguntó. Sus manos estaban muy apretadas en su regazo.

—He convocado una reunión de personal esta mañana—, le dijo.

—Sí. La Sra. Primrose me lo dijo,— dijo,—aunque no me dijo de qué se trataba. Sólo decía que eran negocios. *¿Tú* los llamaste?

—Dejé claro,— dijo,—que mi tierra y la playa aquí abajo están ahora y para siempre fuera de los límites del contrabando, y que ningún empleado mío estará involucrado de ninguna manera en el comercio. He permitido un par de días para cualquier renuncia voluntaria y para la erradicación de cualquier mercancía ilegal de la casa y de los terrenos mientras miro atentamente hacia otro lado. Todos me han aconsejado que haga la vista gorda, pero no lo he hecho.

Lo miró fijamente durante varios momentos de silencio antes de inclinarse sobre él y besarlo en los labios. —Cuando te conocí por primera vez —le dijo—, te habría dicho que eras tan diferente de Dicky en todos los aspectos imaginables como es humanamente posible serlo. Habría estado equivocada.

No era la mejor sensación en el mundo que un hombre fuera comparado con el marido muerto de su amante, aunque fuera una comparación favorable, especialmente entonces, de hecho.

Pero sus ojos brillaban con lágrimas sin derramar.

—Eso es *exactamente* lo que él habría hecho—, dijo. — Eres un tonto, Percy.

Tampoco era bueno que tu amante te llamara tonto.

—Yo...— Ella apretó los labios y regresó a la posición vertical. —Te *honro*.

¿Yo te amo? ¿Era eso lo que ella se había abstenido de decir justo a tiempo?

Le cubrió las manos en el regazo con una de las suyas.

—Soy un poco tonto en realidad—, dijo. —Habiendo conquistado las alturas imposibles, ahora tengo que volver por el camino para subir mis pertenencias.

—Ahí—. Señaló hacia atrás, y vio sus dos abrigos, su sombrero, su corbata y su pañuelo. Incluso estaban bien doblados y apilados. —¿Cómo es posible que andes por ahí con todo eso puesto, Percy? Pesan una *tonelada*.

—Porque soy fuerte. Un *hombre* de verdad, de hecho.— Él le sonrió. —Sabía que la mujercita los llevaría por mí.

Cogió el puño de ella antes de que golpeara contra su hombro y se lo llevó a los labios. —Lo siento, Imogen—, dijo. —Lo siento por todo esto. Probablemente tenías otros planes más agradables para esta tarde.

—No—, dijo. —Me he dado tiempo libre para esto, y tengo la intención de disfrutar cada momento que se ofrezca.

Se mordió el labio inferior, reclamó su mano y se puso de pie.

¿Tiempo libre? ¿De qué? ¿Su existencia de mármol?

Tengo la intención de disfrutar cada momento que se ofrezca. Como si hubiera un límite de tiempo.

Como si lo hubiera. Eso había sido claramente acordado entre ellos. Se había puesto uno para sí mismo. Tenía la intención de salir de aquí poco después del baile, probablemente para no volver nunca. Iba a su reunión con el grupo del Club de los Supervivientes.

¿Estaba él también simplemente tomando tiempo libre, entonces? ¿De qué, sin embargo? ¿Su existencia sin sentido? ¿Iba a volver a hacer travesuras, retos y amantes y a aparecer de vez en cuando en la Cámara como un golpe para su conciencia?

—Esta noche,— dijo,—me aseguraré de venir con suficiente energía para subir las escaleras hasta tu cama. Y lo aprovecharemos al máximo, Imogen, durante horas y horas. Prepárate.

—Oh, lo estaré—, dijo, pero no lo miró. Estaba ocupada poniéndose los guantes mientras él se levantaba.

Y de pie, por supuesto, quedo a la vista de la casa sobre los arbustos y sobre el césped. No sería suficiente tomarla en sus brazos y besarla. Todos los parientes mayores, así como los sirvientes más variados, bien podrían estar alineados en las ventanas mirando hacia el mar.

Sus piernas aún se sentían decididamente inestables, y una mirada a la larga caída no muy lejos de sus pies le aseguró que aún tenía un miedo muy saludable de acercarse demasiado al borde. Pero por Júpiter, había subido.

Caminaron de regreso a la casa de la Viuda sin hablar, y él tomó su mano cuando estaban a cada lado de la puerta y la apretó sin levantarla a sus labios. No había olvidado la mirada en la cara de su ama de llaves cuando le abrió la puerta antes.

Temía haber entrado en un nido de avispas esta mañana.

—Hasta luego—, dijo.

—Sí.

Se alejó por el césped sin mirar atrás.

****

Para su vergüenza, Imogen se levantó casi una hora más tarde de lo habitual a la mañana siguiente. Tenía la intención de entrar en el pueblo e invitar a algunas personas, incluyendo a Tilly y Elizabeth. Fue maravillosamente bendecida, se dio cuenta, de tener dos amigas tan cercanas, cercanas en mente y temperamento, así como en edad.

Iba a necesitarlas en un futuro previsible.

Pero no pensaría en eso todavía. Se estiró lujosamente y giró la cabeza hacia la almohada junto a la suya. No, no se había equivocado. *Había* dejado algo del olor de su colonia.

Había llegado justo antes de medianoche y no se marchó hasta bien pasadas las cuatro y media. Y, como él había prometido, la había mantenido muy ocupada durante las horas intermedias, con sólo breves descansos para relajarse y dormir. Habían hecho el amor cuatro veces distintas. Pero hacer el amor con Percy, como estaba descubriendo, consistía no sólo en la unión de sus cuerpos y la actividad enérgica que seguía. También se trataba de hablar, a menudo sin sentido, y reír y tocar y besar y rodar y, ¡sí!, tirándose almohadas unos a otros y olvidándose de la reserva, el decoro y la dignidad de los adultos. Se trataba de un juego sexual que precedía a la penetración. Pero había aprendido a dar lo mejor que podía en *ese* aspecto de hacer el amor. Si él podía hacer que ella le rogara, y podía, entonces ella podía hacer que él también le rogara. Oh,

sí, podría.

¡Y la unión de sus cuerpos! Ah, no había nada más maravilloso en esta vida después de largos juegos sexuales. Y los ritmos duros de hacer el amor, y los sonidos rítmicos de la humedad y la respiración dificultosa, y la construcción gradual de la tensión y la excitación. Y la liberación al final de todo esto, el momento más maravilloso de todos, y el más triste, porque después de ese momento, venia la conciencia gradual de la separación incluso mientras aún estaban unidos, el conocimiento de que eran dos.

Pero también sabía que aún les quedaba algo de tiempo, más de una semana.

Se había ido después de sentarse, completamente vestido, a un lado de la cama y besarla lenta y minuciosamente, como si las horas anteriores no hubieran sido suficientes, nunca serían suficientes.

—Esta noche—, había murmurado contra sus labios, —y mañana por la noche y...

Entonces se echó a reír, porque Héctor había estado mirando por encima del costado de la cama, con la barbilla sobre las sábanas y los ojos saltones. Era un perro tan feo y adorable.

Les había escuchado salir, al sonido de la llave girando la cerradura, y se había complacido en su habitual llanto antes de quedarse tan profundamente dormida que ni siquiera podía recordar si había soñado.

Y ahora se despertó tarde, aunque realmente no importaba.

La Sra. Primrose trajo su desayuno al comedor en cuanto bajó.

—Hizo bien en dormir hasta tarde, mi señora—, dijo mientras servía el café de Imogen. —Es un día desagradable y deprimente.

Lo era. Imogen no se había dado cuenta. Había lluvia en las ventanas, e incluso el viento las hacía temblar. El cielo de más allá estaba plomizo.

—Al menos,— dijo,—no tenemos que correr arriba con todos los cubos para atrapar las gotas.

Agitó su café y dirigió su atención a las cartas al lado de su plato. Una era de George, Duque de Stanbrook, reconoció su escritura. Otra era de Elizabeth, una invitación, probablemente, a algún entretenimiento que incluía a todos los invitados de la mansión. Elizabeth había hablado de ello en la reunión de su club de lectura. La otra carta fue escrita por una mano torpe e infantil. ¿Una de sus sobrinas o sobrinos, quizás? No había ocurrido antes. Rompió el sello de esa primero por curiosidad.

Era una mano totalmente sin tutores, una mezcla desordenada de letras mayúsculas y minúsculas, algunas grandes, otras pequeñas, otras apretadas, otras en forma de bucle. ¿Quién demonios...?

Le dirás a ese amante tuyo que se aleje de aquí y manténgase alejado, se lee, *o usted puede acabar con daño, milady. Esta es una advertencia muy amigable. Presta atención.*

No había firma.

Imogen sostenía el papel con ambas manos, ambas palpitando con alfileres y agujas. Debería haberlo entendido en cuanto vio el exterior. Habían pasado más de diez años, pero debería haberse dado cuenta de todos modos. Si no se equivocaba, la misma persona que había

escrito las cartas amenazantes a Dicky y a ella misma antes de irse a la Península había escrito esta.

Oh, Percy, pensó, *¿qué has empezado?*

Imogen había aprendido mucho sobre el autocontrol y la contención durante los últimos ocho años. No abrió sus otras cartas, pero sí se comió una ronda entera de tostadas y se bebió su café antes de doblar su servilleta y dejarla ordenadamente al lado de su plato y ponerse de pie.

—Iré a la mansión esta mañana—, le dijo a su ama de llaves. —Puedes dejar que el fuego se apague en la sala de estar.

—Tome su paraguas, mi señora—, le aconsejó la Sra. Primrose,—si puede evitar que se vuelva al revés.

****

Percy estaba en la sala de estar, al igual que casi todos los demás, excepto las señoras mayores, que estaban en su reunión en la sala de la mañana. Percy estaba ideando un torneo que incluía, entre otras cosas, juegos de cartas, billar, lanzamiento de dardos y una búsqueda del tesoro. Todo el mundo estaba de buen humor a pesar de la lluvia que azotaba las ventanas. Todo el mundo, al parecer, le sonrió a Imogen.

—Llega justo a tiempo para unirse a nosotros, Lady Barclay—, le dijo el vizconde Marwood. —Puedes estar en mi equipo. Eso nos dará un jugador más que el otro equipo, pero los otros tienen a Percy, que realmente cuenta por dos cuando se trata de partidos. ¿Eres buena con los dardos? Puedes eliminar a uno o dos de nuestros enemigos, si quieres, siempre y cuando no hagas ningún daño permanente, supongo. Eso podría molestar a las otras damas.

Y lo más extraño fue que se unió, aunque el concurso duró mucho más de lo que ella esperaba. De hecho, incluso hubo una pausa a mitad de camino para el almuerzo, que se suponía que duraría una hora y media.

Todo el mundo se divertía, incluso los caballeros mayores. E incluso la prima Adelaida, que no participó, se veía menos malhumorada de lo habitual, aunque se quejaba de que muchas de las actividades se estaban llevando a cabo más allá de las puertas de la sala de estar.

Los gatos corrían por todas partes. Bruce no se movió de la alfombra. Héctor se sentó junto a la silla vacía de Percy, golpeando su cola ante cualquier señal de acción.

Era todo lo que *debería* ser una fiesta familiar, pensó Imogen. Las gemelas se pelearon entre sí al menos media docena de veces, aunque formaban parte del mismo equipo. Leonard Herriott acusó a su hermano de hacer trampas durante la búsqueda del tesoro y se encontró en el extremo equivocado de una réplica abrasadora antes de que su padre interviniera para restaurar el orden y recordarles que había damas presentes. Pero la buena naturaleza y la risa prevalecieron cada vez, así como un espíritu muy competitivo, hasta que finalmente todos completaron todas las actividades y los resultados fueron sumados por un comité de dos personas, una por equipo, y se descubrió que el equipo de Percy había ganado por un margen muy pequeño.

Los abucheos de los perdedores se mezclaron con los aplausos de los ganadores, y la tía

Lavinia llamó para el té, ya que la reunión de damas había llegado a su fin hacía mucho tiempo.

—Lord Hardford—, dijo Imogen,—¿puedo hablar en privado contigo?

Quizás no era la mejor forma de hacerlo, se dio cuenta demasiado tarde. Parecía sorprendido ¿ y quizás un poco molesto? y todos los demás también parecían un poco sorprendidos. Imogen se estremeció un poco al ver que el Sr. Welby guiñaba el ojo al vizconde Marwood.

—Es una cuestión de negocios—, añadió.

—Por supuesto, prima.— inició el camino hacia la puerta y la abrió para que la atravesara. La precedió a la habitación de la mañana y la siguió dentro antes de cerrar la puerta tras ellos.

Parecía un poco sombrío, pensó mientras se volvía hacia él.

—¿Qué pasa?—, preguntó.

Tomó la carta de un bolsillo de su vestido y se la entregó.

La abrió y la miró fijamente, y luego dijo una palabra que sólo había oído antes en Portugal, en boca de soldados que no se habían dado cuenta de que estaban siendo escuchados por una mujer. No se disculpó.

Levantó la cabeza y la miró durante un largo rato en silencio. —Le vendrían bien unas cuantas lecciones de ortografía, ¿no?—, comentó. —Sin mencionar la caligrafía.

—No es una broma, Percy—, dijo.

—No, de hecho no lo es—, estuvo de acuerdo. —En vez de amenazarme, lo que podría haber tomado como una broma, ha amenazado a mi señora y me ha molestado muy seriamente.

Podría haber hecho una excepción a esa descripción de sí misma como *mi señora* en cualquier otro momento, pero no fue en ningún otro momento.

Siguió mirándola sin moverse durante unos momentos más. —Con tu permiso,— dijo entonces, —Voy a convocar a unas cuantas personas más aquí. Hombres. ¿Debería llamar a mi madre también? ¿O Lady Lavinia, tal vez?

—No—, dijo, recordando una frase de la carta, *ese amante tuyo.* —¿Qué hombres?

—Mi administrador—, dijo. —Sr. Knorr, eso es. Mis dos amigos. Cyril Eldridge. Mis tíos.

De repente se le ocurrió a Imogen que era realmente posible que el criado de Dicky hubiera sido asesinado; que el Sr. Bains hubiera sido coaccionado a retirar su permiso para que Colin los acompañara a Portugal como ordenanza de Dicky; que James Mawgan hubiera sido plantado deliberadamente en esa posición. Ayer todo parecía demasiado absurdo para ser tomado en serio. Todavía lo ha hecho hoy. Pero alguien acababa de amenazar su vida, otra vez. Eso también parecía ridículamente melodramático, pero había sucedido.

—Muy bien—, dijo ella.

Se dirigió hacia la puerta, dio algunas instrucciones al Sr. Crutchley y se acercó a ella después de cerrar la puerta de nuevo. Le tomó las dos manos con fuerza.

—Tal vez debería ser azotado,— dijo,—excepto que esta es *precisamente* la razón por la que necesitan ser confrontados. Lo siento, mi a…. Ah, maldita sea, lo siento, *mi amor*. *No*

permitiré que te pase nada. No *lo haré*. De eso puede estar segura. Y cuando esto termine, puedes mandarme al infierno e iré allí sin un murmullo.

Levantó las manos de una en una hasta los labios y las besó con fiereza antes de soltarlas y se acercó a la ventana para pararse de espaldas a la habitación. La carta sobresalía de uno de los bolsillos de su abrigo.

Los tíos, primos y amigos fueron los primeros en llegar, todos en un cuerpo, todos claramente llenos de curiosidad.

—Esperaremos a Knorr—, dijo Percy tras una mirada sobre su hombro.

Esperaron en silencio hasta que hubo un golpe firme en la puerta y el Sr. Knorr entró.

Apenas un momento después se abrió de nuevo, y el Sr. Crutchley admitió, de entre todas las personas, a la prima Adelaida. Miró a su alrededor con desagrado y se dirigió a la silla que estaba más cerca del fuego.

—Los otros pueden decir hasta que se pongan azules—, dijo ella, —que las damas no han sido invitadas, pero ya hay una dama aquí abajo, una joven, y no se quedará sola a merced de una habitación llena de *hombres* mientras yo tenga algo que decir al respecto.

Se sentó y siguió pareciendo desagradable.

CAPITULO 21

Percy se había dado cuenta desde el principio de que estaba jugando una especie de peligroso juego de atrevimiento, algo con lo que estaba familiarizado desde hacía mucho tiempo. La diferencia esta vez era que no lo hacía sólo por diversión. No esperaba que fuera fácil. Hardford era una base conveniente para el contrabando, justo en la costa pero lejos del valle, con un lugar de desembarco aislado y relativamente seguro y un camino hasta la cima, que era un terreno privado, propiedad de un conde, de hecho, y por lo tanto menos probable que fuera objeto de patrullas por parte de los funcionarios de aduanas. Había bodegas espaciosas tanto en la casa de la Viuda como en la propia mansión, y hasta hace poco el propietario de ambos estaba dispuesto a ayudar e instigar el comercio aunque no estuviera involucrado activamente en él. E incluso después de la muerte de ese conde, el nuevo había sido lo suficientemente amable como para mantenerse alejado durante dos años completos.

No esperaba que sacarlos permanentemente de la propiedad de Hardford fuera fácil. Incluso se había dado cuenta de que se estaba poniendo en peligro al ser tan abierto y decidido en su oposición. No podía olvidar a Colin Bains con las piernas rotas. Nunca había sufrido de una imaginación salvaje, pero no creía que estaba tejiendo una historia demasiado fantástica sobre la serie de acontecimientos que habían precedido, y seguido, la partida del difunto Richard, el vizconde Barclay, hacia la Península. Sin embargo, la posibilidad de peligro no le había molestado especialmente. Después de todo, había prosperado en ello durante diez años.

Nunca en su imaginación más salvaje había imaginado que la amenaza del peligro llegaría, no a él, sino a Imogen.

Qué diabólicamente inteligente, había sido su primer pensamiento al leer la carta. *¿Cómo lo supo?* Había sido su segundo pensamiento. Pero no era nada sorprendente. Percy había puesto en peligro su reputación de manera muy imprudente al apresurarse a la casa de los Viuda cada una de las últimas noches y no dejarla hasta la madrugada. Sería más sorprendente si nadie lo supiera. El *mundo* entero probablemente lo sabía.

Estaba más enojado de lo que nunca había estado en su vida. Pero era un enojo tranquilo, con correa. No tenía ningún sentido hacer bravatas y golpear con palabras o con los puños, no a menos que o hasta que tuviera un objetivo para esos puños, de todos modos. Y al menos la mitad de su ira estaba dirigida contra sí mismo.

Sacó la carta de su bolsillo y se apartó de la ventana.

—El contrabando está muy extendido a lo largo de este tramo de la costa—, dijo. —Convoqué una reunión de todo mi personal ayer por la mañana y dejé claro que ya no albergaría ni a los contrabandistas ni a su contrabando en mi tierra.

—El contrabando está presente en *cada* tramo de la costa, Percy—, dijo el tío Roderick. —Me temo que no hay forma de detenerlo. Y debo admitir que disfruto de una gota de buen brandy francés de vez en cuando, aunque tengo cuidado de no preguntarle nunca a mi anfitrión de dónde vino—. Se rió.

—Eso probablemente no fue sabio de tu parte, Percy—, dijo el tío Ernest. —Y no servirá de nada, sabes. Tus sirvientes pueden hablarte de boquilla por un tiempo, pero seguramente volverán a sus antiguas costumbres muy pronto. Si yo fuera tú, dejaría el asunto en paz ahora que has dejado claro tu punto de vista.

—Más vale que afiles tu machete, Percy—, dijo Sidney con una sonrisa.

—Y carga tu pistola—, añadió Cyril.

—Cuanto antes te llevemos de vuelta a Londres, Percy,— dijo Arnold,—mejor para todos, creo.— Pero se volvió y miró a Imogen, notó Percy. Había ido a sentarse en una silla junto a la Sra. Ferby, que le daba palmaditas en el brazo.

— Pero hay crueldad subyacente a todo esto—, dijo Percy. —Un poco de brandy, un poco de encaje que podría estar tentado a ignorar. Piernas rotas y asesinato no puedo.

—*¿Asesinato?*— El tío Ted dijo secamente.

—No tengo pruebas—, dijo Percy, —pero sí, asesinato. Hace diez años hubo cartas amenazantes cuando el difunto vizconde Barclay expresó su preocupación por el comercio que invadía la tierra de su padre. Hoy Lady Barclay ha recibido otra carta de este tipo. No pregunté, pero creo que puedo adivinar la respuesta. Por lo que usted recuerda, Lady Barclay, ¿parece que éste está escrito de la misma mano?

La Sra. Ferby tenía la mano de Imogen en la suya, con los dedos entrelazados.

—Sí—, dijo Imogen.

—Me gustaría que todos la leyeran,— dijo Percy,—con el permiso de Lady Barclay.

—Sí—, dijo de nuevo.

Percy entregó la carta a Cyril, que era el más cercano a él, y pasó de mano en mano hasta que todos los hombres la leyeron. La Sra. Ferby extendió su mano libre y Knorr se la entregó.

—Algo analfabeto, ¿no es así?— El tío Ted comentó. —El hombre apenas puede escribir.

—Es molesto para cualquier dama recibir algo así—, dijo el tío Roderick. —Pero es un poco difícil tomarlo en serio. Todo esto es una tontería, en mi opinión. Calumnioso, sin embargo.

—Estoy de acuerdo—, dijo el tío Ernest. —Pero si esto viene de uno de los sirvientes de aquí, Percy, el hombre debe ser desalojado y despedido inmediatamente. No lo ha firmado, por supuesto, ni siquiera con una X.

—A Lady Barclay se le debe ofrecer protección, Percy—, dijo Arnold. —Vive sola, señora, en la casa de la Viuda con sólo un sirviente, ¿no? Y entiendo que incluso ella se va por la noche.

—Debes trasladarte a la mansión inmediatamente, prima Imogen,— dijo el tío Roderick, —hasta que este asunto haya sido investigado, como supongo que debe ser. Nunca debes estar solo. Tu criada debe dormir en tu habitación por la noche.

—Pero no deseo dejar mi propia casa—, protestó Imogen, hablando por primera vez.

—Sería mejor que lo hiciera, señora—, dijo Sidney, —al menos temporalmente. Hay suficientes de nosotros aquí para ofrecerle la protección adecuada en el supuesto poco probable de que haya un loco suelto.

—Difícilmente un *loco*—, dijo la Sra. Ferby, y todos los ojos se volvieron hacia ella. —Esto—, dijo, agitando la carta en su mano, —fue escrito por un hombre muy inteligente. No lo subestimaría si fuera tú, Lord Hardford .

—No creo que lo esté subestimando, señora—, dijo Percy.

—¿Inteligente?— preguntó Sidney.

—La multiplicidad de errores en la carta sugiere que alguien los está cometiendo deliberadamente—, dijo Knorr. —Y los grandes cambios en el estilo de la escritura a mano en el curso de una nota tan corta sugieren un intento deliberado de engañar. Pero hay una cierta amenaza en el tono, que va más allá de las palabras mismas. Tal vez sea el contraste entre la apariencia infantil de la nota y el mensaje que transmite.

Percy miró a su nuevo administrador con aprobación.

—¿De dónde vino?— preguntó Cyril. —¿De aquí o de algún lugar afuera?

—Esa reunión fue ayer por la mañana, ¿dijiste, Percy?— El tío Ted preguntó. —¿Quién dejó la casa o la propiedad durante el resto del día?

—Aparte de nosotros, ¿quieres decir?— preguntó Percy. —Knorr, ¿lo sabes?

—Nadie que yo sepa, mi señor, —dijo Knorr después de pensar un poco en el asunto. —Pero es difícil de decirlo con certeza. Todos sabemos cómo las noticias y los chismes parecen viajar con el viento.

—Quienquiera que sea,— dijo la Sra. Ferby,—es alguien cuya letra es bien conocida.

—Sí, señora—, estuvo de acuerdo Arnold. —Ciertamente se ha esforzado mucho para disfrazarlo.

—Estamos asumiendo que *es* un hombre, ¿no?— preguntó Sidney.

—Oh, es un hombre—, le aseguró la Sra. Ferby con cierto espíritu. —Una mujer amenazaría directamente al hombre. Una mujer apuñalaría directamente al corazón o dispararía justo entre los ojos. Sólo un hombre amenazaría a la mujer que le importa a su enemigo.

Imogen, notó Percy, se había vuelto blanca como la tiza. Sus labios se veían azules en contraste. Casi se acercó a ella para cogerla y evitar que se desmayase, pero la carta ya había hecho suficiente daño a su reputación. Y se mantenía muy erguida. La Sra. Ferby aún tenía la mano apretada.

—¿Estamos haciendo una montaña de un grano de arena?— preguntó el tío Roderick. —¿Estamos tratando en realidad sólo con un malhechor?

—No.— Varias voces hablaron juntas.

—Supongo,— dijo Percy,—que fue imprudente de mi parte agitar todo este problema en un momento en que tengo la casa llena de invitados y se está planeando un baile.

—¿No considerarías dejar que se sepa que te irás de aquí después del baile, Percy?— preguntó el tío Ernest. —Supongo que irás a la ciudad para la sesión... ¿Y que no se dirá nada más sobre el tema del contrabando?

Percy respiró para responder.

—No—, dijo Imogen.

Todos se volvieron hacia ella.

—No—, dijo de nuevo. —Lord Hardford ha hecho lo correcto. Es lo que mi marido habría hecho a su regreso de las guerras si hubiera sobrevivido. Lo que Lord Hardford puede lograr es una simple gota en el océano, por supuesto. Pasará mucho tiempo, si acaso, antes de que el contrabando pierda su atractivo para los delincuentes o antes de que deje de ser enormemente rentable. Pero incluso una sola gota del océano es una parte esencial del todo. La violencia, la intimidación e incluso el asesinato han podido florecer sin oposición durante el tiempo suficiente. Demasiados ojos se han vuelto ciegos.

Hubo un breve silencio.

—Bravo, Imogen—, dijo la Sra. Ferby con voz de barítono. —Restaurarás mi fe en todo tu sexo, Lord Hardford, si continúas con lo que empezaste ayer, aunque *yo sea* la próxima en ser amenazada.

No sabía cómo Percy podía sonreír y sentirse genuinamente divertido. Pero siempre hubo una fina línea entre la comedia y la tragedia. —Tendré eso en cuenta, señora—, dijo.

—Sería imprudente de mi parte—, dijo Imogen suspirando, —permanecer en la casa de la Viuda, y causaría problemas innecesarios mientras todos trataban de asegurarse de que yo estuviera debidamente protegida allí. Me mudaré aquí hasta que sea seguro volver a casa.

—Gracias—, dijo Percy, y por unos instantes sus ojos se encontraron y se sostuvieron y pudo oír en la memoria las palabras que había dicho muy temprano esta mañana, *esta noche y mañana por la noche y....* —Quédate aquí en la casa, y haré que traigan tus pertenencias.

La Sra. Ferby se puso de pie y arrastrando a Imogen con ella.

—Ven, Imogen—, dijo ella. —Hemos perdido nuestro té. Haremos que Lavinia llame por una olla nueva.

Paul Knorr les abrió la puerta.

La carta fue dejada en la silla abandonada de la Sra. Ferby.

****

Después de varios minutos de reflexionar sobre la situación sin ningún propósito práctico, Percy sugirió que todos regresaran a la sala de estar para reanudar su té interrumpido. Sin embargo, él y Knorr se quedaron.

—¿Cuál es tu opinión, Paul?—, preguntó cuándo estaban solos.

—Si hay una banda altamente organizada y de mucho tiempo—, dijo Knorr, —y todo apunta a que así es, entonces es casi seguro que abarca una gran área: todo el valle del río y el estuario, y mucho más. Una organización de este tipo no toleraría la competencia. Será extremadamente difícil de desalojar.

—Esa no es mi intención—, dijo Percy. —Se lo dejaré a los oficiales de aduanas. Pero esta tierra es mía, Paul. Soy responsable de la seguridad y el bienestar de todos los que viven y

trabajan en ella. Eso puede sonar un tanto pretencioso, pero aquí hay una atmósfera general de secretismo y miedo. ¿Es el *miedo* una palabra demasiado fuerte? No, no creo que lo sea. Y está ese mozo de cuadra con las piernas rotas y que probablemente asesinaron al criado de Barclay's. Quizás incluso el propio Barclay, aunque indirectamente y no directamente, ya que fue capturado, torturado y ejecutado por los franceses.

Ya le había dicho a su nuevo mayordomo todos esos detalles. Al menos Knorr era alguien en quien podía confiar. Respiró para decir más.

—Pero tú estás pensando, ¿no es así—, dijo Knorr antes de que Percy pudiera hablar, —que el núcleo de la pandilla está aquí mismo? ¿El líder, al menos? Y creo que tienes razón.

Percy lo miró fijamente y asintió lentamente. Algo dentro de él se volvió frío. Debía estar agradecido al menos porque Imogen había sido lo suficientemente sensata como para aceptar quedarse en la mansión, donde nunca debía permitir que estuviera sola. Pero.... ¿justo en la guarida del león?

Pero al diablo con eso, era *su* guarida. Y ella era *su* mujer, aunque no dudaba que no le gustaría esa descripción de sí misma. Probablemente le incomodaría a él también si se detuviera a pensarlo, pero no tenía tiempo para pensar en el estado de su corazón.

—Llama a Crutchley, si quieres—, dijo. —Dile que traiga más oporto.

El mayordomo llegó crujiendo en un par de minutos, llevando una bandeja.

—Déjalo—, le instruyó Percy. —No te retendré el tiempo suficiente para que nadie sospeche. Tengo unas cuantas preguntas para usted. No espero que me dé el nombre de la persona que le ordenó que me convenciera de que me mudara de mi habitación con vista a la bahía a una en la parte de atrás de la casa. Pero le pregunto esto. ¿Fue una lealtad voluntaria lo que te hizo obedecer, o miedo a represalias si no lo hacías?

El mayordomo le miró con aparente incomprensión.

—No tengo intención —añadió Percy—de disciplinarlo de ninguna manera por sábanas húmedas y un pájaro muerto y hollín.

—¿Quién es importante en su vida, Sr. Crutchley, aparte de usted?— preguntó Paul Knorr.

La cabeza de Crutchley se volvió hacia él. Su expresión no cambió, pero habló. —Tengo una hija en el pueblo,— dijo,—y dos nietos, y uno de ellos tiene esposa y dos pequeños.

—Gracias—, dijo Percy. —Una vez más, no pido un nombre, a menos que decidas ofrecerlo voluntariamente, pero ¿sabes quién es el líder de esta pandilla en particular?

Crutchley asintió una vez después de un largo rato.

—¿Es su identidad conocida en general?— preguntó Percy.

Un rápido movimiento de cabeza.

—¿Y vive y trabaja en esta finca?— preguntó Percy.

Pero no hubo respuesta esta vez, solo un ligero endurecimiento de los labios del mayordomo y un enmascaramiento de su expresión.

—Gracias—, dijo Percy. —Puedes irte.

Miró la puerta cerrada durante algún tiempo antes de mirar a Knorr.

—¿Dónde se encuentra Mawgan cuando no está ocupado con la jardinería?—, preguntó.

Salieron de la casa juntos unos minutos más tarde en lugar de llamar al hombre a la casa.

****

—¿Qué debes pensar de mí?— Imogen dijo mientras subían las escaleras juntas. La prima Adelaida había atravesado el brazo con el suyo.

—Nunca encontré a un hombre al que pudiera amar y admirar, Imogen—, dijo. —Siempre he estado convencida de que tal hombre no existía, aunque nunca conocí a tu Richard excepto una o dos veces, quizás cuando era sólo un muchacho. Hasta hace muy poco hubiera dicho que Lord Hardford era uno de los más inútiles de todos. Estoy cambiando de opinión sobre él aunque tenga un aire de descuido y sea demasiado guapo para su propio bien. Creo que si tuviera tu edad, yo también me enamoraría de él—. Se rió, un ruido sordo que Imogen no recordaba haber escuchado nunca antes.

—Oh, pero no estoy enamorada de él—, protestó ella.

Se acercaban a la escalera y al salón.

—Entonces no tienes excusa para perder el tiempo con él—, dijo con firmeza la prima Adelaida. —O no tendría excusa si estuvieras diciendo la verdad. Nunca pensé que le diría a una chica que vaya con su corazón, pero eso es lo que te estoy diciendo.

La prima Adelaide había estado viviendo aquí durante algún tiempo. A Imogen nunca le había caído mal, pero nunca se le había ocurrido *amar a la* prima Adelaida. No hasta ahora.

—Gracias—, dijo ella, —por venir y ofrecer tu acompañamiento.

—*¿Acompañamiento?*— La prima Adelaida volvió a reírse. —Vine porque estaba ardiendo de curiosidad.

Y fue el turno de Imogen de no creerlo.

Una de las gemelas estaba sentada en la silla de la anciana cuando entraron en el salón, y la niña inmediatamente se puso de pie y se alejó. La prima Adelaida se veía como antes cuando se sentó y supuso en voz alta y con obvio disgusto que el té probablemente estaba frío en la olla.

Todos miraron expectantes a Imogen, y tomó una decisión precipitada. Les dijo todo, omitiendo el único detalle en la carta que se refería a Percy como su amante.

Casi antes de que las damas dejaran de exclamar y la Sra. Hayes se apresurara a sentarse junto a Imogen y a tomar sus propias manos, los hombres regresaron a la habitación, todos menos Percy. Todos cuchichearon con la sorpresa y la indignación mientras se traía té fresco y otro plato de pastel.

Luego, sorprendentemente, el resto del día se desarrolló con casi normalidad, excepto por el hecho de que Imogen estaba de vuelta en su habitación de arriba, casi como si la casa de la Viuda estuviera todavía sin su techo. En su pequeño vestidor se instaló una cama para la propia criada de la Sra. Hayes. Imogen no cuestionó la elección de esa criada en particular, pero adivinó que

quienquiera que hubiera tomado la decisión tenía miedo de confiar en cualquiera de los sirvientes de la mansión, incluyendo a su propia señora Primrose.

La privacidad, por supuesto, estaba fuera de discusión. Dondequiera que iba, alguien la acompañaba, por lo general más de una persona, incluyendo al menos un caballero, excepto dentro de los confines de sus propias habitaciones. Todo estaba muy bien hecho, por supuesto. Nunca tuvo la sensación de estar rodeada de guardias.

La noche se pasó alrededor del pianoforte en el salón o sentados en torno a dos mesas de cartas. A la mañana siguiente, domingo, todos se fueron a la iglesia, Imogen se apretó dentro de un carruaje cerrado con dos de los tíos de Percy y dos tías. Estaba sentada entre las mismas parejas en un banco de la iglesia, con su familia delante y detrás. Estaba flanqueada por el Sr. Welby y el Sr. Cyril Eldridge cuando todos salieron de la iglesia y se pararon por un rato en el patio de la iglesia intercambiando noticias y cortesías con los vecinos. El Sr. Eldridge la devolvió al carruaje para el viaje de regreso, y se abrió paso entre las tías.

Todo era bastante espantoso, quizás más aún porque toda la familia seguía tan alegre como siempre, como si nada hubiera pasado, como si no hubieran descubierto que vivían entre una banda de contrabandistas despiadados y que su vida corría peligro si no podía persuadir a Percy, *su amante,* de que se fuera y olvidara de su campaña para librar a su tierra del azote. No tenía ninguna duda de que todo el mundo sabía que había sido acusada de ser su amante, aunque no se lo había dicho a las damas y estaba bastante segura de que la prima Adelaida no lo habría hecho. Quizás ninguno de los caballeros había dicho nada a las damas, pero no eran estúpidos. La carta la había amenazado con hacerle daño si no lograba que se fuera. ¿Por qué ella? La respuesta debía ser obvia.

Y a pesar de todo, Imogen lo extrañó terriblemente. No había forma, por supuesto, de que su aventura pudiese continuar mientras permaneciese en la mansión. Pero incluso si pudiera volver a casa en los próximos días, parte de la nueva situación no cambiaría. Todo el mundo *lo sabía* o sospechaba. Sería sórdido continuar. Antes no parecía sórdido, aunque quizás lo había sido.

Su aventura, sus pequeñas vacaciones de su vida, habían terminado. Había terminado abruptamente y mucho antes de que estuviera lista. Pero quizás era así. Lo había estado disfrutando demasiado. Y sus sentimientos se habían involucrado demasiado. Era mejor que terminara ahora, antes de que se enrede aún más profundamente.

Pero, oh, el dolor de eso.

El final de su aventura se sintió de alguna manera más terrible que la terrible amenaza de esa carta, aunque había revelado que alguien *sabía* y estaba dispuesto a usar ese conocimiento de forma bastante despiadada. Era aún peor saber que había alguna conexión entre el ahora y el *entonces*. Esos acontecimientos de hace diez años sólo parecían muy tristes en ese momento, pero bien podrían haber sido terriblemente siniestros. Diez años era mucho tiempo. Pero estaba tan segura como podía estarlo de que la persona que había escrito *esta* carta también había escrito *las* anteriores.

Estaba muy asustada. No sólo por ella misma, estaba siendo protegida muy de cerca, sino por Percy, que estaba persiguiendo el asunto de forma bastante agresiva. Estaba aterrorizada por él. Habían matado al criado de Dicky. Ahora estaba convencida de ello, aunque nunca se le había ocurrido en ese momento. *Pero, ¿por qué?* Y le habían roto las piernas a Colin Bains.

Y sin embargo, todo mezclado con el terror, quizás incluso superándolo, estaba el dolor del abrupto final de una historia de amor.

CAPITULO 22

La ira se convirtió en un estado permanente para Percy, aunque la mantuvo bajo control mientras continuaba mezclándose con su familia y amigos. Evitó estar solo con Imogen. Le había pedido a sus tíos y amigos que la vigilaran, y lo hicieron. No es que hubiera necesitado decirlo. Tampoco las tías, las primas y los primos y los primos y primos jóvenes, a quienes se les había informado de la situación, aunque no se les había mostrado la carta. Se cerraron sobre ella, todos ellos, como los pétalos sobre el núcleo de un capullo de rosa.

La mayor parte de la ira de Percy estaba dirigida contra él mismo. Había puesto a Imogen en riesgo en más de un sentido cuando había sido lo suficientemente indulgente como para empezar una aventura con ella. Y hacer una declaración abierta de guerra contra el contrabando en su propiedad había sido sin duda precipitado y mal considerado.

Merecía ser azotado.

Desafortunadamente, no podía retroceder. Uno nunca podría. No podia revivir las últimas tres semanas y tomar decisiones diferentes. Tampoco podía revivir los últimos diez años. Sólo podía seguir adelante.

Echaba de menos a Imogen con un dolor de añoranza que era casi bienvenido. Se merecía cada punzada y cosas peores.

Su determinación de llegar al fondo de las cosas en respuesta a esa carta se habia encontrado con cierta frustración. James Mawgan tenía una cabaña detrás de los establos, en un pequeño grupo de tales casas. No estaba en casa cuando Percy llamó a Knorr el sábado por la tarde. Era el medio día del Sr. Mawgan, un vecino le había explicado después de hacer una reverencia a Percy, que a veces iba a ver a su mamá.

Tampoco estaba allí el domingo, un día entero libre para la mayoría de los trabajadores al aire libre. Y el lunes se fue temprano con otro de los jardineros para ver si podía conseguir algunos bulbos y plántulas nuevas para los parterres de flores y los huertos.

—Finalmente—, comentó secamente Knorr, —el hombre está haciendo algo para ganar su salario. Lo atraparé cuando regrese, mi señor.

Después del almuerzo, Percy y un grupo de primos menores, entre ellos Meredith y Geoffrey, subieron a la cima de las rocas que hay detrás de la casa, donde fueron recompensados con un viento fuerte y nubes que cruzaban una extensión de cielo azul y una vista magnífica en las cuatro direcciones. No habría sorprendido a Percy si alguien le hubiera dicho que en un día realmente despejado se podía ver Gales al norte e Irlanda al oeste y Francia al sur.

Y se había agarrado algo en él. *¿Su corazón?* ¿No debería estar convirtiendo sus rodillas en gelatina?

Geoffrey corría por la parte superior, con los brazos extendidos hacia los lados, un velero de carreras chillando contra el viento. Gregory estaba en su persecución.

No se podía permitir que el mal siguiera prosperando aquí, pensó Percy, como una verdadera lacra en el cuerpo de su propia gente. No lo permitiría.

El Sr. Knorr lo esperaba en el salón de visitas, Crutchley le informó cuando regresaron a la casa.

Mawgan también estaba ahí.

—Ah,— dijo Percy mientras el mayordomo cerraba la puerta tras él,—¿Confío en que pronto tendrás los macizos de flores llenos de esplendor, Mawgan?

—Es mi plan, mi señor—, dijo Mawgan.

—Bien—, dijo Percy. —Estaré encantado de verlo durante la primavera, el verano y el otoño.

¡Ahí! Era un guante que se lanzaba entre ellos. Si realmente se quedaría era incierto. Pero era mejor que aquellos que querían que se fuera creyeran que estaba planeando quedarse, que su determinación no se había visto sacudida por ninguna amenaza.

—Dime, Mawgan—, dijo Percy,—¿Eres un buen nadador?

El hombre parecía un poco desconcertado. —Tienes que serlo si eres pescador—, dijo.

—¿Pero no pudiste salvar a un hombre que cayó por la borda?— preguntó Percy. — No me imagino que el mar estuviera particularmente agitado. Como pescador experimentado, no habrías salido si lo hubiera estado, ¿verdad? Ciertamente no con un invitado sin experiencia.

—Luchó contra mí—, dijo Mawgan. —El tonto cabrón. Entró en pánico.

Knorr aclaró su garganta.

—Y luego se metió debajo del barco y se golpeó la cabeza—, añadió Mawgan.

—Pensé que eras tú.— Percy lo miró de cerca.

—Ambos lo hicimos—, dijo Mawgan. —Estaba tratando de atraparlo.

—¿Quién más estaba en el bote?— Percy le preguntó.

—Mi padre, algunos otros—, dijo Mawgan vagamente. —No puedo recordar.

—Hubiera pensado,— dijo Percy,—que cada detalle de ese trágico incidente quedaría grabado en tu memoria.

—Me golpeé la cabeza—, dijo Mawgan.

—Y mientras usted se recuperaba—, dijo Percy, —Colin Bains se ofreció a ocupar el lugar del criado y su padre se enorgulleció por primera vez de la perspectiva de tener un hijo como ordenanza de un vizconde, heredero de un condado, y de repente, en un peculiar cambio de actitud, se negó rotundamente a permitir que su hijo se fuera.

—No sé nada de eso—, dijo Mawgan.

—Entonces el Sr. Ratchett te consiguió el trabajo—, dijo Percy.

—Él habló por mí—, contestó Mawgan. —Y Lord Barclay vino a verme.

—Y cuando volviste de la Península,— dijo Percy, —fuiste recompensado por tu servicio

con tu actual posición de alto cargo en mi personal al aire libre.

—No fue culpa mía lo que le pasó a su señoría—, dijo Mawgan.

—¿No lo fue?— preguntó Percy en voz baja, y los ojos del hombre se encontraron con los suyos por primera vez. —¿O fue enviado para asegurarse de que de alguna manera, por medios justos o sucios, el vizconde Barclay no volviera a casa?

Y ahí se fue otro guante. Ya no había vuelta atrás, ¿verdad?

Se miraron fijamente el uno al otro. Percy esperaba incredulidad, conmoción, indignación, *alguna* mirada de fuerte negación. En vez de eso, solo consiguió la mirada entrecerrada, que finalmente se deslizó lejos de él, y luego la respuesta más antigua conocida por el hombre.

—No sé de qué estás hablando—, dijo. —Mi señor.

—No estoy del todo seguro de *cómo* se hizo—, le dijo Percy, —pero *estoy* seguro de que *se* hizo. Se le dieron órdenes y las siguió. Alguien debe haber confiado mucho en ti. Era una misión importante, pero no imposiblemente difícil, lejos de casa, una guerra que estaba matando a miles de personas de alto y bajo grado, sin que hubiera viento de culpa que soplara sobre esta parte de Cornualles en particular. Las probabilidades de que esto ocurriera de todos modos eran altas sin ninguna intervención de su parte. Pero tú llevabas allí más de un año, según tengo entendido. Debes haberte vuelto impaciente y un poco ansioso.

—No sé de qué estás hablando—, dijo Mawgan de nuevo. —Si crees que lo maté, mejor que preguntes a tu… Sera mejor que preguntes a Lady Barclay. Los franceses se lo llevaron y lo mataron. Ella estaba allí. Te lo dirá.

¿*Tu…?* ¿Amante, tal vez? Era lo más cerca que había estado de un lapsus lingüístico.

—Tus órdenes vinieron, supongo—, dijo Percy, —de tu tío. Pero dime, Mawgan, ¿estaba actuando simplemente como un agente para alguien por encima de él? El jefe, tal vez, el líder de la banda, el capo. ¿O estaba actuando por *su* cuenta?

Parecía imposible, increíble, risible, ese viejo polvoriento y destartalado, rodeado de los libros de propiedad, escribiendo siempre en ellos con su escritura meticulosa y perfecta, casi sin salir de su estudio. Pero, ¿en qué otros libros y cuentas trabajaba allí? Y no siempre había sido viejo, ¿verdad?

Paul Knorr no se había movido desde que Percy entró en la habitación. El reloj de la repisa de la chimenea, que Percy no había notado hasta ahora, sonó ruidosamente.

¿Se le permitía a uno un tercer guante? Si es así, también lo había tirado.

—No sé de qué estás hablando—, dijo Mawgan. —Mi señor.

—En ese caso—, dijo Percy, —será mejor que regreses a tu casa. Sr. Knorr, ¿podría pedirle a Mimms, mi mozo personal, que acompañe al Sr. Mawgan, por favor, y se quede con él? He hablado con él, sabrá lo que le pides.

Cuando se fueron, Percy miró sombríamente al fuego apagado durante un minuto más o menos y luego se marchó con paso firme a la oficina del mayordomo. Probablemente debería haber convocado a los funcionarios de aduanas, pensó. Pero, ¿cómo podría uno llamarlos por el mero olor de una idea sin siquiera una pizca de evidencia real? Él sería el hazmerreír.

Supuso que todos los interesados se habían dado cuenta, o se les había dicho, de que si

nadie decía más de lo que *yo no sé de lo que usted está hablando* en respuesta a cualquier pregunta sobre el tema, todos estaban perfectamente a salvo. No había pruebas contra nadie.

El único error real cometido hasta ahora era la carta a Imogen. Para alguien que obviamente era muy inteligente, había sido un error estúpido. Pero no era una prueba.

Abrió la puerta de la oficina sin antes golpearla.

Los libros de la finca se apilaban ordenadamente en estantes y mesas y a un lado del escritorio. Pero seguramente la mitad de su número habitual había desaparecido.

También el mayordomo.

Más vale que nunca se le ocurra solicitar un puesto de investigador con los Bow Street Runners, pensó Percy. Había estado señalando sus sospechas desde el sábado por la tarde, cuando llamó a la puerta de Mawgan.

Ratchett había desaparecido, así como todos los registros y los libros de contabilidad que, presumiblemente, *no* eran registros de patrimonio.

****

Estaban de nuevo en la playa, un gran grupo de ellos, en una tarde gloriosamente soleada que se sentía más como una primavera llena que a principios de marzo. Y todos estaban contentos después de todas las tensiones del día anterior.

Imogen aún se sentía un poco entumecida por la sorpresa. ¡Sr. Ratchett! No sólo estaba involucrado en la red de contrabando que había plagado su parte de la costa durante años, sino que también parecía muy posible que fuera el líder, el organizador despiadado y beneficiario del comercio, el hombre que gobernaba a sus subordinados con un puño de hierro, pero cuya identidad muy pocos de sus propios hombres conocían o sospechaban. No había ninguna prueba que pudiera sostenerse en un tribunal de justicia, pero el hecho de que hubiera desaparecido y que aparentemente se hubiera llevado consigo la mitad del contenido de la oficina del administrador era una fuerte evidencia corroborativa.

Había estado viviendo entre ellos durante años y años, un excéntrico aparentemente inofensivo.

Imogen se preguntó si su suegro tenía alguna idea.

No era de extrañar que hubieran intentado que Percy se fuera casi tan pronto como llegó. No es de extrañar que hayan recurrido a las amenazas cuando no sólo se negó a ceder, sino que también declaró la guerra al comercio de sus tierras.

¡Oh, cómo lo habían hecho todo a su manera durante los últimos dos años, con sólo dos mujeres desprevenidas viviendo en la casa principal y una en la casa de los Viuda!

Y parecía más que probable que el Sr. Mawgan hubiera ahogado al criado de Dicky. Pero lo que más molestaba a Imogen y la mantuvo despierta durante gran parte de la noche, escuchando los ligeros ronquidos de la sirvienta de la Sra. Hayes, era la teoría igualmente no probada de que James Mawgan era un teniente de confianza del ejército del Sr. Ratchett, tal vez incluso su heredero aparente, y que se había arreglado cuidadosamente que acompañara a Dicky a la

Península para asegurarse de que no regresara.

Pero.... era un grupo de exploradores franceses los que se toparon con ellos en las colinas portuguesas y los capturó. James Mawgan no pudo haber tenido nada que ver con eso. ¿Podría?

Ayer lo habían puesto brevemente bajo arresto domiciliario. Pero con la desaparición del Sr. Ratchett no hubo motivos para retenerlo, y el mozo de Percy, que había estado vigilando su cabaña, fue suspendido.

James Mawgan también había desaparecido cuando Sir Matthew Quentin envió a buscarlo más tarde por la noche para interrogarlo más a fondo en su calidad de magistrado local.

Percy lo había mandado llamar, y Sir Matthew a su vez había llamado a un oficial de aduanas, que había llegado a última hora de la tarde. Los tres, así como el Sr. Knorr, se habían reunido hasta bien entrada la noche. Mientras tanto, Elizabeth, que había venido con su marido, se había sentado en la sala de estar sosteniendo una de las manos de Imogen y escuchando la historia que se contaba y contada nuevamente por todos los demás que estaban allí reunidos.

Los cuatro hombres habían pasado la mañana juntos de nuevo, realizando entrevistas tanto en la casa como en Porthmare. Las damas, con un acompañante masculino, habían comentado lo que Imogen consideraba preparativos inútiles para el baile en cuatro días. Los sirvientes tenían las enormes tareas de limpieza, y el cocinero tenía el menú completamente organizado.

Esta tarde, por fin, se estaban relajando. El Sr. Wenzel y Tilly habían llegado a la casa poco después del almuerzo, llenos de preocupación por las noticias. Las tres hermanas Soames llegaron poco después con su hermano para ver si los jóvenes querían caminar con ellas. El Sr. Alden Alton les pisó los talones, escoltando a Elizabeth, que había venido a estar con Imogen ya que Sir Matthew no había podido dar ninguna noticia muy reconfortante en el almuerzo. Y todos en la casa estaban llenos de aire y ejercicio. Al menos, el elemento más joven. Las personas mayores parecían muy agradecidas al ver cómo Imogen era llevada, rodeado de un gran cuerpo de jóvenes exuberantes, así como del Sr. Welby, el Vizconde Marwood, el Sr. Cyril Eldridge y el Sr. Percy.

Se habían sugerido varios destinos posibles, pero casi inevitablemente habían terminado descendiendo por el camino de la playa como una larga y lenta serpiente y luego jugueteando sobre la arena. Las sombrillas se elevaban por encima de los sombreros mientras sus dueñas charlaban, se reían y coqueteaban. Los sombreros altos se apretaban más firmemente contra la cabeza, aunque no había mucho viento, y sus dueños miraban con tristeza las botas, perdiendo rápidamente su brillo bajo una fina capa de arena. Héctor, con tanta gente queriendo tirar objetos para que los persiguiera, terminó persiguiendo su cola atrofiada.

Sin embargo, Imogen notó que la escena no era tan despreocupada como le hubiera parecido a un extraño. Caminó un rato con sus dos amigas, una a cada lado de ella, cada una con un brazo enlazado a través del suyo. Pero algunos de los caballeros, sin que fuera obvio, formaron un anillo suelto a su alrededor y dirigieron frecuentes miradas a la cima de los acantilados.

Sr. Wenzel, Imogen estaba interesado en notar que, después de mostrarle toda la preocupación que le correspondía en la casa, caminaba del brazo de Meredith, un poco aparte de todos los demás.

Y entonces, casi como si el movimiento hubiera sido orquestado, tanto Elizabeth como

Tilly se alejaron para hablar con otros miembros del grupo, todos los demás retrocedieron un poco de modo que el círculo alrededor de Imogen se hizo más grande, y se encontró caminando al lado de Percy. Él no le ofreció su brazo, y ella agarró firmemente sus manos por detrás de su espalda. Parecían aislados de repente en un pequeño capullo de privacidad.

—Te extraño—, dijo en voz baja.

Ella ansiaba por él mientras levantaba su cara hacia el cielo azul y observaba a un par de gaviotas persiguiéndose unas a otras por encima.

—Dicky no iba a volver a casa, ¿verdad?—, dijo ella. —Debe ser un negocio enormemente lucrativo. El Sr. Ratchett, si es que lo es, debe ser enormemente rico y poderoso. Por favor, encuéntralo, Percy, y destruye su poder y libera a toda la gente que hacen su voluntad por miedo.

—Lo haré—, prometió, aunque ambos sabían que sus posibilidades de cumplir esa promesa eran escasas en el mejor de los casos.

—Imogen—, dijo, —guárdame todos los valses del baile. ¿Por favor?

Giró la cabeza y lo miró brevemente. Fue casi su perdición.

—No puedo hacer eso—, dijo ella. —Tal vez ni siquiera uno. Todas estas personas, *todas* ellas, creen que somos amantes, y lo terrible es que tienen razón. O *tenían* razón. He sido justamente castigada. ¿Te irás de aquí después del baile, cuando todos tus invitados se vayan?

—Probablemente—, dijo, —aunque sólo sea temporalmente. Quiero llevarte a un lugar seguro. Quiero llevarte a Londres.

—Iré a Penderris la semana que viene—, le recordó. —Estaré allí durante tres semanas. Supongo que George tratará de persuadirme de que me quede más tiempo y que cada uno de los otros tratará de persuadirme de que vaya con él. Son buenos amigos.

—Y yo soy tu *amante*—, dijo. —Ve allí primero, si quieres, pero luego ven a Londres conmigo y cásate conmigo. Me apetece una *gran* boda en St. George's en Hanover Square. ¿No es así? Y nunca pensé que me oiría decir eso. Ven conmigo y cásate conmigo, Imogen, y déjame mantenerte a salvo por el resto de tu vida.

La infelicidad la asaltó como una gran bola de plomo en su estómago, aplastándola, congelándola para que ya no viera el cielo azul y el sol. Las dos gaviotas, que jugaban hace un momento, ahora lloraban de tristeza.

—No puedo casarme contigo, Percy—, dijo ella.

—¿No me amas?—, preguntó.

Cerró los ojos brevemente cuando él se detuvo para darle una palmadita a Héctor en la cabeza y luego entrecerró los ojos hacia el acantilado.

— Te tengo mucho cariño —, dijo ella.

Dijo la misma palabra chocante que había pronunciado cuando vio su carta. Esta vez se disculpó.

—Pero preferiría que me odiaras—, añadió. —Hay pasión en el odio. Hay esperanza en ello.

—No necesitas casarte conmigo—, dijo ella. —Tengo amigos.

—*Malditos* tus amigos—, dijo, y se disculpó de nuevo. —Supongo que estás hablando de esos tipos supervivientes y no de tus vecinos aquí. Me están empezando a desagradar mucho, ya sabes, Imogen. ¿Alguno de ellos te *quiere?* Hay un billón de grados de amor, lo sé. Pero sabes a lo que me refiero. ¿Alguno de ellos te *quiere?* De la forma en que te amo.

Su boca estaba seca. Sus rodillas se sentían débiles. La lucha por no llorar hizo que su garganta se sintiera irritada por el dolor.

—Para usar tu propia palabra—, dijo, —tuvimos *sexo* juntos, Percy, y fue bueno. No debería haber pasado, pero pasó y estuvo bien. Pero ya se acabó. Te tengo mucho cariño. Siempre lo estaré. Pero se acabó.

—No sabes cómo me tienta —dijo—a desencadenar sobre ti el arsenal completo de vocabulario colorido que normalmente reservo sólo para los oídos masculinos y que sólo en raras ocasiones.

—Sí—, dijo con tristeza. —Creo que lo sé. Pero volverás a Londres y pronto me olvidarás.

—Bueno—, dijo, —eso exige el elemento menos ofensivo y más insatisfactorio de ese arsenal. ¡Maldición! *¡Doble* maldición! Y no esperes una disculpa. Lo siento, mi amor. De verdad que sí. Te pregunté, contestaste, y como un caballero debería haber empezado a conversar cortésmente sobre el tiempo. ¿Perdóname?

—Siempre—, dijo ella.

—*Se* lo preguntaré de nuevo—, le dijo, —quizás la noche del baile. Sería un ambiente muy romántico, no estás de acuerdo, y podríamos hacer el anuncio a nuestros invitados reunidos. Te creo, ves, cuando dices que me quieres. Sin embargo, no creo que hayas dicho toda la verdad y nada más que la verdad. Te lo preguntaré de nuevo, pero intentaré no molestarte. Que es precisamente lo que estoy haciendo ahora. ¿Confías en este clima? ¿O tendremos que sufrir por ello con tormentas y frío cruel durante el resto de la primavera? Nunca confío en el clima. Da con una mano y luego da un golpe de gracia con el otro puño. Si, por supuesto, pretendemos no estar disfrutando del sol y el calor un poco, entonces quizás podamos engañar al hada del tiempo para que nos dé más de lo mismo sólo para mantenernos miserables. ¿Tú crees? ¿Eres una buena actriz? Es un día terriblemente agotador, ¿no es así? El sol obliga a *entrecerrar los ojos*—.

Y, increíblemente, terminó riéndose. No paraba de hablar del tema del tiempo, cada vez más absurdo.

Y también se estaba riendo.

Se cortó como un cuchillo, el sonido de su risa y la sensación de burbujear dentro de ella. Le dolía que la amara, que creyera que ella lo amaba.

CAPITULO 23

En menos de un mes, Percy pensó varias veces en los siguientes días, había hecho un gran desastre de su propia vida y de la de muchas otras personas. Y no había habido una conclusión satisfactoria para nada y muy probablemente no la habría.

Sir Matthew Quentin pensó que estaba loco. No lo había dicho exactamente, era verdad. De hecho, incluso había elogiado a Percy por tener el coraje de hablar cuando nadie más lo había hecho en años anteriores. Pero él seguía pensando que Percy estaba loco. Y Quentin podría haber sido un amigo... bueno, todavía podría, de hecho. A Percy le gustaba.

El oficial de aduanas estaba simplemente frustrado, pero eso, concluyó Percy, era probablemente su estado natural. Perseguir a los contrabandistas cuando estaban envueltos en una conspiración de silencio no era el trabajo más envidiable.

Todos en la casa y en el vecindario se habían agitado, pero sin ningún propósito. Todo parecía inútil, excepto que tal vez toda la organización se desmoronaría si los líderes hubieran sido sacudidos lo suficiente. Pero "*poder"* era la palabra clave. Quizás Ratchett *no* era el capo o Mawgan su mano derecha. E incluso si lo fueran, podrían estar instalándose en otro lugar sin haber perdido el control sobre sus seguidores.

Tal vez Imogen aún estaba en peligro. Y quizás las acciones de Percy hasta ahora simplemente los habían inclinado más hacia la venganza. Sabían muy bien que lo peor que podían hacerle era hacerle daño a Imogen.

El demonio lo tomó, pero estaba desesperado por sacarla de aquí, preferiblemente a Londres, donde conocía a mucha gente y tal vez ella también, donde una banda de contrabandistas de Cornualles era poco probable que la persiguiera. Y estaba desesperado por casarse con ella para poder mantenerla segura dentro de su propia casa, rodeada de sus propios sirvientes, y a salvo dentro de sus propios brazos tanto de día como de noche.

Pensó que podría estar de acuerdo. Realmente lo había hecho. Oh, ella había dicho que nunca se volvería a casar, era verdad, y sabía que los acontecimientos de los últimos ocho o nueve años le habían hecho mucho más daño del que le había admitido. Sabía que había un hueco en su historia, y que saber qué había en ese hueco lo explicaría todo. Pero... ¿nunca podría dejarlo ir? Había pensado, maldita sea, lo sabía, que su aventura había sido algo más que sexo para ella, algo más que una simple gratificación sensual. Ya había tenido aventuras antes. Sabía la diferencia entre eso y esto.

Y maldita sea, le había dicho que la amaba, que era el mejor de todos. No sabía que iba a decirlo, ése era su problema. Ni siquiera sabía que lo decía en serio hasta que no se pronunciaron las palabras. Se había dado cuenta de que estaba *enamorado* de ella, pero eso era sólo una emoción eufórica que dependía en gran medida del sexo. No se había dado cuenta de que la *amaba* hasta que se lo dijo. Y ahí estaba el problema con el lenguaje otra vez. ¿De quién fue la idea de inventar una sola palabra "amor" para cubrir mil dos significados?

Lo había rechazado, y, el corte más cruel de todos, por citar a alguien más, le había dicho que le *tenía cariño*. Era casi suficiente para que un hombre quisiera volarse los sesos en ambas direcciones a la vez.

¿Estaría alguna vez a salvo aquí otra vez?

¿Y alguna vez podría vivir aquí de nuevo aunque lo hiciera ella? Si no se casaba con él, iba a tener que mantenerse alejado. Esta era su casa.

Pero, el infierno y la condenación, también era suya. Lo curioso es que, aunque había crecido en Castleford House y había tenido una infancia feliz allí, nunca pensó que ahora era su hogar. Era la casa de su padre, y la de su madre, aunque él era el dueño. En Hardford Hall, ¡perdamos el pensamiento!, se sentía como en casa. Se sentía como si fuera suyo.

Y lo había estropeado todo. Si todo esto hubiera sido un curso de salto de caballos, habría dejado cada cerca hecha jirones detrás de él.

Estos pensamientos y emociones sacudieron su cerebro mientras dividía su tiempo entre sus obligaciones sociales y las reuniones y entrevistas. A sólo dos días del baile de cumpleaños, su madre y sus tías se pusieron casi febriles de ansiedad por si habían olvidado algo esencial, como enviar las invitaciones. Al mismo tiempo, la casa, que le había parecido limpia y ordenada desde el primer momento en que cruzó el umbral y miró a su alrededor en busca de telarañas, adquirió un brillo y un resplandor que casi obligaba a uno a usar una sombra en los ojos. No era sólo el salón de baile el que estaba siendo revisado y limpiado de proa a popa, al parecer.

La prima Lavinia iba al banco de pianoforte del salón varias veces al día para tocar varias melodías de baile mientras los primos jóvenes, y algunos de los mayores también, practicaban los pasos. Cyril, a quien Percy había acusado a veces de tener dos pies izquierdos, se comprometió a enseñar los pasos del vals. Ese fue un ejercicio que dio como resultado cierto progreso y una espectacular caída al suelo cuando el joven Gregory se enredó irremediablemente con los de Eva, o cuando ella enredó los suyos con los de él, dependiendo de quién contara la historia. No había huesos rotos.

Dos días antes de la pelota, finalmente hubo progreso en otra área también. Alguien rompió el silencio. Paul Knorr, que había fijado su residencia en la oficina del mayordomo y se había deshecho de la mayor parte del polvo, sino de todo, y había encontrado sitio para todos, excepto para los libros de cuentas corrientes dentro de los armarios, envió a Crutchley a la sala de estar para pedirle que su señoría viniera a verle.

—La habitación parece el doble de grande—, dijo Percy cuando llegó. —Por fin disfrutaré de pasar tiempo aquí. Supongo que eso fue deliberado, sin embargo, hacer que la habitación pareciera un lugar en el que uno no quería estar.

—Bains—, le dijo Knorr después de ponerse de pie, —el mozo de cuadra con las piernas malas, habló con Mimms hace un rato, mi señor.

—¿Y?— Percy hizo un gesto a su administrador para que se sentara de nuevo, y se sentó en una silla al otro lado del escritorio.

—Fue un intercambio muy breve—, dijo Knorr. —No quiso que lo vieran hablando con su mozo personal. Le pidió a Mimms que te diera un mensaje de Annie Prewett, la criada sordomuda.

Percy se inclinó hacia adelante en su silla y levantó las cejas. —¿Un mensaje de una *sordomuda*?

—Entiendo por Mimms—, dijo Knorr, —que Bains la conoce desde que eran niños y siempre ha estado cerca de ella. De alguna manera aprendieron a comunicarse. Ella ayudó a cuidarlo después de que le rompieran las piernas. Siguen siendo amigos, quizás incluso más que eso.

—¿Y?— Percy lo miró fijamente.

—Ella estaba limpiando la casa de Mawgan, uno de sus deberes regulares, aparentemente, cuando Ratchett llegó allí poco después de su reunión—, dijo Knorr. —Hicieron planes para huir a Meirion y esconderse.

—¿Lo planearon en su presencia?— Percy estaba frunciendo el ceño.

—¿En su audiencia, mi señor?— Knorr medio sonrió. —Pero ella no puede oír, ¿verdad? O hablar. Creo que la mayoría de la gente asume que es una imbécil, si es que se fijan en ella. Ella es un poco invisible, en realidad, diría yo.

—¿Por qué Meirion?— Percy seguía frunciendo el ceño.

—Bains le dijo a Mimms que le dijera que había un techador allí—, dijo Knorr. —Creo que reparó el techo de la casa de la Viuda hace poco tiempo, aunque no veo ninguna mención de los gastos en los libros. Está casado con una hermana de Henry Mawgan, el difunto padre de James Mawgan. Y Mawgan a veces se queda con su tío en sus días libres porque está saliendo con una chica de la aldea, o esa es la razón que da, de todos modos.

—*¿Tidmouth?*— Percy lo miró fijamente. Y los pedazos de alguna manera cayeron en su lugar. Imogen estuvo en la casa de su hermano durante varias semanas en Navidad. Tidmouth retrasó el trabajo de reparación a pesar de que había dado las instrucciones necesarias antes de irse y el trabajo probablemente iba a ser lucrativo. Continuando con el retraso después de su regreso a pesar de que era una dama con título y uno podría haber esperado que él se caería sobre sí mismo en su afán de servirla. ¿Se había vuelto a utilizar el sótano de la casa de la Viuda para el almacenamiento de contrabando durante esos meses, ya que era mucho más seguro y conveniente que la casa principal? Percy no se imaginaba que unas cuantas cerraduras y sellos habrían planteado muchos problemas, especialmente con el techo abierto a los elementos y a cualquiera que se preocupara de escalar a través de él.

Bajó la mano sobre el escritorio.

—Conozco la tienda de ese hombre, con su casa encima—, dijo. —¿Es ahí donde se esconden, Paul? Los quiero a ellos. Quiero este anillo destrozado. Ya no basta con echarlos de mis tierras. Continuarán aterrorizando a todo el mundo y serán una amenaza para la seguridad de Lady Barclay mientras se les permita instalarse en otro lugar y tratar lo que ha ocurrido aquí como un mero contratiempo menor.

—Me tomé la libertad—, dijo Knorr, —de enviar a Mimms a llamar a Sir Matthew Quentin, mi señor, y al oficial de aduanas si aún está en la posada.

—Gracias—, dijo Percy. —Creo que vas a valer tu peso en oro, Paul.

—Será mejor que no vuelvas a decir eso—, dijo Knorr. —Puedo exigir un fuerte aumento.

Sir Matthew llegó en menos de una hora, trayendo al oficial de aduanas con él. Y cinco horas después se hizo una redada en la tienda y casa de Tidmouth en Meirion. Tanto Ratchett como Mawgan estaban allí. Ambos protestaron por su inocencia. Ratchett afirmó haber tomado la decisión de retirarse. Mawgan afirmó haber dimitido como resultado de su trato insultante a manos de su señoría y del subalterno. Habían venido para una corta estadía en la casa de un pariente, dijeron ambos. Y ese podría haber sido el final del asunto si no se hubiera descubierto un gran número de libros polvorientos dentro de dos baúles cerrados en un rincón lejano del ático de Tidmouth bajo montones de chatarra desechada del tipo que tiende a llenar los áticos de todas partes.

Ambos hombres fueron detenidos, al igual que Tidmouth, que protestaba en voz alta por su inocencia.

Fue a la mañana siguiente cuando Mawgan rompió bajo el interrogatorio combinado de Sir Matthew y el oficial de aduanas mientras Percy estaba de pie en un rincón del estudio de Quentin y escuchaba. Podría ser acusado de asesinato en relación con la muerte por ahogamiento del difunto Henry Cooper, el criado del vizconde Barclay, informó Sir Matthew a Mawgan. Mawgan podría estar dispuesto a arriesgarse a que no haya suficientes pruebas para una condena, pero hay que advertirle que los otros dos hombres que habían estado en el barco con su padre y él y el criado habían sido identificados y encontrados. Sus pruebas lo condenarían, a menos que pudiera depositar una confianza absoluta en su silencio. La elección era suya: arriesgarse en un juicio por asesinato con la certeza de que sería ahorcado si fuera condenado, o juzgado por el menor cargo de contrabando si admitiera el asesinato y contara toda la historia que lo rodeaba, incluidas sus acciones en Portugal.

Mawgan había palidecido al mencionar la horca.

Parecía que había sido enviado a Portugal para asegurarse de que Lord Barclay nunca volviera a casa. Había esperado pacientemente a que la guerra se deshiciera de su señoría, algo que éste se había negado obstinadamente a hacer durante más de un año. Luego, un día, cuando estaban en las colinas, estaba buscando leña, realmente lo estaba, lo juró, cuando fue sorprendido por un grupo de soldados franceses, que estaban explorando detrás de las líneas enemigas. Se dieron cuenta de que era inglés, pero antes de que pudieran hacerle nada les dijo que podía llevarlos a un premio mucho más valioso en forma de un oficial de reconocimiento británico sin uniforme y en camino a realizar una misión secreta detrás de las líneas francesas, su cabeza llena de secretos, su esposa con él. . Los conduciría a la pareja si lo dejaban ir. Lo hicieron, con las riendas sueltas, y los llevó a Lord y Lady Barclay y luego escapó para dar la voz de alarma.

—No tuve elección—, dijo hoscamente. —Era yo o ellos, ¿y por qué iba a ser yo? Había pasado más de un año en ese infierno. No lo maté por todo eso. No puedes culparme de *ese* asesinato.

Percy habló aunque estaba allí a regañadientes, lo sabía, sin ser ningún tipo de oficial de la ley.

—Se te puede aconsejar que digas toda la verdad, Mawgan,— dijo,—considerando lo mucho que está en juego.

Todos se volvieron rostros sorprendidos en su dirección.

—¿Quieres que creamos—, dijo Percy, —que al buscar leña en colinas que eran potencialmente peligrosas, te dejaste tomar por sorpresa? ¿Y que tus captores te dejen ir libre

para guiarlos en lo que bien podría haber sido una búsqueda inútil?.

—Permítame recordarle, Mawgan—, dijo Sir Matthew, —las posibles consecuencias para usted de ser juzgado por el asesinato de Henry Cooper.

—Los vi—, dijo Mawgan tras un breve silencio. —Pero iban en la dirección equivocada. Era la única oportunidad real que tenía en más de un año, antes de matarlo yo mismo. Me quité la camisa y la até a mi mosquete, la levanté y me mostré. Era un día de brisa.

—¿Tenías tu mosquete contigo, entonces?— preguntó Sir Matthew.

—Por supuesto que sí—, dijo Mawgan con desprecio. —Entré bajo una bandera de tregua y les dije el tesoro al que podría llevarles si juraban que me dejarían ir. Afortunadamente, dos de ellos hablaban inglés. Me preguntaron por qué, y les dije que era personal. El resto ocurrió como dije. Yo no lo maté. Lady Barclay puede dar fe de ello.

— No directamente, —estuvo de acuerdo Sir Matthew,— aunque se podría argumentar que usted lo vendió para que muriera. Pero puede que haya otros también, Mawgan. Ha habido varias muertes y mutilaciones con conexiones obvias con el contrabando. Es posible que podamos acusarte de asesinato. Al menos creo que pasarás muchos años tras las rejas y te enfrentarás a trabajos forzados.

Percy salió de la habitación y cerró la puerta tras él. No estaba seguro si se sentía triunfante o no. En realidad, se sintió un poco deprimido, decidió. Supuso que se había imaginado que el clímax lo involucraba en una feroz lucha de espadas en el sendero del acantilado, él mismo contra media docena de villanos asesinos, y luego un descenso para luchar contra una docena más a fin de entrar en la cueva para rescatar a un Imogen atado antes de que la marea inusualmente alta llegara primero a ella. Y luego una subida desesperada por la pared del acantilado, desmayada sobre un hombro, porque la marea había cortado el acceso al sendero. Saludos y elogios de todos. Una mujer llorosa y agradecida, él mismo todo ardor sobre una rodilla, proponiendo matrimonio, nuevamente, y la lleva al altar y feliz para siempre con las campanas de la iglesia sonando y las flores cayendo en cascada alrededor de sus cabezas.

A veces, incluso en la intimidad de su propia mente, podía avergonzarse horriblemente. Debería escribir la historia y hacerla publicar por la editorial Minerva, bajo su propio nombre.

Pero *había* algo decepcionante en este final menos glorioso del asunto, aunque satisfactorio en todos los aspectos esenciales. Sin duda, habían conseguido a los líderes. Ratchett, cuando fuera confrontado de nuevo, se vería incapaz de mantener ninguna pretensión de inocencia a la luz de la confesión de su sobrino nieto y de la evidencia de los libros que se habían encontrado. No significaba necesariamente que el contrabando se detendría en la zona para siempre, pero sí que podía controlarlo en su propia tierra, y se debilitaría considerablemente en otros lugares si de alguna manera sobrevivía.

Imogen estaba a salvo, aunque aún no quería que estuviera sola por un tiempo. No hasta que se celebraran los juicios y los principales protagonistas, incluidos los que aún no habían sido detenidos, estuvieron entre rejas para siempre y la sensación de que todo había desaparecido.

Se sintió triste de que el asesinato del ayudante de cámara, Cooper, no hubiera sido vengado durante tanto tiempo y de que ahora se hubiera tomado la decisión de ofrecer a Mawgan una amnistía condicional por ese cargo, dada su confesión sobre todo lo demás. Pero la decisión no había sido suya. Y había funcionado. Sin embargo, si Mawgan y Ratchett no fueran acusados

en última instancia como subalternos del asesinato de Richard Hayes, el vizconde Barclay, querría saber por qué.

En ese momento ya no era asunto suyo.

Y mañana había un baile para el que prepararse.

La vida era un asunto extraño.

****

Imogen se sentía tan plana como un panqueque, si esa era una imagen adecuada para describir el sentimiento de vacío interior que no había podido sacudir desde ayer. El Sr. Ratchett y el Sr. James Mawgan estaban detenidos, así como el Sr. Tidmouth, y tanto Percy como Sir Matthew confiaban en que el comercio de contrabando se derrumbaría sin ellos. También se han producido algunas detenciones más de hombres de alto rango de la banda que James Mawgan había nombrado, y había otros que debían ser perseguidos por acciones criminales que no se pueden ignorar, como los hombres que le rompieron las piernas a Colin Bains, por ejemplo. Pero más allá de eso, no debía haber caza de brujas para las bases, para aquellos que habían hecho el trabajo de contrabando, ya fuera por un poco de dinero extra o porque no tenían otra opción. Era poco probable que esos hombres se reorganizaran sin sus líderes.

Debería estar contenta, se dijo Imogen mientras se vestía para el baile. Todos habían estado exuberantes ayer cuando Percy regresó de la aldea con sus noticias. Había habido aplausos y risas e incluso champán. Todas las damas y primas, así como Tilly, que había estado de visita en ese momento, habían abrazado a Imogen e incluso la habían besado. Dos de los tíos también la habían abrazado.

Y también Percy.

No creía que él hubiera tenido la intención de hacerlo, pero su madre acababa de abrazarla y se había dado la vuelta para poner una mano sobre su brazo. Y de alguna manera sus brazos rodearon a Imogen y los de ella a él, y se habían abrazado más fuerte y durante un poco más de lo que debían. No la había besado, pero había levantado la cabeza y mirado profundamente a sus ojos durante unos momentos antes de soltarla.

Todo el mundo a su alrededor había estado radiante. Su madre tenía las manos pegadas a su pecho y lágrimas en los ojos. Imogen se había alejado para inclinarse sobre la silla de la prima Adelaida y sonreírle y besarle la mejilla. Entonces le había dado palmaditas en la cabeza a Bruce, quien se había esforzado lo suficiente como para ponerse de pie y olisquear sus faldas.

Todos, sin excepción, le habían aconsejado, por su propia seguridad, que no volviera a la casa de la Viuda hasta después de su regreso de Penderris Hall a finales de mes. Ella, sin embargo, había liberado a la criada de la Sra. Hayes anoche para que durmiera en su propia habitación otra vez.

Pero la criada había regresado esta noche, siguiendo las estrictas instrucciones de la Sra. Hayes, para arreglar el cabello de Imogen para el baile. Suave y elegante simplemente no bastaba, al parecer. Tenía que haber al menos *algunos* remolinos y rizos y unos cuantos mechones ondulados que le recorrían el cuello y las sienes.

Llevaba puesto un vestido de satén marfil de cintura alta y pecho bajo recubierto de una túnica de malla de oro mate, que había comprado en Londres hacía un par de años y que sólo uso dos veces allí. Siempre le había parecido demasiado grandioso para el campo. Pero esta noche era una ocasión especial. La casa estaba casi irreconocible, con todas las superficies brillantes y las arañas brillantes y los bancos de flores de primavera por todas partes. Y, aunque los espíritus de Imogen estaban planos, debia estar a la altura de las circunstancias. Era la trigésima fiesta de cumpleaños de Percy, para la que un impresionante número de sus familiares y amigos habían viajado largas distancias y en la que todos los vecinos de un radio más amplio que el de Porthmare y sus alrededores se reunían por fin para dar la bienvenida a la casa del Conde de Hardford.

Se veía bien, pensó mientras la criada le abrochó sus perlas alrededor del cuello y se miró en el espejo. Los colores eran un poco apagados, quizás, pero con la adición de una sonrisa....

Ella sonrió.

—Gracias, Marie—, dijo ella. —Has hecho maravillas.

—Es fácil hacer maravillas con vos, mi señora—, dijo la doncella, haciendo una reverencia antes de retirarse.

Imogen celebró con intención deliberada durante toda la larga noche, *casi* toda. Sonrió y bailó con una pareja diferente cada vez. Bailó el primer vals con el Sr. Alton, el segundo con un elegante caballero al que apenas reconocía ya que vivía a veinte millas de distancia y acordaron que debían haber pasado dos años desde la última vez que se conocieron. Y en la cena, para la cual se sentó a comer con el vizconde Marwood y el Sr. Welby y Beth, se hizo un anuncio de compromiso. Tomó a todos por sorpresa, excepto quizás a los más afectados. La Sra. Meredith Wilkes, anunció el Sr. Wenzel, con la cara decididamente roja, lo había convertido en el hombre más feliz.

¡Después de dos semanas de noviazgo! Pero Meredith, también ruborizada, parecía *la* más feliz de las mujeres.

La familia grande lo celebro a su manera habitual con exclamaciones de deleite y abrazos y besos en general.

—Pero Tilly,— dijo Imogen, repentinamente afectada mientras abrazaba a su amiga,—¿qué te pasará?

—Bueno—, le dijo Tilly con una sonrisa, —Le gusta mucho Meredith, aunque no hace tanto tiempo que esperaba que fueras *tú* quien fuera mi cuñada. Sin embargo, tienes mejores perspectivas, y Andrew es más feliz de lo que nunca lo he visto. Creo que yo también le gusto a Meredith. Pero no estoy sin esperanzas, Imogen. Mi tía Armitage quiere que vaya a Londres durante la temporada para hacerle compañía ahora que todas sus hijas han volado del nido. Dice que tiene un regimiento entero, su palabra, de caballeros elegibles esperando mi inspección. Quizás tenga muchas opciones si voy, y creo que lo haré. Ve, eso es.— Sus ojos brillaban.

Tilly tenía veintiocho años. Tenía una figura delgada y una cara abierta y agradable, aunque no fuera muy bonita. También tenía una disposición agradable y una tendencia a ver el humor en la mayoría de las situaciones.

Y entonces la Sra. Hayes abrazó a Imogen.

—Bueno,— dijo ella, —no podría estar más encantada con el anuncio. Meredith perdió a su marido incluso antes de que Geoffrey naciera y antes de que cumpliera veinte años. Se merece la felicidad. Pero debo confesar que podría estar *tan* contenta con otro anuncio así. Supongo que Percy se ha acobardado, el hombre provocador. Pero dale tiempo. Se calentará, y me parece que está en camino de hacerlo.

Se rió alegremente mientras se volvía para felicitar al Sr. Wenzel.

Y entonces, con la cena al fin terminada y todos regresaron al salón de baile, Percy vino a solicitar la mano de Imogen para lo que iba a ser un enérgico conjunto de bailes campestres. Sin embargo, no la llevó a la pista.

—Ve a buscar tu capa—, dijo. —¿Por favor?

Ella dudó. No quería estar a solas con él. Ni siquiera quería bailar con él. Se había estado diciendo a sí misma todo el día que sólo había que vivir hoy y mañana y que luego se iría a Penderris. Se enteraría de alguna manera antes de fin de mes si él todavía estaba aquí y haría otros planes para sí misma si lo estuviera.

Sólo hoy y mañana.

Fue a buscar su capa y sus guantes. Se puso un sombrero a pesar de que era probable que le arruinara el peinado.

Caminaron por el césped en dirección a los acantilados, sin tocar, sin hablar. El cielo estaba despejado y brillante con la luz de la luna y la luz de las estrellas. El sonido de la música y las voces y las risas se derramaron desde la casa a pesar de que el salón de baile estaba en la parte de atrás. Los sonidos no hacen más que acentuar la tranquilidad de los exteriores y el silencio entre ellos.

—Te has vuelto a convertir en mármol—, dijo. —Mármol *sonriente*.

—Te agradezco todo lo que tuvo el valor de hacer—, le dijo ella. —No sólo para mí, sino para todos aquí y en el vecindario. Y estoy feliz por ti porque tantos de tu familia, amigos y vecinos han venido a celebrar contigo esta noche. Ha sido un baile precioso. Será recordado por mucho tiempo.

Volvió a decir esa palabra, con toda claridad y sin pedir disculpas. Se detuvo bruscamente, e Imogen se detuvo un par de pasos por delante de él.

—No quiero tu gratitud, Imogen—, dijo. —Quiero tu *amor*.

—Te quiero mucho—, dijo ella.

Dijo esa palabra una vez más.

—Ya ves,— dijo, —he sido malcriado toda mi vida. Siempre me han dado justo lo que quiero. Me vuelvo petulante cuando no lo consigo. Es hora de que cambie, ¿no? Y cambiaré. ¿Pero por qué debería cambiar en esto? Ayúdame. Mírame a los ojos y dime que no me amas. Pero di la verdad. Sólo la verdad. Dime, Imogen, y me iré y nunca volveré. Tienes mi solemne promesa.

Respiró lentamente y suspiró. —No puedo casarme contigo, Percy—, dijo ella.

—Eso no es lo que te pregunté—, le dijo. —Dime que no me amas.

—El amor no tiene nada que ver—, dijo.

—¿No debería ser *todo*?—, le preguntó. —El amor tiene *todo* que ver con eso.

Ella no dijo nada.

—Dime—, dijo en voz baja. —Ayúdame a entender. Hay un hueco, un enorme agujero en la historia que me contaste. Es un agujero lleno de horror y una parte de mí no quiere saberlo. Pero debo saber si quiero entender. No podré vivir con esto a menos que lo entienda. Dímelo.

Y así lo hizo.

Pero cuando tomó aliento para hablar, perdió el control de su voz, y le gritó las palabras.

—*¡Lo maté!*—, le gritó ella. Y luego se quedó de pie jadeando un minuto antes de poder continuar. —¿Lo entiendes ahora? *Yo maté a mi marido.* Tomé un arma y le disparé entre los ojos. Fue bastante deliberado. Mi padre me enseñó a disparar a pesar de la desaprobación de mi madre. Nos enseñó a mi hermano y a mí, y pronto pude disparar mejor que ellos. Y cuando venía aquí, disparaba con Dicky, siempre a un blanco, por supuesto, nunca a nada vivo. Y la mayoría de las veces, podía superarlo —. Se detuvo para respirar profundamente. —*Le disparé. Lo maté.*

Estaba jadeando para respirar. Su cuerpo latía con alfileres y agujas de la cabeza a los pies.

Estaba inmóvil y la miraba fijamente.

—Ahora pídeme que me case contigo—, dijo. —Pídeme que te diga que te quiero. ¿Lo entiendes ahora? No merezco *vivir,* Percy. Respiro y existo como penitencia. Es mi castigo, seguir año tras año, sabiendo lo que hice. Esperaba morir con él, pero no fue así. Así que tengo que sufrir, y lo he aceptado.— Se detuvo un momento para calmar su respiración. —Hice algo terrible hace casi dos semanas. Decidí darme unas vacaciones para lo que esperaba que fuera una breve aventura sensual. No tenía intención de involucrar tus sentimientos y herirte. Que haya hecho ambas cosas es apropiado para mí. Me merezco esa carga extra de culpa y miseria. ¿Pero para ti? Vete de aquí, Percy, y encuentra a alguien digno de tu amor. Y luego regresa si quieres, porque este es tu hogar ahora. Me iré de aquí. No volverás a verme nunca más.

Seguía de pie como una estatua, con la cabeza ligeramente inclinada hacia delante, el sombrero bajo sobre su frente y ocultando el rostro de sus ojos.

—Yo maté a Dicky—, dijo, su voz aburrida ahora. —Maté a mi marido, mi amigo más querido del mundo.

Y ella se fue, de vuelta en dirección a la casa.

—Imogen—, la llamó, su voz desolada, llena de dolor.

Pero no se detuvo.

CAPITULO 24

Percy estaba convencido de que volver al salón de baile, sonreír, mezclarse, hablar, bailar, era lo más difícil que había hecho en su vida. Y no se hizo más fácil cuando su madre y luego Lady Lavinia y Miss Wenzel y varias otras personas le preguntaron qué le había pasado a Imogen y tuvo que decirles que estaba cansada y que se había ido a la cama. No estaba seguro si alguna de ellas le creía. Probablemente no. Sin duda no, de hecho.

—¡Oh, *Percival!* —fue todo lo que dijo su madre, pero su expresión facial hablaba mucho de reproche. Y sólo lo llamaba por su nombre completo cuando estaba exasperada con él.

Levantarse a la mañana siguiente para volver a estar alegre y hospitalario con su familia y amigos y los pocos vecinos de las partes más distantes que se habían quedado a pasar la noche fue una tortura aún mayor, especialmente después de una noche de insomnio. Había estado fuera de la habitación de Imogen durante unos quince minutos a alguna hora de la mañana, su mano a una pulgada del pomo de la puerta, que podía o no haber estado cerrada con llave. Había regresado a su propia habitación sin poner el asunto a prueba.

No bajó a desayunar. Se preguntaba si ella bajaría. Tal vez estaba mirando desde su ventana, esperando a que él saliera de la casa antes de aparecer. La favoreció después de haber visto a todos los huéspedes nocturnos en su camino. Fue a cabalgar con Sidney y Arnold y un grupo de primos. Y no, le dijo a Beth cuando le preguntó, no había visto a la prima Imogen hoy. Probablemente estaba cansada después de lo de anoche.

Sólo cuando se anunció el almuerzo mucho más tarde, Lady Lavinia decidió que debía subir a ver si Imogen estaba indispuesta. No era normal que no se levantara temprano por la mañana, ni siquiera después de una noche larga, y se había ido a la cama antes de que terminara el baile.

No estaba allí. Sin embargo, una nota estaba clavada en su almohada y dirigida a su tía, que la leyó en voz alta cuando regresó al comedor.

No te preocupes por mí, había escrito después del saludo de apertura. *He decidido salir temprano para Penderris Hall. Te escribiré cuando llegue allí. Por favor, transmita mis disculpas a Lord Hardford y a su familia por no despedirse de ellos. Ha sido un placer conocerlos.*

Una hora más tarde, todos, con la excepción de Percy, seguían murmurando por la extrañeza de la repentina partida de la prima Imogen, dos días antes de lo previsto. Un registro de su habitación había convencido a su tía de que no se había llevado casi nada consigo, sólo una pequeña maleta y todo lo que hubiera podido contener. Todos los carruajes y los caballos fueron contabilizados en la cochera y en los establos. ¿Cómo había dejado Hardford? ¿A *pie*?

Así fue exactamente como se había ido, como resultó. Apenas terminaron de almorzar, Wenzel y su hermana fueron anunciados.

—Acabamos de regresar de un corto viaje—, explicó Wenzel tras unos saludos de apertura y una sonrisa para su prometida, —y pensé que lo mejor era venir directamente aquí. Tilly y yo llegamos a casa anoche para descubrir a Lady Barclay sentada en nuestra puerta, ella no quería despertar a los sirvientes llamando a la puerta. Esperaba esperar en la posada a la diligencia, pero todas las puertas estaban cerradas por la noche. Preguntó si podía quedarse con nosotros hasta que llegara el primer carruaje. No me pareció apropiado que viajara en el transporte común, y Tilly me apoyó cuando se lo dije.

—Nos ofrecimos a llevarla a Penderris Hall —, dijo la Srta. Wenzel, —o al menos a enviarla en nuestro carruaje, pero no quería oír hablar de incomodarnos tanto. Lo mejor que pudimos hacer fue persuadirla para que viajara y luego llevarla a la casa de correos en Meirion. Lo hicimos esta mañana y acabamos de regresar de verla de camino. Estará a salvo, Lady Lavinia, aunque se negó rotundamente a llevar a mi criada con ella. Y sólo tiene una pequeña bolsa de pertenencias.

—Veré que un baúl sea enviado tras ella—, dijo Percy, y encontró los ojos de la Srta. Wenzel descansando pensativamente sobre él.

—Me atrevo a decir,— dijo ella,— *puedes* saber de qué se trata todo esto, mi señor. Imogen no dijo nada.

Era lo que todo el mundo estaba pensando, por supuesto, y lo había estado pensando desde que volvió a entrar solo en ese salón de baile infernal anoche. De repente, la atención de todos se centró en él. El aire latía con un silencio expectante.

Pero no era el momento de tener encanto ni de tener una conversación social fácil. O mentiras. O la verdad.

Percy se giró y salió de la habitación, cerrando la puerta firmemente detrás de él.

¡Yo lo maté! ¿Lo entiendes ahora? Yo maté a mi marido. Tomé un arma y le disparé entre los ojos. Fue bastante deliberado.

Y lo peor de todo fue que la creyó.

Y al hacerlo, se había sumergido profundamente en el corazón mismo de la oscuridad con ella, un lugar que había tenido que evitar con gran dolor toda su vida.

Yo lo maté.

****

Imogen llegó dos días antes a Penderris, y ella había llegado en silla de posta, sola, con una sola bolsa pequeña. Sin embargo, George, Duque de Stanbrook, no pestañeó. Debió haber visto venir la calesa y estaba en la terraza esperando para ayudarla a bajar.

—Imogen, querida—, dijo. —¡Qué encantador!

Pero luego la miró penetrantemente, la atrajo hasta sus brazos y la abrazó con fuerza.

No sabía cuánto tiempo habían permanecido así ni qué había pasado con la calesa. La tensión se fue aliviando poco a poco a medida que respiraba el olor de él y de su hogar, o lo que

había sido un refugio seguro de un hogar durante tres años y que seguía siendo su refugio y su fuerza.

Cogió su mano en su brazo cuando finalmente dio un paso atrás y la llevó dentro, hablándole con facilidad, como si su temprana llegada y la forma de hacerlo no fuesen del todo inapropiadas. Le habló de manera similar durante el resto del día y todo el día siguiente, hasta que Hugo y Lady Trentham llegaron a mitad de la tarde, también temprano. Gwen, Lady Trentham, explicó que habían salido de casa un día antes de lo que necesitaban, todo sonrisas y alegría, porque pensaron que quizás tendrían que viajar por etapas más fáciles de lo habitual con el bebé. Pero se habían equivocado, y aquí estaban.

Hugo, grande e imponente y de aspecto tan severo como siempre, con su pelo corto y su tendencia a fruncir el ceño, le dio una palmada en el hombro a George y le dio un golpe en la mano al declarar que ahora era esclavo de *dos* hembras. —Un esclavo más que dispuesto, sin embargo, me apresuro a añadir,— dijo mientras se giraba. —¿Has llegado incluso antes que nosotros, Imogen? Eso me hace sentir mejor.

Y le sonrió y abrió los brazos y luego se detuvo, frunció el ceño e inclinó la cabeza hacia un lado. —Ven y que te abrace, entonces, muchacha—, dijo con más suavidad, y una vez más se envolvió en seguridad.

Pero también había que abrazar a Gwen y admirar a la pequeña Melody Emes: su niñera la llevaba adentro y Hugo la estaba tomando entre sus enormes manos, bastante lleno de orgullo.

Los otros llegaron al día siguiente. Ben y Samantha, Lady Harper, llegaron primero, de Gales. Ben entró en la casa y subió las escaleras con sus dos bastones, pero se propulsó la mayor parte del tiempo después de eso en una silla de ruedas, después de haber decidido que no era una admisión de derrota, sino más bien un avance hacia una nueva fase de su vida, de diferente actividad.

Ralph llegó después con su duquesa pelirroja, a la que Imogen no había conocido antes y que rogaba que la llamaran Chloe. Imogen tampoco había visto a Ralph desde que heredó el ducado a la muerte de su abuelo el año pasado. Su cara aún estaba muy marcada por una herida de guerra, pero había una nueva serenidad en su rostro.

Vicent vino con Sofía, Lady Darleigh y su hijo, y como de costumbre era difícil recordar que no podía ver, se movía tan fácilmente, especialmente con la ayuda de su perro. Flavian fue el último con Agnes, Lady Ponsonby, y el anuncio casi tan pronto como cruzaron la puerta de que esperaba ser padre en los próximos seis o siete meses y debían ser muy gentiles con él porque todo era un esfuerzo para sus nervios. Y habló, le interesó notar a Imogen, con muy poco del tartamudeo que había permanecido obstinadamente con él incluso después de haber recuperado la mayoría de sus facultades después de que sus heridas en la cabeza se hubieran curado.

—En ese caso, Flavian,— dijo Ralph,—entonces yo también necesito un manejo suave. Olvídate de Chloe. Está hecha de material más duro.

Y se intercambiaron palmadas en los hombros y se sonrieron el uno al otro de una manera masculina, satisfecha y ligeramente tímida.

Todos ellos, excepto Vicente, miraron a Imogen con ojos estrechos antes de abrazarla. Todos ellos la abrazaron con más fuerza de lo habitual y volvieron a mirarla a los ojos antes de quedar atrapados en el bullicio general de saludos. E incluso Vicente, después de haberla

abrazado, la miró a los ojos, tenía un extraño don para hacerlo, y habló en voz baja.

—¿ Imogen?

Pero ella simplemente besó su mejilla y se volvió para abrazar a Sofía y exclamó sobre cuánto había crecido Tomás, su hijo de un año.

Pasaron dos días y dos noches, durante las cuales los siete se sentaron tarde, como siempre lo hicieron durante estas semanas, hablando más profundamente desde el corazón de lo que lo habían hecho durante todo el día.

En la primera noche Vincent informó que sus ataques de pánico eran mucho menos frecuentes a medida que pasaba el tiempo. Sólo que a veces se le venía encima, al darse cuenta de que su ceguera no era una cosa temporal de la que finalmente se recuperaría, sino una cadena perpetua.

—Nunca volveré a ver—, dijo. —Nunca veré a mi esposa o a Thomas. Nunca veré al nuevo bebé cuando llegue, ah, se suponía que no debía mencionar que hay otro en camino porque aún no es seguro. Tendré que confesarme con Sophie cuando me vaya a la cama. Pero ¿por qué es que aunque acepté mi condición hace mucho tiempo y tengo una vida maravillosamente bendecida y rara vez pienso en que soy ciego, me golpea de improviso como una porra gigante como si me estuviera dando cuenta?

—El problema es, Vincent —, dijo Hugo, al alcanzar a Imogen en el sofá que los tres compartían para darle palmaditas en la rodilla, —que la mayoría de las veces tampoco nos damos cuenta.

—¿ Vincent es *ciego*?— Flavian dijo. —¿Es por eso que entra en p-perro de vez en cuando?

La segunda noche, George admitió que aún tenía los sueños en los que pensaba en las palabras adecuadas para hablarle a su esposa para evitar que saltara del acantilado y que estaba lo suficientemente cerca como para coger su mano en la suya y tirar de ella desde el borde, pero siempre las palabras y la mano llegaban demasiado tarde. En realidad, aunque lo había visto pasar, había estado demasiado lejos para salvarla.

Imogen apenas había hablado desde su llegada, excepto con tópicos puramente sociables. De hecho, había hablado más con las esposas que con sus amigos. Pero en la tercera noche nadie tenía mucho que decir. Sucedía de esa manera a veces. Sus vidas no siempre estuvieron repletas de problemas y dificultades. De hecho, cinco de ellos al menos parecían muy contentos con sus vidas, incluso felices. Y tres de ellos, oh, Dios, *tres,* eran padres expectantes. Sus reuniones futuras iban a ser muy diferentes. Incluso este año Thomas estaba jugando y parloteando en un idioma que incluso su madre y su padre no entendían, aunque Hugo ofreció algunas interpretaciones maravillosas mientras hacía cosquillas a su hija debajo de la barbilla para ver su amplia y desdentada sonrisa.

Ahora, en la tercera noche, Imogen respiró audiblemente durante un silencio prolongado y acompañante y cerró los ojos. —Se lo dije—, dijo ella.

El silencio tomó un elemento de incomprensión.

Pero, por supuesto, no sabían nada. No les había dicho nada. Le parecía increíble que no *supieran* todo lo que había sido tan importante en su vida durante más de un mes.

—El Conde de Hardford—, explicó. —Vino a Hardford a principios del mes pasado. Él... yo... nosotros...

Hugo, sentado a su lado nuevamente, tomó su mano y se la clavó firmemente en el brazo antes de cubrirla con la suya. Vincent en su otro lado le dio una palmadita en el muslo y luego la agarró.

—Le conté mi historia—, dijo ella. —Pero no estaba satisfecho. Sabía que faltaba algo y volvió a preguntar. Fue la noche antes de venir aquí. Era imposible no decírselo. Así que lo hice.

Inclinó la cabeza hacia atrás, con los ojos aún cerrados, y la parte posterior de su cabeza golpeó contra el pecho de Flavian. Había aparecido detrás de ella, y sus manos se apoyaron en sus hombros. De repente, su mano libre estaba fuertemente agarrada. Ralph estaba agachado frente a ella.

Y se dio cuenta de que estaba llorando, un sonido alto y agudo que no parecía estar saliendo de ella, pero debía estarlo.

La voz de George era tranquila y suave, ¡qué recuerdos evocaba!

—¿*Qué* le dijiste, Imogen?—, preguntó.

—Que maté a Dicky—, se lamentó.

—¿Y qué más?

—¿Qué más hay que contar?— Apenas reconoció su propia voz. —No *hay* nada más. En todo el mundo, sólo hay eso. Lo maté.

—Imogen—. Era la voz de Ben esta vez. —Hay mucho más que eso.

—No, no hay nada—, dijo ella, moviendo la cabeza de un lado a otro. —*Sólo* hay eso.

Detrás de ella, Flavian ahuecó su mandíbula con sus manos.

—Uno debe preguntar—, dijo con su voz suspirando, bastante aburrida; pensó que era deliberado tratar de calmarla con normalidad. —¿Este tipo de Hardford te *ama*, por casualidad, Imogen? ¿O simplemente le gusta jugar a ser el señor de la mansión?

Abrió los ojos y levantó la cabeza. —No importa—, dijo ella. —Oh, pero no es torpe, ni dictatorial ni odioso, aunque pensé que lo era al principio.

—¿Y por casualidad *lo* amas?— preguntó Flavian.

—No puedo—, dijo, dejando sus manos libres de los brazos de Ralph y Hugo y colocando las palmas contra sus ojos. —No *lo haré.* Todos vosotros lo saben.

Ralph y Flavian volvieron a sus asientos. Hugo puso un brazo sobre sus hombros y bajó su cabeza sobre el hombro de él.

—¿Por qué estás tan molesta?—, preguntó. —Quiero decir, ¿por qué estás *tan* disgustada?

—Alguien más lo traicionó—, dijo ella. —A Dicky, quiero decir. Nunca debía volver vivo de la Península. Alguien lo traicionó con los franceses.

Y contó la historia de los contrabandistas y del Sr. Ratchett y James Mawgan y el ayudante de cámara de su esposo y cómo Percy los había enfrentado a todos cuando nadie más lo había hecho desde la época de Dicky y había seguido el asunto temeraria e implacablemente hasta que

él expuso la verdad y los dos hombres habían sido arrestados y estaban esperando juicio. No tenía ni idea de si su historia tenía sentido.

Vincent todavía estaba acariciando su muslo cuando había terminado.

—Vine aquí temprano—, dijo, bajando sus manos a su regazo. —Necesitaba sentirme segura. Necesitaba... necesitaba...

—Nosotros—, dijo Flavian. —Todos nosotros también nos necesitamos, Imogen. Puedes descansar aquí. Todos podemos.

—Sí—, estuvo de acuerdo. —Pero debe ser terriblemente tarde. Debería dejarlos ir a todos a la cama. Estoy agotada si tú no lo estás. Gracias. Los quiero a todos.

George, sonriendo suavemente, le estaba tendiendo una mano a ella.

—Ven—, dijo. —Te acompaño a tu puerta. Sabes que *siempre* puedes venir aquí, Imogen.

—También sé -dijo ella, poniéndose en pie—que debo vivir mi propia vida. Y *lo haré*. Esto es sólo un breve contratiempo, como los ataques de pánico de Vincent. Buenas noches.

Puso los hombros rectos y miró a cada uno. Ni siquiera se dio cuenta de que ninguno de ellos estaba haciendo un movimiento para seguirla desde la habitación.

****

Percy no sabía por qué estaba enojado, pero lo estaba. No, no estaba enfadado exactamente. Descontento. Todo estaba fuera de lugar. Tan malhumorado como podría estar sin realmente molestar a todos los que se cruzaran en su camino.

Celoso.

Pero eso era absurdo. ¿Por qué estaría celoso de una colección de hombres que ni siquiera conocía? Hombres que se llamaban a sí mismos por el pretencioso nombre de "Supervivientes", con una *"S"* mayúscula, por favor. ¿No eran todos supervivientes? ¿No lo era él? ¿Qué les dio el derecho exclusivo a la palabra? Y cuánto podían amarla cuando varios de ellos, no podía recordar si eran todos, se habían ido y se habían casado con otras mujeres.

Pero era a ellos a quienes había ido corriendo, en medio de la noche, sin decirle nada. Incluso su nota había sido dirigida a su tía.

Y ahora estaba jugando a mensajero y a repartidor juntos. En el carruaje con él había cartas de Lady Lavinia, la Sra. Ferby, su madre, Beth, Lady Quentin y Miss Wenzel. Era ridículo. Si muchas personas más hubieran escrito, habría necesitado una carreta para ir detrás. Y había un gran baúl de sus pertenencias en el maletero del carruaje, que apenas dejaba espacio para su propio equipaje.

Y aquí estaba llegando a Penderris Hall, que era tan grande e imponente como él había esperado y considerablemente más cerca de los acantilados siempre presentes en Hardford Hall, y estaba teniendo segundos, o cuarenta y dos, pensamientos sobre la sabiduría de venir aquí, pero ya era demasiado tarde para volver atrás porque parecía que su llegada había sido notada y las puertas principales se habían abierto y un hombre alto con el pelo elegantemente canoso,

¡maldito sea!, estaba saliendo para ver quién era el diablo que llegaba cuando no había sido invitado y Percy podía ver que era el Duque de Stanbrook. Había visto al hombre unas cuantas veces en la Cámara de los Lores.

Se sentía estúpido y beligerante, y si el hombre se interponía en su camino, primero le aplanaría la nariz y luego lo despedazaría con sus propias manos y quizás también con sus dientes. Iba a verla, debía verla, y eso era todo. Esa noche no había tenido que irse corriendo sin darle la oportunidad de ordenar sus pensamientos y responder a lo que le había dicho. Iba a hablar con ella, ahora. Le debía tanto, por Júpiter.

Stanbrook estaba extendiendo su mano derecha mientras Percy bajaba del carruaje y cerraba la puerta a Héctor.

—Hardford, creo—, dijo Stanbrook, y Percy estrechó su mano.

—He traído el baúl de Lady Barclay—, dijo, —y algunas cartas para ella. Y la veré.

Las cejas ducales subieron. —Entra—, dijo, —y tómate un refresco. Su hombre puede ir a los establos después de descargar el baúl. Alguien se ocupará de él allí.— Y se volvió para abrir el camino hacia el interior.

Había un ejército alineado en el pasillo, por supuesto. Bueno, sólo eran cuatro además de Stanbrook, pero parecían un ejército. O una fortaleza inexpugnable. Pero que intenten interponerse en su camino. Percy casi esperaba que lo hicieran. Estaba deseando una pelea.

Stanbrook lo presentó con una cortesía perfectamente suave, maldita sea otra vez. El gran matón con el pelo bien cortado era Trentham; el que tenía la fea raya en la cara era el duque de Worthingham; el rubio que parecía que todo el mundo había sido creado para su diversión era Ponsonby; y el pequeño niño de ojos azules era Darleigh. Percy lo miró, apartó la vista y luego volvió a mirar. ¿No era el ciego? Y entonces vio que los ojos que parecían estar mirándole directamente en realidad tenía el rostro perdido por unos pocos centímetros. Era un poco espeluznante.

Se intercambiaron suficientes saludos civiles, y luego otro hombre apareció en las escaleras, tambaleándose lentamente con la ayuda de dos bastones que cubrían sus brazos inferiores.

—Sir Benedict Harper—, dijo Stanbrook.

Seis de ellos. El séptimo había desaparecido.

—Veré a Lady Barclay—, dijo Percy secamente. Los buenos modales le habrían servido mejor, pero al diablo con los buenos modales. Estaba de mal humor.

—Puede haber un pequeño problema—, dijo el rubio suspirando, como si hablar esas pocas palabras fuera una prueba para él. —Para que veas, Hardford, Lady Barclay tal vez no te vea.

—Y francamente,— añadió el de la cara con cicatriz,—No la culparía.

El grande y duro se cruzó de brazos y parecía más duro.

—Entonces pregúntale,— dijo Percy,—y averígualo. Y dile que no me moveré de aquí hasta que me vea.

Sintió como si se estuviera alejandose de sí mismo y observando su mal comportamiento con un leve movimiento de incredulidad. ¿Adónde habían huido todos sus famosos encantos?

—Di por favor—, añadió, mirando a todos ellos.

—Tal vez entres en el salón de visitas—, sugirió Stanbrook, —y tomes un trago mientras esperas. Los otros irán contigo mientras yo voy a hablar con Lady Barclay. Le advierto, sin embargo, que puede negarse a hablar contigo. Ella te vio venir y estaba menos que encantada.

Percy se sintió un poco como un globo de aire caliente que había tenido una fuga.

—Déjame ir, George—, dijo Darleigh. —Déjame hablar con ella. Y recordaré decir por favor, Hardford.— Sonrió con gran dulzura. —Ve y toma un refresco. Estás molesto.

Y se fue el resto del aire caliente, dejando a Percy flácido y desinflado.

Buen Dios y mil demonios, ¿y si ella no lo viera? Apenas podía acampar bajo su ventana, aunque supiera cuál era, para siempre, ¿verdad? No con el ejército al acecho. En particular, no le gustaba el aspecto del gigante.

Se giró en la dirección de la habitación que Stanbrook estaba indicando, mientras que el ciego Darleigh partió en la dirección opuesta, liderado por un perro que Percy acababa de notar por primera vez. Recordó que había dejado a Héctor en el carruaje. El miserable sabueso se había negado rotundamente a quedarse en casa.

CAPITULO 25

Imogen estaba en el invernadero, donde se había refugiado después de ver que se acercaba el carruaje familiar. No habría tenido ni siquiera esa advertencia si no hubiera estado de pie en la ventana del salón en ese momento, meciendo a Melody Emes dormida en sus brazos y pensando que seguramente no podría haber un sentimiento más encantador en el mundo.

Estaba mirando a través de las ventanas del invernadero hacia algunos narcisos que florecían en la hierba, aunque en realidad no los veía. Escuchó a alguien venir, alguien *con un perro*, pero no giró la cabeza.

Vicente se sentó a su lado, buscando primero el asiento. Su perro se asentó sobre su rodilla.

—Imogen—, dijo, y le dio una palmadita en el dorso de la mano. —¿Siempre se comporta mal?

—Oh.— Y extrañamente, curiosamente, se encontró sonriendo. —¿Se comportó mal?

—Hay una sonrisa en tu voz—, dijo, y eso la calmó. —Estaba lleno de beligerancia. No habría hecho falta mucha provocación para que nos atacara a todos a la vez con sus propios puños. No podía verlo, por supuesto, pero podía oírlo. ¿Es un hombre grande?

—Sí—, dijo ella. —Aunque no es enorme.

—Sólo entonces Hugo podría haberlo derribado de un puñetazo—, dijo, —aunque tengo la sensación de que se habría levantado de un salto para recibir más castigo. ¿Qué aspecto tiene?

—Oh—, dijo ella, frunciendo el ceño,—alto, moreno, guapo, todos los viejos clichés.

—¿Y es un cliché?—, preguntó.

—No.— Todavía estaba frunciendo el ceño. —Pensé que lo era al principio, Vincent. Pero no ahora que lo conozco mejor. Nadie es menos cliché. Él es.... oh, no importa. ¿Se fue en silencio?

Sintió como si hubiera una pesa de plomo en la base de su estómago mientras imaginaba que su carruaje se alejaba de Penderris. En realidad, había estado allí desde la noche de su baile de cumpleaños, ese frío y pesado peso. ¿Nunca desaparecería?

—Está en el salón con los otros hombres—, dijo. —Quiere verte. Exigió que uno de nosotros viniera y te lo dijera. Pero luego agregó un *por favor*.

Sus labios volvieron a sonreír, aunque se sintió más cerca de las lágrimas que de la risa.

—Dile que no—, dijo ella. —Y agrega *gracias,* si quieres.

—Todos esperábamos que viniera, ya sabes—, dijo. —Todos estuvimos de acuerdo en ello anteanoche, después de que te acostaste. No tenía sentido hacer apuestas. Todos estábamos del mismo lado. Y Sophie estaba de acuerdo conmigo, y las otras señoras también. *Todos* esperábamos que viniera.

No había nada que decir sobre la pausa que siguió.

—Está terriblemente disgustado—, le dijo Vincent.

—Pensé que era beligerante—, dijo ella.

—Precisamente—, dijo. —Pero no había nada por lo que ser beligerante, verás, Imogen. George salió a saludarlo como un anfitrión cortés, y todos nos comportamos con la mayor cortesía.

Podía imaginárselos todos alineados en el pasillo, sin darse cuenta de lo formidables que se veían cuando se interponían entre alguien y lo que ese alguien quería.

¡Pobre Percy! No había hecho nada para merecer nada de esto.

—Lo enviaré lejos si lo deseas—, dijo Vincent. —Creo que se irá aunque nos dijo que no se movería hasta que te viera. Es un caballero y no seguirá molestándote si tu respuesta es no. Pero creo que deberías verlo.

—Es inútil, Vincent—, dijo ella.

—Entonces díselo.

Respiró profunda y audiblemente y lo dejó salir. Vincent, notó irrelevantemente, necesitaba un corte de pelo. Su cabello rubio y ondulado casi le tocaba los hombros. ¿Pero cuándo *no* había necesitado un corte de pelo? ¿Y por qué debería cortarse? Lo hacia parecer un ángel. Sus amplios ojos azules sólo realzaban esa impresión.

—Envíalo aquí—, dijo ella.

Se puso de pie, y su perro se paró a su lado. Pero dudó. —Nunca nos damos consejos no solicitados, Imogen, ¿verdad?—, dijo.

—No, no lo hacemos —, dijo con firmeza, y él se dio la vuelta. —Pero considerare tu consejo solicitado. ¿Qué quieres decir?

Se dio la vuelta. —Creo —dijo amablemente—que todos tenemos el perfecto derecho de hacernos infelices si eso es lo que elegimos libremente. Pero no estoy seguro de que tengamos derecho a permitir que nuestra propia infelicidad cause la de otra persona. El problema con la vida a veces es que estamos todos juntos en ella.

Y se fue sin decir nada más. ¿Eso era un *consejo*? Ni siquiera estaba segura de lo que él había tratado de decir. Excepto que tenía mucho sentido mientras esperaba y reflexiono sobre sus palabras. ¿No somos todos responsables de nosotros mismos? pensó ella. ¿Por qué deberíamos ser responsables de alguien más? ¿ No sería eso solo una intromisión?

El problema con la vida a veces es que estamos todos juntos en ella.

Y recordó su decisión relativamente menor de volver a bailar en las asambleas del pueblo.

Escuchó más pasos. Pies firmes y calzados esta vez. Pies beligerantes, quizás. De nuevo, no giró la cabeza. Se detuvo a corta distancia. No se sentó.

—Imogen—, dijo en voz baja.

Juntó las manos en su regazo, entrelazando sus dedos. Tocó las puntas de sus pulgares juntas.

—No juegas limpio—, dijo.

—No estoy involucrada en ningún juego contigo, Percy—, dijo. —No puedo jugar limpio o injusto si no lo hago.

—Me contaste una historia—, dijo, —y dejaste un agujero tan grande y abierto que habría hecho un cráter en cualquier carretera lo suficientemente ancha como para extenderse a lo largo de la carretera. Cuando te rogué que me dijeras el resto, me ofreciste un guijarro para llenar ese gran agujero.

—¿Lo que te dije era un *guijarro*?— Lo miró por primera vez, con la ira encendida. Estaba sorprendida por lo que vio. No hacía ni una semana que no se veían, pero su cara parecía desencajada y pálida con manchas bajo ambos ojos que sugerían falta de sueño. Los ojos mismos eran insondables.

El problema con la vida a veces es que estamos todos juntos en ella.

—Le disparaste,— dijo, —entre los ojos, deliberadamente. Yo te creo. ¿Pero *por qué,* Imogen? ¿Cómo llegaste a él? ¿De dónde salió el arma? ¿Por qué la usaste para matarlo? Tal vez no he hecho nada para merecer respuestas sino atreverme a amarte, pero dímelo por esa razón si no por cualquier otra. Ayúdame a entender. Cuéntamelo todo.

Respiró una vez y luego otra. —Durante varios días —dijo—, no pudieron quebrarlo. No tengo ni idea de cuántos días fueron. Todos acudieron rápidamente por mí. Debieron pensar que llevaba información dentro de su cabeza que era esencial para ellos. Quizás tenían razón, ni siquiera lo sé. Finalmente me llevaron con él, cuatro de ellos, todos oficiales. Había otros dos hombres allí también. Estaba encadenado de pie a una pared. Apenas lo reconocí.

Bajó la cabeza y se puso las palmas de sus manos en los ojos por un momento.

—Oh, Dios mío—, pensó que murmuraba.

—Le dijeron lo que iban a hacer—, dijo ella. —Iban a turnarse conmigo mientras él y los demás miraban. *No* tengo *ni idea de* por qué uno de ellos dejó su pistola sobre una mesa no muy lejos de donde yo estaba. ¿Desprecio por una mujer indefensa, quizás? ¿Descuido, tal vez? O tal vez iba a ir primero y necesitaba despojarse de algunas cosas. La levanté y los mantuve a todos a raya, con las manos en alto. Pero la desesperanza de la situación se hizo evidente de inmediato. Si le disparaba a uno de ellos, los otros estarían sobre mí en un instante y no se habría logrado nada. Me habrían violado y probablemente él se habría quebrado, tal vez antes de que empezara, tal vez después de uno o dos. No podría haber vivido consigo mismo después, aunque le hubieran dejado vivir, lo cual era dudoso. Si obligaba a uno de ellos a liberarlo, podía ver que no podría salir de allí. E incluso si ideara una manera, había docenas de soldados más en el edificio y cientos, incluso miles más en el exterior. No creo que me llevara más de un segundo saber cuál era la única solución. Y Dicky también lo sabía. Me estaba mirando. Oh, Dios, me estaba *sonriendo*.

Tuvo que hacer una pausa durante unos instantes para estabilizar su respiración.

—Y yo sabía lo que él estaba pensando y él sabía lo que yo estaba pensando, siempre podíamos hacer eso. *Sí, hazlo,* me lo dijo sin decir una palabra. *Dispárame, Imogen. No desperdicies tu bala con uno de los oficiales franceses.* Y justo antes de hacer lo que me ordenó, sus ojos dijeron: "*Ánimo"*. Y lo hice. Le disparé. Yo esperaba, *él* lo había esperado, que yo también estaría muerta momentos después. Eso no sucedió. Esos muy corteses.... *caballeros,* por

muy furiosos que estuvieran, sabían cómo castigar a una mujer, y no era con la violación. Me dejaron ir, incluso me escoltaron de vuelta con mi propia gente. Me dejaron en un infierno.

No sabía cuánto tiempo duro el silencio.

—Vete ahora, Percy—, dijo. —Soy un pozo sin fondo de oscuridad. Y estás lleno de luz, aunque sientas que has desperdiciado los últimos diez años de tu vida. Ve y olvídate de mí. Ve y sé feliz.

Murmuró esa palabra de nuevo. Realmente se estaba convirtiendo en un hábito.

—Él te amaba, Imogen—, dijo. —Si sus ojos pudieran hablarte un poco más, si hubiera sabido que te dejarían vivir, ¿qué te habría dicho?

—Oh.— Se lo tragó.

—No evadas la pregunta—, dijo. —¿Qué te habría dicho que hicieras?

De alguna manera exigía honestidad, una honestidad que penetraba capa tras capa de culpa en la que se había envuelto desde ese momento tan terrible en ese lugar tan terrible.

—Me habría dicho que fuera feliz—, dijo, con su voz baja y aguda de nuevo, como lo había sido anteanoche.

—Si él pudiera de alguna manera estar al tanto de los últimos ocho años o más —, dijo, —y cómo los has vivido y cómo piensas vivir el resto de tu vida, ¿cómo *se sentiría*, Imogen?

Ella lo miró de nuevo. —Oh, esto es injusto, Percy—, gritó. —Nadie más se ha atrevido a pedirme esto, ni el médico, ni ninguno de mis compañeros supervivientes. Nadie.

—No soy ni el médico ni ninguno de esos seis hombres—, dijo. —Y me atrevo a hacer la pregunta. ¿Cómo se sentiría? Ya sabes la respuesta. Lo conocías hasta lo más profundo de su ser. Lo amabas.

—Habría estado terriblemente molesto—, dijo. Metió el labio superior entre los dientes y lo mordió, pero no pudo evitar que las lágrimas calientes fluyeran de sus ojos y se derramaran sobre sus mejillas. —¿Pero cómo puedo seguir viviendo, Percy? ¿Sonreír y reír, divertirme, volver a amar, *hacer* el amor? Me temo que lo olvidaré. Estoy *aterrorizada* de que me olvide de él.

—Imogen—, dijo, —alguien tendría que cortarte la cabeza, extirparte el cerebro y hacerlo pedazos. E incluso entonces tu corazón y tus huesos se acordarían.—

Ella buscó a tientas un pañuelo, pero él se acercó unos pasos y apretó el suyo en su mano. Se lo llevó a los ojos.

Estaba de rodillas frente a ella y entonces, se dio cuenta, sus manos en el banco a cada lado.

—Imogen —dijo—, tiemblo ante mi presunción al tratar de ganarme tu amor cuando has amado a un hombre así. Pero no espero tomar su lugar. Nadie puede ocupar el lugar de nadie más. Cada uno debe tallar el suyo propio. Quiero que me ames por mí lamentable ser, el cual me esforzaré mucho por el resto de mi vida para que sea digno de ti y digno de mí. Yo puedo hacerlo. Siempre podemos hacer cualquier cosa mientras estemos vivos. Siempre podemos cambiar, crecer, evolucionar y convertirnos en una versión mucho mejor de nosotros mismos. Seguramente es para lo que sirve la vida. Dame una oportunidad. Déjame amarte. Déjate quererme. Te daré tiempo si lo necesitas. Sólo dame esperanza. Si puedes. Y si no puedes, que así sea. Te dejaré en paz. Pero por favor, trata de darme un mensaje definitivo, tal vez si es

posible.

Bajó el pañuelo después de secarse los ojos. Parecía un pobre y ansioso colegial, esperando al menos evitar un azote. Alargó la mano y le ahuecó la cara con las manos.

—No quiero vaciar toda tu luz, Percy—, dijo ella.

Algo chispeó en sus ojos.

—Pero nunca hay un final para la luz, Imogen,— le dijo, —o para amar. Te llenaré tanto de luz que brillarás en la oscuridad, y entonces cuando quiera amarte de una manera muy física podré encontrarte.

Oh, absurdo, *absurdo* Percy. Pero tan pálido y ansioso a pesar de sus ridículas palabras.

—¿Me atrevo?—, preguntó ella, pero más para sí misma que para él.

No le contestó. Pero alguien más lo hizo, en lo más profundo de su ser, con una voz que reconoció: *Coraje*. Y por primera vez en más de ocho años, su mente escuchó el tono en el que se había pronunciado esa palabra silenciosa. Fue una de profunda paz.

Él había acogido con agrado la muerte, a manos de ella. Lo había liberado de un dolor intolerable y de la certeza de que habría más antes de morir. Y la había liberado de los horrores de la violación, había creído eso cuando murió, y tenía razón, aunque no del todo de la manera que esperaba.

Había estado en paz cuando murió. Ella había sido el instrumento de su muerte, o de su liberación, dependiendo de cómo se mirara.

Podría volver a vivir. Seguro que podría. Se lo debía a él, y quizás a sí misma. Y quizás a Percy. Oh, ella podría vivir de nuevo.

—Me envolveré de pies a cabeza en una gruesa manta—, dijo, —y tú tendrás que buscarme. Será más deportivo y más divertido de esa manera.

Vio crecer la sonrisa en sus ojos y poco a poco iluminó toda su cansada cara. Y sus brazos se cerraron alrededor de ella como bandas de hierro, y su frente se posó sobre su hombro, y lloró.

****

Era la segunda semana de mayo antes de que amaneciera el día de la boda de Percy. *Penso que* era el mismo año natural en el que se había comprometido con Imogen, pero fácilmente podría ser cualquier cosa hasta cinco años después. Parecía una eternidad.

Había querido levantarse de sus rodillas allí en el invernadero de Penderris y salir corriendo en busca de la licencia especial más cercana, regresar a Hardford Hall, y luego salir corriendo a la iglesia de Porthmare para las nupcias, todo en un día si hubiera sido humanamente posible.

Desgraciadamente, la cordura había prevalecido, aunque no necesariamente la suya.

Todos esos amigos suyos le habían asegurado que si ella tenía que dejar su reunión antes de tiempo, entonces lo entenderían y estarían encantados por ella, o palabras a ese efecto. Las esposas también habían consentido con abrazos y besos y lágrimas sentimentales. Pero todos de

alguna manera se las habían arreglado para parecer desamparados colectivamente al mismo tiempo, y fue el propio Percy quien declaró que no había manera en esta tierra de que se interpusiera entre su recién prometida y los queridos amigos que esperaba que fueran también *sus* amigos más queridos en el futuro, o palabras tontas a tal efecto.

Se había quedado unos días, durante los cuales casi perdió el afecto de Héctor ante un niño de un año que lo persiguió, lo golpeó, se rió sobre él y se durmió boca abajo sobre su estómago de perro y, en general, lo esclavizó.

Percy había escrito una biblioteca entera de cartas, descartare ese recuerdo, mientras que Imogen hizo lo mismo a su lado en la biblioteca de Stanbrook, y las envió. Y luego había regresado a Londres, donde se ocupó de poner anuncios en los periódicos matutinos y de hacer arreglos para que se leyeran las amonestaciones y, muy pronto, quedar atrapado en un feroz tornado de planes de boda mientras su familia se reunía a su alrededor y su madre llegaba de Derbyshire, *Llegué a Londres desde Cornualles a través de la pintoresca ruta a través de Derbyshire* que se había convertido en su broma del momento.

Entonces el contingente de Penderris había llegado con fuerza, trayendo a Imogen con ellos, se estaba quedando en Stanford House con el duque y se había reunido allí con su madre y la hermana de su madre, que de alguna manera estaban relacionadas con Stanbrook.

Lady Lavinia y Mrs. Ferby, el hermano de Imogen y su esposa, y muchas otras personas que vinieron a la boda, habían llenado el Hotel Pulteney hasta las vigas.

Había habido cenas y fiestas y veladas en las casas de varias tías y tíos de Percy; un baile de esponsales para Meredith y Wenzel en casa del tío Roderick, en el que también se había celebrado el compromiso de Percy; un baile en casa del duque de Worthingham, en el que había habido un pastel de esponsales en el centro de la mesa de la cena; y otro baile organizado conjuntamente por Lady Trentham y su prima, la Vizcondesa Ravensberg, en el que Percy fue felicitado por un gran número de Bedwyns, incluyendo al formidable Duque de Bewcastle. Percy le había oído hablar en la Cámara de los Lores una o dos veces, y por ninguna razón aparente se asombró del hombre. Quizás sus intensos ojos plateados de luz tuvieron algo que ver con ello, o su comportamiento austero y arrogante. Fue una sorpresa descubrir que tenía una esposa bonita, aunque no deslumbrantemente bella, cuya sonrisa parecía iluminarla de adentro hacia afuera y que no parecía una pizca acobardada por su marido.

Todo había sido suficiente, Percy decidió mientras Watkins lo vestía para su boda todo de plata, gris y blanco, para hacer que se arrepintiera de haber sido forzado a casarse de la manera apropiada, esa había sido la manera de Imogen de decirlo, de todos modos.

—Oh, Percy—, había dicho con un suspiro cuando todavía estaba haciendo ruidos esperanzadores sobre ir en busca de una licencia especial. —Ojalá pudiéramos casarnos así. Pero una boda no se trata sólo de los novios, ¿verdad? También se trata de su familia y amigos. Es uno de esos raros eventos de celebración que marcan una vida feliz. Esperemos y casémonos de la manera apropiada.

No había preguntado si casarse de la otra manera sería impropio. Le habría dado el sol si ella se lo hubiera pedido, o la luna, o una boda apropiada.

Un novio apropiado fue a la iglesia, St. George's en Hanover Square, por supuesto, vestido de plata, gris y blanco, con yardas de encaje espumoso en el cuello y puños y un diamante del tamaño de un pequeño huevo haciendo un guiño en el lino y los pliegues de encaje en el cuello y

los anillos y las cadenas y el Señor sabía qué otras galas sobre su persona.

Y con rodillas inestables. Y dos manos llenas de pulgares, dos o tres de los cuales estaban destinados a dejar caer el anillo de bodas en el momento clave.

Cyril no fue de ayuda, y Percy se preguntó si debería haber elegido a otra persona para que fuera su padrino.

—¿Y si se me cae el anillo?— preguntó Cyril de camino a la iglesia.

Seguramente una de las funciones de un padrino, la función *principal*, de hecho, era calmar los nervios del novio.

—Luego te arrastras por el suelo hasta que lo recuperes—, dijo Percy. —Eso no sucederá.

—Nunca he hecho esto antes—, añadió Cyril.

—Yo tampoco—, le dijo Percy.

Todos los bancos dentro de la iglesia seguramente estarían llenos de miembros de la familia y amigos cercanos. Pero por supuesto, como se trataba de una *boda adecuada*, todos los que tenían una conexión remota con la *Sociedad* habían sido invitados, y como la Temporada recién comenzaba y ésta era la primera boda de moda del año, habría otras, ya que la Temporada era también gran mercado matrimonial, todos y su perro habían aceptado. Bueno, no perros, en realidad. La nariz de Héctor estaba severamente fuera de lugar. Cuando intentó trotar discretamente hacia el carruaje, Percy había puesto su pie abajo, lo que no era fácil de hacer con un animal que a veces tenía dificultades con la distinción de amo/criatura.

La iglesia estaba llena. Puede que incluso haya algunas personas sentadas en el tejado. Debería haber unas cuantas filas de sillas ahí arriba.

Los dientes de Cyril castañeaban casi audiblemente. Percy, sentado con él en la parte delantera de la iglesia, se concentró en sus diez pulgares y en la necesidad de convertir ocho de ellos de nuevo en dedos antes de que llegaran a la parte del anillo de la ceremonia. Los flexionó e hizo un chequeo mental de sus rodillas. No podía casarse sentado, ¿verdad?

Y luego estaba comenzando, *realmente* comenzando. El clérigo, bellamente vestido, llegó al frente de la iglesia, el murmullo de la conversación se apagó, la congregación se puso en pie y el órgano se puso en marcha con algo impresionantemente apropiado.

Las rodillas de Percy funcionaron, y se volvió para ver a su novia acercarse a lo largo de la nave, del brazo de su hermano.

Señor, querido Señor.

Era toda simplicidad y elegancia azul hielo. Ni un volante, ni una puntilla, ni siquiera medio metro de encaje a la vista. Ni un rizo ni un zarcillo ondulado de pelo que escapa de su sombrero de paja liso, recortado sólo con una cinta ancha a juego con su vestido. Ni una sola joya, excepto por algo brillante en sus orejas.

Pasó por un elaborado esplendor en los bancos a ambos lados de ella mientras venía. Palidecieron hasta la insignificancia. Parecía una diosa nórdica o una princesa vikinga o algo así.

Ella era Imogen.

Por un momento, cuando se acercó, pensó que era la dama de mármol. Su cara estaba pálida

y firme, sus ojos fijos en él. Y luego... ¡cuidado, rodillas!, ella sonrió. Y no había necesidad de velas ni de ninguna otra iluminación en St. George's. La iglesia estaba inundada de luz. O quizás era sólo su corazón. O su alma.

Hizo un chequeo mental de sus músculos faciales y descubrió que le sonreía.

Era una verdadera lástima, pensó más tarde, que un hombre se perdiera su propia boda. Pero hizo precisamente eso, tan deslumbrado estaba por la luz que ella traía consigo y por el calor que se desprendía para envolverlo a él también. Pensó que recordaba a alguien diciendo: *Queridos hermanos,* en el tono que sólo un clérigo usaba alguna vez, y recordó un momento de ansiedad cuando vio la mano de Cyril temblando como una hoja en una fuerte brisa mientras sostenía un anillo de oro, y ciertamente recordó haber escuchado que él e Imogen eran ahora marido y mujer juntos y que ningún hombre debería ni siquiera soñar con separarlos, y esas otras cosas que significaban simplemente que uno estaba casado de forma correcta y enganchado por toda la eternidad.

Pero se perdió todo lo demás.

Volvió en sí mismo sólo cuando él y su novia estaban en la sacristía firmando el registro e Imogen estaba firmando su antiguo nombre por última vez.

—Aunque sigue siendo el mismo —, su hermano comentó riendo, —con la adición de la Condesa de Hardford.

—No—, dijo en voz baja, —cambia. Todo ello. Ahora estoy casada con Percy.

Percy podría haber llorado, pero, afortunadamente, no lo hizo.

Y luego caminaron juntos a lo largo de la nave, recordaba imitar la velocidad de una tortuga, mientras el órgano tocaba un himno que parecía diseñado para levantar la parte superior de la cabeza para que el alma de uno pudiera elevarse directamente al cielo, y la madre y las tías de Imogen *y la* señora Ferby y su propia madre y varias tías lloraban descaradamente y todos los demás sonreían lo suficiente como para causar arrugas.

—Si dependiera de mí, — le murmuró a su novia,—Comenzaría a saltar como un niño.

— Si dependiera de mi —, murmuró ella, sonriendo tanto a la derecha como a la izquierda,—Yo me uniría a ti.

—Pero estamos en una boda apropiada—, dijo.

—Ay.

Y entonces estaban afuera y el sol que había estado en guerra con las nubes cubriendo el cielo había ganado y una multitud de mirones y los meramente curiosos los saludaron, así como un pequeño ejército de Supervivientes y primos y amigos sonrientes armados con los pétalos de unos pocos miles de desafortunadas flores. Los pétalos pronto llovían a su alrededor y arruinaron la hermosa palidez de su atuendo de boda.

E Imogen se estaba riendo.

Nunca, *nunca se* cansaría de oír, y ver, su risa. También se reía, por supuesto, pero eso era menos raro. De hecho, tal vez ella apreciaba la rara imagen de él luciendo serio.

—Oh, mira,— se lamentaba, aunque era un lamento feliz. —Mira, Percy.

No necesitaba hacerlo. Se lo esperaba, habiendo estado involucrado en su parte justa de bodas en los últimos diez años más o menos. Su carruaje abierto, adornado con flores, también estaba listo para arrastrar lo que parecía ser la mitad de los utensilios de cocina de Londres, y también una o dos botas antiguas, hasta la Casa Stanbrook, donde el duque había insistido en que se celebrara el desayuno de bodas.

—Después de todo—, dijo Percy al entregarla en el carruaje y la congregación comenzó a derramarse fuera de la iglesia detrás de ellos, — puede haber una o dos personas en la ciudad que no han escuchado que hoy nos casamos. Hay que hacer que lo oigan.

—Creo que todos los vecinos de *Cornualles* también lo oirán—, dijo mientras se acomodaba en el asiento y él ocupó su lugar a su lado. —No me sorprendería si Annie Prewett en Stanbrook House pudiera oír el estruendo.

Annie, la criada sordomuda que había tenido el valor de transmitir información sobre el paradero de Ratchett y Mawgan, había sido ascendida al puesto de criada personal de Imogen después de haber demostrado que tenía alguna habilidad en el desempeño de las tareas necesarias. Y delante de ellos ahora, en la tarima del carruaje de la boda, esperando la señal para moverse, se sentaban el cochero de Percy y su nuevo lacayo, Colin Bains, ambos resplandecientes con una nueva librea.

—Y como esta es una boda apropiada, Lady Hardford—, dijo Percy en los preciosos momentos que quedaban antes de que el carruaje se moviera y el ruido impío del movimiento, el empujón de metal ahogara el alegre sonido de las campanas de la iglesia, —debemos hacer lo que es apropiado.

Giró su cara de risa hacia él mientras le ponía un brazo sobre los hombros y le tomó la barbilla entre el pulgar y el índice de la otra mano.

—Por supuesto que debemos—, dijo ella. —Mi amor.

Saludos, risas, campanas sonoras, el resoplido y el estampido de los caballos, el estruendo ensordecedor de la ferretería, nada de eso importaba mientras besaba a su novia y su mano llegó a su hombro.

Percy estaba, al menos por el momento, en otro mundo. E Imogen estaba allí con él.